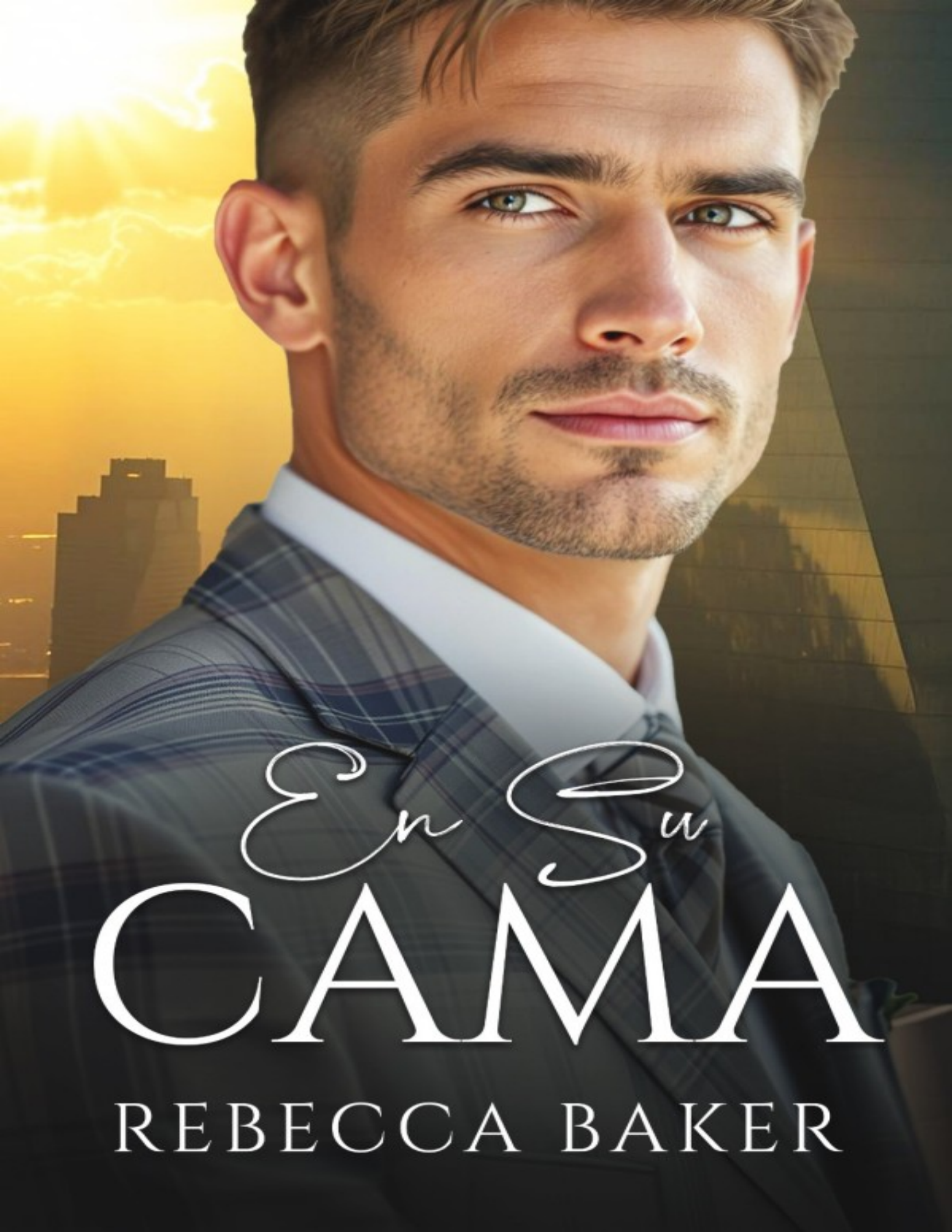

En Su
CAMA
REBECCA BAKER

En Su Cama

Una noche con el jefe

Rebecca Baker

Indice

Descripción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Descripción

___ Lo nuestro es solo esta noche, ¡nada más! ¿Entendido?
Entendido, es mi ex y yo tampoco quiero que las cosas se compliquen de nuevo.
Sin embargo, poco después ocurre exactamente ESO: Él es mi nuevo jefe y estoy embarazada de él. ¿Y ahora qué?

La amiga de Elaina se marcha de la ciudad, para siempre. Quieren celebrarlo juntas una última vez. Como en los viejos tiempos. Llega en el momento perfecto, porque Elaina tiene un montón de deudas con un tipo sospechoso y su ex tampoco se le va realmente de la cabeza.

Después de una noche de juerga, Elaina se despierta con resaca.
En una cama desconocida...
¡Junto a Tanner Hudson, su ex!

Ambos deciden olvidar el asunto, pero semanas después queda claro que eso no será posible: ¡Elaina está embarazada!

Poco después, no puede creer lo que ven sus ojos cuando su nuevo jefe entra en la oficina: Tanner Hudson. Su ex.

¡Tras el shock inicial, salta la chispa entre ellos! Queda claro lo que Tanner quiere: ¡a ella!

Elaina quiere contarle lo que está creciendo en su vientre, pero entonces llega el impacto: él le pide que sea su madrina de boda, porque se va a casar pronto. ¡Con otra!

¿Qué está pasando aquí? ¿Solo la ha utilizado? ¿Por qué se casa? Y sobre todo: ¿debe decirle que él es el padre de su hijo?

Capítulo 1

Elaina

Me puse apresuradamente mis zapatos de tacón negros favoritos. Llegaba tarde.

¿Tarde?

Muy tarde.

Y justo hoy, en mi segundo día de trabajo. Hacía poco que por fin me habían confirmado que tenía el empleo. Mi trabajo soñado. ¡Mi absoluto trabajo soñado! ¡Desde ayer trabajaba en un canal de televisión de Nueva York! Aunque solo era la asistente del director, estaba... ¡trabajando en televisión!

Al pensarlo, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Me pellizqué suavemente el brazo izquierdo, como para asegurarme de que no estaba soñando. No lo estaba. Seguía en mi apartamento de Nueva York, en el piso 18 de un rascacielos antiguo. Y seguía llegando condenadamente tarde. Agarré rápidamente mis llaves y me apresuré hacia la puerta.

¡Crack!

Un crujido debajo de mí. Tropecé.

¿Qué ha sido eso?

Miré mi zapato derecho y gemí en voz alta. —Esto no puede estar pasando. —Mis palabras no iban dirigidas a nadie en particular. Desde que mi amiga y compañera de piso Amanda se había casado, vivía sola. Después de que Amanda se mudara, había intentado encontrar una nueva compañera. Los alquileres en Nueva York no eran precisamente baratos, así que compartir apartamento era una buena idea. Incluso había puesto un anuncio para encontrar una compañera de piso. Sin embargo, solo se habían puesto en contacto personas con las que prefería no vivir, así que había suspendido mi búsqueda. Ya encontraría a la compañera adecuada en algún momento. Hasta entonces, viviría sola.

En este momento, un zapatero habría sido la elección perfecta como compañero de piso. Irritada, examiné mi zapato derecho. El tacón se había desprendido. Podía considerarme afortunada de no haberme torcido el tobillo cuando tropecé.

¡Y en mi propio apartamento!

¡Y encima con estos zapatos!

Resoplé.

Había recogido mis zapatos favoritos del zapatero hace apenas una semana. ¡Con tacones nuevos! La reparación no había sido precisamente barata, pero era evidente que el zapatero no valía nada.

¿Qué iba a hacer ahora? Amaba estos cómodos zapatos, que combinaban con casi cualquier prenda y, con su aspecto de ante, lucían elegantes de una manera cotidiana. Con ellos me mantenía bien y segura incluso después de un día agotador de trabajo.

Pero hoy tendría que encontrar otra solución.

Rápidamente me quité los zapatos, me acerqué al aparador donde guardaba la mayoría de mis zapatos, miré dentro y saqué un par al azar.

¿Zapatos de oficina marrones?

No, no combinaban con mis pantalones negros.

Ni el color ni el tacón plano iban bien.

¿Dónde estaban mis zapatos de charol negro? Desesperadamente, rebusqué en el armario. Zapatos de invierno, sandalias, zapatillas deportivas... ¿Dónde demonios estaban esas cosas? ¡Realmente no me quedaba mucho tiempo!

¡Ahí!

Triunfante, saqué el par de zapatos que estaba buscando.

—¡Oh, no! —exclamé. ¿Había guardado los zapatos de charol negro tan sucios en el armario?

—¿Quién más, Elaina? —Sacudí la cabeza ante mi propia torpeza. A modo de prueba, pasé el dedo por el zapato. La capa de suciedad incrustada no se podía quitar.

—¡Maldita sea! —Estaba enfadada y agotada a la vez. ¿Qué iba a hacer ahora? No me quedaba otra opción que ir al trabajo con zapatos marrones de oficina y pantalones negros. No podía cambiarme, ya que mis pantalones marrones estaban en la lavadora.

Con pegamento instantáneo se puede arreglar todo.

—¿Qué? —me dije en voz alta.

Con pegamento instantáneo se puede arreglar todo.

Una de las frases favoritas de mi amiga Amanda me vino a la mente. Incluso ahora, en mi apuro, se me escapó una sonora carcajada.

—Ay, Amanda, si supieras que me estás salvando la vida otra vez, aunque ni siquiera estés aquí... —suspiré. Rápidamente abrí uno de los cajones superiores del aparador.

¡Efectivamente!

Dentro había unas cinco tubos de pegamento instantáneo. Amanda juraba por ese producto y había reparado con él prácticamente todo lo que se podía pegar. Afortunadamente, no se había llevado todas las reservas de pegamento cuando se mudó.

¡Esa sería ahora mi salvación!

Abrí el primer tubo de pegamento instantáneo.

El pegamento estaba seco.

Rápidamente cogí el siguiente tubo. Lo apreté. No pasó nada. El maldito tubo estaba vacío. Irritada, lo tiré a un lado.

Ahora probé suerte con el tercer tubo de pegamento instantáneo.

Apreté el tubo y salió una sustancia transparente.

Sí.

Agarré mi tacón, le unté una cantidad generosa de pegamento y presioné el tacón contra el zapato. Después de esperar un rato, moví con cuidado el tacón.

No se movió nada.

¡La cosa estaba perfectamente pegada!

¡Un zapatero no lo habría reparado mejor!

Aliviada, me puse el zapato. Probé con cuidado, dando un paso. El zapato aguantó. Menos mal. No solo no tenía tiempo para cambiarme, sino que tampoco tenía dinero para otra reparación. En los últimos meses había controlado cada céntimo y me había privado de muchas cosas, literalmente quitándomelas de la boca. Sin embargo, en este momento mi cuenta estaba a cero. A partir de ahora, nada podía salir mal y no podía haber más gastos imprevistos.

Rápidamente agarré mis llaves y mi bolso.

Ahora realmente tenía que irme. Ya no llegaría puntual y solo podía esperar que mi jefe me perdonara por llegar tarde al trabajo en mi

segundo día. Esperaba que no se enfadara. Ayer solo lo había visto brevemente y parecía muy ocupado. No sabía realmente qué tipo de persona era.

Da igual, Elaina. Por fin has llegado a tu meta. ¡Has hecho realidad tu sueño! Toda tu vida has querido trabajar para un canal de televisión. Has trabajado como camarera, recepcionista, ayudante de cocina y cajera. Ahora por fin has llegado a tu meta. Un jefe malhumorado y ocupado no debería impedirte seguir persiguiendo tus sueños.

Abrí la puerta de mi apartamento y me aseguré de cerrarla cuidadosamente detrás de mí. Ultimamente había habido un aumento de robos en nuestra zona. Eso era lo último que me faltaba.

Pulsé el botón del ascensor y esperé. Impacientemente, tamborileé con los dedos sobre la placa metálica donde estaba el botón.

¿Por qué era tan lento este trasto?

Bueno, en un rascacielos antiguo no se podía esperar otra cosa. Este no era precisamente el Empire State Building. Sin embargo, me parecía que el ascensor estaba especialmente lento hoy.

Ding.

Por fin se abrieron las puertas. Un hombre corpulento salió del ascensor. Entré en la cabina. Justo cuando las puertas se cerraban, una mano se deslizó en el hueco entre ellas. Levanté la vista. ¿Alguien que tenía tanta prisa como yo? ¿Quizás mi vecina? Colleen se había mudado hace poco. Por eso todavía no la conocía muy bien.

Pero había parecido muy simpática las pocas veces que habíamos hablado brevemente.

El hombre corpulento se metió de nuevo en la cabina.

¿Se había equivocado de planta?

Algo en él me resultaba familiar.

Las puertas del ascensor se cerraron y comenzamos nuestro lento descenso.

—Hacerte la que no me conoces no te servirá de nada —gruñó el hombre corpulento y se acercó lentamente hacia mí.

Horrorizada, retrocedí.

¡Su voz!

Ahora sabía quién era.

Hace unos meses había tenido que extirparme un mioma que me causaba tanto dolor que cada mañana tomaba pastillas. Realmente cada mañana. Y cada noche. La operación había sido cara. Como muchas neoyorquinas, yo no tenía seguro médico, así que había tenido que pagarlo todo de mi bolsillo.

Todos mis ahorros se habían esfumado. Pero la cantidad ni siquiera había sido suficiente para la operación. Así que había ido a mi banco y pedido un préstamo. Mi asesor bancario solo había echado un vistazo rápido a su programa informático y luego había negado con la cabeza lamentándolo.

Para mí no había préstamo.

Mi cuenta ya estaba tan al descubierto que el banco no quería arriesgarse a prestarme más dinero.

Pero necesitaba dinero.

Así que respondí a un anuncio en Internet. Al día siguiente, el hombre corpulento me había hecho una visita y me explicó las condiciones. Cuando escuché lo altos que eran los intereses, tragué saliva. Pero no tenía elección. Acepté rápidamente y el dinero llegó a mi cuenta en pocos días.

Ahora miraba al hombre corpulento. Sus ojos eran tan grises como los guijarros. No mostraban ninguna emoción. Impasible, me miraba desde arriba. Se acercó un paso más y exhaló.

—Yo... yo sé quién es usted —solté apresuradamente y contuve la respiración. El tipo apestaba terriblemente. ¿No había experimentado algo así nunca? ¿No olía así en nuestro primer encuentro?

—Más te vale. —El hombre me agarró bruscamente del brazo.

Ding.

En ese momento el ascensor llegó a la planta baja.

—Yo... realmente tengo que irme ahora. Mi trabajo... Podemos hablar en otro momento... —balbuceé.

El hombre reforzó su agarre en mi brazo. Apenas pude reprimir un grito de dolor. El hombre me sacó bruscamente del ascensor. No tuve más remedio que seguirlo.

—Sé que le debo dinero. —Mis palabras sonaban tan desesperadas como me sentía—. Le he enviado un correo explicándole que...

—Quiero lo que me corresponde, pequeña. —El hombre me empujó contra la pared, deslizó su otra mano bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo. El hedor era tan abrumador que apenas me atreví a respirar.

Sentí arcadas.

Esperaba no vomitar ahora. No quería ni imaginar lo que haría este tipo si vomitaba sobre él.

—Sí, por supuesto. El dinero es suyo —aseguré apresuradamente—. Es lo que estoy diciendo. ¿No leyó mi correo? Le escribí que actualmente no puedo pagar porque...

El hombre me interrumpió de nuevo. —Tengo suficiente experiencia con gente como tú. Siempre intentáis escabulliros de alguna manera. Unas veces se os rompe el móvil, otras se os muere el perro, o la abuela está enferma. Siempre hay una razón por la que no podéis pagar. El dinero siempre escasea, las excusas nunca.

—¡Pero mi móvil se rompió DE VERDAD! —protesté—. Intenté repararlo para poder pagarle su cuota, como acordamos. Pero ya no se podía hacer nada y tuve que comprarme uno nuevo. Como le escribí. Solo es un aplazamiento de un mes. A partir de ahora pagaré puntualmente.

—Ahórrate esas promesas vacías. No te creo ni una palabra. Los hechos hablan más que las palabras. ¡Al final solo cuenta el dinero. Nada más! —El hombre reforzó aún más su agarre en mi brazo.

—¡Ay! ¡Suélteme! ¡Me está haciendo daño! —Desesperadamente intenté girar mi cabeza hacia la izquierda en dirección a la puerta de entrada. ¿Por qué no venía nadie a casa ahora? ¿O salía del edificio? Aquí vivían tantas personas que normalmente había un constante ir y venir. Pero ahora la entrada parecía desierta.

—Seguro que has leído lo que decía mi anuncio —siseó el tipo. Finny, ese era su nombre. Ahora recordaba todo. Cada detalle que había intentado reprimir.

—Sí, claro, pero... —No pude continuar.

—Quien no paga, debe abonar inmediatamente la cantidad total. La cantidad COMPLETA. ¡Ya no hay concesiones! —Finny me sonrió diabólicamente.

—Pero... pero no puedo pagar. Si pudiera, ya lo habría hecho. —Miré a Finny suplicante—. Esa cláusula no tiene ningún sentido.

—Oh sí, tiene sentido. De hecho, tiene mucho sentido. —Finny se rio con malicia—. Está hecha especialmente para las personas que esconden su dinero de mí y solo quieren aprovecharse.

—Pero yo no quiero hacer eso.

Ding.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—¡Ayúdeme! ¡Socorro! —grité tan fuerte como pude.

La mano de Finny cubrió mi boca. —Cierra la puta boca ahora mismo, pequeña. Si no te callas ahora, lo lamentarás amargamente.

Tragué para reprimir la náusea que me subía. Finny miró a su alrededor.

—Vacío. El ascensor estaba vacío. —Finny volvió a reír con malicia—. Tus gritos no te han servido de nada.

Desesperada, cerré los ojos.

—¿Está todo bien aquí? —Una voz enérgica, que me resultaba vagamente familiar, llegó a mi oído.

Abrí los ojos. —Cierra la boca —me siseó Finny y se dio la vuelta—. Por supuesto que aquí está todo bien, mi novia y yo simplemente no podemos esperar a estar a solas en nuestras cuatro paredes. Ya ven, el ascensor tarda tanto... —Finny se rio con una risa nasal.

—¡Eso no me lo trago! ¡Suelte inmediatamente a mi vecina o llamo a la policía! ¡Tengo mi móvil en la mano y el dedo en el botón de emergencia! Si da un solo paso en falso o le hace algo, ¡lo pulso!

Finny quitó su mano de mi boca y aflojó su agarre en mi brazo. —Todo esto es completamente distinto, nada es como parece. ¿Verdad, cariño? —Ahora el agarre se volvió más fuerte.

No respondí, sino que miré por detrás de Finny. Al otro lado de la entrada estaba mi vecina Colleen, lanzando miradas furiosas hacia Finny.

Un destello me cegó. Rápidamente cerré los ojos.

—Acabo de hacerle una foto. Ahora voy a contar hasta tres. Si entonces no está fuera de aquí, pulsaré el botón de emergencia. En ese caso, su foto irá a parar a la policía. ¿Realmente quiere eso? —Colleen no esperó la respuesta de Finny—. Uno... —empezó a contar.

Finny soltó mi brazo y me miró vacilante.

—Dos... —Colleen no se dejó intimidar. Realmente deseaba ser como ella.

—Me voy ahora. Pero te encontraré. Te encontraré en cualquier lugar. Y entonces me cobraré lo que me corresponde, cariño. —Finny me sonrió diabólicamente. Luego se dio la vuelta y abandonó el edificio tan rápido que me froté los ojos asombrada y me pregunté si no habría soñado todo esto.

—¡Elaina! ¿Estás bien? —Colleen corrió hacia mí y me miró preocupada.

—Yo... Sí... estoy bien —mentí.

—¿Deberíamos llamar a la policía? Tengo la foto de ese tipo. Quizás ya tenga antecedentes y puedan averiguar quién es. No parecía que fuera la primera vez que acosaba a una mujer. A hombres así hay que pararles los pies. —Colleen me miró intensamente.

—Eso... eso es correcto, por supuesto —murmuré. Los pensamientos corrían por mi cabeza. No podía denunciar a Finny a la policía bajo ninguna circunstancia. En tales casos, las deudas suelen "heredarse". Me libraría de Finny, pero ¿quién me garantizaba que su "sucesor" no sería aún peor?

No quería en absoluto salir de Guatemala para meterme en Guatepeor.

—Pero creo que no volverá. Lo has ahuyentado a fondo —le sonreí a Colleen disimulando mi miedo.

—Uno de mis ejercicios más sencillos —sonrió mi vecina—. Desde que hice el curso de autodefensa en la Academia Deportiva de la Policía, no me dejo engañar tan fácilmente. Además, éramos dos contra uno.

—Ahora realmente tengo que ir al trabajo. Llego muy tarde y probablemente me ganaré un gran problema. —Eso ni siquiera era mentira. Esperaba que mi jefe fuera del tipo que hace la vista gorda de vez en cuando.

—Siempre puedes pensártelo mejor con lo de la policía. Pásate por mi casa esta noche después del trabajo y podemos hablarlo —me invitó Colleen.

En otras circunstancias, me habría alegrado mucho por la invitación, porque desde que Amanda se mudó, a menudo me sentía un poco sola. Pero prefería olvidar los acontecimientos de hace un momento a volver a discutirlos en detalle.

—Además, tengo algo que celebrar —anunció Colleen emocionada. Sacó dos tiras finas de papel de su bolsillo y las agitó delante de mi cara—. Imagínate, lo he conseguido. ¡Tengo entradas para un concierto de *The New York Boys*!

—¿En serio? —Miré incrédula las dos tiras de papel. *The New York Boys* eran mi grupo favorito y habría dado cualquier cosa por poder asistir a uno de sus conciertos. Realmente cualquier cosa.

El problema era que no tenía nada.

Ni siquiera tenía dinero para pagar mis deudas.

¿Con qué demonios iba a permitirme entradas para un concierto?

—Todavía no me lo puedo creer. —Colleen me sonreía radiante.

—Te envidio. Me encantaría ir a un concierto de *The New York Boys*. Ya suspiraba por ellos en el instituto. Hacen una música taaaan buena. —Suspirando, aparté la mirada de las entradas—. Pasaré por tu casa esta noche —le prometí a Colleen.

—Te acompañaré hasta fuera. No sea que ese tipo te esté acechando justo delante de la puerta. —Colleen me siguió.

Fuera nos recibió el brillante sol veraniego de Nueva York. Respiré el aire cálido. El verano era realmente mi estación favorita. Sí, algunos días hacía un calor insoportable. Pero amanecía muy temprano y anochecía muy tarde, y después del trabajo aún se podía estar bien fuera y disfrutar de un delicioso helado en una de las muchas cafeterías.

Si tenías el dinero para ello.

—Todo despejado —anunció Colleen después de haber mirado varias veces a izquierda y derecha.

—Gracias. —Saludé con la mano a mi vecina y me dirigí al trabajo. Al menos tenía mi empleo.

El resto de mi vida, sin embargo, dejaba mucho que desear.

Este verano probablemente lo pasaría dentro.

Sola.

Con la esperanza de que Finny me dejara en paz.

Capítulo 2

Tanner

—¿Qué demonios es esto? —Me quedé mirando fijamente el enorme monitor ultrawide curvo que ocupaba la mayor parte de mi escritorio. 34 pulgadas. Curvado.

Nuevo.

Y roto.

Finas líneas rojas atravesaban la pantalla. Muchas finas líneas rojas que iban de un extremo a otro. Así no podía leer nada. Y desde luego no podía terminar el correo electrónico que estaba escribiendo a la oficina de la Primera Dama de los Estados Unidos.

Esto no era un correo cualquiera.

Resoplé enfadado y di tanto impulso a mi silla de oficina que giré 180 grados. Ahora, en lugar de mirar a una pantalla estropeada, contemplaba el horizonte de Nueva York. Mi oficina se encontraba en el último piso del rascacielos de *Hudson Broadcasting*. Un nombre

perfecto para una cadena de canales de televisión neoyorquinos, ya que Nueva York está junto al río Hudson. Y un nombre perfecto para MIS canales de televisión, porque yo me llamo Tanner Hudson. Mi padre había construido la empresa y hace algún tiempo me había transferido oficialmente el cargo de CEO. Quería disfrutar de su merecida jubilación. Aunque incluso antes de eso, yo ya había sido el responsable de la empresa durante mucho tiempo y mi padre había tenido más bien una función representativa. Sin embargo, hace poco había decidido retirarse completamente del negocio.

Dejé que mi mirada recorriera el Empire State Building y el Chrysler Building. Desafortunadamente, el río Hudson no era visible desde aquí. Eso habría sido demasiado perfecto. Sin embargo, las vistas eran bastante buenas.

Sonreí.

Decir que eran bastante buenas era quedarse corto. La mayoría de los neoyorquinos tenía que pagar mucho dinero para disfrutar de una vista como esta. Yo, en cambio, ganaba mucho dinero solo por sentarme aquí arriba. Hoy era un día de verano perfecto y los contornos de los rascacielos se recortaban nítidamente contra el cielo azul.

Nueva York era simplemente la mejor ciudad del mundo. No cabía duda de ello. Y yo tenía el privilegio de proporcionar noticias a esta ciudad y determinar, con mi programación televisiva, de qué se hablaba.

Tenía el mejor trabajo del mundo.

De nuevo di tanto impulso a mi silla de oficina que giré 180 grados. Ahora volvía a mirar la pantalla. Fruncí el ceño irritado. Las líneas

rojas no habían desaparecido. Al contrario, parecían haberse multiplicado.

—Bueno, hermanito, ¿cómo va todo? —En ese mismo instante, la persona que menos quería ver en el mundo entró marchando en mi oficina y se plantó sonriendo frente a mí. Sonriendo y... ¿masticando chicle?

¿En serio el tío tenía un chicle en la boca?

—¿Qué haces aquí? —saludé a mi hermano Grimshaw. O mejor dicho: a mi hermanastro Grimshaw. Para ser exactos: a mi hermanastro ilegítimo Grimshaw. Le daba mucha importancia a esa distinción, aunque no siempre llamaba así a Grimshaw. Mi padre se refería a Grimshaw simplemente como mi hermano, y así se había establecido en nuestra familia a lo largo de los años.

—Solo quería ver cómo te va. Al fin y al cabo, desde hace poco tenemos prácticamente el mismo trabajo. —Grimshaw hizo una pompa con el chicle. Observé incrédulo cómo se formaba una gran burbuja.

Plas.

La burbuja explotó. El chicle quedó pegado en la barbilla y la nariz de Grimshaw. Imperturbable, mi hermano —o mejor dicho: mi hermanastro ilegítimo— levantó una mano, despegó los hilos de chicle de su cara y se metió todo de nuevo en la boca. Me estremecí de asco.

—¿Hay algún problema? —quiso saber Grimshaw.

Sí.

Había un problema.

El problema estaba justo delante de mí. Aunque yo era el CEO de *Hudson Broadcasting*, la empresa ya no era tan grande como hace poco. Mi padre había dividido la compañía y había transferido la mitad de los canales a Grimshaw.

Entiéndelo, Tanner, quiero tratar por igual a mis dos hijos.

Sacudí la cabeza con repugnancia.

—¿No tienes nada que hacer? —le pregunté a Grimshaw—. Como dices, tenemos prácticamente el mismo trabajo. En mi escritorio se acumula el trabajo y puedo imaginar que en el tuyo pasa algo similar. ¿Cómo es entonces que estás aquí en lugar de en tu oficina? —Grimshaw se había quedado también con el segundo edificio de *Hudson Broadcasting* junto con la mitad de los canales.

Lo has hecho bien, Tanner. Mantén la calma, sé cortés y no te dejes provocar. Así conseguirás que Grimshaw salga de tu oficina lo antes posible y no iniciarás una discusión familiar. Tu madre ya tiene suficientes preocupaciones sin que tú discutas con tu padre.

—Todo es cuestión de organización —sonrió Grimshaw—. Papá no solo me ha transferido el control de los canales, sino que también me ha proporcionado a su excelente secretaria Maryan.

Con eso, mi hermano tocó una herida abierta. Yo todavía no tenía secretaria. Aunque me encantaría contratar a una, hasta ahora ni siquiera había encontrado tiempo para ello. Maryan antes manejaba todos los hilos aquí. Ahora estaba sentada en la antesala de Grimshaw y yo tenía que ocuparme personalmente de pequeñas

molestias como pantallas rotas y organización de viajes, en lugar de emplear mi capacidad de trabajo exactamente donde se necesitaba.

—Es que me quiere al menos tanto como a ti. —Grimshaw seguía sonriéndome ampliamente. Si yo estaba decidido a no dejarme provocar, Grimshaw parecía decidido a provocarme—. Aunque no lleve el apellido correcto y no sea un Hudson, tengo los genes correctos. En ese sentido, soy un Hudson. Nuestro padre nunca ha dejado lugar a dudas.

Suspiré profundamente. —Seguro, Grimshaw, seguro. No lo ha hecho. Todos lo saben. ¿Y qué? —Miré aburrido a mi hermano. Hermano, hermanastro, hermanastro ilegítimo. Lo que fuera. El tío era el otro hijo de mi padre y un maldito incordio.

—Solo quería saber tu opinión al respecto. —Grimshaw volvió a hacer una pompa con el chicle. Esta vez, sin embargo, la absorbió antes de que pudiera explotar.

—Opino que deberías preocuparte más por tu trabajo en vez de buscar aquí la confirmación que necesita tu frágil ego. —Mi paciencia con Grimshaw se había agotado—. ¿O acaso no estás realmente interesado en el trabajo? —Miré a Grimshaw de manera significativa —. Admítelo. Solo querías los canales.

Grimshaw soltó una risa burlona. —Puedes ahorrarte tus estúpidas insinuaciones, hermanito.

—¿Estúpidas insinuaciones? También es una forma de lidiar con la verdad. —Me levanté y miré a mi hermano desde arriba. Grimshaw podía compartir la mitad de sus genes conmigo, pero no había crecido tanto como yo. Aunque nunca lo hubiera admitido, yo sabía perfectamente que eso siempre le había molestado—. A diferencia de nuestro padre, yo también conozco tus lados malos. No te

interesa la industria televisiva. Solo no querías que yo me quedara con todos los canales y siguiera los pasos de papá. Por eso fingiste que de repente también te interesaba el trabajo de papá y le convenciste para que te diera tu "parte". —Miré a Grimshaw con desprecio.

Pero a él no parecían afectarle mis palabras. —¿Y qué? ¿Estás enfadado porque puedo enredar a nuestro padre más fácilmente que tú?

Negué con la cabeza. —No estamos en el parvulario, Grimshaw. Tengo un programa que hacer y trabajo que completar. ¿Podrías ahora, por favor, sacar tu precioso trasero de mi oficina y dejarme hacer mi trabajo?

—No te sientas demasiado seguro. —Grimshaw me miró desde abajo. Sus ojos se estrecharon de repente hasta convertirse en pequeñas rendijas. Así era exactamente como solía verse de niño, justo antes de arrojar su bicicleta a mis pies y luego correr llorando hacia su madre para acusarme. Por lo general, mi padre acababa echándome un sermón y diciéndome que debía dar la bienvenida a Grimshaw en la familia. Que él formaba parte de nosotros.

Sonreí ante ese pensamiento.

—Tengo trabajo que hacer, Grimshaw. —Realmente no quería profundizar en el tema. Lo que más deseaba era no volver a ver a mi hermanastro ilegítimo. Ya había conseguido lo que quería. Así que ya no teníamos por qué cruzarnos y no nos encontraríamos excepto en las celebraciones familiares, como los cumpleaños de mi padre.

—Toda mi infancia he sido tratado como una rueda de repuesto. Y eso es lo que era. Pero se acabó. Voy a conseguir todo lo que me corresponde. Todo. Tengo los canales y te demostraré a ti y al

mundo que hago un programa mejor que tú. Se lo demostraré a nuestro padre. —Grimshaw cruzó los brazos sobre el pecho y me miró desafiante.

En ese momento, deseé ser yo quien tuviera un chicle en la boca. Entonces habría formado una enorme burbuja y la habría hecho explotar. Para mostrarle a Grimshaw lo mucho que me aburría su cháchara.

—Bla, bla, bla —dije en su lugar—. Has recibido tanto como yo, Grimshaw. Eres el jefe de exactamente la mitad de la empresa. ¿Por qué no te basta con eso?

—Voy a arrebatarte los premios delante de tus narices. El premio a la mejor reportaje neoyorquino. Todo. Ya verás.

Fruncí el ceño. El premio al mejor reportaje neoyorquino era el galardón televisivo más codiciado de Nueva York. Los canales de mi padre lo habían ganado cada año. Año tras año. No era de extrañar, pues apenas había competencia digna de mención. Y los canales de fuera, bueno, simplemente no sabían lo que significaba ser un neoyorquino. Por eso sus reportajes siempre quedaban por detrás de los de los canales locales.

Yo quería ganar a toda costa el premio al mejor reportaje neoyorquino. Precisamente por eso había comenzado antes a escribir un correo electrónico a la oficina de la Primera Dama, Meghan Dean.

—Tú has tenido todo durante toda tu vida. Naciste con una cuchara de oro en la boca. Solo las mejores escuelas, solo los mejores trabajos, solo las mujeres más hermosas. Pero a partir de ahora... todo eso será mío. —Grimshaw quería sonar amenazante, pero lo que salió de su boca sonaba más bien como el de un niño pequeño.

Se me escapó una risa. —Estás celoso. Verde de envidia, eso es lo que estás. —Sacudí la cabeza—. Mujeres. Sinceramente, Grimshaw, ¿hace tiempo que no follas? —Me incliné hacia delante y le susurré a mi hermano—: Hay suficientes lugares aquí en Nueva York donde cualquier hombre puede encontrar una mujer. Cualquiera. No importa lo pequeño y miserable que sea.

Grimshaw se puso rojo como un tomate. —Quien ríe último, ríe mejor.

Sonreí a mi hermanastro. —Puede ser. Pero no necesariamente es el que tiene el mejor sexo.

Grimshaw se había recuperado. Hizo una pompa con su chicle. —¿Y cómo conoces tú esos lugares donde cualquier hombre puede encontrar una mujer? Seguro que has estado allí a menudo. —Soltó una risita—. El gran Tanner Hudson paga por sexo. Quién lo hubiera pensado.

Apreté los puños. Hasta ahora había tomado el asunto con relativa calma. Estaba acostumbrado a la rivalidad fraternal y las pullas desde la más tierna infancia. Pero ahora ya era suficiente. Agarré a Grimshaw por el cuello y lo arrastré hacia la puerta. —¡Vas a salir de mi oficina ahora mismo! ¡No quiero verte aquí más!

El tipo realmente me había sacado de quicio hoy. En toda nuestra vida nunca había conseguido superarme. Yo había sacado mejores notas, era mejor deportista, había tomado mejores decisiones empresariales y producido mejores reportajes. Y sí, en el pasado había llevado a casa a las mujeres más guapas. Grimshaw siempre las miraba con ojos codiciosos por encima de la mesa, y cada vez mis novias me preguntaban quién era ese tipo tan inquietante. ¿Un pervertido?

Sonreí al pensarlo.

Pero como trabajaba tanto, ya no había llevado a ninguna mujer a casa. No tenía tiempo para mujeres. Solo para sexo.

Ahora empujé a Grimshaw fuera de la puerta. —Has recibido más de lo que podrías haber esperado con tu miserable rendimiento. ¿Nací con una cuchara de oro en la boca? Sí, pero después trabajé duro para merecérmela. Tú no has logrado nada hasta ahora. Solo eres el hijo de nuestro padre por casualidad. —Con estas palabras solté a Grimshaw.

—No te alegres demasiado pronto. —Grimshaw me miró con tanto odio como antes. Luego se dio la vuelta y salió de mi vacía antesala.

Casi.

En la puerta se volvió una vez más. —Cuando tengas una secretaria sentada aquí, me la tiraré. Me la follaré hasta que pierda el sentido. Y entonces me revelará todos tus sucios secretos.

Grimshaw abandonó la oficina definitivamente.

Resoplé con desprecio.

Menudo fanfarrón.

Tenía cosas realmente más importantes que hacer que lidiar con él. Tenía una empresa que dirigir.

Con pasos decididos volví a mi escritorio. En ese momento sonó mi móvil.

Mi padre.

—Papá. Qué alegría saber de ti. —Siempre saludaba a mi padre con la misma frase hecha. No éramos especialmente cercanos.

—Tanner. ¿Cómo va el negocio? —quiso saber mi padre.

—Todo perfecto —mentí, mirando fijamente mi monitor, que seguía cubierto de líneas rojas horizontales.

—Me alegro. —Mi padre se aclaró la garganta—. Tanner, Grimshaw me ha comunicado que hoy quería visitarte.

—Vaya, así que eso ha hecho. —No iba a contarle a mi padre la conversación con mi hermano. Papá siempre había tenido mala conciencia cuando se trataba de Grimshaw. El hijo que había engendrado y que, sin embargo, siempre había quedado en segundo lugar.

—No vuelvas a provocarle. —La voz de mi padre sonaba indefinible. ¿Era una petición? ¿O una orden?

—Papá, yo nunca he provocado a Grimshaw. ÉL es el provocador. Y además un manipulador muy hábil. Siempre ha aprovechado tu mala conciencia. —Bueno, alguien tenía que decirle la verdad a mi padre alguna vez. ¿Y quién iba a ser si no yo?

—Tanner. —Mi padre suspiró audiblemente—. No otra vez. No hay ninguna razón por la que debas estar celoso de Grimshaw. De verdad. Tienes la mitad de la empresa. Él tiene la otra mitad. Es lo justo. ¿Por qué no puedes aceptarlo y permitir que él también tenga algo por una vez?

¿Qué?

¿Estaba en una película equivocada?

—Puede quedarse con la mitad de la empresa —rechine los dientes —. Solo que no se va a conformar con eso. Seguirá haciéndote sentir culpable. Hasta que le des todo. Solo estará satisfecho cuando yo no tenga nada y él lo tenga todo. Probablemente ni siquiera entonces estará satisfecho.

—Tanner. —Mi padre suspiró de nuevo—. Ya hemos discutido esto muchas veces. Grimshaw no lo ha tenido fácil y debo hacer todo lo posible para compensar lo que ha sufrido.

—Grimshaw es un adulto, papá. Igual que tú y yo. —Negué con la cabeza, lo que mi padre, por supuesto, no podía ver—. Y tiene bastante dinero, gracias a ti. Así que no puede haberlo pasado tan mal.

—No lo entiendes, Tanner. —Mi padre no cedió ni un milímetro.

Ahora se me acabó definitivamente la paciencia. —No, no lo entiendo. Si Grimshaw fuera un empleado de esta empresa, ya lo habría despedido por su comportamiento. TÚ ya habrías despedido a un empleado así. Pero a Grimshaw, como recompensa, ¡le das unos cuantos canales de televisión que puede llevar a la ruina!

—Estoy seguro de que nos sorprenderá a todos. —Mi padre se mantenía firme con Grimshaw.

—La pregunta es cómo. —Apreté los puños.

—Sé amable con Grimshaw. Es parte de la familia —me regañó mi padre. Había escuchado esta frase toda mi vida.

—Deberías hablar con Grimshaw y darle a ÉL una charla sobre los buenos modales. Si me disculpas, papá, ¡tengo cosas que hacer! — Con estas palabras terminé la conversación.

Furioso, tiré el móvil sobre mi escritorio. Las líneas rojas bailaban de un lado a otro en la pantalla.

¿Es que nadie quería dejarme trabajar en paz?

Realmente era hora de que pensara en otra cosa.

Necesitaba urgentemente distraerme.

Preferiblemente con una mujer.

Capítulo 3

Elaina

Llegué jadeando al edificio de *New York Broadcasting* sujetándome los costados. Había corrido desde la estación de metro hasta aquí. Por supuesto, no había servido de nada. Una rápida mirada al reloj me mostró que, a pesar de mi carrera, llegaba más de media hora tarde. Respiré profundamente y me preparé para que mi jefe no me recibiera precisamente con alegría.

¿Cómo iba a justificar mi retraso? Por supuesto, no había mencionado mis deudas con un prestamista sin escrúpulos durante la entrevista. Tampoco tenía intención de contárselo a nadie ahora. Eso no era asunto de nadie aquí. Aunque solo tenía deudas porque había necesitado ayuda en una situación desesperada, al final eso no le importaría a nadie. Siempre sería la que tenía deudas con un tipo sospechoso y no sabía manejar el dinero. La persona en quien no se podía confiar.

Mi respiración se había calmado bastante, así que entré en el rascacielos algo anticuado. El área de recepción estaba limpia pero decorada con estilo pasado de moda: sofás de cuero marrón desgastados, un mostrador de recepción de roble y algunas plantas

desalentadas. El moderno lector de tarjetas montado en una columna destacaba en aquel extraño conjunto.

Blip.

Pasé mi identificación de empleada por el lector.

—Buenos días —la compañera de recepción me saludó con un gesto.

—Buenos días. Lamento haberme retrasado —me disculpé.

La compañera se encogió de hombros. —No tiene que justificarse ante mí. —Luego suspiró brevemente—. Buena suerte entonces.

—Gracias —respondí, aunque no tenía ni idea de lo que significaba su último comentario. ¿Para qué necesitaba buena suerte? ¿Para hacer mi trabajo? Me sentía perfectamente capaz, aunque hoy fuera solo mi segundo día.

Entré en el ascensor que me llevó arriba, donde mi jefe tenía su oficina. Con cuidado, entré en la antesala que desde ayer era mi territorio. Nadie me estaba esperando. Mi jefe parecía no haber llegado todavía a la oficina.

Exhalé aliviada. Me había preocupado innecesariamente de que notara mi retraso y me recriminara por ello.

¡Él mismo aún no había llegado!

Y quien no es tan estricto con su propia puntualidad, seguramente también será tolerante cuando sus empleados lleguen tarde alguna vez.

Por primera vez en el día, me sentí un poco más animada. Encendí mi ordenador y abrí el programa de correo electrónico. No tenía nuevos emails. Como solo llevaba desde ayer en la empresa, no me parecía demasiado sorprendente. La mayoría de los compañeros ni siquiera sabían todavía que yo existía.

Luego revisé los emails de mi jefe. Aquí tampoco había nuevos correos. Fruncí el ceño. ¿Seguro que esto era normal? El CEO de una empresa tan grande recibía correos constantemente, ¿no? Algunos importantes, muchos menos importantes y muchos más completamente irrelevantes. Mi trabajo era distinguir lo importante de lo que no lo era y aliviar a mi jefe tanto como fuera posible.

Seguramente había algún problema con mi ordenador. Primero cerré el programa de correo electrónico y lo volví a abrir. La bandeja de entrada de mi jefe seguía vacía. Miré desconcertada la pantalla.

Lo mejor sería reiniciar el ordenador.

Con tres clics inicié este proceso.

En ese momento sonó mi móvil.

Fuerte y penetrante.

¡Oh, maldición! Con todas las prisas de esta mañana, había olvidado poner el dichoso aparato en silencio.

Por suerte, mi jefe aún no estaba en la oficina.

Independientemente de lo tolerante que fuera, un móvil sonando no era bien recibido en la mayoría de las oficinas.

Rápidamente agarré el smartphone. En realidad quería rechazar la llamada, pero al ver el nombre de Amanda en la pantalla, cambié de opinión. Mi mejor amiga raramente llamaba. Y en el futuro llamaría aún menos, ya que pronto se mudaría a Montana con su marido. La empresa de Jordan tenía un enorme proyecto minero en marcha allí. Precisamente Montana. ¿Qué había allí aparte de terreno, montañas y algunas personas? Sacudí la cabeza ante la idea de cambiar Nueva York por un entorno así. Pero Amanda estaba llena de ilusión.

—Amanda, hola —saludé ahora a mi antigua compañera de piso.

—Hola Elaina. No quiero molestarte mucho tiempo, seguro que estás en el trabajo —la voz de Amanda sonaba alegre.

—Sí. Pero pensé que si llamas, debe ser importante. ¿Ha pasado algo? —A pesar del tono alegre de Amanda, estaba un poco preocupada.

—No, no, todo está bien. Estamos terminando de cerrar las últimas cajas. Luego vendrá la empresa de mudanzas y se llevará todo. En tres días nos vamos. —Amanda se rio—. Estoy tan emocionada. Por fin vuelvo al campo. Ya sabes que crecí en Kentucky, y aunque amo Nueva York como ninguna otra ciudad, siempre he echado un poco de menos la vida rural.

—Me lo puedo imaginar. —Eso era solo medio mentira. Yo era una neoyorquina de pura cepa y no tenía ni idea de cómo se sentía uno cuando echaba de menos la vida rural. Pero podía imaginarme perfectamente lo mucho que echaría de menos Nueva York si de repente tuviera que vivir en el campo. Y así debía sentirse Amanda.

—¡Antes de que eso suceda, quiero salir de fiesta contigo una última vez! —Amanda volvió a reír—. Y por eso te llamo. Te conozco. Si

solo te mando un mensaje, cancelarás con alguna excusa. Para estas cosas tengo que pillarte. Así que, ¿qué haces esta noche?

—¿Esta noche? —pregunté, alargando las palabras—. ¿No tienes que cuidar de Danny? —Danny era el hijo pequeño de Amanda.

—He reservado una niñera y me concedo una noche libre. —Aunque no podía ver a Amanda, casi podía sentir su sonrisa a pesar de la distancia—. Además, Jordan también estará en casa ordenando los últimos documentos. No te preocupes, puedo salir sin ningún problema. De todos modos, será la última vez en mucho tiempo. Por muy bonito que sea Montana... no espero encontrar clubes fantásticos allí.

Ahora me reí yo también. —Probablemente no.

—Además, es hora de que salgas, Elaina. En las últimas semanas y meses solo has estado deprimida. —Amanda ahora sonaba un poco preocupada.

—Yo... —empecé y luego me detuve. De repente ya no sabía qué decir.

—Desde que lo tuyo con ese tipo no funcionó hace unos meses, te has encerrado completamente. Primero usaste como excusa esa operación, luego la búsqueda de trabajo, luego cualquier otra cosa. Esto no puede seguir así. En serio, Elaina, ese tío no vale la pena. Tienes que volver a salir —ordenó Amanda con energía.

—Sí... tienes razón. De alguna manera, todo esto me ha afectado bastante —admití. Las palabras de Amanda trajeron todo de nuevo a la superficie. El tipo. Mi último novio.

—Ni siquiera era realmente tu novio, ¿verdad? Solo os visteis unas cuantas veces y acabasteis en la cama. Fue bonito y bueno y maravilloso, y luego simplemente no pasó nada más. Eso ocurre. No tienes por qué guardar un año de luto. No te hace bien. Créeme. —Amanda dio en el clavo.

Y por eso mismo sus palabras me dolían tanto. Sí, desde fuera parecía como Amanda lo describía. Había conocido a un hombre atractivo y encantador, entre nosotros hubo química instantánea —o al menos eso creía yo—, acabamos en la cama y todo parecía indicar que estábamos juntos.

En mi cabeza estábamos juntos.

Pero entonces, de un momento a otro, se despidió de mí. Y lo hizo sin darme realmente una explicación o hablar conmigo. Simplemente me dijo que no éramos compatibles y que no tenía sentido continuar nuestra historia.

Lo miré incrédula.

Antes de que pudiera hacer una pregunta, ya había salido por la puerta. Y desde entonces, preguntas y más preguntas se acumulaban en mi cabeza. ¿Por qué creía que no éramos compatibles? ¿Y por qué no había hablado conmigo sobre ello? ¿Quizás todo era solo un malentendido que se podría aclarar rápidamente? Simplemente no me dio ninguna oportunidad. ¿Por qué no? ¿Solo había jugado conmigo y en realidad tenía a otra todo el tiempo? ¿O llevaba una doble vida? ¿Me había engañado con su esposa y simplemente había vuelto con ella?

—Ahora vuelves a pensar en él —interrumpió Amanda mis pensamientos.

Me sobresalté, sorprendida. —No, no realmente, solo...

—No tienes que justificarte conmigo, Elaina —me tranquilizó Amanda—. Solo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé —asentí.

—Nos vemos esta noche a las 9. Pasaré a recogerte —anunció Amanda—. Sin discusiones. Hoy vamos a pasarlo en grande una última vez. —Se rio alegremente—. Y no te preocupes, yo invito. Solo tienes que traer buen humor. Las malas noticias están prohibidas esta noche.

Amanda siempre había sido extremadamente generosa. Me habría prestado el dinero para la operación. Es más, incluso habría insistido en regalármelo. Y exactamente por esa razón no le había pedido ayuda a mi mejor amiga. No quería depender de las limosnas de otras personas.

Fugazmente, me pasó por la cabeza que tal vez esa no había sido una buena idea después de todo. Ahora tenía a Finny encima.

Aparté ese pensamiento de nuevo.

Para mis propios problemas tenía que encontrar mis propias soluciones en lugar de confiar en que Amanda las encontrara por mí. Al fin y al cabo, ya no era una niña pequeña. Las deudas con Finny eran culpa mía y yo misma las pagaría. Además, el dinero de Amanda no era realmente su dinero. Era el dinero de su marido Jordan.

—A las 9 en mi casa. Y vamos a pasarlo en grande —confirmé.

—Me alegro. Hasta esta noche —se despidió Amanda.

—¡Para pasarlo en grande, no necesita esperar hasta esta noche! ¡Ahora mismo va a pasar algo grande aquí! —Las palabras resonaron como un trueno por la oficina. Asustada, dejé caer mi móvil.

En la puerta estaba mi jefe mirándome furioso. Su cara se había puesto roja como un tomate.

Me levanté de un salto. —Sr. Kershaw, discúlpeme por favor... Puedo explicarlo todo... —balbuceé y sentí cómo me subían los colores a la cara.

Emmett Kershaw me miró desde abajo. Sólo entonces me di cuenta de lo bajo que era realmente mi jefe. Rápidamente me senté de nuevo. De ninguna manera quería enfadar aún más al Sr. Kershaw.

—¿Ah sí? No necesita explicarme nada. He oído todo y lo he visto con mis propios ojos. ¡Mantiene conversaciones privadas durante el horario laboral y queda para fiestas salvajes por la noche! ¡No se le paga por eso! —Emmett Kershaw se puso aún más rojo. El color subió hasta su cabeza calva.

—Fue una excepción. —Hice lo mejor que pude para darle una explicación al Sr. Kershaw—. Mi mejor amiga se muda de Nueva York a finales de semana y...

—...así que quiere pasarlo en grande una última vez —completó irónicamente el Sr. Kershaw mi frase—. Entonces puedo prepararme para que mañana llegue tan tarde como hoy.

¿Cómo sabía que hoy había llegado tarde?

El Sr. Kershaw obviamente había leído la pregunta en mi cara. —Afortunadamente, cada mañana pido en recepción las horas de fichaje de mis empleados. ¡Y por eso sé exactamente que hoy ha llegado más de media hora tarde! ¡En su segundo día de trabajo!

—Hubo un problema esta mañana, yo... —empecé de nuevo a explicar.

—Déjeme adivinar. —El Sr. Kershaw simplemente no me dejaba terminar—. Anoche lo pasó en grande, se despertó con una resaca terrible junto a un tipo extraño en la cama y no sabía ni dónde estaba ni qué hora era. Luego decidió dar rienda suelta a su lujuria otra vez.

Miré a mi jefe sin palabras. Podía entender que estuviera enfadado por mi retraso. En realidad había querido ofrecerle quedarme una hora más esta noche, pero ni siquiera me había dado la oportunidad. Sus acusaciones eran el colmo.

¿Cómo podía insinuarme tales cosas?

—Y esta noche pasará lo mismo. Solo que se despertará junto a otro hombre. —Emmett Kershaw prácticamente escupió las palabras en mi dirección—. Conozco a mujeres como usted. No os importan los hombres y solo los utilizáis.

—Eso no es cierto en absoluto —protesté. Mi cerebro tenía dificultades para seguir las palabras del Sr. Kershaw. ¿Cómo se atrevía a hacerme tales insinuaciones y sacar tales conclusiones? ¿Todo eso solo porque había llegado tarde y quería salir con mi amiga esta noche?—. Puedo recuperar esa media hora, por supuesto. Incluso esta noche si quiere.

El Sr. Kershaw resopló con desprecio. —La observaré muy de cerca en el próximo tiempo. Si su comportamiento no cambia rápidamente, puede buscarse un nuevo puesto. Y de inmediato.

Me sobresalté asustada. ¿Un nuevo puesto?

—Por favor, Sr. Kershaw, realmente necesito este trabajo. Quiero decir, necesito el dinero y... —De nuevo no pude terminar mi frase.

—Dinero. Dinero. Dinero. Es lo único que les interesa a las mujeres como usted. No queréis trabajar. Solo queréis dinero. Tal vez encuentre un puesto donde pueda ser tan perezosa como corresponde a su naturaleza y encima le paguen por ello. —Con estas palabras, una pequeña gota de saliva salió volando de la boca de Emmett Kershaw y aterrizó en mi mejilla.

Asqueada, levanté la mano para limpiar la saliva de mi jefe de mi cara.

—¡Póngase a trabajar, por favor! —ordenó Emmett Kershaw.

Acerqué mi silla a la pantalla y agarré el ratón. Luego abrí el programa de correo. El Sr. Kershaw rodeó el escritorio y miró mi pantalla.

—No ha recibido ningún correo. ¿Qué demonios hizo aquí ayer? —siseó. Una gotita de saliva aterrizó en mi mano.

—Algo no funciona bien en el ordenador —expliqué, esperando fervientemente que el Sr. Kershaw entendiera mis palabras—. Ayer activé el acceso a su buzón. Pero tampoco hay correos allí.

El Sr. Kershaw resopló. —Eso es normal. Raramente recibo emails. ¿Para qué tengo empleados? LOS he contratado para que trabajen y preparen propuestas de decisión para mí. No quiero que me molesten con cada pequeñez que surge. Los detalles no me interesan en absoluto. ¿Emails? No, no quiero eso.

¿Un jefe que no estaba interesado en lo que pasaba en su empresa? ¿Que exigía rendimiento absoluto de sus empleados y no estaba ahí para ellos cuando lo necesitaban?

Nunca había visto algo así.

—Y ahora póngase a trabajar de una vez. Quiero ver resultados. Aquí cuenta el rendimiento, no la mera presencia. Cualquiera puede estar sentado en una silla. Si quiere conservar su trabajo, empiece ya. De lo contrario, estará despedida al final de la semana y tendrá que pedir apoyo a sus amantes. —Emmett Kershaw se rio con sorna.

Tragué saliva y bajé la cabeza. Lo mejor era no decir nada más.

Mi sueño de trabajar en una cadena de televisión parecía haberse convertido en una pesadilla en cuestión de minutos.

Pero no podía permitirme perder este trabajo.

¿Cómo iba a pagar mis deudas con Finny si no?

Capítulo 4

Tanner

—¡Ta! —Mi grito resonó por toda la sala. Al mismo tiempo, mi mano golpeó con precisión el saco de arena, justo a la altura de mi hombro.

Clang.

El saco se balanceó hacia la izquierda y levanté mi otra mano para detener su movimiento. Poco después, volví a prepararme.

—¡Ta!

Clang.

Esta vez, el saco fue detenido antes de que pudiera levantar mi mano.

—Hoy vas con todo, colega. —Mi amigo Rory asomó la cabeza por detrás del saco de arena.

—Tengo que estar en buena forma. El campeonato del club ya no está tan lejos —respondí mientras me colocaba nuevamente en posición.

—Eso mismo dijiste hace dos días. Sin embargo, no te esforzaste tanto. —Rory soltó el saco de arena.

—¡Ta!

Clang.

Mi golpe salió bien, pero aún no era perfecto.

—Necesito tu ayuda, Rory —anuncié sin mirar a mi amigo. Mis ojos estaban fijos exactamente en el punto del saco donde debía impactar mi mano.

—¿Para el campeonato del club? —preguntó Rory—. Me temo que ahí no puedo ayudarte mucho. Como siempre, seré eliminado en la primera ronda. Por supuesto, vendré a animarte, eso ni se cuestiona.

—No me refiero a eso. —Hice una pausa y miré a mi amigo. Rory no solo era mi mejor amigo, sino también mi abogado, quien gestionaba todos mis asuntos legales—. Ese idiota me ha visitado hoy en la oficina. Y ha anunciado que quiere hundirme.

—¿De quién hablas, colega? —quiso saber Rory.

—De Grimshaw, por supuesto —gruñí, teniendo que contenerme en ese momento para no golpear con furia el saco de arena. Toda la rabia que había reprimido esta mañana salía ahora a la superficie. No había querido concederle a Grimshaw el triunfo de verme perder

la compostura delante de él. Pero ahora estaba a solas con Rory y no tenía que esconder nada.

—Grimshaw. Ese tipo nunca se da por vencido. —Rory frunció el ceño.

—Quiere arruinar la reputación de la familia. —Resoplé—. Hasta hoy no puede aceptar que nació de una aventura de mi padre. Mi madre y la madre de Grimshaw quedaron embarazadas prácticamente al mismo tiempo y mi padre decidió quedarse con nosotros. —Al menos así me lo habían contado, y no tenía razones para dudar de esa historia.

—Sin embargo, a Grimshaw no le ha faltado de nada en su vida —comentó Rory—. Si te he entendido bien, tu padre lo ha mantenido económicamente y siempre se ha preocupado por él.

—Claro que lo ha hecho. Pero para Grimshaw nunca fue suficiente. Sigue sufriendo porque no lleva el mismo apellido que yo. Si fuera por él, intercambiaríamos lugares. —Negué con la cabeza—. Simplemente es incapaz de aceptar los hechos. Las cosas son como son. El pasado no se puede cambiar.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —Rory se rascó la cabeza, desconcertado.

—Grimshaw ahora tiene la mitad de las empresas de mi padre —le expliqué.

—Legalmente eso es completamente sólido —respondió Rory—. A menos que tu padre tuviera un abogado totalmente incompetente. Pero no creo que ese sea el caso.

Hice un gesto con la mano para restarle importancia. —Ni siquiera me refiero a eso. Mi padre puede hacer lo que quiera con las empresas y ni siquiera me opongo a que Grimshaw reciba la mitad. Si así es, pues así es. Al contrario que él, yo puedo aceptar este hecho.

—¿Pero? —Rory me conocía lo suficientemente bien para saber que eso no era todo.

—Es y seguirá siendo un capullo. —Con un breve gesto de cabeza, le indiqué a Rory que soltara el saco de arena.

—¡Ta!

Clang.

El golpe fue mejor que el anterior, pero aún no era perfecto. Bueno, todavía quedaba algo de tiempo para entrenar antes del campeonato del club. Rory había vuelto a sujetar el saco de arena.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras Grimshaw se expande por todas partes. —Miré a Rory con furia.

—Es comprensible, colega. Pero aún no entiendo qué es exactamente lo que planeas. —Rory se encogió de hombros, confundido.

—Quiero comprar *New York Broadcasting*. —Ya está. Ya lo había dicho.

—¿*New York Broadcasting*? —Rory se rascó la cabeza.

—Grimshaw seguramente también querrá expandirse. Estará interesado en *New York Broadcasting* aunque solo sea porque no quiere que yo me haga con el negocio. Con eso basta. —Volví a resoplar—. Y no lo voy a permitir de ninguna manera. —Cerré mis manos en puños. De nuevo, le indiqué a Rory que soltara el saco de boxeo y me preparé.

—¡Ta!

Clang.

—¿A quién pertenece el negocio? —preguntó Rory.

—A Emmett Kershaw. —Me pasé la mano por la frente. El entrenamiento de hoy había sido bastante intenso.

Rory gimió. —Ese tipo aparece en todas partes.

Sonreí. —Es cierto. —Cualquier empresario de Nueva York sabía en qué proyectos había metido mano Emmett Kershaw a lo largo del tiempo. Inmobiliarias. Hoteles. Y ahora *New York Broadcasting*.

—¿Estás seguro de que quiere vender? —Rory sonrió—. Alguna empresa querrá conservar y llevar al éxito.

—¿Qué empresa podría ser esa? —Sonreí también—. Ese tipo lo echaría todo a perder. Ni siquiera se le podría confiar una guardería de gatos.

Rory se echó a reír.

—Probablemente no quiera vender. Al menos no ahora. Pero conociéndolo, olerá sangre tan pronto como le haga una oferta. Entonces intentará subir el precio. Y ahí es exactamente donde necesito tu ayuda. —Miré a Rory de manera significativa.

—Puedes contar conmigo, colega. Pero sigo sin saber exactamente qué debo hacer. —Rory soltó el saco de arena y me miró atentamente.

—Encargaré un peritaje. Un auditor examinará a fondo *New York Broadcasting*. Las cifras de la emisora están accesibles públicamente, así que no debería ser demasiado difícil demostrar que va cuesta abajo lenta pero constantemente. —Volví a sonreír—. Con el peritaje y tus habilidades de negociación, el trato será perfecto.

—¡Ta! —Mi grito fue más fuerte que nunca.

Clang.

Esta vez quedé bastante satisfecho con mi golpe.

—Casi tan bueno como Glimshaw, Tannel. —Las palabras tenían un ligero acento asiático. Me giré. Ante mí estaba Kazuhiro, el propietario del club de kárate.

—Ayel obselvé a Glimshaw. Lealmente está ploglasando mucho. Pelo tú tampoco estás mal. —Kazuhiro me hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Has mejorado bastante.

¿Casi tan bueno como Grimshaw?

Apreté los puños.

Desgraciadamente, mi hermanastro entrenaba en el mismo club que yo. Nuestro padre nos había inscrito aquí hace años, cuando estábamos en el instituto. Creía que un hobby compartido nos uniría más.

Nada más lejos de la realidad.

Solo había contribuido a convertirnos en enemigos y competidores acérrimos.

—Glimshaw tiene buenas posibilidades pala el campeonato del club. —Kazuhiro asintió enérgicamente.

—¡Ta! —Mi grito se convirtió ahora en un rugido.

Clang.

—Demasiado emocional, Tannel. —Kazuhiro me miró con reproche —. En el kálate siemple tenemos las emociones bajo contlol.

Solo resoplé y apreté los puños.

No te preocupes, Tanner. Esto es solo un entrenamiento. No el campeonato. No se trata solo de ser bueno, sino de poder rendir en el momento decisivo. Y lo harás. Vencerás a Grimshaw. Él no es el mejor karateka de este club. De ninguna manera.

Exhalé el aire que había estado conteniendo. —Ya le enseñaré a Grimshaw. —Que mi hermano recibiera la mitad de la empresa, como le correspondía, era una cosa. Que yo perdiera contra él en un combate era otra muy distinta. Eso no podía ocurrir de ninguna manera. NO ocurriría de ninguna manera.

—Gracias por tus consejos —le espeté a Kazuhiro—. Si has terminado de alabar a Grimshaw, podrías ocuparte de los aparcamientos del club. Otra vez he tenido que aparcar en la calle porque atrás no quedaba nada libre. ¿Se supone que este es el club de kárate más exclusivo de Nueva York y ni siquiera tiene una barrera?

Kazuhiro levantó las manos apaciguadoramente. —La mayolía de los miemblos encuentlan apalcamiento, Tanner.

—Yo no —repliqué.

—Una ballela cuesta mucho dinelo. Tiene que compensal. —Kazuhiro no estaba dispuesto a atender mi queja—. Glimshaw nunca ha dicho nada.

—YO estoy diciendo algo ahora. ¿No es suficiente? —Miré a Kazuhiro acalorado—. La cuota de socio es lo bastante alta. Por eso espero un aparcamiento. DELANTE de la puerta. DIRECTAMENTE delante de la puerta. —Todos mis empleados sabían que cuando hablaba en ese tono, más les valía seguir mis instrucciones.

Kazuhiro se encogió de hombros. —Ya velemos.

—Colega, realmente deberíamos irnos. —Rory puso su mano en mi hombro—. Por hoy has entrenado suficiente. Deberíamos discutir en detalle nuestra estrategia para el acuerdo con *New York Broadcasting*. Mejor ahora que después.

—Buena idea —respondí. Podía emplear mi tiempo mucho más eficientemente que discutiendo aquí con Kazuhiro. En los próximos días seguiría mejorando mi técnica y estaría en mejor forma que Grimshaw el día decisivo.

Sin importar lo que opinara un maestro de kárate envejecido que ni siquiera consideraba necesario proporcionar suficientes plazas de aparcamiento frente a su club.

Poco después, Rory y yo estábamos en la calle frente al club. Desconcertado, miré el lugar donde había aparcado mi Aston Martin hacía apenas una hora.

Mi Aston Martin One-77.

De este deportivo de lujo solo se habían fabricado 77 ejemplares, tal como indica el nombre. Y uno de esos ejemplares me pertenecía desde hace poco. Había pagado más de un millón de dólares por él. El coche gris plateado con su elegante interior llamaba la atención en todas partes. No cualquiera tenía uno así.

Para ser exactos, como máximo 77 personas en todo el mundo tenían un coche así.

76 personas, si se quiere ser totalmente preciso, porque uno de los coches se había visto implicado en un accidente en Hong Kong hace algunos años y había sufrido daños irreparables.

Estaba orgulloso de mi coche.

Todos tienen sus aficiones, ¿no? Las mujeres tienen colecciones de zapatos, yo tengo algunos coches. Y como había trabajado en la empresa de mi padre desde el instituto, tenía dinero suficiente para permitirme todo lo que quisiera.

Excepto una plaza de aparcamiento justo delante de la puerta del club de kárate.

Por supuesto, podría financiar sin problemas la barrera a Kazuhiro, pero realmente no veía por qué debería hacerlo. Al fin y al cabo, yo no era el propietario del club.

—Colega, no te alteres tanto. —Rory puso su mano en mi hombro—. Tu coche seguramente está en algún depósito y solo espera a que vayas a recogerlo.

—Sí, exacto, en un depósito. Junto a Toyotas sucios y Fords abollados. ¡No fue fabricado para eso! —Furioso, cerré los puños—. Solo porque ese tonto de Kazuhiro es incapaz de instalar una barrera.

—Debería hacerlo —admitió Rory—. Pero, por otro lado, no es la primera vez que tu coche es remolcado. Tienes predilección por aparcar en lugares prohibidos.

Miré furioso a mi amigo. —Se nota que eres abogado. ¡Siempre considerando todas las partes! —Pateé un poste que servía como delimitación lateral para la entrada al aparcamiento de Kazuhiro. El aparcamiento para el que no había barrera. El aparcamiento en el que cualquiera podía aparcar y que por eso siempre estaba desesperadamente lleno.

Rory sonrió. —No te enfades tanto, Tanner. Ya te he dicho que tienes razón. Kazuhiro realmente podría ocuparse de una barrera. Aunque tu coche fue remolcado la semana pasada cuando aparcaste delante del banco porque tenías una cita allí.

—¿Y qué? —Miré a Rory acaloradamente.

—El banco tiene plazas para clientes en un garaje subterráneo. Yo mismo estuve allí hace unos días. Y había bastantes plazas libres. —

Rory me sonrió—. Preferiste aparcar justo delante de la puerta y arriesgarte a que te remolcaran, en vez de meter tu coche en el garaje subterráneo.

—El garaje ni siquiera está en el mismo edificio, sino a media manzana de distancia. Es un enorme rodeo y una pérdida de tiempo terrible —murmuré.

—Está bien, colega, está bien. —Rory levantó las manos apaciguadoramente—. Yo diría que ahora encontramos tu coche y luego hablamos de *New York Broadcasting* y...

—Eso podemos hacerlo mañana —interrumpí a Rory—. Esta noche quiero distraerme y no pensar más en Grimshaw, mi padre y Kazuhiro. ¿Vienes?

—¿Qué tienes planeado? —quiso saber Rory.

—Necesito una mujer —anuncié. Apenas pronuncié estas palabras, mi miembro palpitó ligeramente. Ante mis ojos apareció el rostro de la última mujer con la que me había acostado.

El sexo había sido divino.

Mi miembro latió con más fuerza.

Cuando esa pequeña ninfa me había mirado con sus ojos marrones... simplemente no había podido controlarme y me la había follado otra vez. Y a ella le había gustado. Más que eso. Lo había ansiado.

En la cama habíamos congeniado perfectamente y ese era el único motivo por el que pensaba en ella ahora.

¿Por qué si no?

—¿En qué piensas? —quiso saber Rory.

—En la mujer que desgraciadamente quería hijos —respondí—. Eso realmente me fastidió. El sexo con ella simplemente era grandioso.

—Aún piensas en ella. —Rory me miró con atención—. Quizás deberías hablar con ella una vez más.

—¿Para qué? —repliqué—. No tiene sentido. Simplemente tenemos diferentes ideas de la vida. Yo quiero diversión, ella quiere seriedad.

—Los niños tampoco son tan malos, colega. Se puede pasar muy buenos ratos con ellos.

—¿Cómo lo sabes tú? —pregunté—. No tienes hijos, así que no puedes juzgarlo mejor que yo.

—Tengo tres sobrinos —respondió Rory—. Con ellos siempre me lo paso muy bien.

—Exacto. Y luego los devuelves. No lloran toda la noche, no te privan de tu sueño ni destruyen tu vida sexual. —Eso es lo que hacían los niños. Sin importar cuánta diversión proporcionaran.

—Como tú digas. —Rory se encogió de hombros—. Respecto a la mujer, seguramente tienes razón. No os habíais visto tantas veces, ¿verdad? Si ya entonces empezó con el tema de los niños, probablemente solo esté buscando un donante de esperma y no una pareja.

—Así es, colega. —Golpeé a Rory en el hombro y una vez más agradecí haber escuchado por casualidad la conversación telefónica en la que mi compañera de cama había discutido su deseo de tener hijos con su médico.

Y todo esto sin decirme nada.

Bien que descubrí tan rápido que no encajábamos.

Ni siquiera el mejor sexo podía cambiar eso.

Pero de nuevo pensé en el cuerpo perfecto de la ninfa pelirroja. Esos labios. Esas piernas. Esos pechos.

Mi miembro latió con más fuerza que antes.

Esta noche saldría de fiesta.

Y no volvería a casa solo.

Esta noche follaría.

Capítulo 5

Elaina

Cansada, empujé la puerta de entrada hacia dentro.

No pasó nada.

La maldita puerta se había atascado otra vez.

Sacudí el pomo con todas mis fuerzas, pero la puerta no se movió ni un milímetro. Finalmente, me lancé contra ella con todo mi peso corporal. Por fin crujió el marco. La puerta se abrió tan repentinamente que prácticamente tropecé al entrar en el edificio.

—Maldita puerta —solté, descargando toda la frustración del día en esas dos palabras. Hoy no podría haber ido peor. Finny, amenazándome y exigiendo dinero. Y mi jefe, también amenazándome y queriendo despedirme.

¿Y se suponía que esta noche tenía que salir de fiesta y estar de buen humor?

Solté una risa irónica.

Amanda no podía hablar en serio. Siempre habíamos estado la una para la otra y habíamos escuchado las preocupaciones de la otra. Por supuesto, Amanda había tenido menos tiempo para mí después de casarse y tener un hijo. Yo realmente no le había contado nada sobre el mioma y la operación. Algunas cosas tenía que resolverlas sola. Eso formaba parte de la vida. Por muchas razones.

Elaina, ya basta. Hoy ya has vivido suficientes cosas desagradables. No necesitas agobiarte aún más con pensamientos desagradables. Piensa en otra cosa.

¿En la fiesta con Amanda, para la que no me sentía en absoluto con ánimos?

Suspirando, abrí el buzón. Normalmente solo recibía publicidad, pero hoy encontré, además de un montón de folletos publicitarios, un sobre blanco sin inscripción detrás de la tapa.

¿Qué era esto? El sobre no tenía ni dirección ni remitente. Tampoco había venido con el correo normal, porque no había ningún sello en el sobre. ¿Acaso era para mí?

Deslicé mi dedo bajo la solapa y abrí el sobre. Contenía una sola hoja de papel doblada. Coloqué los folletos publicitarios sobre los buzones y saqué la hoja del sobre.

SI no PAGAS, te voy a DESTROZAR

Una sola frase. Las palabras habían sido recortadas de un periódico o revista y pegadas torcidamente en la hoja.

Incrédula, miré fijamente la carta.

SI no PAGAS, te voy a DESTROZAR

Las palabras en diferentes colores y tamaños de letra saltaban ante mis ojos.

Finny.

Esta carta solo podía venir de Finny.

¿Es que ese tipo no podía dejarme en paz nunca?

Ya me había amenazado horriblemente hoy, ¿y ahora tenía que meterme esta carta en el buzón? ¿Qué sacaba con eso?

Te está infundiendo miedo otra vez, Elaina. Eso es lo que consigue. El miedo es la moneda que lo mantiene vivo. No es el dinero. Es el miedo. Presta dinero a la gente para poder asustarlos después. Y ese es el verdadero beneficio para él.

Así era.

Pero ¿de qué me servía darme cuenta de eso?

Mientras no pagara, Finny seguiría acechándome y amenazándome una y otra vez. La mano con la que sostenía la carta amenazante de Finny temblaba. Agotada, me apoyé contra la pared y cerré los ojos.

Crrrrack.

Alguien intentaba entrar en el edificio.

Asustada, abrí los ojos de golpe.

¿Y si era Finny? ¿Si quería sorprenderme justo en el momento en que estaba leyendo su carta? ¿Y si quería destrozarme por completo?

—Esta maldita puerta es para vomitar. —Colleen avanzó furiosa en mi dirección—. Es realmente intolerable. ¿Para qué pagamos cada mes las cuotas de un conserje? ¿Por qué no puede arreglar esta puerta?

Colleen.

No Finny.

Aliviada, solté el aire y sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo.

—Hola, Colleen. —Cogí los folletos publicitarios que había dejado sobre los buzones. Algo me hizo cosquillas en la mano.

Una araña.

Una araña grande y peluda con patas largas y gruesas.

—¡Ahhhhh! —Grité horrorizada, dejé caer los folletos publicitarios y la carta amenazante de Finny, sacudí mi mano y empecé a saltar chillando en la entrada del edificio.

—¡Elaina! ¿Qué pasa? —Colleen se acercó a mí.

—Araña. Una araña. —Respiraba cada vez más rápido y sentía cómo me quedaba rígida en todo el cuerpo.

—¿Dónde? —Colleen mantuvo la calma. Me agarró por los hombros y me miró fijamente a los ojos—. ¿Dónde, Elaina?

—En mi mano. —No me atrevía a mirar hacia la mano. ¿Y si volvía a mirar a los ojos a ese monstruo de ocho patas? Tenía miedo a las arañas. Un miedo terrible. Desde que tenía uso de razón, prefería no encontrarme con estos animales. Ni vivos ni muertos, ni en el zoo detrás de un cristal y mucho menos tan cerca como ahora. Solo quería llevar una vida libre de arañas. ¿Por qué parecía imposible incluso en una gran ciudad como Nueva York?

Una vez más, agradecí no vivir en el campo. Allí no lo habría soportado jamás. Posiblemente incluso tendría un jardín en el que las arañas prácticamente se amontonarían.

Con ese pensamiento, me estremecí de asco.

—No hay nada en tu mano, Elaina. Tampoco en tu brazo. Creo que la araña ya la has sacudido hace rato. —Colleen había sometido mi brazo a un minucioso examen.

—Quizás se ha metido bajo los folletos —susurré y retrocedí un paso por precaución. No recordaba cuándo había sentido miedo a las arañas por primera vez. Siempre había existido. ¿Quizás era hereditario? Mi madre odiaba las arañas tanto como yo y siempre había dado gran importancia a tener ventanas bien selladas y un apartamento limpio. Pero a pesar de estas medidas, alguna que otra araña había conseguido entrar en nuestra casa. Desgraciadamente.

Colleen recogió los folletos y los sacudió. —Aquí tampoco hay nada —anunció entonces—. Probablemente ya se ha escondido. La he visto brevemente antes. Era una pequeña negra. Son bastante comunes y pueden meterse en los rincones más imposibles.

Estas palabras probablemente deberían tranquilizarme. Pero lograron exactamente lo contrario. La idea de que podría encontrarme con una araña en cualquier momento al entrar o salir no me tranquilizaba en absoluto.

—¿Qué es esto? —Colleen me tendió una hoja de papel.

La carta amenazante de Finny.

—Eso... ah... es solo una carta tonta que encontré en el buzón. No sé qué significa. Probablemente unos niños que han hecho una broma y simplemente la han metido en algún sitio —mentí y pensé que en realidad sonaba bastante convincente. Añadí—: Quiero decir, esto parece sacado de una mala historia de detectives. ¿Quién recorta hoy en día una carta amenazante de revistas viejas? Hay impresoras de libre acceso en cualquier biblioteca y en cualquier cibercafé. —Negué con la cabeza para mostrar lo absurda que me parecía la carta.

Colleen me miró fijamente. —En circunstancias normales te creería, Elaina. Pero hoy no.

¿Por qué hoy no?

Antes de que pudiera formular la pregunta en voz alta, Colleen continuó: —Hace apenas unas horas tomé una foto de un tipo raro que te estaba amenazando. ¿Y ahora encuentras esta carta y quieres hacerme creer que todo es una coincidencia? Lo siento, Elaina, pero eso puedes contárselo a tu abuela. Y probablemente ni ella se lo creerá. Yo desde luego no.

Tragué saliva.

—Ahora vienes conmigo y me explicas tranquilamente qué está pasando aquí. —Colleen ni siquiera esperó mi respuesta. Tiró mis folletos publicitarios en la papelera que estaba junto a los buzones, se dirigió al ascensor y pulsó el botón. Luego se giró y me sonrió—. Tal vez pueda ayudarte, Elaina. Aunque hoy parezca que todo el mundo quiere amenazarte y echarte el guante, todavía hay otras personas. Personas que también quieren hacerte algo bueno.

La primera parte del breve discurso de Colleen sonaba como un resumen de mi día. Todos querían echarme el guante.

¿Y la segunda parte?

Me coloqué junto a Colleen y esperamos juntas al ascensor.

—¿Y realmente le debes tanto dinero a ese tipo? —Unos minutos después, estábamos sentadas juntas en la cocina de Colleen. Acababa de entrar por primera vez en el apartamento de mi vecina y admiraba la acogedora decoración. Colleen parecía tener buen ojo para los colores. Los manteles individuales de la mesa y los cojines de las sillas combinaban a la perfección. La habitación estaba dominada por dos grandes plantas de interior cuyos nombres desconocía. No era de extrañar, ya que no tenía precisamente buena mano para las plantas. En mi casa, probablemente hasta un cactus moriría por falta de agua.

Y eso ya era decir mucho.

—Sí. Le debo tanto dinero —confirmé—. No había otra opción. TENÍA que hacerme la operación, de lo contrario no habría podido ir a trabajar por el dolor. El banco no quería darme un crédito porque nunca tengo mucho dinero en la cuenta... —Me encogí de hombros.

—¿No tienes amigos que pudieran prestarte algo? ¿O tus padres? —Colleen me miró inquisitivamente.

—¿Mis padres? Fallecieron hace unos años —dije con tristeza, fijando la mirada en la mesa frente a mí.

—Lo siento mucho —murmuró Colleen—. Debe ser muy duro para ti.

Me encogí de hombros, porque no me gustaba hablar de ello. —En cualquier caso, nadie podía prestarme dinero. —Pensé fugazmente en Amanda. Ella tenía dinero. Más dinero del que jamás podría gastar. O mejor dicho: Su marido tenía dinero. Y ahí precisamente estaba el problema. ¿Cómo iba a pedirle ayuda a mi mejor amiga para que me prestara algo del dinero de su marido?

No.

Sacudí la cabeza con energía.

Eso no había sido una opción entonces y tampoco lo era ahora. Tenía que encontrar otra solución.

—Voy a prepararnos un té. —Colleen encendió el hervidor de agua rosa claro que estaba en la encimera junto a la cocina, sacó dos tazas rosa claro del armario blanco colgante y colocó una bolsita de té en cada taza.

—Realmente no sé qué hacer. —Miré desesperada las dos tazas.

—Encontraremos una solución —prometió Colleen. En ese momento, su móvil emitió un pitido. Colleen dio un paso a un lado y desbloqueó su smartphone. Quienquiera que le hubiera enviado un mensaje, era evidentemente algo que la hacía reír. Soltó una risita.

Junto a Colleen, el hervidor de agua pitó. Me levanté para verter el agua en las tazas. Al menos así podía hacerme útil y no quedarme ahí sentada quejándome. El agua caliente fluyó en la primera taza.

Clonk.

De repente, la tapa del hervidor de agua cayó junto a la taza y el agua caliente se derramó por toda la encimera y comenzó a gotear inmediatamente al suelo.

—¡Ay! —Di un salto hacia atrás y sostuve mi pierna. Algunas salpicaduras me habían alcanzado.

—Oh, no. —Colleen vino corriendo—. Lo siento, debería haberte dicho que la tapa de este hervidor no se sujeta bien. El modelo es antiquísimo y ya quería comprar uno nuevo hace tiempo. Pero todavía no he podido encontrar uno exactamente de este color. Combina perfectamente con las tazas y los manteles individuales. —Colleen me miró preocupada—. ¿Te has hecho mucho daño?

—No, ya estoy bien. Ha sido más el susto —aseguré—. Pero ahora no queda agua para tu té. —Señalé la segunda taza, que seguía vacía.

—Todavía tengo zumo de grosella en la nevera. Es mejor en esta época del año de todos modos. Al fin y al cabo, es verano. Solo pensé que un té quizás te calmaría. —Colleen sacó dos vasos, vertió el líquido rojo intenso y puso un vaso frente a mí en la mesa. Me miró seriamente—. Me encantaría prestarte algo de dinero, pero yo misma apenas tengo nada.

Conmovida, tomé un sorbo de zumo. —Eres muy amable. Pero no tienes que hacerlo.

—Si al menos pudiera distraerte de alguna manera... —Colleen negó con la cabeza—. Deberías salir y divertirte. Es hora de que te relacionas con gente. No tienes novio, ¿verdad?

Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban, aunque no había razón para ello.

—¡Ajá! —La mirada de Colleen se volvió aún más aguda—. ¿Cómo se llama?

—No es como piensas... —Por segunda vez en este día, le conté a Colleen mis preocupaciones. Le hablé del hombre que no podía sacarme de la cabeza desde que me abandonó sin motivo. Luego le conté de la advertencia de Amanda y de su invitación—. Pero no tengo ningunas ganas de ir de fiesta —concluí mi relato—. Me siento como si le fuera infiel.

—¿Infiel? —Colleen resopló—. Tonterías, Elaina. Eso es realmente una tontería. ¿Cómo puedes serle infiel a alguien con quien ni siquiera estás realmente?

Me encogí de hombros. —Es que se siente así.

—Ahora escúchame. —Colleen se inclinó sobre la mesa—. El tío era un idiota. O bien solo quería divertirse un poco y no tuvo huevos para decírtelo. O le molestó algo y tampoco tuvo huevos para decírtelo y enfrentarse a un posible conflicto. En ambos casos, el hombre es totalmente inadecuado como pareja. ¡No importa lo cañón que sea en la cama! —Para dar énfasis, Colleen golpeó la mesa con el puño.

Asentí tímidamente.

—¡Deberías olvidarlo! —Colleen golpeó la mesa de nuevo. El curso de defensa personal en el club deportivo de la policía debía haberla influenciado mucho.

—Estoy intentando olvidarlo. Todo este tiempo. Pero simplemente no funciona. —Levanté los hombros con impotencia.

—No se olvida a alguien quedándose en casa y deprimiéndose. Tienes que salir, relacionarte con gente. ENTONCES olvidarás al tipo por ti misma. —Colleen prescindió del puñetazo y asintió enérgicamente—. Toma tu vida en tus propias manos, Elaina. El tipo no va a venir montado en un caballo blanco a pedirte perdón. Seguro que no. Despídete de ese sueño y encuentra a tu verdadero hombre ideal.

Mi hombre ideal.

De nuevo, el rostro del hombre que no me dejaba en paz apareció ante mis ojos. Él era mi hombre ideal.

Pero me cuidé de pronunciar estas palabras en voz alta.

Ya me sentía bastante tonta por pensarlo.

Colleen tenía razón.

Igual que Amanda tenía razón.

—Probablemente tengas razón —dije tímidamente.

—Claro que tengo razón. Vivimos en Nueva York. Aquí hay de todo. Pero ni siquiera aquí se hacen realidad los cuentos de hadas. —

Colleen resopló para demostrar lo que pensaba de los cuentos de hadas—. Hay que hacer algo uno mismo para conseguir las cosas. La semana pasada me contaste radiante que después de una larga búsqueda habías encontrado tu trabajo ideal. Ahora ve y encuentra a tu hombre ideal. O mejor: deja que él te encuentre a ti. Aunque para eso, sí que tienes que salir.

Respiré hondo y asentí. —Vale. Tienes razón en todo. Saldré. Pero no me quedaré mucho tiempo. Al fin y al cabo, mañana tengo que volver al trabajo y realmente no puedo permitirme llegar tarde otra vez.

—No he dicho que tengas que ligarte a un tío bueno y pasar la noche en vela —sonrió Colleen—. Simplemente distráete. ¿Tienes algo adecuado que ponerte?

—Ya encontraré algo —respondí.

—Ya encontraré algo. —Colleen puso los ojos en blanco—. Ahora voy contigo a tu casa y vamos a convertirte en la tía más sexy de la noche. Todos los hombres se girarán para mirarte.

Asentí.

Todos los hombres se girarían para mirarme.

Era hora de que volviera a tomar las riendas de mi vida.

Y aun así...

En mi cabeza solo estaba la imagen de un único hombre.

Del hombre que no me quería.

Capítulo 6

Tanner

Dos horas más tarde, estaba de nuevo sentado en mi oficina. A esta hora ningún club había abierto aún. Era demasiado temprano para ir de fiesta. Quizás ya hubiera algunos clientes habituales, pero las pistas de baile estarían vacías y las mujeres que querían distraerse después de un duro día de trabajo seguían en casa arreglándose.

Así que decidí pasar yo mismo por mi oficina otra vez. Había conseguido localizar el Aston Martin casi de inmediato y, tras pagar una pequeña cantidad, estaba de nuevo bajo mi custodia.

Nadie me quitaba mi coche tan fácilmente.

Rory simplemente había sacudido la cabeza y se había ido a su oficina. Tenía una cita con algunos expedientes esta noche.

Me encogí de hombros.

El tipo no sabía lo que se estaba perdiendo.

¿Quién le diría que no a una mujer dispuesta?

Y en Nueva York había mujeres dispuestas de sobra.

Pero ahora tenía que terminar sin falta el correo electrónico para la oficina de la Primera Dama. Este reportaje era muy importante para mí. Por eso tenía la intención de encomendárselo a mi mejor periodista. Griselda.

Encendí mi ordenador.

Miré furioso a la pantalla. Unas finas líneas rojas la atravesaban. Igual que antes. ¿No había informado del problema al departamento de IT? Como no tenía secretaria, me había visto obligado a llamar yo mismo.

¿Por qué entonces no habían cambiado o ajustado correctamente la pantalla?

¿Qué era tan difícil de arreglar en este defecto?

¿No teníamos pantallas de repuesto en stock?

Irritado, entrecerré los ojos e intenté descifrar lo mejor posible lo que aparecía en la pantalla mientras tecleaba. Claro que podía escribir mis correos en el móvil, pero este era demasiado largo e importante para teclearlo rápidamente con dos dedos.

¡Y además, yo era el jefe aquí!

¡Cuando yo decía que algo tenía que funcionar, tenía que funcionar! ¡Y exactamente de la manera que yo quería!

Golpeé el escritorio con el puño, furioso.

—¡YO soy el jefe aquí! —gruñí en voz alta hacia la pantalla. Pero esta permaneció impasible ante mis palabras. Las líneas rojas temblaban y bailaban ante mis ojos, haciendo casi imposible leer lo que acababa de escribir.

Entrecerré los ojos.

—Aquí tiene que pasar lo que yo quiera.

—Vaya. ¿El emperador de China hablando consigo mismo? ¿Tiene problemas? —Una voz burlona me hizo levantar la cabeza.

En mi puerta estaba Griselda. La periodista en la que acababa de pensar. A cualquier otro empleado le hubiera echado en cara un comentario así, pero Griselda era una diva. Se tomaba ciertas libertades. A cambio, entregaba un trabajo de calidad. Más que de calidad. Excepcional. Sin ella, *Hudson Broadcasting* nunca habría alcanzado una reputación tan excelente.

Griselda entró en la oficina. —¿Qué haces aquí a estas horas? —quiso saber.

—Podría preguntarte lo mismo —gruñí. Aparté la mirada de la pantalla, retrocedí mi silla y miré a Griselda con aire un poco desafiante—. De hecho, esa es una pregunta mucho más interesante. ¿Por qué vienes a mi oficina cuando no esperabas encontrarme aquí?

Mi pregunta desconcertó visiblemente a Griselda.

—Yo... —tartamudeó.

Observé con curiosidad a mi mejor periodista. ¿Tenía alguna idea especial que quería compartir conmigo? ¿Rondaba por su cabeza el próximo reportaje sensacional? Pero entonces, ¿por qué no había concertado una cita para discutir el asunto con calma?

—Quería dejarte esto en tu escritorio. —Griselda sacó un sobre blanco de detrás de su espalda. No me lo entregó todavía, sino que lo mantuvo en su mano.

El sobre no estaba rotulado y parecía extraño de una manera que no podía describir con exactitud. Me imaginé por un momento encontrándolo mañana por la mañana en mi escritorio. De inmediato me sentí transportado a mi infancia. Me gustaba leer antiguas historias de detectives donde los chantajistas recortaban frases de periódicos, las unían para formar una carta amenazante y la metían sigilosamente en el buzón de la víctima a mitad de la noche. Los chantajistas especialmente pérfidos incluso entraban en la casa de la víctima y dejaban la carta sobre la mesa del desayuno.

Sacudí la cabeza.

Historias antiguas.

Ese tipo de cosas ya no ocurren hoy en día. Al fin y al cabo, hay una impresora en cada cibercafé y en cada biblioteca. Quien quiera enviar una carta amenazante, la imprime. O directamente envía un correo desde una dirección anónima desechable.

—Entonces dame la carta ahora —ordené, cuando Griselda no se movió. ¿Qué le pasaba? Normalmente no era tan tímida. Como periodista no podía permitírselo.

Griselda seguía dudando.

Dios mío, ¿a qué estaba jugando esta mujer?

—Vamos, date prisa —gruñí—. No tengo toda la noche, quiero salir esta tarde. —Y vaya si quería. Mi polla palpitaba ligeramente, recordándome que también tenía sus necesidades.

Necesidades que yo estaba más que dispuesto a satisfacer.

—Dimito. —La voz de Griselda sonaba extraña. Casi robótica. Me entregó la carta.

Extendí la mano y luego la retiré. —¿Esto es una broma pesada, verdad? —Miré brevemente el calendario sobre mi escritorio. El 1 de abril había pasado hace mucho tiempo. Era verano. Y Griselda se estaba comportando realmente de forma extraña.

Ahora respiró hondo y puso la carta sobre mi escritorio. —Aquí está todo explicado. —Se dio la vuelta y quiso abandonar la oficina.

—¡Alto! —ordené—. ¿No creerás que te vas a ir así sin más? ¿Te escabulles aquí, quieres dimitir y luego marcharte sin dar explicaciones? —Negué con la cabeza. No toleraría algo así—. Has trabajado aquí durante décadas, lo mínimo es que me digas qué está pasando realmente. ¿Quieres dejar Nueva York? —Quizás Griselda ansiaba un cambio. Me había enterado de que se había separado de su marido hace casi un año. ¿Tal vez había conocido a otra persona que vivía más lejos? Pero en ese caso podríamos encontrar una solución.

Griselda se detuvo.

Abrí la carta y la ojeé.

Nada.

En la carta no decía literalmente nada.

Sr. Hudson,

por la presente presento mi dimisión con efecto inmediato.

Atentamente

Griselda Grant

—Ridículo —gruñí y tiré la carta sobre mi escritorio. Me levanté de un salto y di tres pasos hacia Griselda—. Me vas a explicar ahora mismo qué está pasando aquí. No te dejaré ir antes.

Griselda levantó la barbilla y me miró fijamente. —¿Ah, sí? No te debo ninguna explicación. Todo el mundo tiene derecho a dimitir sin dar razones. ¿Qué vas a hacer, encerrarme aquí hasta que te diga algo?

—Primero no querer dar explicaciones y luego ponerse impertinente. ¿Qué significa esto? ¿Te has levantado hoy con el pie izquierdo? —Le estaba tendiendo la alfombra roja a Griselda. Solo tenía que decir que sí, entonces olvidaría la carta y esta conversación, y cada uno seguiríamos con nuestro trabajo como siempre.

Griselda siguió mirándome. —No —respondió finalmente—. Por fin me he levantado con el pie derecho, Tanner. He trabajado aquí durante años hasta que mi espalda se ha encorvado, en el sentido más literal de la palabra. Por *Hudson Broadcasting* lo he sacrificado todo. Mi matrimonio, mi vida, todo. Eso se acabó.

—¿Quieres retirarte? —me aseguré.

—Oh, no. —Griselda se rio—. Ojalá fuera así, pero no me lo puedo permitir. Tengo que trabajar. Solo que finalmente trabajaré donde valoren adecuadamente mi trabajo, donde me paguen como corresponde y donde estén contentos de tenerme.

Miré fijamente a Griselda. ¿Quería decir que nada de eso ocurría aquí? —¿Y dónde va a ser eso? —pregunté. Los salarios en las diferentes cadenas de televisión variaban, pero no tan drásticamente como Griselda lo presentaba.

—Con Grimshaw. —Griselda ahora sonaba completamente tranquila. Se encogió de hombros y sonrió un poco—. Él se acercó a mí y me preguntó si estaría interesada en un nuevo reto. Con más salario y más libertad creativa. Bueno, sí lo estoy. Todo el mundo está interesado en eso.

—¿Con Grimshaw? —Sacudí la cabeza—. ¿GRIMSHAW? —Prácticamente escupí el nombre de mi hermanastro ilegítimo.

—Sí. ¿Qué tiene eso de sorprendente? —Griselda se encogió de hombros nuevamente. Evidentemente ya le daba igual todo—. Aquí ya he conseguido todo lo que podía conseguir. Cada día hago la misma mierda. Siempre la misma rutina. No hay nada nuevo, nada emocionante. Hoy informo desde aquí, mañana desde allá.

—¿Y crees que con Grimshaw será diferente? —Me costaba imaginarlo. Una cadena de televisión es una cadena de televisión y las noticias son las noticias. ¿Qué iba a cambiar en la rutina diaria de Griselda con este cambio?

—Aquí se arruinó mi matrimonio. Un empleador así no me merece. Voy a hacer todo lo posible para ser mejor con Grimshaw que con *Hudson Broadcasting*. Y lo conseguiré. —La voz de Griselda sonaba segura de la victoria.

Apreté los puños. La vena de mi sien comenzó a latir.

Grimshaw, ese idiota.

Evidentemente nunca tenía suficiente. Ya tenía la mitad de los canales con su personal. Entre ellos había gente excelente, eso lo sabía por experiencia propia. Pero eso no le bastaba. Encima tenía que robarme a mi personal.

Pero no lo iba a permitir.

Le haría a Griselda una mejor oferta. Al final, todos tienen un precio. Solo es cuestión de cuánto.

Espera.

Detente, Tanner. Claro, podrías convencer a Griselda. ¿Pero realmente quieres eso? Al final solo te harías vulnerable al chantaje. Ella exigiría cada vez más y más. A quien quiera irse es mejor no retenerlo. Si Griselda quiere marcharse, que lo haga. Tienes suficiente gente que puede ocupar su lugar. Nadie es irremplazable. Y además, el matrimonio de Griselda seguramente no se arruinó solo por su trabajo. Aunque ahora lo afirme.

Resoplé. —No eres tan única como crees, Griselda. Otros también pueden hacer buenos reportajes. Tu sustituta lleva años haciendo un trabajo excelente y probablemente solo ha estado esperando para heredar tu puesto. Esta es su oportunidad.

Griselda se rio. —Ah, Tanner. Realmente estás muy alejado de lo que pasa ahí abajo. Joanne está embarazada. ¿No lo sabías?

Embarazada.

¿Por qué demonios las mujeres tenían que estar constantemente trayendo niños al mundo y luego dejar de hacer buenos trabajos porque preferían cuidar de sus retoños?

—Obviamente no tienes ni idea de lo que pasa en tu propia empresa. —Griselda echaba abundantemente sal en mi herida y visiblemente disfrutaba con ello. Sonrió—. En tu lugar, tendría cuidado. ¿O crees que soy la única a la que Grimshaw ha hecho una oferta? Quizás sea la primera, pero seguro que no se conformará con eso. —La sonrisa de Griselda se hizo más amplia.

La miré furioso. Me hubiera encantado agarrarla y zarandearla a conciencia. ¿Cómo podía ser tan desleal e insolente? Había trabajado aquí durante años y ahora no solo se iba, sino que también se esforzaba por causar el mayor daño posible.

—Grimshaw parece adaptarse al negocio más rápido que tú. —Griselda asintió enérgicamente.

—¿Adaptarse al negocio más rápido? —No podía dejar pasar eso—. Llevo trabajando aquí años. YO estoy en el negocio.

—Bueno, pero evidentemente Grimshaw está reestructurando y hasta ahora tiene más éxito que tú. —Griselda se encogió de hombros—. Tengo que decir que paga algunos bonus y también... —Griselda se pasó la lengua por los labios de manera sugerente.

La miré fijamente.

¿Tenía una aventura con Grimshaw?

¿Mi hermano se follaba a mis empleados y así los convencía para cambiarse a su empresa? ¿O qué significaba ese gesto?

Da igual, Tanner. Realmente te da igual. Grimshaw puede follarse a quien quiera. Si Griselda es TAN tonta como para caer en eso, entonces no merece otra cosa.

Cada uno recibe lo que merece.

Tarde o temprano.

—Con eso simplemente no puedes competir. —Griselda se rio.

—¡FUERA! —Ya era suficiente. Cuanto menos viera a esta mujer en el futuro, mejor—. Lárgate y nunca vuelvas a aparecer por aquí. ¿Me oyes? Nunca más. Tienes prohibida la entrada a partir de ahora. No te atrevas ni siquiera a acercarte al edificio.

Griselda se rio. —¿Qué iba a querer hacer aquí ya?

Di un paso a un lado y dejé libre el camino hacia la puerta. —Lárgate, Griselda. Puedes hacer de las tuyas en otro sitio en el futuro. No quiero volver a verte. —Mis puños estaban firmemente apretados y la vena de mi frente palpitaba. Sentía un gran deseo de estrellar el canto de mi mano contra mi escritorio con toda mi fuerza. El golpe sería perfecto y partiría la superficie por la mitad.

Pero me contuve.

Griselda se rio una última vez y abandonó mi oficina.

La seguí con la mirada.

¿Quién me aseguraba que también abandonaría inmediatamente el edificio de la cadena? ¿Y si daba un rodeo para llevarse documentos de su oficina? ¿Documentos que pertenecían a *Hudson Broadcasting*?

También salí de mi oficina y seguí sigilosamente a Griselda. Con cuidado, miré a lo largo del pasillo.

¡Ahí!

Griselda no tomaba el ascensor, sino que abría la puerta hacia la escalera.

¿Por qué cogía la escalera?

Esperé hasta que la pesada puerta cortafuegos se cerró tras Griselda y luego la seguí. Abrí la puerta sin hacer ruido y me aseguré de que también se cerrara silenciosamente.

Griselda bajaba apresuradamente las escaleras.

La seguí.

Para mi sorpresa, no se detuvo en el piso donde estaba su oficina.

Seguimos bajando y bajando.

¿Por qué cogía las escaleras?

El ascensor era mucho más rápido.

Sacudí la cabeza.

Mujeres.

Minutos más tarde quedó claro que Griselda no se detendría en ninguna parte. Abrió la pesada puerta cortafuegos de la planta baja y desapareció.

La puerta se cerró con un fuerte golpe.

Como antes, seguí a Griselda.

Justo cuando abría la puerta al vestíbulo, vi a Griselda salir al exterior. Mi sospecha había sido evidentemente infundada.

O ya se ha llevado lo que quería llevarse.

Apreté los puños.

Ahora tenía que encontrar un reemplazo para Griselda.

Y para su sustituta embarazada, Joanne, también.

Pero hoy ya no lo haría.

Ahora me distraería.

Tenía mi móvil y las llaves del coche conmigo.

Y mi coche estaba justo enfrente de la puerta.

Salí del edificio de *Hudson Broadcasting*.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo? —Miré fijamente a los dos hombres que estaban manipulando mi Aston Martin One-77. Como solo quería quedarme un rato en la oficina, había aparcado justo delante de la puerta. ¿Por qué iba a dar el rodeo por el aparcamiento subterráneo? Allí solo tenía que esperar una eternidad hasta que se abriera la puerta enrollable para dejarme entrar. Este aparcamiento era mucho más práctico.

—Este coche está bloqueando el acceso de bomberos a este edificio. —Uno de los empleados de la empresa de grúas hizo un gesto con la cabeza hacia la entrada de *Hudson Broadcasting*—. Nos han llamado para remolcarlo. Una mujer ha denunciado un peligro para la seguridad pública.

¿Una mujer?

¿Acaso Griselda me había denunciado a la policía, que luego había enviado a la empresa de remolque?

—Este es mi coche y soy el jefe de esta empresa. Lo siento, caballeros, pero no hay absolutamente nada que hacer aquí para ustedes. —Asentí a los dos hombres—. Pueden volver a recoger sus cosas.

—Aparcar en un acceso de bomberos está prohibido, independientemente de si usted es el jefe aquí o no. Como he dicho, se trata de un peligro para la seguridad pública. —El hombre con su traje amarillo neón se rascó la cabeza—. Tenemos que llevarnos su coche.

—Seguro que no. —Negué con la cabeza—. Todo esto es solo un malentendido. Me voy a marchar ahora mismo y ustedes pueden dirigirse a su siguiente servicio.

—¿Y quién nos reembolsa los costes? —preguntó el segundo hombre con traje amarillo neón.

—Lamentablemente no puedo decírselo. ¿Quién lo hace en los casos en que el vehículo ya se ha marchado antes de que ustedes lleguen? Seguro que algo así también ocurre —miré con curiosidad a los dos hombres.

—No lo sé —gruñó el hombre que había hablado primero—. Esas cosas las gestiona nuestro jefe.

—Bueno, ¿qué les parece si su jefe se encarga también esta vez del asunto e informa de que no se encontró ningún vehículo en este lugar? —sugerí.

—No sé... Eso no es del todo verdad —dudó el segundo hombre.

—¿Nunca ha aparcado ilegalmente cuando tenía prisa? ¿Cuando necesitaba recoger algo urgentemente porque su mujer lo necesitaba? —No estaba de más tocar un poco la fibra sensible ahora.

—Sí... —respondió dudando el segundo hombre. El primero se rascó de nuevo la cabeza.

—Caballeros, les estoy profundamente agradecido. —Esto ya era mentira, pero mejor exagerar un poco.

Los dos hombres se miraron. Luego ambos asintieron. —Vamos, Diego. —Me saludaron con la mano y desaparecieron en dirección a su vehículo.

Por poco.

—Ahora tú y yo nos vamos al club —susurré a mi Aston Martin One-77—. Y allí voy a celebrarlo a lo grande. Ya es hora de que por fin me divierta de verdad. Lo que Grimshaw puede hacer, yo lo puedo hacer desde hace tiempo.

Mi polla palpitó ligeramente.

Capítulo 7

Elaina

—No —rechacé riendo, cuando Amanda hizo una señal al camarero y pidió dos cócteles más—. De verdad que no puedo beber más. Si no, mañana no estaré del todo centrada en el trabajo.

—¿Y qué? —sonrió Amanda—. Después de todo lo que me acabas de contar sobre tu jefe, eso no es tan malo. Si en tu cabeza todo se siente como algodón, al menos no te enterarás cuando te machaque sin motivo.

En eso Amanda tenía razón.

El camarero deslizó dos vasos por la barra. —Un sin alcohol, un *Virgin Sunrise*. —Amanda agarró el vaso con el líquido naranja-rojizo —. Y un *Tequila Sunrise*. —El cóctel tenía el mismo color que el de Amanda. Y contenía tequila.

—Debería beber algo sin alcohol —dije.

Hipo.

Un hipo me impidió seguir hablando.

—Tonterías. ¡Esta es nuestra última noche! No sabemos cuándo volveremos a vernos después. ¡Hoy vamos a celebrar en condiciones! ¡Insisto! Yo también bebería alcohol si no tuviera que conducir. —Amanda levantó su vaso y lo chocó contra el mío—. ¡Por nuestra amistad, Elaina!

Hipo.

—Por nuestra amistad. —Quería deshacerme de ese estúpido hipo lo antes posible, así que me llevé el vaso a la boca y di un gran sorbo. Y luego otro.

Una agradable sensación de calor se extendió por mi estómago. Y después por todo mi cuerpo. Este era mi tercer Tequila Sunrise.

¿O el cuarto?

Ya no lo sabía con exactitud.

Hipo.

El maldito hipo seguía sin irse. Di otro gran sorbo de mi vaso. Y otro más.

Contemplé sorprendida el vaso vacío en mi mano.

Amanda se rió. —Primero no quieres alcohol y luego te bebes el *Tequila Sunrise* de un tirón.

—Era solo porque tengo hipo —me defendí.

Amanda me dio unas palmaditas en el brazo. —No te estoy reprochando nada, Elaina. Me alegro de que por fin te diviertas un poco. No lo has tenido precisamente fácil en los últimos meses.

¿No lo había tenido fácil? ¿Qué había pasado? La agradable sensación que sentía después de los *Tequila Sunrise* era tan abrumadora que de repente me costaba recordar los últimos meses. ¿Qué había pasado exactamente que hubiera sido tan difícil?

—Aunque ese tipo seguramente no era para ti, puedo entender que te afecte. Nunca es fácil cuando alguien desaparece de nuestras vidas sin decir palabra. —Amanda hizo una señal al camarero. Este deslizó al instante otro vaso con líquido naranja-rojizo por la barra. Directamente hacia mí.

Hipo.

Agarré el vaso y di nuevamente dos grandes sorbos. Ya veremos si este maldito hipo no se va.

—Y ahora ni siquiera puedes distraerte en el trabajo, sino que al parecer tienes que aguantar a un jefe asqueroso. Y eso cuando tanto has trabajado para conseguir ese puesto. Sé lo mucho que te hacía ilusión.

Mi cerebro tenía dificultades para procesar las palabras de Amanda.

Jefe asqueroso.

Hombre desaparecido.

Mi memoria era solo esquemática. Hoy todo se sentía demasiado bien. AHORA todo se sentía demasiado bien.

—Y justo ahora yo me voy de la ciudad. De verdad siento como si te estuviera abandonando cuando más me necesitas. —Amanda me miró con tristeza.

Amanda se iba de la ciudad. Los recuerdos esquemáticos se desvanecieron y de repente estaba de vuelta en el presente. —No me estás abandonando, Amanda. Aunque te necesite mucho ahora mismo. Tienes tu propia vida. —Le oculté a mi amiga lo mucho que la echaría de menos, porque no quería hacer la despedida más difícil de lo que ya era.

—Conocerás a gente nueva. Ya verás, Elaina. En unas semanas te habrás olvidado de que existo. —Amanda me guiñó un ojo.

—Nunca. —Levanté mi vaso—. ¡Por la amistad!

Amanda chocó su vaso contra el mío una vez más. Di otro sorbo y me di cuenta de que el maldito vaso ya estaba vacío otra vez. Por alguna razón me pareció terriblemente gracioso. Se me escapó una risita.

—Es bonito verte tan alegre. —Amanda me sonrió—. Hoy tienes que bailar, Elaina. Con ese vestido estás impresionante. El verde te queda tan bien. Combina perfectamente con tu pelo rojo y tus ojos marrones.

Me miré a mí misma. El vestido sin mangas de una suave tela verde oscuro acariciaba mis caderas y me quedaba perfecto. El escote no era ni demasiado profundo ni revelaba demasiado. Los hombres siempre se giraban tres veces cuando llevaba este vestido. Me sentía como una reina con él. Aunque en realidad fuera tan pobre como Cenicienta y el vestido proviniese de una tienda de segunda mano.

—Ya encontraremos un príncipe para ti —anunció Amanda y dejó vagar sus ojos por la sala. La pista de baile del club aún no estaba muy llena. La noche acababa de empezar y la mayoría de los visitantes se estaban calentando con una o dos copas en la barra. Exactamente como Amanda y yo. En ese momento, un nuevo visitante entró en el club.

No se podía distinguir bien su rostro, pero me recordaba a alguien que conocía.

¿A quién?

—¿Qué tal ese tipo que acaba de entrar? —Amanda hizo un discreto movimiento de cabeza en dirección al hombre—. La verdad es que no está nada mal. —En ese momento, un foco iluminó el rostro del recién llegado. Ojos oscuros. Pelo oscuro. Una ligera sombra de barba. Sí, indudablemente el hombre era atractivo.

Pero de alguna manera... le faltaba ese algo especial.

Me encogí de hombros. Y qué. No quería casarme con él ni conocerlo mejor. Solo quería bailar y divertirme. Para eso, el hombre era definitivamente lo bastante bueno.

Riiing. Riiing. Riiing.

Un tono de llamada penetrante interrumpió mis pensamientos. El sonido era tan fuerte que se podía oír incluso con la música que el DJ acababa de subir a todo volumen.

Umbrella de Rihanna.

Una de mis canciones favoritas.

Me balanceaba alegremente en mi taburete de la barra.

Sí, hoy bailaría. No me importaba cómo se viera el hombre. Lo principal era que pudiera moverse más o menos al ritmo de la música y que no me pisara los pies todo el tiempo.

El hombre que acababa de entrar en el club movía sus caderas al ritmo de la música. Luego dejó vagar su mirada por la sala. Sus ojos se detuvieron en mí. Me asintió. Le asentí de vuelta.

Sí, ese sería mi compañero de baile para esta noche.

—Si es así, entonces voy a casa ahora mismo —dijo Amanda a mi lado en ese momento.

¿Qué?

Me volví y apenas alcancé a ver cómo mi amiga tecleaba en la pantalla de su móvil.

—Danny no se encuentra bien —anunció Amanda—. Jordan acaba de llamar. Danny ha vomitado tres veces. Está caliente y llora todo el tiempo. Tengo que ir a casa inmediatamente.

—Por supuesto —asentí e intenté ocultar mi decepción. Tenía tantas ganas de pasar una larga noche con mi amiga.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Amanda otra vez—. Quería ofrecerte una noche inolvidable y ahora simplemente me marcho.

—Lo entiendo. —De nuevo quise asentir, pero al hacerlo de repente mi cabeza empezó a dar vueltas. O mejor dicho, todo a mi alrededor

parecía girar. Así que seguí mirando al frente—. Yo tampoco dejaría solo a mi hijo si se encontrara mal —reafirmé mis palabras.

—Me alegro de que lo entiendas. —Amanda puso brevemente una mano en mi antebrazo. Luego hizo una señal al camarero para que se acercara—. La cuenta de esta noche corre de mi parte. Amanda Drake. La esposa de Jordan Drake. Envíeme todo por correo electrónico. Aquí está mi dirección. —Amanda deslizó una tarjeta de visita por el mostrador.

El camarero alzó las cejas y se limitó a asentir. Conocía a Jordan Drake. TODO el mundo en Nueva York conocía a Jordan Drake. Era uno de los hombres más ricos de la ciudad. Mi amiga Amanda realmente había pescado a un príncipe. Y le habría gustado encontrar uno para mí también.

—¿Quieres bailar? —Una voz masculina interrumpió mis pensamientos. Me giré. Ante mí estaba el hombre que me había llamado la atención cuando entró en el club—. Por cómo te mueves en ese taburete, se nota que tus pies están impacientes y necesitas algo de movimiento. —El hombre me sonrió. Su sonrisa parecía extraña, porque las comisuras de sus labios apenas se elevaban más de un milímetro. Sus ojos permanecían inmóviles. ¿Realmente pensaba lo que decía?

Da igual.

Me encogí de hombros.

No quería nada de ese tipo excepto un baile.

—¿No? —El hombre evidentemente había malinterpretado mi encogimiento de hombros.

—¡Sí! —La enérgica intervención vino de Amanda—. Claro que quiere bailar. Solo que ahora mismo no puede asentir porque ha bebido un poco demasiado de golpe. —Amanda le sonrió al hombre —. Así que cuídela bien.

El hombre asintió y sonrió otra vez de esa manera que te hacía preguntarte si realmente estaba sonriendo o solo fingía para caer mejor a los demás.

Da igual.

Ya iba a encogerme de hombros otra vez, pero me contuve justo a tiempo.

—Vamos, Elaina. —Amanda me empujó suavemente del taburete. Casi tropiezo, pero el hombre de la extraña sonrisa agarró mi brazo y me sujetó. Su mano en mi brazo se sentía bastante agradable, aunque el agarre era un poco demasiado firme.

Solo es un baile, Elaina.

—Diviértete. —Amanda me abrazó fuertemente, obligando al hombre a soltarme. No podía decir que echara de menos su mano. Con mi ex había sido diferente.

Y de repente supe a quién me recordaba el hombre. A mi ex. De alguna manera, los dos se parecían.

¿De qué manera?

Tendría toda la noche para averiguarlo.

Este no es el tipo de distracción que buscas, Elaina.

—Te echaré de menos —me susurró Amanda al oído—. La cuenta de hoy corre de mi parte. Bebe todo lo que quieras y quédate todo el tiempo que quieras. Pero ten cuidado.

Asentí. —Adiós, Amanda —murmuré. Me habría gustado susurrar al oído de mi mejor amiga unas palabras de despedida inolvidables, pero en ese momento mi cabeza volvía a estar completamente vacía.

¿Era este realmente nuestro último momento juntas?

No podía creerlo del todo.

¿Qué debería decirle a Amanda?

—No digas nada —susurró mi amiga en ese momento—. Nos llamaremos. Diviértete, te lo mereces. —Amanda me dio una palmadita en el trasero, me soltó y se dirigió hacia la salida. Allí se dio la vuelta una vez más, me saludó con la mano y luego desapareció.

Mi mejor amiga se había ido.

—Vamos. —El hombre agarró de nuevo mi brazo y me arrastró hacia la pista de baile.

Bien. Así no tendría mucho tiempo para lamentar la partida de Amanda. No quería lamentar nada más. Ni al hombre al que mi compañero de baile se parecía inexplicablemente, ni a Amanda.

Quería divertirme.

Las despedidas, después de todo, siempre eran también nuevos comienzos.

Para entonces la canción había cambiado.

Kiss from a Rose de Seal.

Una canción lenta.

El hombre me atrajo hacia sus brazos y apretó su cuerpo contra el mío. Esto me pareció un poco demasiado cercano. Lo mejor que pude, me aparté y establecí una distancia adecuada entre nosotros. Comenzamos a movernos al ritmo de la música. El hombre era realmente un bailarín bastante decente y pronto me sentí mucho más cómoda que hace un momento. Me movía armoniosamente al ritmo de la música y tarareaba inaudiblemente.

Oh sí, hoy me divertiría.

Con suerte, el DJ elegiría algo con un poco más de ritmo para la siguiente canción. ¿Esta era solo una concesión a alguna pareja enamorada?

En ese momento, la mano del hombre se deslizó por mi espalda hacia abajo y se posó en mi trasero.

¿Qué se supone que era esto?

Antes de que pudiera decir algo o reaccionar de alguna otra manera, el hombre comenzó a amasar mi trasero. Pero no era suave como mi ex. Apretaba.

—¡Eh! ¡Para! ¡Eso duele! —grité tan fuerte como pude contra la música.

El hombre me oyó. Estaba segura de ello. Las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente y mostró de nuevo esa extraña sonrisa, de la que no sabía en absoluto si era una sonrisa.

El hombre me oyó y reaccionó.

Reaccionó apretándome contra él y dejando que su otra mano se deslizara lentamente desde mi cadera hacia arriba. En dirección a mis pechos.

Un sobón.

Estaba bailando con un sobón asqueroso.

Estaba borracha, pero no lo suficientemente borracha como para no darme cuenta.

—¡SUÉLTAME! —Intenté liberarme, pero el tipo me tenía bien sujeta.

—Tú también quieres esto, nena —susurró—. De lo contrario, no te habrías puesto un vestido tan provocativo y bebido unas copas. Todo en ti grita 'Tómame'. Todo, nena. Y voy a tomarte. —El hombre me pellizcó el trasero.

De nuevo me retorcí.

Maldita sea, ¿es que ninguno de los otros clientes del club se daba cuenta de lo que estaba pasando?

Intenté forzar mis manos entre mi cuerpo y el del hombre. Así quizás podría empujarlo lejos de mí.

En ese momento, alguien me agarró desde atrás. Bruscamente. De forma poco amable. Como me había agarrado Finny.

Finny.

¿Estaba él aquí en el club?

¿El hombre de la extraña sonrisa estaba confabulado con él? ¿Era esta la venganza que Finny me había amenazado?

Solo de pensarlo me entraron náuseas.

Cerré los ojos y tragué las náuseas emergentes.

¿Por qué haces eso, Elaina? Si vomitas sobre la ropa elegante de este tipo, ¡qué más da!

—¡Déjala en paz! —La mano me arrancó de los brazos del hombre. Respiré aliviada y abrí los ojos de nuevo. Todavía no veía a mi salvador, pues estaba justo detrás de mí. Solo inhalé su olor.

Un olor maravilloso.

Sándalo.

Tenía que ser exactamente el mismo perfume que usaba mi ex. El hombre al que simplemente no podía olvidar. El hombre al que mi compañero de baile se parecía de alguna manera.

—¿Celoso, hermanito? —El hombre de la extraña sonrisa soltó entonces una risa como un balido—. Se me dan mejor las mujeres que a ti, ya te lo dije.

—Dárseme mejor. —La voz sonaba asqueada. Y me resultaba vagamente familiar. Pero ahora todo en mi cabeza estaba revuelto. ¿Dónde había oído esa voz antes?—. Si llamas dársete mejor acosar, entonces sí, en eso eres mejor —dijo la voz ahora.

—Acosar. La pequeña también quiere. Su cuerpo prácticamente lo grita. Solo que ella aún no lo sabe. Estaba a punto de convencerla. —El hombre me sonrió—. ¿Verdad, nena?

—¡No! —Miré furiosa al tipo asqueroso.

—Ahí lo tienes. Ya lárgate, antes de que te suelte un puñetazo delante de todos —amenazó mi salvador.

El hombre de la extraña sonrisa resopló con desprecio. Luego se dio la vuelta y se fue.

Me giré y quise ver la cara de mi salvador. En ese momento, se rompió bajo mí el tacón que había pegado con tanto esfuerzo esta misma mañana. Tropecé y caí directamente en los brazos de mi salvador.

Él se inclinó sobre mí.

Miré sus ojos.

Los ojos de mi ex.

Los ojos del hombre al que no había podido olvidar en semanas.

¿Qué hacía aquí?

¿Por qué me había salvado?

¿De dónde conocía al hombre que me había manoseado?

Miles de preguntas pasaron por mi cabeza. Ya no podía pensar con claridad y no solo era por el alcohol.

Porque al final quedaba sobre todo una pregunta.

¿Por qué se sentía otra vez tan condenadamente bien estar en sus brazos?

Capítulo 8

Tanner

Ahí estaba ella en mis brazos, mirándome con sus ojos marrones. La expresión en ellos era indefinible.

¿Qué estaría pensando?

No parecía realmente sorprendida de verme. Aunque como el DJ acababa de atenuar la iluminación del club, esta impresión podría ser engañosa.

En mis brazos estaba mi ex Elaina.

¿Ex?

Quizás era exagerar un poco. Tampoco nos habíamos visto tantas veces. Sin embargo, durante los últimos días y semanas había pensado en ella con frecuencia. Para ser exactos, había pensado en ella hoy mismo y ese pensamiento me había excitado.

A los ojos marrones de Elaina les acompañaba una tez clara y pelo rojo exactamente del color que volvía loco a cualquier hombre. Además, unos labios carnosos que prácticamente pedían a gritos ser besados, grandes pechos que encajaban perfectamente en mis manos y largas piernas que se habían enroscado alrededor de mí mientras follábamos.

Mi polla palpitaba.

Más que hace una hora, cuando me había propuesto que finalmente me divertiría.

Palpitaba tanto que sabía que tendría que buscar alivio esta noche. Con la mujer que yacía en mis brazos.

¡Tanner! ¡Averigua primero qué está pasando aquí! Sí, Grimshaw ha manoseado a Elaina y ella claramente no quería eso. Pero, ¿por qué estaban bailando juntos? ¿Qué hacen aquí? ¿Han venido juntos?

—Ohooooo, parece que dos se han buscado y encontrado —la voz burlona de Grimshaw interrumpió mis pensamientos.

Levanté la mirada —¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? Quiero divertirme, acabo de decirlo. Y a la pequeña de aquí todavía tengo que convencerla. Aún no está del todo por la labor, pero eso se arreglará pronto. Tarde o temprano siempre consigo a todas las mujeres —la sonrisa de Grimshaw parecía astuta.

Elaina seguía en mis brazos. Temblaba ante las palabras de Grimshaw. La ayudé a ponerse de pie y me coloqué protectoramente

delante de ella. —Ella no quiere ser convencida, ¿todavía no lo has entendido? ¿Qué es tan difícil de aceptar en un no? Una mujer tiene derecho a eso en cualquier momento. Incluso si ha venido aquí contigo... ahora ha cambiado de opinión.

Grimshaw gruñó con desprecio. —Cuando entré aquí antes, estaba sentada en la barra con una amiga de caza de hombres.

¿De caza de hombres?

Aunque Elaina y yo no estábamos juntos, este comentario, curiosamente, me dio una punzada. ¿Quería encontrar a otros hombres?

—¡Solo quería bailar! —Elaina se puso a mi lado. Parecía haber recuperado la compostura—. Eso no significa que quiera que me manoseen. Quería divertirme y pasar un buen rato con la música.

Antes de que pudiera decir algo, Grimshaw sonrió de nuevo. —Sí... Pero eso es solo el principio.

—¿Te acuestas con cada mujer con la que bailas? —le lancé la pregunta a la cara a Grimshaw.

—Solo si es lo suficientemente guapa. De lo contrario, lo dejo estar. ¿Quién querría una manzana con una magulladura? —Grimshaw se rio.

Apreté los puños. —Vas a dejar en paz a Elaina, ¿está claro?

—Oh, ¿vosotros dos os conocéis? —Grimshaw dejó que su mirada vagara de Elaina a mí y de vuelta—. Si lo hubiera sabido... habría tomado a la pequeña antes de que aparecieras.

Eso fue suficiente.

Vi rojo.

Claro, me gustaba divertirme con mujeres y no le daba importancia al compromiso. Con eso solo adquirías obligaciones molestas que luego te impedían vivir tu propia vida. Pero mentir a las mujeres y obligarlas a acostarse contigo contra su voluntad...

Eso era algo completamente diferente.

Eso era criminal.

Agarré a Grimshaw por el cuello y sujeté su mano derecha con tanta fuerza que no pudo usarla contra mí. —Vas a salir de este club ahora mismo. Inmediatamente. No te aparezcas más delante de mí.

Grimshaw se retorció bajo mi agarre, pero no tenía ninguna posibilidad de liberarse. —¿Y cómo vas a impedir que encuentre a una mujer en otro sitio? —jadeó.

No respondí. No podía impedir que Grimshaw hiciera eso. Pero no permitiría que acosara a Elaina. De eso sí podía impedirle. Y lo haría.

—¿Qué está pasando aquí? —Uno de los corpulentos guardias de seguridad, que siempre se mantenía cerca de la puerta, se había abierto camino hasta nosotros en la pista de baile.

—El señor estaba a punto de irse —expliqué—. Esta señorita —hice un gesto con la cabeza hacia Elaina— fue acosada por él y ya no se siente segura en este club.

El portero miró a Elaina. —¿Es eso cierto?

Elaina se aclaró la garganta. —Sí. Sí, es cierto.

—Sucia mentirosa —Grimshaw escupió al suelo—. Tú lo querías. Pero así sois las mujeres. Primero provocáis a los hombres y luego lo negáis todo.

El portero agarró el brazo izquierdo de Grimshaw. —Ahora vamos a ir a la puerta. Un poco de aire fresco seguro que le vendrá bien.

Dudaba que el aire fresco cambiara algo en la forma de pensar de Grimshaw. Pero me cuidé de decirlo. Junto con el portero, arrastré a Grimshaw hacia la salida.

Esta noche estaba resultando muy diferente a lo planeado. Había querido divertirme para olvidar todos los inconvenientes. Ahora había tropezado con más inconvenientes. Pero eso no me resultaba desagradable en absoluto.

Al contrario.

Tanner. Elaina acaba de ser acosada por un hombre. Ahora tiene otras cosas en mente que divertirse contigo. Realmente otras. Probablemente solo quiera estar tranquila.

Mi cabeza podía entenderlo, pero mi polla seguía palpitando.

Quería a Elaina.

Con ella había encontrado más satisfacción que con cualquier otra mujer.

Lástima que ella quisiera tener hijos a toda costa. Poco después de empezar a conocernos, había oído una conversación telefónica sobre algún tratamiento médico que aumentaría las posibilidades de quedar embarazada.

Después de eso, lo dejé.

Quien se somete a tales tratamientos no hace compromisos con sus deseos. No veía ningún sentido en hablar sobre nuestros diferentes deseos. Especialmente porque Elaina me había ocultado el tratamiento. ¿Por qué debería hablar con ella sobre eso? No era mi tarea. Además, no quería cambiar a nadie. Si Elaina quería tener hijos, que los tuviera. Solo que sin mí.

—Bueno... ya estamos —el portero interrumpió mis pensamientos—. A partir de aquí yo me encargo. Estoy acostumbrado a estos tipos. Vaya a ver cómo está la mujer.

Nada me apetecía más.

Solté a Grimshaw y me di la vuelta. No tenía nada más que decirle a mi medio hermano ilegítimo.

Elaina seguía en la pista de baile y parecía un poco perdida. Me habría encantado abrazarla de inmediato y asegurarle que todo estaba bien. Pero eso probablemente habría sido demasiado ahora.

—¿Estás bien? —pregunté, mirando a Elaina con preocupación.

—Yo... —Elaina pasó los dedos por su largo pelo rojo— Sí, eso creo. Me ha dado un buen susto.

—Es un gilipollas —respondí—. No deberías dedicarle ni un pensamiento más.

—¿Le conoces? —quiso saber Elaina.

Hice una mueca. —Sí, por desgracia. Es el resultado de una aventura que mi padre se permitió hace muchos años. Por eso le conozco. Aunque podría prescindir perfectamente de eso —dejé que mi mirada recorriera a Elaina de arriba abajo.

Estaba descalza.

—¿Dónde están tus zapatos? —pregunté.

Elaina sacó una mano de detrás de su espalda. —El tacón se ha roto. Así no puedo ir a casa.

Espontáneamente, agarré la mano de Elaina.

No fue buena idea.

Mi polla palpitaba cada vez más fuerte.

Elaina apretó mi mano.

Quizás sí fue buena idea después de todo.

Ahora Elaina sonreía. —Gracias por protegerme.

Le devolví la sonrisa. —Ha sido un placer. ¿Puedo invitarte a otra copa? —tiré de Elaina hacia la barra porque no quería que alguno de los otros bailarines pisara sus pies descalzos y le hiciera daño.

Apenas habíamos llegado a la barra cuando el camarero empujó un *Tequila Sunrise* en dirección a Elaina. —Creo que lo necesitas, chica —comentó. Luego tecleó algo en una pantalla y puso un largo ticket sobre la barra—. Aquí tienes tu cuenta.

—Pero... —Elaina sonaba asustada. Se subió a un taburete y se inclinó hacia delante para discutir con el camarero—. No llevo dinero encima. Mi amiga pagará. Solo tienen que enviarle la cuenta. Eso es lo que dijo antes.

El camarero negó con la cabeza. —Lo siento, pero no hacemos eso aquí. Ni siquiera si se trata de la esposa de Jordan Drake. Además, cualquiera podría afirmar eso. Ayer tuve a tres chicas aquí, todas afirmando ser la hija del alcalde. También tenían tarjetas de visita del alcalde. Eso no es una prueba —el camarero se encogió de hombros.

—¿Y qué debo hacer? ¡No puedo pagar esto! —Elaina sonaba desesperada.

Agarré el papel y puse mi tarjeta encima. —Yo pago.

Elaina me miró incrédula desde un lado. —No puedo aceptar eso, Tanner —por primera vez en la noche dijo mi nombre. Sonaba muy especial en su boca. Por eso habría pagado con gusto tres cuentas de esa cantidad.

Le guiñé un ojo a Elaina. —No te preocupes. Está bien. No me importa y espero que aún puedas tener una buena noche.

Elaina me miró insegura. Le volví a guiñar el ojo. —Y ahora bebe —señalé el *Tequila Sunrise*.

—¿Tú no quieres nada? —preguntó Elaina.

—No, tengo que conducir —respondí—. Porque voy a llevarte a casa. ¿O prefieres ir descalza hasta el metro?

Elaina se miró. Luego se rio. —Eres realmente demasiado bueno para ser verdad. Te encuentro así por casualidad y luego me rescatas de tantas maneras.

—Uno de mis ejercicios más sencillos —dije con un gesto despreocupado.

En ese momento, el camarero me devolvió la tarjeta. —Todo arreglado, señor.

Elaina cogió el vaso con el Tequila Sunrise y se lo bebió de un trago. Luego dijo: —Entonces nos vamos a casa —se deslizó lentamente del taburete. Al hacerlo, perdió el equilibrio. Rápidamente agarré los brazos de Elaina. Su cuerpo se apretó contra el mío.

Justo como en los viejos tiempos.

Mi polla palpitaba.

—Uy —murmuró Elaina y me miró. La mirada en sus ojos marrones era tan indefinible como antes. Sus labios carnosos se curvaron ligeramente. Y su cuerpo no se alejó ni un milímetro de mí. Sentí los pechos llenos de Elaina contra mi six-pack.

Lentamente posé mis labios sobre la boca de Elaina.

Dios, qué bien se sentía.

Elaina no se apartó. Respondió a mi beso. Con cuidado, presioné mis labios un poco más fuerte contra los suyos. Luego abrí mi boca y pasé lentamente mi lengua por los labios de Elaina.

Elaina reaccionó.

Abrió sus labios y me permitió la entrada. Nuestras lenguas se encontraron y nuestros cuerpos parecieron fundirse aún más estrechamente.

Dios sí, nena.

Mi polla palpitaba más fuerte que en mucho tiempo.

Dejé que mis manos se deslizaran por la espalda de Elaina hacia abajo y acaricié suavemente su trasero. Luego separé mis labios de los suyos y le susurré al oído: —Ven. El último baile será en mi casa.

Lentamente, llevé a Elaina hacia la salida.

No habían pasado ni treinta minutos cuando entramos en mi ático. Como siempre que abría la puerta, inmediatamente empezó a sonar música.

Right Here Waiting de Richard Marx.

Atraje a Elaina hacia mis brazos. —El último baile —murmuré y comencé a moverme suavemente con ella al ritmo de la música. Bailamos en mi salón, frente al increíble escenario del skyline de Nueva York. Detrás del gran ventanal panorámico brillaba el Empire State Building.

Inhalé el olor de Elaina.

Algo floral.

De nuevo presioné mi cuerpo estrechamente contra Elaina. Y de nuevo ella reaccionó. Esta vez puso sus brazos alrededor de mis caderas.

Mi polla no solo palpitaba. Se puso dura.

¿Sería un capullo si me divertía con Elaina una vez más esta noche?

No.

No lo sería.

No le había prometido nada.

Y ella estaba muy dispuesta, evidentemente, porque en ese momento frotaba su pelvis contra mis caderas. Sentía mi erección... y se apretaba aún más contra mí.

Me incliné hacia ella y la besé de nuevo. Elaina abrió sus labios inmediatamente y nuestras lenguas comenzaron una danza salvaje. Así era como se sentía antes cuando Elaina y yo teníamos sexo.

Pero al mismo tiempo, ahora todo se sentía nuevo y emocionante - tampoco habíamos follado tantas veces en aquella época.

Sí, era una mezcla interesante. Nuevo y familiar a la vez.

Separé mis labios de los de Elaina y la besé en el lóbulo de la oreja. Luego pasé lentamente mi lengua por su mandíbula e inhalé profundamente el aroma floral. Mis manos encontraron la cremallera del vestido de Elaina y la abrieron.

Elaina dio un paso atrás y su vestido se deslizó sobre sus caderas hasta el suelo. Estaba ante mí en ropa interior de encaje negro.

Ahora ya no podía controlarme. Mi polla estaba aún más dura que antes. Me desabroché el cinturón.

—Desnúdate completamente —ordené con voz ronca, mientras me liberaba de mi ropa.

Elaina obedeció.

Y entonces me incliné sobre ella de nuevo. Por fin volvía a tener esos pechos llenos en mis manos. Exactamente en esto había pensado hace pocas horas y ahora mi fantasía se había hecho realidad.

Acaricié con el pulgar el pezón de Elaina, que se irguió bajo mi contacto. Luego tomé su pecho en mi boca. Primero dejé que mi lengua se deslizara sobre el pezón. Luego mordí suavemente. Elaina gimió y arqueó su torso más hacia mí.

Oh, te gusta eso, nena. Y a mí me gusta que te guste.

Mis manos acariciaron suavemente el vientre de Elaina y siguieron hacia abajo. Elaina separó las piernas. Estaba húmeda.

Muy húmeda.

Más húmeda de lo que nunca la había visto.

Así que ella también me deseaba. Tanto como yo a ella.

Suavemente, busqué con mis dedos el clítoris de Elaina y comencé a masajearlo ligeramente. Elaina gimió de nuevo.

Fuerte.

—Sigue —susurré—. Tus gemidos me excitan.

Masajeé el clítoris de Elaina hasta que sus piernas comenzaron a temblar.

—Oh Dios, Tanner. Yo... ya casi...

—Espera un momento, nena —llevé a Elaina al sofá e incliné su torso hacia adelante. La cama estaba decididamente demasiado lejos.

Más tarde, Tanner. La noche es larga.

Agarré a mi sirena pelirroja por las caderas y penetré en ella.

Por fin.

Empujé mi polla profundamente en la vagina de Elaina y dejé que mi mano se moviera de nuevo hacia adelante para acariciar su clítoris. Elaina gimió aún más fuerte que antes.

Oh sí, nena.

Empujé mi polla aún más profundamente en ella.

Elaina gimió.

Y entonces se corrió.

Su vagina se contrajo estrechamente alrededor de mi polla. Esta sensación ya me había vuelto loco entonces y ahora no era diferente.

—Siiiiii... —el grito de placer de Elaina resonó en las paredes de mi apartamento.

Ella se corrió.

Empujé mi polla tan profundamente en ella como nunca antes.

Y entonces yo también me corrí.

Capítulo 9

Elaina

Con cuidado abrí un ojo.

¿Dónde estaba?

¡Este no era mi piso!

Eso lo noté incluso aunque veía todo borroso. ¿Pasaba algo con mi ojo?

Con cautela abrí el segundo ojo. Miré hacia una luz cegadora y rápidamente volví a cerrar ambos. Dios mío.

¿Dónde estaba?

En mi piso del piso 18 ni siquiera en el día de verano más brillante entraba una luz así. Pero aquí el sol brillaba tan intensamente como si sobre mí solo hubiera cielo. Sin embargo, en Nueva York eso raramente ocurría. Sobre la mayoría de personas había varios pisos con otros apartamentos. Tanta luz solo existía en un ático.

¡Un ático!

¿Estaba entonces en un ático?

Con cuidado giré la cabeza y parpadee lentamente. No quería volver a quedar deslumbrada. Pero el giro fue demasiado para mi cabeza. Ahora me sentía mareada y tenía la sensación de que todo giraba a mi alrededor.

Dios mío. La última vez que me sentí así fue en el instituto. En aquella época había salido de fiesta con unas amigas y había bebido bastante.

¿Tenía resaca?

¿Qué había pasado anoche?

¿Qué día era hoy?

¿Y qué hora era?

Elaina, tranquila. Cierra los ojos otra vez y piensa con calma.

Ayer había sido un día de mierda, pero luego había salido de fiesta con Amanda. Nos lo habíamos pasado de maravilla en un club y yo había bebido algunos *Tequila Sunrise*... De eso me acordaba.

Pero, ¿qué había pasado después?

¿Por qué no estaba en casa en mi cama?

En ese momento alguien se movió a mi lado.

Me quedé paralizada.

¡No estaba sola!

Hasta ahora ni siquiera me había dado cuenta.

Con esfuerzo, reprimí un gemido. Esto no podía estar pasando. Esta no era yo. Nunca iba a clubes y me emborrachaba tanto que al día siguiente me despertaba con una laguna mental completa junto a un tipo totalmente desconocido...

Con cuidado levanté los párpados un poco. El hombre se estaba levantando y se dirigía hacia la gran ventana panorámica. Su cuerpo ciertamente valía la pena contemplarlo.

Se dio la vuelta.

Asustada, cerré los ojos.

Tanner.

Mi ex.

Había pasado la noche con mi ex.

Con el hombre al que en realidad había querido olvidar. Con el hombre que me había dejado plantada sin explicación alguna.

De repente, volví a recordar todo lo de anoche. Recordé al tipo asqueroso que me había estado acosando y que parecía estar emparentado de alguna manera con Tanner. Tanner me había salvado, luego había pagado mis copas y de alguna manera... de

alguna manera me había sentido tan bien en su presencia que una cosa llevó a la otra.

Habíamos acabado en el ático de Tanner y habíamos tenido sexo. Y no solo una vez.

Con el recuerdo, sentí cómo un ligero rubor subía a mis mejillas.

¿Y ahora?

¿Qué debía hacer ahora?

¡En serio, lo has vuelto a hacer de maravilla, Elaina! Querías salir para divertirte y olvidar todas las dificultades de los últimos días, semanas y meses. Y en su lugar has conseguido complicar aún más tu vida.

Tanner se acercó a la cama.

Mantuve los ojos cerrados.

No estaba preparada para mirarlo a los ojos. ¿Qué le iba a decir? ¿Estábamos juntos otra vez? ¿Continuaríamos donde lo dejamos hace unas semanas, cuando Tanner me dejó sin explicación?

¡Sí!

Todo en mí gritaba que sí.

Mi cuerpo quería a Tanner. Evidentemente, incluso una larga noche de amor no había sido suficiente para saciar mi deseo por este hombre, que me satisfacía como ningún otro. Con quien me sentía

deseada y anhelada como nunca antes en mi vida y que sabía exactamente dónde y cómo tocarme. Puro instinto. No tenía que decir nada. Y por eso también mi mente quería a Tanner. Una y otra vez.

Ten cuidado, Elaina. Este tío ya te ha roto el corazón una vez. Si ahora vuelves a caer tan fácilmente, probablemente todo será mucho peor.

En mi cabeza se arremolinaban todo tipo de pensamientos. No abrí los ojos todavía. Era mejor hacerme la dormida y ordenar mis pensamientos antes de enfrentarme a Tanner.

En ese momento se abrió una puerta. Luego escuché el agua correr. Tanner se estaba duchando. Con cuidado abrí los ojos y levanté un poco la cabeza. Ahora el brillo en el ático de Tanner era soportable. Por supuesto, ya había estado aquí varias veces, pero nunca me había despertado aquí. Tanner siempre me había llamado un taxi.

Esta era la primera vez que me quedaba a dormir aquí.

Ahora se extendió en mí una cálida sensación.

¡Elaina! Ya no estáis juntos. Piensa en lo que Colleen te dijo ayer. Piensa en lo que dijo Amanda. Tus amigas tienen razón. Debes concentrarte en tu propia vida y pensar en tu futuro.

Pero, ¿y si Tanner era mi futuro?

Me senté en la cama.

Si al menos supiera lo que Tanner pensaba. Pero no tenía ni idea. ¿Había sido esto para él solo una agradable distracción? ¿Querría

volver a verme?

En ese momento sonó un fuerte pitido junto a mí en la mesita de noche. Miré a la derecha. Sobre la mesita estaba mi bolso verde. Hacía juego con mi vestido. ¿Lo había colocado yo allí tan ordenadamente anoche?

No podía recordarlo.

Lentamente tomé el bolso y saqué mi móvil. Tres mensajes sin leer.

Te deseo un buen día y espero que te divirtieras ayer. Avísame. Este WhatsApp era de Colleen.

Cielo, espero que estés bien y que siguieras bailando. Espero que podamos hablar por teléfono antes de que me vaya de la ciudad. Danny todavía no está del todo bien. Amanda.

Recuerde: ¡¡¡Solo los empleados puntuales conservan su trabajo!!! Un número desconocido. Me quedé mirando el mensaje con sus tres signos de exclamación. Aunque no tenía el número guardado en mi teléfono, no me resultaba difícil adivinar quién lo enviaba. Solo podía ser mi jefe.

Emmett Kershaw.

Me sobresalté.

¿Qué hora era?

Volví a mirar mi móvil.

Entonces suspiré aliviada. Aún podía llegar puntual al trabajo. Pero no podía seguir perdiendo el tiempo y hacerme la dormida para no tener que mirar a Tanner a los ojos.

Tenía que concentrarme en mi propia vida.

En ese momento sonó mi teléfono. La pantalla mostraba un número desconocido. ¿Me estaba llamando ahora el Sr. Kershaw para recordarme que debía llegar puntualmente al trabajo?

Seguro que no.

Ni siquiera llegaba tarde.

Tenía que ser otra persona.

—¿Hola? —pregunté mientras balanceaba ambos pies por el borde de la cama.

—Srta. O'Hare. ¿Dónde está?

—¿Sr. Kershaw? —pregunté incrédula. Lo que acababa de considerar imposible era ahora realidad.

—¿Ya se ha levantado de la cama? —Emmett Kershaw parecía considerar su llamada como algo completamente normal.

—Yo... —No sabía cómo reaccionar.

—Si no lo ha hecho, le recomendaría encarecidamente que se levante ahora y se despida del hombre al que ha honrado con su presencia esta noche. —Emmett Kershaw enfatizó la palabra

"honrado" de una manera tan extraña que, por un lado, sonaba ambiguo y, por otro, como si ninguna persona pudiera estar feliz con mi presencia.

Respiré hondo. El primer desafío de este día no era Tanner, sino mi jefe. Y ahora iba a demostrar que estaba a la altura. —Por supuesto, Sr. Kershaw. No hay problema. Estaba a punto de despedirme del hombre. Llama justo en el momento perfecto. Gracias por el recordatorio. Nos vemos luego en la oficina. —Antes de que Emmett Kershaw pudiera responder, toqué el símbolo rojo del auricular y terminé la llamada. Probablemente tendría que pagar por mis palabras más pronto que tarde. Emmett Kershaw ya encontraría la manera de mantener el control. Pero por ahora tenía paz.

En ese momento algo me hizo cosquillas en el pie izquierdo. Miré hacia abajo. Debajo de mí había una mullida alfombra blanca que impedía que mis pies estuvieran directamente sobre el frío suelo de mármol.

Y justo en mi pie había una araña horrible.

—¡Ahhhhhh! —Me quedé paralizada y grité fuerte del susto. La araña siguió arrastrándose. Salté de la cama y volví a chillar.

—¡Elaina! ¿Qué ha pasado? ¿Te duele algo? —Tanner estaba a mi lado. Mojado. Y desnudo. El agua goteaba de su cuerpo y en ese momento olvidé cualquier pensamiento sobre la araña. Sentí calor. Más que eso. Sentí ardor.

Lo que más me hubiera gustado...

—¡Elaina! —Tanner me agarró del brazo—. ¿Qué pasa? ¡Habla conmigo!

—Yo... —Tragué saliva. De repente mi comportamiento me pareció terriblemente ridículo. Pero ¿qué podía hacer si las arañas me daban tanto miedo? Era así. Sufría esta aracnofobia desde mi infancia.

Tanner me miró.

—Había una araña —dije finalmente con voz lastimera—. Me ha pasado por encima del pie y entonces... —No continué. Demasiado grande era mi temor de que Tanner encontrara mi miedo ridículo y estallara en carcajadas.

Pero Tanner me soltó y miró buscando en el suelo. —¿Dónde? —preguntó.

—En la alfombra. —Tragué saliva otra vez.

Tanner levantó la alfombra y la sacudió. Volvió a comprobar el suelo. —Aquí. —Con cuidado recogió un punto negro del suelo—. Espero que no te importe si la dejo en la terraza.

—No. No me importa. Yo... no quiero exterminar o matar a todas las arañas ni nada de eso. Solo no quiero que estén cerca de mí —expliqué.

Tanner asintió y abrió una puerta que daba directamente a la terraza. Observé cómo se acercaba a una planta y pasaba el dedo por una de las hojas. La araña era tan pequeña que ya no podía verla desde aquí.

El cuerpo musculoso de Tanner era, en cualquier caso, mucho más interesante.

¡Elaina!

Tanner se dio la vuelta y volvió a entrar. —Ya te has librado de esa cosa —anunció—. No te molestará más hoy.

—Gracias. —No sabía qué decir. ¿Qué debía pasar ahora?

Tanner se paró frente a mí y me miró profundamente a los ojos. Luego me agarró por los hombros e inclinó su cabeza hacia mi oído. —Lo nuestro solo fue algo de una noche, ¿vale? Disfruto mucho de tu presencia en la cama. Pero desgraciadamente entre nosotros no puede surgir nada. Esta noche fue... simplemente esta noche.

¿Qué debía decir ahora?

Difícilmente puedes pedirle a Tanner que cambie de opinión, Elaina. Eso no se hace. No se lucha por un hombre. Si no te quiere, no te quiere.

—Por supuesto. Algo de una sola vez —repetí y me sorprendió que mi voz sonara casi normal.

¿Quizás porque Tanner tenía razón?

Al fin y al cabo, yo tampoco quería que volviera a romperme el corazón. Y por eso era mejor que quedara en una sola noche. Justo ayer había decidido que quería olvidar a Tanner y volver a tomar las riendas de mi vida.

¿Por qué debería esta noche cambiar mi decisión?

—Me alegra que seas tan razonable —susurró Tanner.

Y entonces me besó. Sus labios se posaron sobre los míos y su lengua pidió entrada.

Exactamente como ayer.

Mi cuerpo reaccionó.

Exactamente como ayer.

Tanner me apretó contra él y sentí su erección.

Exactamente como ayer.

Abruptamente me soltó y anunció: —Tengo que ir a trabajar. — Luego desapareció del dormitorio.

Me quedé mirándole.

¿Qué había sido eso?

¿No era yo la única de nosotros dos que deseaba que no se quedara en una sola noche?

¿O estaba completamente loca e interpretando cosas en las acciones de Tanner que no estaban ahí?

¿Cómo iba a olvidarle así?

Capítulo 10

Tanner

Cuatro semanas después.

—¡Por ti, Tanner! —Las copas de champán tintinearon. Estaba en el elegante salón de mis padres. Todo allí parecía sacado de una edición de "Casa y Jardín". No, me corregí. Todo lucía aún más elegante. Mi madre había contratado a la interiorista más cara de Nueva York para decorar la casa.

¿Había?

La interiorista venía cada año y se aseguraba de que todo estuviera impecable. La casa de mis padres no parecía un lugar donde vivieran personas, sino más bien como un...

¿Un showroom?

Me encogí de hombros. Me daba igual. Al fin y al cabo, yo solo era un invitado ocasional.

Mi padre me sonrió y yo disfruté de mi triunfo.

—Estamos orgullosos de ti —añadió mi madre, quien como siempre se mantenía más en segundo plano. Había vivido toda su vida a la sombra de mi padre. Quizás hubiera sido diferente antes de que mi padre la engañara y Grimshaw llegara al mundo poco después que yo. Posible. Pero yo solo conocía a mi madre así.

—Durante años intenté conseguir eso, pero no lo logré. Por eso me alegra tanto que tú lo hayas conseguido ahora. En ti realmente he encontrado un digno sucesor. —Como siempre, mi padre volvía a colocarse en el centro de atención tan pronto como sentía que yo me concentraba más en mi madre.

Le sonreí a mi madre.

—Gracias, papá —respondí entonces—. Aunque he tenido una ayuda realmente competente. —Ni siquiera era mentira. Y sin embargo, lo mencionaba sobre todo porque no quería mostrar ante mi padre que estaba a punto de estallar de orgullo por mi logro.

—Eso no importa —gruñó mi padre—. Yo también la tuve. Y aun así no lo logré. Vamos, suéltalo. ¿Cuánto le ofreciste?

—No demasiado —respondí, extendiendo mi copa de champán para que la criada mexicana me la rellenara. ¿Era nueva la criada? Intentaba memorizar su nombre y su cara cada vez, pero cuando volvía a visitar la casa de mis padres unas semanas después, solía haber una nueva criada. Parecían ir y venir a su antojo.

—¿No demasiado? ¿Está en problemas económicos? —quiso saber mi padre.

Suspiré y di un gran sorbo de champán. Conocía lo suficiente a mi padre para saber que no me dejaría en paz. El dinero era demasiado importante para él, así que no dejaría el tema hasta conocer la cantidad exacta.

La cantidad que había pagado a Emmett Kershaw por su cadena de televisión.

—Ofrecí exactamente lo mismo que tú —respondí con sinceridad.

—¿Exactamente lo mismo? ¡Eso no puede ser! ¿Por qué no me vendió a mí entonces? —Mi padre me miró fijamente y resopló—. Si no quieres decirle a tu propio padre lo que pagaste, bien. Pero podrías decírmelo directamente en vez de mentirme.

Puse los ojos en blanco. En la casa de mis padres realmente no cambiaba nada. Absolutamente nada. —¿Por qué iba a mentirte, papá? —pregunté. Sin esperar la respuesta de mi padre, continué—: Simplemente le hice ver a Emmett Kershaw que con sus audiencias y su forma de gestionar, estaría en quiebra en pocos meses. Le queda un año como máximo. Y entonces nadie querrá comprar su canal. Ni siquiera conseguirá dinero por él. Una vez que entendió eso, vendió bastante rápido.

—Qué inteligente por tu parte, Tanner. —Mi madre me sonrió. Sus mejillas estaban algo excesivamente sonrojadas, pero aparte de ese pequeño detalle, se veía como siempre.

Le devolví la sonrisa y por primera vez en el día me recliné relajado. Con la ayuda de Rory había preparado los documentos que convencieron a Emmett Kershaw. Y así el canal fue inmediatamente mío. Había alcanzado mi gran objetivo.

Y no solo eso.

Había superado a Grimshaw.

—Sí, estoy realmente orgulloso de mis hijos —dijo mi padre en ese momento, e hizo una señal a la criada para que rellenara su copa de champán—. Tanner ha comprado el canal y Grimshaw... Grimshaw está haciendo un trabajo realmente bueno.

Apreté los dientes y tuve que contenerme mucho para no responder.

Simplemente cállate, Tanner. Déjalo hablar. Se escucha a sí mismo con demasiado gusto. Si empiezas a discutir, solo se aferrará aún más al tema. No sirve de nada, lo sabes perfectamente. Lo has aprendido con los años.

—El reportaje sobre la bolsa que emitieron recientemente en su canal de noticias fue realmente extraordinario. Yo mismo no lo habría hecho mejor. Si sigue así, ganará algunos premios. —Mi padre levantó su copa de champán y la vació.

Dejé mi copa sobre la mesa con gesto demostrativo. También había visto el reportaje del que hablaba mi padre. Se trataba del reportaje de Griselda.

¡Griselda!

La periodista que hasta hace cuatro semanas trabajaba para mi canal. Probablemente había estado preparando exactamente este reportaje mientras yo todavía le pagaba. Una investigación sobre temas bursátiles no se realizaba así como así. Normalmente llevaba varias semanas incluso desarrollar la idea. Al fin y al cabo, el mercado de valores era complejo.

Grimshaw no merecía absolutamente nada por este reportaje, ni el reconocimiento de mi padre ni un premio. No había hecho nada excepto hacerle una oferta a Griselda y atraerla a su empresa en el momento adecuado. Y para eso realmente no se necesitaban habilidades especiales.

Solo había que ser un poco despiadado y tener cierto sentido del timing.

—El chico realmente está progresando. —Mi padre se acarició la barriga con satisfacción—. Debo admitir que al principio estaba algo escéptico y pensé mucho si todo esto era una buena idea. Quería confiarte toda la empresa, Tanner. Con todos los canales. Pero ahora estoy realmente satisfecho con mi decisión.

Volví a coger la copa que acababa de dejar en la mesa. Mis dedos la rodearon y apretaron.

Más fuerte.

Entonces una mano se posó sobre mi brazo. —Ten cuidado, o te cortarás. —Mi madre apartó la copa de mi mano y la volvió a colocar sobre la mesa. Me sonrió y se encogió ligeramente de hombros.

Respiré hondo e intenté relajarme.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. La criada mexicana corrió hacia la entrada.

—¿Esperáis a algún invitado? —pregunté.

Mi madre negó ligeramente con la cabeza.

—Estoy seguro de que aquí se alegrarán de mi visita, aunque no me esperéis. —Grimshaw entró en la habitación. Me sonrió con superioridad—. Así que tú también estás aquí, Tanner, ¿por qué no iba a estar yo? Si no me equivoco, en esta casa tenemos el mismo estatus. —La sonrisa de mi hermanastro ilegítimo se ensanchó aún más.

Me hubiera encantado darle un golpe de karate allí mismo. Apreté los puños y respondí con dureza: —No exactamente. Mi madre también vive aquí. Si no me equivoco, tu madre vive en otro lugar. Y yo, a diferencia de ti, llevo el apellido que está en la puerta de entrada.

Grimshaw dejó de sonreír.

En cambio, yo sonreí y levanté mi copa de champán.

—Bueno, al menos esto último quizás cambie —intervino mi padre en la conversación, mirándonos a todos con benevolencia. ¿Habría copiado esa mirada de algún actor?

¿Y a qué se refería con su comentario?

—Estoy pensando en adoptar oficialmente a Grimshaw. Así finalmente pertenecerá completamente a la familia y llevará el mismo apellido que todos nosotros. Grimshaw Hudson. —Mi padre miró a su alrededor buscando aprobación—. ¿No creéis que es una idea excelente?

Mi madre guardó silencio. Mi padre la miró expectante. —Mary, di algo. Ya lo hemos hablado.

—Por supuesto —respondió mi madre, dejando abierto si se refería a que por supuesto habían hablado del asunto o si por supuesto consideraba que la adopción de Grimshaw era una buena idea.

—Grimshaw no tiene la culpa de... bueno, de las circunstancias de su concepción y no debería sufrir desventajas en su vida por ello —siguió perorando mi padre.

—Circunstancias de su concepción. Una forma muy bonita de describir una infidelidad —murmuré. Mi madre me lanzó una mirada de advertencia. Evidentemente quería evitar una disputa familiar a toda costa—. Grimshaw Hudson suena completamente ridículo —continué murmurando, impertérrito.

Grimshaw había recuperado su sonrisa insolente. En ese momento, la criada regresó y le ofreció una copa de champán. Grimshaw tomó la copa y...

Parpadee.

¿Había visto bien?

¿Mi hermano acababa de pellizcar el trasero de la criada?

¿Era ÉL la razón por la que todas las criadas renunciaban después de apenas unas semanas?

—También espero que el clan Hudson siga creciendo y creciendo gracias a este paso. —Las untuosas palabras de mi padre me sacaron de mis pensamientos—. Ambos estáis ya en edad de casaros y poco a poco va siendo hora de que penséis en elegir pareja. Una dulce esposa que os respalde es el pilar de vuestro éxito. —Mi padre paseó su mirada de Grimshaw a mí. Yo miré

discretamente a mi madre. Su rostro no mostraba expresión alguna —. Y nos alegraremos de tener hijos y nietos, ¿verdad, Mary? —Mi padre dio un ligero codazo a mi madre.

—Por supuesto —respondió mamá con el mismo tono que antes.

—Entonces, vamos a comer. —Mi padre dejó su copa de champán sobre la mesa y se dirigió al comedor.

—Ayudaré a la criada —anunció Grimshaw.

Discretamente, dejé mi copa sobre la mesa y esperé hasta que mis padres y Grimshaw desaparecieron de mi vista. Entonces me dirigí a la cocina.

—Admítelo, pequeña, tú también lo quieres —escuché en el momento en que abrí la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —se me escapó.

La criada estaba arrinconada contra uno de los armarios. Mi hermano estaba frente a ella, presionando sus manos sobre sus pechos. Cuando me vio, solo se rió con una risa cabruna y apretó aún más fuerte los pechos de la criada.

—¡Ayuda, Señor. Ayuda! —La criada me miró con los ojos muy abiertos.

Salté hacia delante, agarré a Grimshaw por el cuello y lo aparté de un tirón. —¡Déjala en paz, perro estúpido! ¿No has entendido que no quiere nada contigo?

Exactamente igual que hace cuatro semanas, cuando sorprendí a Grimshaw acosando a Elaina. ¿Es que mi hermano no aprendía nunca? Tenía muchas ganas de llamar a mi padre para mostrarle qué tipo de persona imposible quería incorporar a su familia.

Pero eso no serviría de nada. Grimshaw distorsionaría tanto los hechos que al final yo sería el culpable. Y la criada también, sin duda. Eso no beneficiaría a nadie.

Grimshaw ofreció resistencia. —¡Suéltame! ¡Maldito idiota!

Pero no había hecho sesiones extra en el club de kárate estas últimas semanas para nada. Conseguí sorprendentemente fácil atrapar a Grimshaw en una llave.

—¡Suéltame! —repitió mi hermano.

Pero yo estaba disfrutando demasiado de la situación. —¿Qué vas a hacer si no te suelto? —pregunté—. ¿Decírselo a papá? —Apreté un poco más mi agarre y me reí—. En el futuro deberías mantener tus manos quietas, Grimshaw. Y cuando una mujer dice que no quiere que la toques, significa exactamente eso. ¿Lo has entendido?

—¿También te gusta la criada? —jadeó mi hermano—. ¿Como la chica del club? ¡A esa te la tiraste! ¡Y no solo una vez! ¡Al fin y al cabo, ya la conocías!

La chica del club.

Elaina.

—Mantén tus manos alejadas de la criada. ¡Y de Elaina! —Acerqué el rostro de mi hermano al mío y lo miré a sus fríos ojos que parecían

de pez—. ¿Has entendido?

Grimshaw no dio respuesta.

Detrás de nosotros, la criada salió rápidamente de la cocina. Cuando abrió la puerta, oí a mi padre llamar: —¿Dónde estáis? — Probablemente vendría a la cocina a buscarnos de un momento a otro.

Solté a Grimshaw.

—Así que tenía razón. Te la has vuelto a tirar. —Mi hermano sonrió con suficiencia y se alisó la ropa—. Entonces puedo ir a buscarla. Si tú ya la has tenido, ahora está libre de nuevo. Hace tiempo que quiero follarme a una pelirroja.

—¡Ni se te ocurra! —Agarré a Grimshaw nuevamente por el cuello—. Mantén las manos alejadas de ella.

—Oh, ¿todavía te la estás follando? —Mi hermano sonrió—. Bueno, quién dejaría escapar tan fácilmente de la cama a una pelirroja. Entonces realmente debe estar tan buena como parece. Cuando termines con ella, me la miraré más de cerca.

Sacudí a Grimshaw.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —interrumpió en ese momento la voz de mi padre nuestra disputa.

—Ah, solo una pequeña competición entre hermanos. —Grimshaw sonrió a mi padre—. Pronto es el campeonato de kárate y Tanner tiene realmente miedo de perder. Le estaba mostrando rápidamente algunos trucos.

Me hubiera encantado golpear a mi hermano en plena cara en ese momento. La presencia de mi padre me lo impidió.

—Qué amable por tu parte. —Mi padre le dio un puñetazo en el costado a Grimshaw y a mí una palmada en la espalda—. Pero ahora deberíais venir realmente, o la comida se enfriará.

Solté a Grimshaw.

Mi padre y mi hermano abandonaron la cocina.

Me quedé mirando al suelo.

¿Por qué le había ordenado a Grimshaw que mantuviera las manos alejadas de Elaina?

Lo nuestro había sido solo algo puntual, ¿no?

Eso le había dicho yo mismo después de nuestra ardiente noche hace cuatro semanas. Y Elaina me había dicho que a ella le parecía bien.

Así que todo estaba en orden.

No tenía nada que ordenarle.

Ella podía hacer lo que quisiera.

Yo no quería nada más de ella.

¿Verdad?

Verdad.

Pero por alguna razón, mi polla palpitaba con fuerza cuando salí de la cocina.

Capítulo 11

Elaina

Entré malhumorada en mi oficina. Resulta difícil creer que hace cuatro semanas pensara que había encontrado aquí mi trabajo soñado. Negué con la cabeza recordando lo feliz que había sido cuando recibí la confirmación. Un trabajo en una cadena de televisión. Allí me esperarían cosas emocionantes. Nuevas posibilidades. Podría desarrollarme profesionalmente.

Qué ingenua había sido.

—¡Elaina! —La voz quejumbrosa de Emmett Kershaw se oyó desde su despacho.

Lo que me faltaba. ¿Por qué estaba ya en el trabajo a esta hora? Normalmente siempre llegaba más tarde que yo. Por eso disfrutaba especialmente de las horas de la mañana, porque nadie me regañaba, me exigía imposibles o buscaba errores en cada una de mis acciones. Como no había vuelto a llegar tarde desde mi segundo día, las sucesivas comprobaciones de mi registro horario no habían dado resultado.

—¿Vienes o qué? ¿O te has quedado dormida en tu escritorio? Eso explicaría muchas cosas. Eres realmente la secretaria más lenta que he tenido jamás —gritó mi jefe desde su despacho.

Suspirando, dejé mi bolso en mi escritorio y entré en el despacho de Emmett Kershaw.

En la guarida del león.

—Buenos días, señor Kershaw. ¿Qué puedo hacer por usted? —Me esforcé por sonar educada y amable. De ninguna manera quería descender al nivel de mi jefe. Dicen que uno se convierte en las cinco personas con las que pasa más tiempo. Al pensar que en unos años podría parecerme a Emmett Kershaw, un escalofrío desagradable me recorrió la espalda. Me estremecí.

—¿Qué le pasa? ¿Le da escalofríos la perspectiva de trabajar? —me espetó Emmett Kershaw.

—En absoluto. Me alegro de empezar un nuevo día. Como cada mañana —mentí, esforzándome por mantener una expresión lo más neutral posible. Una sonrisa habría sido excesiva.

—¿Dónde están los documentos que le pedí anteayer? —Emmett Kershaw seguía sonando tan descortés como antes. Hoy estaba incluso peor que en días anteriores. ¿Qué mosca le había picado? ¿Había tenido una cita ayer y la mujer le había dado calabazas?

Hace unos días, en lugar del habitual vacío aburrido en el programa de correo electrónico de mi jefe, había encontrado una confirmación de registro en una plataforma de citas. Aunque me resultaba incomprensible qué mujer se liaría con un hombre de semejante carácter, siempre hay alguna mujer tan desesperada por conseguir

un hombre con dinero que pasa por alto todo lo demás. Aunque la calva de Emmett y sus ojillos de cerdo eran, en realidad, el menor de sus problemas.

—Los documentos están en la pila a su derecha. En la carpeta verde —respondí. Se trataba de un resumen de los últimos indicadores de la cadena. Finanzas, audiencias, programas más exitosos. En realidad, Emmett Kershaw recibía esta información regularmente por correo, pero ayer me había encargado que lo recopilara todo de nuevo.

¿Acaso no sabía cómo mantenerme ocupada? ¿O simplemente había borrado los correos originales sin leerlos?

—Esta carpeta se la entregará luego a mi sucesor —anunció Emmett Kershaw sorprendentemente.

Negué con la cabeza. ¿Había oído bien? ¿O estaba demasiado adormilada para entenderlo todo correctamente?

No. Había dormido bien y en las últimas semanas solo había aparecido sin dormir en el trabajo una única vez.

Después de la noche que pasé con Tanner.

Al pensarlo, un escalofrío me recorrió de nuevo la espalda. Un escalofrío agradable. Mi piel se calentó y mis labios comenzaron a hormiguear.

¡Elaina! Concéntrate. Este es tu trabajo. Tanner está lejos y de todos modos no volverás a verlo.

Lamentablemente.

—¿Se ha quedado sin habla? —me regañó Emmett Kershaw.

—Yo... —¿Qué acababa de decir mi jefe? ¿Su sucesor?—. No, señor Kershaw. Solo me ha sorprendido. ¿Ha dicho que debo entregar la carpeta a su sucesor?

—Efectivamente. Al menos una instrucción que ha entendido correctamente. No es mucho en cuatro semanas. Solo espero que en el futuro comprenda y trabaje un poco más rápido. Si no, lo veo negro para usted. Mi sucesor seguramente no tendrá tanta paciencia con usted como yo. Con ese rendimiento, con cualquier otro jefe probablemente ya estaría en la calle después de una semana. —La voz de mi jefe sonaba ahora realmente untuosa.

Me contuve para no reírme.

¿De verdad creía lo que acababa de decir?

No realmente, ¿verdad?

Seguramente me estaba tomando el pelo. En las últimas semanas no había visto ni un solo correo que indicara que Emmett Kershaw iba a abandonar su puesto. ÉL ERA EL DUEÑO del negocio. No podían echarlo. Si se iba, significaba que vendía el negocio. ¿Y no me habría enterado de algo así? ¿No habría habido algún correo electrónico al respecto?

—No me he enterado de que... —empecé y luego me interrumpí. Si admitía que no sabía nada de la transacción, mi jefe probablemente me daría otra reprimenda verbal.

—Por supuesto que no se ha enterado. —Emmett Kershaw me sonrió con malicia—. Lo mantuve todo en secreto hasta que el asunto

estuviera cerrado. ¿O cree que podía arriesgarme a que usted susurrara secretos de la empresa al oído de sus amantes por la noche?

Suspiré.

¿Otra vez con eso?

Emmett Kershaw parecía obsesionado con la idea de que yo era la mayor femme fatale de Nueva York y cada noche escogía a un hombre diferente cuyo corazón rompería al final de una noche apasionada.

¡Qué lejos estaba eso de la verdad! En las últimas semanas me había esforzado por olvidar la noche con Tanner, pero no lo había conseguido. Era como si todavía sintiera sus manos sobre mi piel, sus labios sobre mi boca, su cuerpo sobre el mío... dentro del mío...

—No sé con quién abrirá usted las piernas por la noche. —Emmett Kershaw se levantó y me miró con su mirada más perversa—. Seguramente con la escoria de la ciudad, para eso sois conocidas las mujeres. Os liáis con cualquier idiota y los hombres buenos no os interesan.

¿Mi jefe creía que debía mostrarme su mejor cara una vez más antes de despedirse?

—¿Cuánto tiempo más estará usted aquí? —pregunté tan discretamente como fue posible. No iba a dejar que me provocara en el último momento. Emmett Kershaw se iba pronto. No podría haberme dado mejor noticia. Quienquiera que fuese su sucesor, estaba segura de que me llevaría mejor con él que con el señor Kershaw.

—Ya nada más. Me voy ahora. Mi sucesor llegará en media hora. Como ya hemos discutido todo, no necesito verlo. Se las arreglará. Y si no... bueno, le tendrá a usted a su lado. —Emmett Kershaw rio con una risa aguda, como para mostrar que acababa de hacer un chiste especialmente bueno.

—Seguro —respondí inexpresivamente—. Le deseo lo mejor, señor Kershaw. —La perspectiva de no tener nunca más que ver a Emmett Kershaw hizo que estas palabras salieran de mis labios más fácilmente de lo esperado. Lo que más me hubiera gustado habría sido apretar los puños y lanzar un grito de alegría por toda la oficina.

—Gracias por sus deseos. No son necesarios. —Emmett Kershaw me miró y luego marchó directamente pasando junto a mí.

¿Estaba ocurriendo esto realmente?

¿Mi jefe abandona la oficina y nunca volverá?

Oí cómo se abría y cerraba la puerta de la antesala. Con cuidado, salí del despacho de Emmett Kershaw —no, el despacho de mi futuro jefe— y fui a la antesala. Casi esperaba que Emmett Kershaw saltara riendo de algún rincón y me dijera que solo me había tomado el pelo.

Pero la antesala estaba vacía.

Encendí mi ordenador.

Pocos minutos después me recliné relajada y sonreí. Acababa de leer el correo electrónico del departamento de personal en el que se anunciaba que Emmett Kershaw dejaba la empresa con efecto inmediato.

Era oficial.

Tendríamos un nuevo jefe.

YO tendría un nuevo jefe.

El día iba a ser mucho mejor de lo que pensaba.

Lamentablemente, en el correo electrónico no decía cómo se llamaba nuestro nuevo jefe. Esta información se daría a conocer más tarde en el día. Observaba fascinada mi bandeja de entrada. ¿Cuándo llegaría el correo?

En ese momento se abrió la puerta de la antesala.

Levanté la cabeza.

¿Ya estaba aquí?

—Aquí estás. —Sonriendo, un hombre fornido se coló en mi oficina.

Finny.

Cerré los ojos.

Esto no podía ser verdad, ¿verdad?

¿Qué estaba haciendo aquí? Seguro que me lo estaba imaginando todo. Finny ni siquiera sabía dónde trabajaba, ¿no?

En ese momento, me agarró del brazo y me levantó bruscamente.

Rápidamente abrí los ojos de nuevo. —¿Qué... qué significa esto?

Finny me sopló su aliento apestoso en la cara. —Sabes perfectamente qué significa esto. ¡No finjas!

En ese momento un pensamiento cruzó mi mente. ¿Había comprado Finny la cadena? ¿Era él el nuevo propietario? Como prestamista seguramente tenía mucho dinero. ¿Había organizado todo esto para seguir acosándome?

Tonterías, Elaina. El poder de Finny puede llegar lejos, pero no tanto.

—QUIERO. MI. DINERO. —Con cada palabra de Finny, otra nube de aliento apestoso llegaba a mi cara.

—Ya he pagado —me defendí.

—Has pagado UNA cuota. —Finny agarró mi otro brazo y apretó.

—¡Ay! —grité con fuerza.

—Si no te portas bien, pronto tendrás más dolor. —Finny me sonrió con la misma malicia que Emmett Kershaw poco antes—. Te dije claramente que quiero TODO el dinero. Incluidos los intereses.

—Pero no lo tengo. Si lo tuviera, nunca te lo habría pedido prestado. —El dolor me hizo saltar las lágrimas. Rápidamente las contuve. Finny no debía notar cuánto daño me estaba haciendo. Quizás incluso le gustaría y...

Finny me agarró y me empujó contra la pared. Desesperadamente intenté darle una patada en la espinilla. Él se rio. —No te molestes, cariño. Otros mejores que tú ya han intentado acercarse a mí. Pero a todos los he mantenido a raya.

Miré alrededor desesperada. Finny había cerrado la puerta al pasillo tras de sí. Nadie me oiría fuera, por muy fuerte que gritara. De todos modos, casi nadie pasaba por esa puerta. Emmett no atendía citas y ahora... ahora ya ni siquiera estaba.

—Hace unos días te seguí y descubrí que trabajas aquí. —Finny me sonrió—. Así que tienes un trabajo tan elegante. Y luego quieres hacerme creer que no tienes dinero.

—Pero es cierto —protesté de nuevo.

Finny acercó su cara a la mía. Su aliento apestaba tanto ahora que me dieron náuseas otra vez. —Hoy decidí preguntar por ti abajo. Y mira: justo salía un tipo calvo que al parecer era tu jefe. Él amablemente me envió aquí arriba contigo.

Emmett Kershaw había dejado subir a Finny.

Mi jefe realmente había conseguido hacer una última maldad antes de abandonar el edificio.

—También me dijo que ganas más que suficiente dinero. —Finny abrió la boca y me exhaló encima. Con su aliento apestoso me entraron náuseas. La bilis subió por mi garganta. Tragué con dificultad. No quería vomitar aquí bajo ningún concepto. Lo que Finny me haría entonces era algo que prefería no imaginar.

—Así que quiero mi dinero. AHORA. Y si no quieres pagar, tendré que pensar en algo más. —Finny apretó mis brazos con más fuerza.

—¡Ay! ¡Suéltame! —Grité aún más fuerte que antes.

Finny se rio con una risa aguda.

—¿Qué está pasando aquí? —Una voz acostumbrada a dar órdenes nos interrumpió.

Una voz que me resultaba familiar.

¡Elaina! ¡Concéntrate! No puedes estar soñando otra vez con Tanner. Él no está aquí y no te va a ayudar ahora. Tienes que ayudarte tú misma. ¡Así que reacciona y piensa en cómo salir de esta situación!

El agarre de Finny se aflojó.

¿Qué estaba pasando?

En ese momento, la cabeza de Finny fue bruscamente tirada hacia atrás. Un hombre grande y musculoso lo sujetaba firmemente en una llave de estrangulamiento.

Y entonces vi su cara.

Tanner.

No me lo había imaginado. Realmente era su voz. Pero, ¿cómo había llegado aquí?

Finny me soltó y se puso rojo como un tomate. —Suél...te...me —jadeó con dificultad.

—¿Por qué debería hacerlo? —respondió Tanner completamente imperturbable—. Si he visto bien, acaba de amenazar a esta señorita. La señorita quería que la soltara, pero usted no lo hizo. Creo que por eso merece sufrir un poco.

Tanner.

Al sonido de su voz, mi estómago se calmó. Las náuseas desaparecieron casi al instante. En cambio, el rubor subió a mi rostro. Mis mejillas se calentaron y mi piel comenzó a hormiguear ligeramente.

¡Elaina! ¡Contrólate!

—Los dos vamos a ir ahora a la puerta. Y luego saldremos juntos por ella. Y seguiremos hasta los ascensores. Luego bajaremos juntos y allí me aseguraré de que abandones el edificio y no molestes más a ninguna de mis empleadas. —Tanner agarró a Finny con una llave especial por el cuello y se dirigió con él hacia la puerta.

—Su empleada tiene deudas conmigo —gimió Finny—. De eso debería preocuparse, en vez de echarme de aquí. Debería preguntarse si realmente quiere emplear aquí a alguien así.

—Me ocuparé de eso más tarde —dijo Tanner fríamente y arrastró a Finny fuera de la oficina.

Me quedé paralizada.

¿Sus empleadas?

Tanner acababa de referirse a mí como su empleada.

¿Era él el nuevo jefe?

¿ERA ÉL el nuevo jefe?

Mis pensamientos se atropellaban. Sabía que iba a hacerse cargo de una gran empresa de Nueva York, eso me lo había contado en nuestra primera cita. No habíamos llegado a profundizar más en ello, porque la pasión simplemente nos había abrumado demasiado a menudo.

Al recordarlo, mis pechos hormiguearon. Mis pezones se endurecieron.

Maldita sea, Elaina. Ahora tienes realmente otras preocupaciones.

Efectivamente.

Tanner acababa de echar a Finny de la oficina, salvándome así. Pero todavía tenía muchas deudas con Finny. Tarde o temprano volvería a acecharme y entonces Tanner probablemente no estaría allí para protegerme.

¿Qué debía hacer?

¿Pero era ese realmente mi mayor problema?

Sentí frío.

Y luego calor otra vez.

Mucho más calor que antes.

Quizás mi mayor problema era que, incluso después de otra noche apasionada, seguía sin poder olvidar a mi ex y que precisamente ese hombre era ahora mi jefe.

Estaba metida en un buen lío, por partida doble.

Capítulo 12

Tanner

Frunciendo el ceño, entré por segunda vez en la antesala de mi nueva oficina. Aunque no tenía intención de instalarme aquí permanentemente, ya que quería dirigir los negocios de *New York Broadcasting* desde mi oficina en *Hudson Broadcasting*. Cualquier otra opción carecería de sentido. Departamentos como contabilidad y recursos humanos debían fusionarse lo antes posible para trabajar con la máxima eficiencia. Por supuesto, quería mantener los diferentes canales, pues el mundo mediático vive de la diversidad y la competencia. Quien encendía su televisor quería poder elegir entre diferentes canales. Que los canales provinieran de una misma empresa era irrelevante. Lo importante era que los espectadores tuvieran la sensación de poder decidir sobre la programación.

Pero todo eso era ahora secundario.

¿Qué hacía ELLA aquí?

¿Qué hacía Elaina aquí, la mujer en la que había pensado ayer mismo, cuando casi me peleo con Grimshaw en casa de mis padres?

Ella, la mujer con cuya visión mi miembro seguía palpitando como si no pudiera esperar...?

Elaina estaba sentada en su escritorio y me miraba con ojos grandes. Estaba bastante seguro de que en nuestra primera cita me había contado que trabajaba en la recepción de un gimnasio. No habíamos hablado más sobre nuestros trabajos y yo no le había dicho ni que trabajaba en el sector de los medios ni que pronto dirigiría parte de las cadenas de televisión de Nueva York.

Había sido un cambio agradable que ella no supiera exactamente cuán rico era yo. Con todas las mujeres que había tenido antes, nunca estuve seguro de si su admiración y su deseo eran fingidos o si realmente estaban interesadas en mí. Había numerosas mujeres más interesadas en el dinero que en la persona.

Frunciendo el ceño, miré a Elaina.

¿O quizás sí sabía quién era yo? El tipo asqueroso que acababa de echar había dicho algo sobre deudas y durante todo el camino hacia abajo había insistido en que yo debería transferirle directamente el próximo sueldo de Elaina. Aunque no prestaba mucha atención a la cháchara de ese tipo de gente, si este individuo ya perseguía a Elaina hasta su trabajo, debía haber algo de cierto en el asunto.

—Tanner, yo... puedo explicártelo todo —Elaina me miró de nuevo con esos ojos grandes que hoy brillaban un poco más claros que de costumbre. Por alguna razón, eso me volvía especialmente loco. Me hubiera encantado besar a Elaina inmediatamente y...

Tanner. Para. Ni siquiera deberías pensar en algo así.

¿Y por qué no?

Porque un jefe no se acuesta con su secretaria, Tanner.

Ah sí, ¿quién dice eso? Yo era el jefe aquí y hacía las reglas. Si quería tener algo con mi secretaria, entonces TENDRÍA algo con mi secretaria. Así de simple.

Mi miembro palpitó ante ese pensamiento.

No tenía ni idea de por qué, pero evidentemente todavía no había tenido suficiente de Elaina.

En ese momento, me golpeé la frente con la mano.

¡Por supuesto! Esa era precisamente la solución a mi dilema. En el rascacielos de Hudson Broadcasting todavía me las arreglaba para hacer todo el trabajo en mi oficina más mal que bien. Había entrevistado a varias candidatas para el puesto de secretaria, pero la mayoría no eran adecuadas. Algunas ni siquiera daban la impresión de querer trabajar.

Pero si tenía a Elaina, ya no necesitaría contratar a una secretaria.

—De verdad, Tanner, yo... puedo explicártelo todo —repitió Elaina—. El hombre de antes...

—Ven a mi despacho —interrumpí a Elaina y me dirigí a la puerta, tras la cual debía encontrarse la antigua oficina de Emmett Kershaw. Quería estar sentado tras mi escritorio mientras hablaba con Elaina. Así no notaría de ninguna manera lo mucho que me excitaba su presencia.

Mi miembro palpitaba. No ligeramente, sino salvajemente.

Me dejé caer en la silla que estaba detrás del escritorio.

—Maldita sea, ¿qué demonios es esto? —maldije y busqué la palanca para poder subir más la silla. En vano. Parecía que no había ninguna.

—El señor Kershaw insistió en adquirir una silla especialmente adaptada a su estatura. La silla se entregó apenas la semana pasada —explicó Elaina.

La miré fijamente. —¿La semana pasada? Qué desperdicio de dinero. Para entonces Emmett ya sabía que no se sentaría aquí mucho más tiempo.

Elaina solo se encogió de hombros. Y sus pechos llenos se elevaron aún más. Qué bien se había sentido cuando los había amasado, lamido y acariciado hace unas semanas.

Encendí el PC.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —pregunté a Elaina con indiferencia —. Pensaba que estabas en la recepción de un gimnasio.

—Ahí trabajé hasta hace unas cuatro semanas —respondió Elaina—. Pero siempre ha sido mi sueño trabajar en el sector de los medios. Hacer alguna vez mi propio reportaje... —La voz de Elaina adquirió un tono soñador. Sus ojos brillaban aún más que antes. Luego continuó más sobriamente—: Una agencia, en cuyo registro llevo mucho tiempo, me preguntó si estaría interesada en este puesto. Dije que sí y me lo dieron. Y eso a pesar de que no tengo experiencia en el sector mediático.

—Probablemente Emmett no podía ser muy exigente —murmuré—. Debe estar contento si alguien siquiera quiere trabajar para él. Todo el mundo en Nueva York sabe lo mal que trata a sus empleados. Y que constantemente está a punto de llevar los negocios a la ruina tampoco es un secreto.

—¿Este canal también? ¿Es por eso que estás aquí? —De repente, Elaina sonaba asustada.

Negué con la cabeza. —El canal seguirá existiendo. Acabo de comprarlo. —Mientras decía esto, observé a Elaina con atención. ¿Me equivocaba o acababa de respirar aliviada? Sus pechos volvieron a elevarse un poco.

—¿Qué quería ese hombre de ti? —pregunté, sin esperar la respuesta de Elaina—. No ha parado de hablarme sobre deudas, embargos y otras cosas.

Elaina tragó saliva. —Bueno, hace unos meses, me encontraba... en un apuro financiero. Necesitaba dinero urgentemente y el banco no me concedió un crédito. En la recepción de un gimnasio no se gana precisamente bien y tenía pocos ahorros. El empleado del banco no tardó ni un minuto en rechazar mi solicitud. Al día siguiente busqué en internet otras posibilidades y así conocí a Finny.

—Finny —Negué con la cabeza—. Qué nombre más ridículo para un hombre. Creo que tenía una tía abuela que se llamaba así.

—No tengo ni idea de si es su verdadero nombre —respondió Elaina.

—Da igual. ¿Para qué necesitabas el dinero entonces? —quise saber.

—Yo... —titubeó Elaina—. Pues... Eso... bueno... —Elaina respiró hondo y yo disfruté nuevamente de la vista de sus pechos, que se elevaban bajo su ajustada camiseta. Mi miembro se puso rígido—. Es un asunto algo privado.

—¿Asunto privado? —La miré fijamente—. Soy tu jefe. Este tipo te amenaza en la oficina, tengo que sacarlo personalmente del edificio ¿y tú lo llamas un asunto privado? A más tardar cuando se presente aquí con el agente judicial, el asunto ya no será privado en absoluto. —Mi voz se había ido elevando con las últimas frases.

Elaina me miró asustada.

Mierda.

No había querido asustarla.

Solo había querido saber qué pasaba. No quería que tuviera secretos conmigo. Eso era todo.

—Se... se trataba de un tratamiento hospitalario —dijo Elaina con voz baja.

—¿Tratamiento hospitalario? ¿No te encontrabas bien? —pregunté. ¿Había estado enferma Elaina? ¿O acaso se había prestado dinero para algo relacionado con su deseo de tener hijos? Es sabido que las mujeres llegan lejos por su deseo de tener hijos. Muy lejos.

—Sí, sí. Todo bien. Fue más bien algo... preventivo. —Elaina seguía siendo vaga y evasiva. Probablemente no lograría sacarle más que estas pocas palabras.

Esta mujer me volvía loco. En todos los sentidos.

—¿Cuánto le debes al tipo y para cuándo tienes que pagar? —pregunté entonces.

—10.000 dólares. —Elaina sonaba desesperada al decirlo—. He pagado un plazo hasta ahora, pero fueron solo 500 dólares. Y como llegué un poco tarde con eso, ahora quiere todo de una vez. Realmente no sé qué hacer. No se puede hablar con él.

—Así son estos tipos. —Me encogí de hombros. En realidad, no me sorprendía en absoluto. Quien se metía con prestamistas de internet, se adentraba en un terreno peligroso. Tipos como Finny no bromeaban, no se podía negociar con ellos y sabían muy bien cómo infundir miedo a sus "clientes". Y a sus clientas más aún.

—Bien, entonces ahora te hago la siguiente oferta. —Me interrumpí y me volví hacia la pantalla que había en mi escritorio.

En ella se veían líneas rojas que atravesaban toda la pantalla. De izquierda a derecha.

Exactamente igual que en mi pantalla de *Hudson Broadcasting*.

¿Qué diablos significaba esta mierda?

¿Acaso todas las pantallas que tocaba se destruían por sí solas? ¿Tenía algo en mis dedos que se transfería automáticamente a la pantalla a través del teclado o del ratón?

Claro que no, Tanner. No seas tan ridículo.

—¿Por qué no funciona esta cosa? —Mi pregunta sonó más brusca de lo que pretendía.

No importa, Tanner. De esta manera, al menos descubrirás cómo son las cualidades de Elaina como secretaria.

En realidad, me daba igual. Elaina sería mejor, en cualquier caso, que la situación actual sin secretaria. Seguro que valdría para algo. Y seguramente tendría voluntad de trabajar, a diferencia de las candidatas que había entrevistado en las últimas semanas. Deberían haberse presentado más bien a *America's Next Topmodel*. Aunque no tenía absolutamente nada en contra de una secretaria atractiva, quería que tuviera más en la cabeza que simplemente verse atractiva, retocarse el delineador cada cinco minutos y preguntarme constantemente si había una lista donde pudiera consultar cuántas calorías tenía la comida de la cafetería.

Exactamente eso fue lo que preguntó la última candidata durante la entrevista.

—¿Qué ocurre? —Elaina rodeó el escritorio y se colocó a mi lado. Se inclinó ligeramente hacia delante. Como la silla de Emmett estaba ajustada tan baja, tuve una excelente vista de los pechos de Elaina, que ahora se acercaban tentadoramente. Me hubiera encantado extender la mano y acariciar y amasar uno de ellos.

Mi miembro palpitaba aún más fuerte que antes.

El largo cabello rojo de Elaina descansaba seductoramente sobre sus hombros y su aroma, que me recordaba a un prado de flores en primavera, flotaba suavemente hacia mí.

¿Flotaba?

No seas tan romántico, Tanner. Lo único que flota en esta oficina es la corriente de aire del aire acondicionado.

—Tuvimos este problema también en el gimnasio —explicó Elaina—. Hay que cambiar la pantalla. —Se enderezó de nuevo, lo que lamenté mucho.

—¿Y por qué no se ha hecho ya? —Me levanté de la ridículamente baja silla y ahora estaba frente a Elaina. Cerca de Elaina.

Ella no retrocedió.

Mi miembro seguía palpitando.

Elaina se encogió de hombros. —No lo sé. El señor Kershaw nunca mencionó que la pantalla tuviera un problema. De lo contrario, habría llamado rápidamente al proveedor; no es gran cosa.

No es gran cosa.

Lo que Elaina hacía de pasada, nadie en mi propia empresa parecía ser capaz de hacerlo.

Incomprensible.

¿Qué tenía de complicado llamar a un proveedor y concertar una cita para cambiar una pantalla?

Nada.

Absolutamente nada.

Me incliné sobre el escritorio y abrí el programa de correo electrónico. La bandeja de entrada estaba vacía. No había ni un solo correo.

—Faltan todos los correos. ¿Esto también está defectuoso? —pregunté.

Elaina negó con la cabeza. —No, eso funciona perfectamente. El señor Kershaw nunca recibía ni escribía ningún correo. Lo delegaba todo inmediatamente. No quería saber nada de todas esas cosas. Decía que tenía que poder confiar en su gente y que no podía hacerlo todo solo.

Resoplé. No era de extrañar que el negocio, con este tipo de dirección o más bien no dirección, seguramente hubiera quebrado en unos meses.

—Se lo comenté, pero... —Elaina comenzó a defenderse.

Hice un gesto con la mano. —Todo está bien. —Me enderecé de nuevo y miré a Elaina directamente a los ojos—. En *Hudson Broadcasting* no tengo secretaria. Quiero que asumas ese trabajo. A partir de ahora. Mañana te espero en mi oficina. Tendrás tareas más interesantes y además la oportunidad de hacer prácticas con el equipo que prepara nuestros reportajes. Allí justo acaba de dimitir una persona y otra está embarazada. Necesitan urgentemente apoyo.

Elaina me miraba fijamente. Abrió ligeramente la boca, como si quisiera decir algo. Pero luego cerró los labios de nuevo y se los lamió pensativamente.

Dios, ¿tenía idea de lo sexy que se veía?

Mi miembro palpitaba salvajemente y me hubiera encantado atraer a Elaina a mis brazos y besarla inmediatamente. Cuando antes había

arrastrado a Finny fuera de la oficina, podría haber jurado que Elaina no deseaba nada más que mi cercanía. Y yo quería su cercanía.

¿Y por qué no?

El escritorio de Emmett me parecía un poco bajo para follar sobre él, pero por esta vez serviría. Me acerqué un poco más a Elaina y levanté suavemente su barbilla con un dedo.

Los ojos de Elaina brillaban. Volvió a lamerse los labios.

¿Quería volverme loco antes incluso de que yo le hiciera mi oferta?

La oferta que no podría rechazar.

—Te espera mucho trabajo —dije y dejé que mi dedo se deslizara lentamente por el cuello de Elaina—. Muchísimo trabajo. Por eso, me parece justo que a cambio pague tus deudas con ese tipo.

Elaina me miró fijamente.

No respondió.

Maldita sea, esta mujer simplemente me volvía loco.

¿Por qué no decía nada?

¿Acaso esperaba que la besara?

Elaina se aclaró la garganta. —¿Puedo pensármelo hasta mañana? —preguntó con una voz que sonaba de alguna manera diferente a lo habitual. Ligeramente ronca.

¿Pensárselo?

¿Qué había que pensar?

¿Por qué querría pensárselo siquiera?

¿Era como todas las demás y quería sacar más dinero vacilando?

Pero conmigo eso no funcionaba. Esta era mi mejor oferta y o bien Elaina la aceptaba o...

... o no.

¿Y entonces?

—Claro que puedes pensártelo hasta mañana —respondí y retiré mi mano. Luego di un paso atrás—. Si me disculpas ahora, tengo cosas que hacer.

Tenía que controlar mi palpitante miembro.

Esta mujer simplemente me volvía loco.

Independientemente de si teníamos sexo o no.

Capítulo 13

Elaina

Caminaba lentamente por la acera hacia el rascacielos donde se encontraba mi apartamento. Mi estado de ánimo era difícil de describir. Estaba nerviosa y cansada al mismo tiempo. Mi cerebro trabajaba a toda velocidad y, sin embargo, lo que más me apetecía era acurrucarme en mi sofá y taparme con una manta.

Hace demasiado calor para eso, Elaina.

El verano neoyorquino se mostraba hoy en todo su esplendor. Aunque ya era tarde, el sol brillaba con fuerza desde un cielo azul. Prometía ser una hermosa noche de verano. En realidad, debería haber salido a divertirme. O al menos sentarme en Central Park a leer un libro. Escuchar el canto de los pájaros. Comprarme un Frappuccino helado en algún sitio. Simplemente hacer lo que hacen los neoyorquinos en una noche de verano como esta.

Mis pasos se fueron haciendo cada vez más lentos.

Dondequiera que fuera, no podría disfrutar tranquilamente de esta noche de verano. Mis pensamientos estaban en otra parte.

Estaban con Tanner.

Él era mi nuevo jefe.

Mi ex, con quien había vuelto a acostarme hace unas semanas, era mi nuevo jefe. Había aparecido por tercera vez en mi vida y esta vez no desaparecería tan fácilmente como después de nuestra última noche.

O como después de nuestras primeras citas, cuando simplemente se esfumó sin darme una explicación o intentar hablar sobre lo que le preocupaba.

Esta vez Tanner se quedaría.

Y lo vería todos los días.

Era mi jefe y lo vería todos los días en el trabajo.

Con ese pensamiento, mi piel hormigueaba tanto como antes en la oficina. Primero sentí calor, luego ardor. Y no podía culpar al calor del día de verano. El calor que sentía ahora no venía del exterior sino del interior. Venía desde el centro de mi cuerpo y solo se calmaría cuando Tanner me mostrara de nuevo su deseo.

¿Se calmaría entonces?

¿O sería entonces cuando realmente se avivaría?

No conocía la respuesta a esa pregunta y precisamente eso era lo que me preocupaba. Tanner me deseaba, eso estaba claro. La forma en que me había tocado cuando me hizo su oferta lo demostraba claramente. Si nos veíamos todos los días en la oficina, volveríamos a acostarnos.

—¡Eh, señora, tenga más cuidado! —Un hombre pequeño y robusto me miró indignado. Empujaba tres grandes cajas en una carretilla y apenas logró esquivarme. Por poco me atropella. Estaba tan sumida en mis pensamientos que no lo había visto.

Mi corazón se saltó un latido del susto.

Pequeño y robusto.

¿Finny?

Entonces examiné al hombre más detenidamente. Aparte de su complexión, no se parecía en nada a Finny. Finny difícilmente me habría llamado señora. Además, seguramente me habría atropellado con la carretilla y luego me habría echado su fétido aliento en la cara.

—Disculpe —murmuré y aceleré un poco el paso. El hombre no era Finny, pero aun así no quería verlo ni tenerlo cerca más tiempo del necesario.

Tanner se había ofrecido a pagar mis deudas. Entonces me libraría de Finny de una vez por todas. Eso sería algo bueno.

Pero ¿realmente resolvería mis problemas con eso?

¿O más bien me estaría creando nuevos problemas?

Tanner me deseaba, eso estaba claro. Pero ¿me quería también DE VERDAD?

¿Existía alguna posibilidad de que retomáramos nuestra relación?

Elaina, en serio. Deja de soñar como una niña pequeña. Esto no es un cuento de hadas medieval. Esto es Nueva York en el siglo XXI. Todo el mundo usa Tinder y puedes conocer a alguien en cualquier esquina. A todo tipo de gente. Pero no al príncipe. Tanner te ha hecho una oferta y en ningún momento te ha dicho que quiera volver a estar contigo. Es una oferta de negocios. En lugar de amigos con beneficios, algo así como empleada con beneficios.

¿Era realmente solo eso?

Los hechos así lo indicaban. Pero la mirada de Tanner también me decía otra cosa...

En ese momento, eché dolorosamente de menos a mi amiga Amanda. Cómo me habría gustado hablar de todo esto con ella. Ahora se había mudado y parecía sentirse como pez en el agua en su nuevo hogar en Montana. Constantemente enviaba fotos de paisajes impresionantes y me animaba a visitarla pronto.

Claro.

Si alguna vez tuviera suficiente dinero para el vuelo, iría.

Pero no le decía esto a Amanda, porque si lo escuchaba, insistiría en pagarme también el vuelo. Y eso estaba fuera de toda discusión. Si volaba a ver a mi amiga, sería porque podía pagármelo yo misma.

Mientras tanto, había llegado al rascacielos donde vivía. Introduje el código y me apoyé contra la puerta.

No pasó nada.

¿Se había atascado otra vez ese maldito trasto?

El conserje acababa de reparar la puerta. Eso fue hace menos de un mes. Me apoyé contra la puerta e intenté empujarla hacia dentro con todas mis fuerzas.

Nada.

Si Tanner estuviera aquí ahora...

Para él esta puerta sería pan comido.

Él no está aquí, Elaina.

—¿Se ha atascado otra vez ese maldito trasto? —Una alegre voz detrás de mí me sacó de mis pensamientos. Frente a mí estaba Colleen. Con su vestido de verano estampado de flores parecía fresca y despierta. Comparada con ella, yo me sentía sudorosa y cansada. No había dormido muy bien en las últimas noches. Hacía demasiado calor y, por supuesto, además de la puerta, el aire acondicionado de nuestro edificio tampoco funcionaba correctamente.

—Espera, te ayudo. Entre las dos lo conseguiremos. —Colleen dejó en el suelo el bolso de flores que llevaba. Luego se abalanzó contra la puerta con todo su cuerpo.

Las bisagras crujieron y chirriaron.

La puerta se abrió.

—¿Ves? Entre las dos lo hemos conseguido. —Colleen recogió su bolso y me sonrió radiante.

—Más bien lo has conseguido tú —aclaré. Entré en el edificio tras Colleen.

Mi vecina pulsó el botón junto al ascensor. —Pareces un poco cansada, Elaina. ¿Estás bien?

—Síííí... —Mi respuesta sonó algo dubitativa.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos en la cabina. Colleen pulsó el botón del piso 18. —Anoche pensé en ti. —Mi vecina sonreía radiante—. Fui con una amiga al concierto de los *New York Boys*. Fue algo increíble. Realmente fue, con diferencia, el mejor concierto al que he asistido nunca. Los chicos estuvieron simplemente alucinantes. Alucinantes de verdad. —Colleen se entusiasmaba por momentos—. Y todo el espectáculo sobre el escenario... se han esforzado de verdad este año. —Las puertas del ascensor se abrieron—. Si tienes alguna oportunidad de ir a un concierto, no deberías perdértelo bajo ningún concepto. No es barato, eso no. Pero definitivamente vale la pena.

Dinero.

Seguro que valía la pena.

Con gusto habría pagado cualquier precio por poder asistir finalmente a un concierto de mi grupo favorito. Los *New York Boys*

eran conocidos en todo Estados Unidos y más allá. Pero yo ya amaba su música antes de que el grupo se hiciera famoso y todos los periódicos y canales de televisión hablaran de ellos.

Y sin embargo, nunca los había visto en directo.

Tenía que conformarme con videos gratuitos en Internet y con retransmisiones televisivas de sus actuaciones. Siempre que se emitieran en canales gratuitos y no en televisión de pago. Por supuesto, era mejor que nada, pero simplemente no era lo mismo que estar realmente en un concierto en directo. Me imaginaba que la atmósfera debía ser mágica. Simplemente mágica.

Si aceptas la oferta de Tanner, Elaina, podrás permitirte entradas para conciertos. No inmediatamente, pero quizás en unos pocos meses. Ya no tendrás que renunciar a todo y dar tres vueltas a cada céntimo.

La idea era tentadora.

Casi tan tentadora como el propio Tanner.

—Estás muy pensativa, Elaina. —Colleen me miró—. ¿Seguro que todo está bien?

Y entonces exploté: —Desde hoy tengo un nuevo jefe. Es mi ex. Y hace cuatro semanas acabamos en la cama juntos, aunque en realidad habíamos terminado, y ahora me mira como si quisiera volver a acostarse conmigo y...

—Para —me interrumpió Colleen. Sacó la llave de su bolso y abrió la puerta de su apartamento—. Primero ven aquí conmigo. Ayer compré zumo de cereza fresco. Vamos a tomarlo juntas y después

me cuentas qué pasa exactamente. Me parece que ahora mismo necesitas a alguien que te escuche.

Miré agradecida a mi vecina y la seguí hasta su acogedora cocina. Todo parecía más verde que durante mi última visita hace unas cuatro semanas. Con mala conciencia, pensé que debería invitar a Colleen a mi casa alguna vez. Mi vecina era más que amable y yo también quería corresponder a su hospitalidad.

Me senté en una silla y apoyé la cabeza en ambas manos. Colleen puso sobre la mesa dos vasos con un líquido rojo intenso. Sedienta, cogí mi vaso y me lo bebí de un trago.

Colleen acababa de sentarse, pero ahora se levantó de nuevo y volvió a llenar mi vaso. —Los líquidos ayudan a pensar —comentó.

Sonreí. —Entonces debería beber al menos 5 vasos más. ¿O más?

—¿Tan malo es? —quiso saber Colleen—. Así que tu nuevo jefe es el hombre con el que saliste algunas veces. De ese hombre me hablaste la última vez. Querías salir y olvidarlo.

—Es cierto. —No le había contado a Colleen lo que pasó aquella noche. Ahora lo hice—. Pero me lo volví a encontrar en el club y acabamos otra vez en la cama.

—Debe de ser un tipo muy atractivo —sonrió mi vecina.

Miré fijamente la mesa sin decir nada.

—¡Eh! —Colleen por fin se sentó y puso su mano sobre mi antebrazo —. No quería avergonzarte. Es genial que te guste tanto y que hayas tenido una noche inolvidable.

Inolvidable.

—Justamente. Simplemente no puedo olvidarlo —admití—. Y entonces entra en la oficina como si nada y me hace una oferta que en realidad no puedo rechazar y...

—¿Qué tipo de oferta? —me interrumpió Colleen frunciendo el ceño —. Ya no te sigo. Explícamelo con más detalle.

Levanté el brazo para pasarlo por mi frente.

Al hacerlo, volqué el vaso con el zumo de cereza. El líquido rojo se extendió por toda la mesa y goteó al suelo. —¡Maldita sea!

¿Por qué tienes que ser siempre tan torpe, Elaina?

—No pasa nada. Voy a buscar algo para limpiar. —Colleen se levantó.

El zumo goteaba sobre mis pantalones.

Genial. Zumo de cereza. Eso no saldrá nunca.

Colleen volvió con un paño húmedo y limpió rápidamente el desastre de la mesa y el suelo. Me dio un vaso nuevo y volvió a servirme zumo. Preferí no decir nada sobre mis pantalones. No quería causar más molestias a mi vecina.

—Entonces, ¿cuál es exactamente esa oferta? —preguntó Colleen—. No me tengas en ascuas. Estoy a punto de explotar de curiosidad.

—Tanner quiere pagar mis deudas. Con ese tipo del que me salvaste el otro día. Me acosa constantemente y Tanner se ha ofrecido a solucionarlo por mí —le conté.

Colleen me miró fijamente. —Eso suena demasiado bueno para ser verdad. ¿Y qué tienes que hacer a cambio?

Me encogí de hombros. —Me ha dicho que me espera mucho trabajo. Al parecer, en sus canales varias personas han dimitido o están embarazadas y yo debo sustituirlas.

—¿Como qué exactamente? —preguntó Colleen.

—Parece que necesita una secretaria. Y luego comentó que podría trabajar con el equipo que prepara reportajes, porque realmente necesitan ayuda con urgencia. —Asentí pensativamente.

—¿Y eso no te interesa? —preguntó Colleen.

—¡Sí! —exclamé—. Ese ha sido siempre mi sueño. Nunca quise hacer otra cosa. Nunca. Toda mi vida he soñado con tener algún día una oportunidad así.

Colleen me miró fijamente. —¿Y entonces por qué dudas?

Tragué saliva. —Bueno, Tanner... o sea, si nos vemos todos los días... No creo que... que podamos evitar volver a...

Colleen rió a carcajadas. —Elaina O'Hare. Ya quisiera yo tener tus problemas. Te libras de tu repulsivo jefe. Puedes asumir más responsabilidades y hacer realidad tu sueño profesional. Tu nuevo jefe, amablemente, se hace cargo de tus deudas y, además, parece alguien con quien no te importaría compartir la cama. —Colleen se

inclinó hacia delante—. Te diré lo que deberías hacer. Deberías disfrutar de la situación. Esto es puro lujo, querida. Cualquier mujer se moriría por estar en tu lugar.

Tragué saliva. —Sí, probablemente tengas razón.

—¿Quieres ser secretaria para siempre? —Colleen negó con la cabeza—. Dios mío, Elaina, cuando la vida te ofrece una oportunidad, hay que saber decir que sí. Si no aprovechas la oportunidad, lo hará otra persona. Y probablemente esa persona no lo hará mejor que tú. Todo el mundo ha tenido que empezar alguna vez.

Asentí.

Colleen tenía razón.

No había nada que objetar a sus palabras.

Excepto...

—¿Y si volvemos a... —No terminé la frase.

Colleen ya sabía a qué me refería. Volvió a reír. —Dios mío, Elaina, relájate un poco. No tienes por qué enamorarte inmediatamente del tipo. Un poco de diversión no te hará daño. Te lo has ganado.

Volví a asentir.

Colleen continuó: —Y a ese tipo repugnante al que le debes dinero, prefieres quitártelo de encima hoy mejor que mañana.

Eso era cierto.

—Voy a aceptar. —Mi voz sonaba más segura de lo que yo me sentía.

Y realmente me alegraba de que Colleen no pudiera ver cómo me latía el corazón cuando pronuncié esas palabras.

Volví a sentir calor y me bebí de un trago el vaso que Colleen había rellenado antes.

Pero después sentí aún más calor.

¿Y si no podía proteger mi corazón?

¿Y si ni siquiera podía mantenerlo conmigo porque ya estaba con Tanner?

Capítulo 14

Elaina

Una oleada de náuseas recorrió mi cuerpo.

Maldita sea.

¿Qué era esto? Ni siquiera me había levantado y ya tenía ganas de vomitar. O dicho de otra manera: seguía en mi cama y me sentía como si no fuera a llegar al baño antes de vomitar.

Rápidamente volví a cerrar los ojos. Todavía estaba medio oscuro. Me había despertado antes que la alarma. El aire acondicionado, como ayer, no funcionaba correctamente y tenía calor. Demasiado calor.

Pero ese era ahora mi menor problema.

¿Qué podía hacer? Si me levantaba, vomitaría, de eso estaba segura. Quedarme tumbada tampoco era una opción.

¿Habría comido algo en mal estado ayer?

¿O habría cogido un virus estomacal? Ya me había sentido rara ayer. Cuando derramé el zumo de cereza, me sentí bastante aturdida, casi como si hubiera vuelto a tomar demasiados *Tequila Sunrise*. Sin embargo, no había tocado el alcohol en las últimas semanas. Desde la noche en que celebramos la despedida de Amanda y acabé en la cama con Tanner, había permanecido completamente sobria.

Y no solo eso: tampoco había tomado café desde hace días, porque de alguna manera el aroma, que solía encantar tanto, ahora me provocaba náuseas.

Mi estómago se había calmado un poco y abrí los ojos a modo de prueba.

Fui castigada de inmediato. Otra oleada de náuseas surgió hacia arriba.

Tragué con fuerza.

No vomites aquí, Elaina, ahora no, ahora no.

Apenas estas palabras habían pasado por mi mente, salté de la cama de un brinco enorme y corrí al baño tan rápido como pude.

Pocos segundos después estaba inclinada sobre el inodoro con arcadas. Pero como no había comido nada anoche porque me encontraba mal, al final solo vomité bilis pura. Agotada, me desplomé sobre las baldosas gris claro. ¿Qué demonios había pillado? Tenía que ser un virus monstruoso. Y uno muy extraño. Porque ahora me sentía agotada, pero realmente no me sentía enferma.

¿Sería que algo no iba bien con mis hormonas?

Mis pechos estaban tan tensos como si mi periodo estuviera a punto de llegar. En los días previos a mi menstruación, generalmente no me sentía muy bien, pero nunca había tenido náuseas. Y ciertamente no durante días.

¿Cuándo me vendría el periodo de todas formas?

¿No estaba a punto de llegarme?

En realidad sí, pero después de mi operación la médica me dijo que podría haber irregularidades en los primeros ciclos y que no debía preocuparme por eso. Aunque me había venido el periodo según lo previsto justo después de la operación, eso no significaba que siguiera siendo así. ¿Quizás mi cuerpo simplemente había decidido procesar la operación adecuadamente ahora?

Con cuidado me incorporé y me apoyé en mi lavabo gris claro.

Y entonces un pensamiento me vino a la mente: así le había pasado a Amanda una vez. Solo había podido beber té, constantemente tenía náuseas, se sentía un poco débil y sus pechos estaban tan tensos que parecían a punto de estallar.

¿Y qué había pasado al final?

¡Estaba embarazada!

¡Embarazada!

Horrorizada, miré fijamente al espejo. Mi pelo rojo parecía sin brillo hoy y mis ojos marrones habían perdido todo su resplandor.

¡Embarazada!

¡Eso no era posible!

¿Y por qué no sería posible, Elaina? La médica te dijo que la operación no solo eliminaría tus dolores, sino que también aumentaría la probabilidad de quedarte embarazada si se eliminaba el mioma.

Pero también había dicho que eso normalmente no ocurría inmediatamente después de la operación y que no debía preocuparme durante ese tiempo.

Sin embargo, ya hacía algún tiempo de la operación...

Y hace cuatro semanas había pasado una noche apasionada con Tanner.

Habíamos tenido sexo tantas veces que hoy ni siquiera podría decir cuántas fueron...

Con el recuerdo, una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Mis pezones empezaron a hormiguear y comenzó un ligero ardor en mi entrepierna.

¡Elaina! Ahora tienes problemas más importantes. Podrías estar embarazada. ¡Embarazada! ¡Maldita sea!

Pero mi cuerpo no se dejaba impresionar tan fácilmente por unas cuantas palabras. El calor persistía.

Aún mejor que las náuseas.

Volví a mirar al espejo.

¿Qué debía hacer ahora?

Primero te lavarás la cara, Elaina. Luego te vestirás e irás abajo. La farmacia está abierta las 24 horas y vende tests de embarazo. Con simples conjeturas y suposiciones no obtendrás certeza. En su día le dijiste a Amanda que solo un test podría darle certeza. Y exactamente lo mismo se aplica ahora a ti.

Abrí el grifo y me lavé bien las manos. Luego puse la palanca en frío y me eché agua en la cara. Finalmente, formé un cuenco con ambas manos y bebí ávidamente.

El agua clara y fría despertó mis espíritus vitales.

¿Quizás esto era solo una indisposición pasajera?

Primero me iba a preparar una infusión en lugar de correr como una gallina asustada a la farmacia solo porque me había sentido mal una vez y probablemente pronto me vendría el periodo.

Lentamente, me arrastré hasta la cocina. Allí llené el hervidor, lo encendí y luego abrí el armario donde guardaba algunas variedades de té.

Y el café.

Cuando el aroma me llegó a la nariz, me recorrió una oleada de náuseas peor que las anteriores.

Corrí apresuradamente al baño.

Esto no parecía ser una indisposición pasajera después de todo.

Una hora después me lancé con todo mi peso contra la puerta de entrada. En mi mano sostenía un test de embarazo recién adquirido.

¡Maldita sea!

Esta puerta estaba cada vez peor. ¿Cómo entraba la gente con carritos de bebé en este edificio?

Apenas este pensamiento cruzó por mi mente, me sobresalté.

Carritos de bebé.

¿Ya estaba pensando tan lejos?

Cerré brevemente los ojos y luego me lancé de nuevo con todo mi peso contra la puerta de entrada. Por fin se abrió.

En el camino hacia arriba no podía pensar en otra cosa que no fueran carritos de bebé. Pañales. Maxicosis. Papilla. Una trona.

¡Elaina! No te vuelvas loca. Quizás solo sea un virus estomacal. Quizás ni siquiera estés embarazada.

Pero ¿qué más podría causar estos síntomas?

Pling.

El ascensor había llegado al piso 18. Salí y busqué en mi bolso para sacar la llave.

Mi bolso estaba vacío.

No completamente vacío: contenía mi móvil y mi monedero. Pero no había ni rastro de mi llave.

¡Maldición!

La puerta de abajo la había abierto, por supuesto, con el código como siempre. Pero para la puerta de mi apartamento necesitaba una llave y normalmente siempre la llevaba en mi pequeño bolso bandolera. Excepto cuando la sacaba para cerrar o abrir la puerta.

¿Habría cerrado simplemente la puerta tras de mí antes sin echar la llave?

No podía recordarlo.

Rápidamente vacié el contenido de mi bolso sobre la alfombrilla de la entrada. Pero aparte del móvil, el monedero, un paquete de pañuelos y dos tampones sin usar, no apareció nada más.

Ninguna llave.

Cerré los ojos agotada. En ese momento tenía verdaderas ganas de llorar. Estaba de rodillas con un test de embarazo en la mano frente a la puerta de mi apartamento y no podía entrar.

¿Podía haber una situación más estúpida?

—¡Buenos días, Elaina! ¡También despierta tan temprano! —Sin que me diera cuenta, Colleen había salido de su apartamento.

Me incorporé y me giré. —Ah, hola Colleen —murmuré.

—¿Buscas algo? —Colleen señaló los objetos esparcidos.

—Creo... creo que he olvidado mi llave. Probablemente esté dentro del apartamento. —Al hacer esta confesión me sentí como una idiota.

Sin embargo, Colleen solo se rió. ¿Había algo que alguna vez la alterara o la pusiera de mal humor? —Ah, eso no es ningún problema. A mí también me pasó hace poco. Tengo un número de un cerrajero. Aquella vez vino rápido y tampoco fue muy caro. Si quieres, lo llamo y puedes esperar en mi casa hasta que vengan.

¿Por cuánta vez mi vecina hacía de ángel salvador?

Ya no podía ni llevar la cuenta. Colleen me había hecho más bien en pocas semanas que otras personas en toda su vida.

—Eso... eso realmente no puedo aceptarlo —balbuceé—. Y... bueno, tampoco tengo dinero.

—Yo te lo adelanto. —Colleen se arrodilló en el suelo y recogió los objetos de mi bolso—. Al fin y al cabo, pronto serás reportera y ganarás un montón de pasta. Entonces puedes devolvérmelo con toda tranquilidad.

Reportera.

Tanner.

En este momento todo era demasiado para mí.

—¿Qué es esto? —Colleen tomó mi mano que colgaba. La mano en la que sostenía el test de embarazo.

No respondí.

—Un test de embarazo. —Colleen me miró fijamente—. ¿Estás...?

Tragué saliva. —No lo sé. Solo tenía muchas náuseas y mis pechos están tensos y no puedo oler el café. Amanda estaba igual cuando estaba embarazada de Danny. Y entonces pensé que... —No pude terminar la frase.

Tampoco fue necesario.

Colleen puso su brazo alrededor de mis hombros y me llevó a su apartamento.

—Una cosa después de otra. Ahora vas al baño y haces el test. Seguro que estás en ascuas. Yo llamo al cerrajero y lo arreglo todo. A más tardar en una hora estarás de vuelta en tu apartamento.

Miré a Colleen. —No sé cómo agradecértelo.

Colleen lo desestimó con una risa. —Guarda tu agradecimiento para cuando yo necesite ayuda.

¿Mi vecina necesitando ayuda? Si alguien podía manejar la vida sola, seguramente era ella.

Colleen vio mi mirada incrédula. —Todo el mundo necesita ayuda alguna vez, Elaina. Nunca se sabe lo que puede pasar en la vida. A menudo ocurren cosas completamente inesperadas.

Cosas inesperadas.

Exactamente eso pensaba unos minutos después, mientras miraba fijamente el test en mi mano en el baño de Colleen.

En el test aparecían dos líneas rosas. Dos gruesas líneas rosas que eran tan claras que se descartaba cualquier confusión.

El test era positivo.

Estaba embarazada.

Y justo en ese momento una nueva oleada de náuseas recorrió mi cuerpo. Rápidamente volví a levantar la tapa del inodoro y tuve arcadas.

Pero esta vez no salió nada.

En mi cuerpo literalmente no quedaba nada más que pudiera expulsar.

Pero seguía teniendo náuseas.

¿Cómo era posible?

Negué con la cabeza.

—¡Elaina! ¿Está todo bien? —Colleen llamó a la puerta del baño—. ¿Quieres que te prepare un té?

—Sería muy amable. —Me lavé de nuevo las manos y me enjuagué la boca con agua clara. Luego fui a la acogedora cocina de Colleen,

que poco a poco se estaba convirtiendo en un segundo hogar para mí.

¿Realmente estuve sentada aquí ayer bebiendo zumo de cereza y contándole a Colleen sobre Tanner?

Y hoy estaba bebiendo un té y...

...contándole a Colleen sobre mi embarazo.

—El test es positivo —susurré más que dije. Me dirigí a la encimera y arranqué un trozo de papel de cocina. Puse el test encima. Colleen se acercó a mí y echó un vistazo a las dos líneas rosas.

—Efectivamente —murmuró, como si solo ahora creyera lo que veía con sus propios ojos.

Luego me miró fijamente. —¿Estás contenta?

La pregunta me pilló completamente por sorpresa.

¿Estaba contenta?

Hasta ahora había estado tan abrumada por la noticia que ni siquiera había tenido tiempo de ocuparme de mis sentimientos.

—Yo... no lo sé —murmuré—. Todo viene tan repentino. Tan inesperado. No contaba con esto para nada.

Colleen sonrió un poco. —Quien tiene sexo siempre debe contar con la posibilidad de quedarse embarazada. Simplemente ocurre. —Se encogió de hombros.

Con este comentario, mi vecina me sacó una pequeña sonrisa. —Tienes razón, por supuesto. Quiero decir, estaba tan ocupada con el nuevo trabajo y el dinero y... y...

—Tanner —completó Colleen mi frase.

—Sí —admití—. Eso ha ocupado mis pensamientos tan completamente que... bueno, simplemente no pensé en nada más.

—¿Te gustan los niños? —Colleen no cedía.

Qué pregunta. —Sí, claro que me gustan los niños. Yo... —respiré hondo—. Solo tuve problemas durante tanto tiempo con este mioma. Me causaba tanto dolor que ni siquiera había pensado en un embarazo. Además, simple y llanamente nunca conocí al hombre adecuado.

—¿Qué hay de Tanner? —quiso saber Colleen ahora—. A él no podías olvidarlo de todos modos. —Me miró fijamente—. Él es el padre, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —respondí indignada.

Colleen me sonrió radiante. —Pues entonces todo está perfecto. No sé por qué te preocupas tanto. Te gustan los niños y estás embarazada. Es inesperado, pero no importa. Cuando quieres tenerlos, los niños siempre vienen bien, independientemente de lo que estés haciendo en la vida. De todos modos, no se puede planificar nada en este sentido, porque todo sale diferente a lo planeado. Además, esto entre Tanner y tú es obviamente algo más que solo atracción de una noche. Así que, ¿qué mejor podría pasarte? Cuando surja un momento adecuado, le dices lo que pasa y

asunto arreglado. —Colleen me miró triunfante. Todo sonaba tan sencillo viniendo de su boca.

—Sí... —dije vacilante. No quería confiarle mis pensamientos a Colleen. Pero quizás Tanner ni siquiera estaba realmente interesado en mí. No como debería ser cuando tienes hijos juntos.

¿Qué debería hacer entonces?

—¿Ya le has dicho que aceptas su oferta? —quiso saber Colleen.

—Todavía no —admití.

—Entonces deberías hacerlo cuanto antes. —Colleen señaló mi móvil, que estaba en la mesa de la cocina.

Asentí obedientemente.

Nunca había borrado el número de Tanner.

Tampoco nuestros últimos mensajes de chat.

Así que ahora abrí *WhatsApp*, busqué el nombre de Tanner y tecleé: *Me hace ilusión mi nueva tarea. Iré luego a Hudson Broadcasting. Hasta entonces.*

Eso debería ser suficiente por ahora.

De camino al trabajo pensaría en la mejor manera de comunicarle a Tanner que iba a ser padre. No quería abrumarlo de inmediato. Porque si yo no esperaba estar embarazada, Tanner seguramente esperaba mucho menos convertirse en padre.

¿Cómo reaccionaría?

¿Le gustarían siquiera los niños?

Con ese pensamiento, mi estómago se contrajo de nuevo. Pero las náuseas que sentía ahora eran muy diferentes a las de esta mañana.

Ahora me sentía mal por el miedo.

¿Y si Tanner no se alegraba especialmente con mi noticia?

Tenía que encontrar absolutamente el momento adecuado y elegir las palabras correctas.

De lo contrario...

Prefería no pensar en ello.

Capítulo 15

Elaina

Cuando salí del metro más tarde esa mañana, seguía sin tener las ideas más claras que antes. En el metro había pensado en unos cien comienzos diferentes para mi mensaje. Pero uno sonaba tan inadecuado como el otro. Cuando creía haber encontrado las palabras correctas, por precaución las repasaba una vez más en mi cabeza. Y entonces me daba cuenta de lo ridículas que sonaban.

¿Quizás hoy no era el día adecuado para anunciarle a Tanner que estaba embarazada y que iba a ser padre? Al fin y al cabo, hoy era mi primer día de trabajo real con él. Seguramente sería mejor que las cosas se asentaran primero. Entonces podría determinar mucho mejor el momento adecuado para mi noticia.

Esta decisión me alivió.

¿O solo te sientes aliviada porque has pospuesto el asunto, Elaina? Pero ya sabes: posponer no es cancelar. Algún día tendrás que hacerlo.

Sí.

Pero ¿tenía que ser precisamente hoy?

Abandoné los pasadizos subterráneos del metro y parpadee ante la brillante luz del sol. Hoy sería otro perfecto día de verano en Nueva York. Haría calor. Mucho calor. Probablemente muy bochornoso. Eché un vistazo al cielo para comprobarlo. No había ni una sola nube. Al parecer, hoy no habría tormenta de verano.

Qué pena.

Eso significaba que me esperaba otra noche calurosa.

Noche calurosa.

Volví a sentir un ligero hormigueo en mi piel.

¡Elaina! Contrólate. Realmente tienes cosas más importantes que hacer que pensar en ambigüedades. Estás embarazada, maldita sea.

Inconscientemente, puse una mano sobre mi vientre mientras caminaba del metro al edificio de *Hudson Broadcasting*. ¿Estaría creciendo dentro de mí un niño o una niña? Hasta ahora ni siquiera había pensado en eso.

Sin embargo, eso tampoco me importaba tanto. Lo principal era que el bebé estuviera sano y feliz. No quería nada más.

En un instante me encontré frente al edificio de *Hudson Broadcasting*. Eché la cabeza hacia atrás, entrecerré los ojos, parpadeando bajo el sol, y miré hacia arriba al impresionante

rascacielos. Tenía varios pisos más que el edificio de *New York Broadcasting*. La empresa de Tanner también era considerablemente más grande que la empresa de Emmett.

La antigua empresa de Emmett.

Este pensamiento me arrancó una ligera sonrisa. Yo era una persona realmente amable y no le deseaba mal a nadie. Pero que Emmett Kershaw ya no fuera mi jefe y que ahora tuviera que buscarse otra ocupación no me daba ninguna pena.

Además, Emmett Kershaw no se había quedado en la calle. Había vendido *New York Broadcasting* a Tanner y probablemente disponía de más dinero del que yo vería en toda mi vida.

Aunque seguramente no tanto dinero como Tanner.

Volví a parpadear.

Vidrio y acero, pulido hasta brillar. Un elegante logotipo en azul, blanco y naranja. Los colores de la bandera de la ciudad de Nueva York. Alguien realmente lo había pensado bien. ¿Habría sido Tanner?

No seas tonta, Elaina. Un director ejecutivo no tiene tiempo para ocuparse de cosas así. Quizás tome la decisión final, sí. Pero para el desarrollo contrata a estrategas de marketing. O a una agencia.

Esto era mucho más grande que cualquier cosa que hubiera hecho profesionalmente en mi vida hasta ahora.

¿Estaría realmente preparada para ello?

Puedes hacerlo, Elaina.

Respiré profundamente y enderecé los hombros. Luego entré en el edificio de mi nuevo empleador.

—Oh, Srta. O'Hare —me sonrió poco después una regordeta recepcionista, cuyos ojos marrones brillaban tan cálidamente como los de mi madre—. Bienvenida a *Hudson Broadcasting*. El Sr. Hudson ya nos ha informado de su llegada.

—Oh —respondí, tan sorprendida por la cálida bienvenida que no supe qué decir.

—Soy Mylene —se presentó la recepcionista—. Si espera un momento, avisaré de que ha llegado.

—No es necesario, Mylene —sonó una voz masculina y profunda detrás de mí, y una mano se posó sobre mi hombro. Mi piel comenzó a hormiguear.

Ni siquiera necesitaba mirar para saber quién estaba allí.

Tanner.

A estas alturas habría reconocido esa voz en cualquier parte.

—Buenos días, Sr. Hudson —Mylene miró a Tanner y luego de nuevo a mí—. Entonces está en buenas manos, Srta. O'Hare. Le deseo un maravilloso primer día de trabajo. Acuda a mí si necesita cualquier cosa —Mylene me sonrió radiante. Parecía disfrutar de su trabajo y estar contenta de trabajar en *Hudson Broadcasting*.

Una buena señal.

—Vamos, Elaina —la mano de Tanner en mi hombro ejerció una ligera presión y me dirigió hacia los tres ascensores que se encontraban al otro extremo del vestíbulo.

Me sonrojé ligeramente.

¿Se habría dado cuenta Mylene de que Tanner y yo ya nos... conocíamos?

Buen comienzo, Elaina. Ni siquiera le has mirado a los ojos y ya te estás sonrojando. No hay ninguna razón para ello.

Tanner y yo habíamos llegado frente a los ascensores. Tanner quitó su mano de mi hombro y colocó un dedo sobre un lector encima del ascensor derecho.

Ding.

Las puertas se abrieron.

—Este ascensor solo funciona con reconocimiento de huella dactilar —explicó Tanner—. Está reservado exclusivamente para los empleados que tienen su puesto de trabajo en el último piso. Tu huella dactilar se registrará en los próximos días. Mylene se pondrá en contacto contigo para ello.

Asentí aturdida. Un lector de huellas dactilares para un ascensor. Nunca había oído algo así.

Estaba entrando en un mundo completamente desconocido para mí.

¿Estaría a la altura de todo lo que me esperaba?

Las puertas del ascensor se cerraron y la cabina comenzó a moverse. Tanner y yo subimos.

Una ligera ola de náuseas recorrió mi cuerpo.

Tragué saliva brevemente.

Por suerte, las náuseas desaparecieron de inmediato.

—¿Está todo bien? —preguntó Tanner.

—Sí —le sonreí y por primera vez ese día le miré a los ojos. En ese momento sentí calor. Más calor del que correspondía a un día de verano en Nueva York.

Oh, maldita sea, Elaina.

—Así que has aceptado la oferta —Tanner dio un paso hacia mí. La mirada de sus ojos oscuros era tan intensa como solo lo era cuando... cuando estábamos desnudos el uno frente al otro.

Volví a tragar saliva. Pero esta vez por otras razones.

Tanner puso un dedo bajo mi barbilla y recorrió suavemente la línea de mi mandíbula hacia atrás hasta mi oreja. Luego dejó que su mano descendiera por mi cuello.

Tragué saliva de nuevo.

El calor en mi cuerpo se transformó en ardor y la parte de mí que no tenía completamente bajo control deseaba que Tanner y yo no fuéramos a su oficina, sino una vez más a su ático.

Tanner acercó su rostro al mío. Sus ojos parecían atravesarme. Cerré los ojos esperando un beso.

Ding.

El ascensor había llegado al último piso.

—Entonces veremos lo eficiente que eres —Tanner me soltó. Abrí los ojos. Mi jefe me escrutaba. Su mirada seguía siendo penetrante. Evaluadora. ¿Me había equivocado antes? Había visto deseo ardiente en ella. O creído ver.

¿Solo yo había sentido eso?

Tanner salió del ascensor y yo le seguí algo aturdida por el pasillo. Sobre placas de mármol pulidas hasta brillar.

Sí, este era definitivamente un nuevo mundo para mí, en el que primero tenía que orientarme.

Algunas horas después me sentía considerablemente mejor. Sí, muchas cosas eran nuevas, pero al final *Hudson Broadcasting* era una empresa que en muchos aspectos no se diferenciaba de las empresas en las que había trabajado hasta ahora.

Ya me adaptaría.

Los comienzos siempre son confusos.

—Hola, ¿es usted Elaina O'Hare? —Un hombre pálido y con sobrepeso entró en la antesala.

—Sí, soy yo —confirmé y miré interrogante al visitante.

El hombre llevaba una enorme caja. —Hemos hablado por teléfono. Vengo a instalar una nueva pantalla para el Sr. Hudson.

—Ah, sí —sonreí complacida al hombre—. Qué bien que haya sido posible tan rápido.

El hombre se encogió de hombros. —No es ningún problema. Siempre tenemos este tipo de pantallas en stock. Podemos cambiarlas en cualquier momento. Solo necesitamos que nos avisen.

Asentí.

—¿Dónde debo conectar la pantalla?

Señalé la puerta del despacho de Tanner. —Entre, el Sr. Hudson está en una reunión ahora mismo. Y por favor, llévese la pantalla rota que está allí y deséchela. No tenemos ningún uso para ella aquí.

El hombre pálido y con sobrepeso me hizo un gesto con la cabeza y desapareció en el despacho de Tanner.

¿Debería seguirle?

Estaba segura de que era de fiar, pero no tenía ni idea de qué información confidencial podría tener Tanner en su despacho.

El director de una empresa de este tamaño seguramente tendría una caja fuerte, ¿no?

¿O no?

Simplemente no quería cometer ningún error.

—¡Elaina!

Me sobresalté.

Y volví a sonrojarme.

Tanner estaba frente a mí.

—¿Puedes ocuparte de esto, por favor? —Tanner me tendió un papel.

En ese momento, el hombre pálido y con sobrepeso salió del despacho de Tanner. —Ya está todo listo. Me llevo la otra cosa —Llevaba la pantalla rota y señaló con la cabeza hacia ella—. Ya puede volver al trabajo, jefe —anunció en dirección a Tanner. Luego se marchó sin decir una palabra más.

Tanner le siguió con la mirada, desconcertado. —¿Es un conocido tuyo?

—No —me encogí de hombros—. Los informáticos son así a veces.

¿Sería ahora el momento adecuado para contarle a Tanner lo de mi embarazo?

Si lo haces ahora mismo, habrás terminado, Elaina, y no tendrás que cargar con esto durante días. Tanner tiene derecho a saberlo.

Respiré hondo.

En ese momento, Tanner asintió y desapareció también en su despacho sin decir una palabra más.

Mierda.

El momento que había considerado adecuado había pasado.

Otra vez será, Elaina. ¿Qué ibas a decir, de todos modos? "Estoy embarazada, vas a ser padre" suena bastante brusco.

Suspirando, miré el papel que Tanner acababa de poner en mis manos. Algo relacionado con su coche. Leí las líneas en letra pequeña y me esforcé por descifrar la ilegible caligrafía con la que alguien había garabateado cosas en el papel.

¿Habían remolcado el coche de Tanner?

Cogí el teléfono para llamar a la autoridad en cuyo nombre se había emitido el papel. Seguro que podían decirme dónde estaba el coche de Tanner y qué tenía que hacer para que me lo entregaran.

—¡Elaina! —La voz de Tanner salió de su despacho. Firme. Acostumbrada a mandar.

Me sobresalté.

¿Habría hecho algo mal?

O... ¿habría descubierto Tanner que estaba embarazada?

Eso es imposible, Elaina. No puede ser. ¿Cómo iba a saberlo?

—¡Elaina! —Tanner sonaba aún más impaciente que antes.

Rápidamente dejé a un lado el teléfono, me levanté y entré en el despacho de Tanner.

Tanner estaba sentado detrás del escritorio y me miró. —Funciona perfectamente —señaló hacia la nueva pantalla—. No me lo puedo creer —me sonrió—. Vista despejada.

Esa sonrisa.

Volví a sentir calor.

Ahora, Elaina. Ahora. Tienes que aprovechar el impulso del momento y decírselo. Si no, nunca te atreverás.

Tanner se aclaró la garganta. —Mañana puedes presentarte dos plantas más abajo con Joanne Rourke. Trabaja en el equipo que prepara reportajes y documentales. Estamos organizándolo todo para una serie sobre la Primera Dama. Meghan Dean nació en Nueva York y creció aquí. Queremos ilustrar su trayectoria, desde la escuela primaria hasta convertirse en esposa del presidente.

—Oh, qué emocionante —adoraba a nuestra Primera Dama y a menudo deseaba secretamente tener el dinero para vestirme exactamente como ella.

Ella es morena, Elaina. Sus cosas no te sentarían todas bien.

Eso me decía siempre para consolarme por el hecho de que probablemente nunca poseería una prenda que se pareciera ni remotamente al vestuario de Meghan Dean.

—Apoyarás al equipo en este proyecto.

¿Había oído bien?

¿O había estado soñando despierta demasiado tiempo?

—¿Qué? —pregunté sin aliento.

—Apoyarás al equipo en este proyecto —repitió Tanner.

—¿De verdad? —exclamé encantada—. Eso es... quiero decir, es realmente increíble —una sonrisa se extendió por mi rostro. Tanner se levantó, pasó a mi lado y cerró la puerta.

—Muchas gracias, quiero decir, esto es realmente increíble, esto... — no sabía qué decir. Literalmente me faltaban las palabras.

Tanner dio un paso hacia mí y de repente estaba tan cerca de mí como esta mañana en el ascensor. Volvió a levantar su dedo y lo colocó bajo mi barbilla.

Se me cortó la respiración.

Los ojos de Tanner ardían de deseo.

La única conexión entre nosotros era la punta de su dedo.

Pero era suficiente.

Era suficiente para que un hormigueo se extendiera por mi piel, mis pezones cosquillearan y mi centro comenzara a arder.

Esta vez Tanner no me soltó. Se acercó más a mí y presionó sus labios contra los míos.

Por fin.

Por fin. Por fin. Por fin.

Eso era todo lo que podía pensar.

El beso se volvió apasionado. Voraz. Abrí mi boca y nuestras lenguas se entrelazaron. Tanner me apretó aún más contra él. Suavemente amasó mi trasero. Me acerqué más a él y sentí su erección. El ardor en mi centro se hizo insoportable.

Tanner me mordió ligeramente el labio inferior. Gemí.

Tanner se apartó de mí y comenzó a forcejear con mi top.

—¿Y si viene alguien? —susurré.

—Aquí no viene nadie. No te preocupes —respondió Tanner. Me quitó el top por la cabeza y desabrochó mi sujetador, que rápidamente cayó al suelo. Suavemente, Tanner pasó su lengua sobre mis pezones y los acarició con sus labios.

Como si hubiera sabido que mis pechos eran algo más sensibles. Como si entendiera lo que su contacto despertaba en mí.

Gemí de nuevo y dejé que mis manos se deslizaran hacia el cinturón de Tanner. Había esperado esto durante tanto tiempo. Por fin podía admitir que ya había deseado a Tanner desde ayer.

—Quítate la falda. Y las bragas —susurró Tanner y dejó caer sus pantalones al suelo.

Luego se sentó en su silla de escritorio y me atrajo a su regazo. Sin esfuerzo, su miembro se deslizó dentro de mí. No estaba húmeda. Estaba mojada. Con tanta ansia había esperado mi cuerpo este momento. El miembro de Tanner estaba finalmente dentro de mí otra vez, llenándome por completo. Me incliné un poco hacia atrás y coloqué mis antebrazos sobre los hombros de Tanner.

Luego comencé a moverme hacia adelante y hacia atrás.

Al principio con cuidado. No quería dañar al bebé de ninguna manera. Pero pronto me di cuenta de que todo se sentía igual que siempre. Eso me dio valor. Mis movimientos se volvieron más intensos. Más rápidos.

—Oh sí, nena —Tanner me agarró por las caderas.

Me incliné un poco más hacia atrás. El ángulo en el que su miembro entraba en mí ahora era perfecto.

Absolutamente perfecto.

Un fuerte gemido escapó de mí.

Dios mío, no sabía que un polvo rápido en la oficina podía ser tan bueno. Todo se contrajo en mi centro.

—¡Sí! —mis manos golpeaban los hombros de Tanner—. Sí —seguí moviéndome arriba y abajo gimiendo. Tanner me respondía con sus caderas.

Su miembro entraba en mí más profundamente que nunca.

Mis gemidos se hicieron más fuertes.

Tanner me empujó hacia abajo sobre sus caderas.

El placer se extendió desde mi centro por todo mi cuerpo.

Me corrí.

—Oh sí —gemí.

Tanner me empujó de nuevo hacia abajo sobre sus caderas. —Otra vez, nena.

Y entonces él también se corrió.

Capítulo 16

Tanner

—¡Tanner! ¡Ha desaparecido! —Elaina entró corriendo en mi despacho y me miró horrorizada. Sus ojos marrones estaban muy abiertos y sus mejillas ligeramente sonrojadas. Hoy su cabello rojo brillaba de alguna manera con más intensidad que de costumbre. En general, había algo diferente en Elaina desde que nos conocimos hace unos meses. Su presencia era de algún modo... Ni siquiera sabía cómo llamarlo. Después de nuestro encuentro sexual en mi despacho ayer, la había observado a escondidas. Parecía estar rodeada de cierto resplandor. Esto nunca había sido así antes.

Era sexy.

Era ardiente.

Me ponía aún más caliente de lo que ya estaba.

Y tal como Elaina estaba ahí de pie... Me habría encantado agarrarla y repetir el sexo en mi despacho. Nunca hubiera pensado que me excitaría tanto follarme a mi secretaria en mi propio despacho.

Pero así era.

Me excitaba más de lo esperado.

Contrólate, Tanner. Tienes objetivos que alcanzar y cosas que hacer.

Con pesar, me concentré en las palabras de Elaina. —¿Qué ha desaparecido? —pregunté.

—El reportaje. Ayer me pediste que preparara un resumen de todo lo que Joanne Rourke había recopilado sobre *Dayton's Delights*, antes de que empezáramos con el reportaje sobre Meghan Dean. —Elaina hablaba tan rápido y respiraba tan superficialmente que me costaba seguirla.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —pregunté.

Elaina abrió los brazos, dándome una visión completa de sus pechos. Hoy llevaba una blusa ajustada en un tono marrón claro que combinaba perfectamente con el marrón de sus ojos. —El reportaje y todo el material han desaparecido del servidor. —Ahora dejó caer los brazos y me miró impotente.

—Eso no puede ser —contesté convencido—. Las cosas no desaparecen así sin más en nuestra empresa. Este material está doblemente protegido. Y aunque hubiera sido borrado: todas las noches hacemos una copia de seguridad en memorias USB u otros dispositivos. Estas memorias se almacenan en una sala especial a la que solo unos pocos empleados conocen el código.

Elaina solo negó con la cabeza. Respiraba aún más apresuradamente que antes. Me levanté y la agarré por los brazos. —Elaina. Tranquila. Respira con calma. Ya encontraremos el material. Llevas poco tiempo

aquí con nosotros, no puedes conocer dónde está todo. Quizás solo has buscado en el lugar equivocado. Ahora preguntaremos a Joanne.

Elaina volvió a negar con la cabeza. Sus ojos marrones me miraban desesperados. —Ya le he preguntado a Joanne. Ha buscado y tampoco ha encontrado nada.

Solté los brazos de Elaina y la miré fijamente. —¿Qué quieres decir con que tampoco ha encontrado nada?

—Lo que digo. El material ha desaparecido. Todo. —Elaina tragó saliva. Por fin respiraba más tranquila.

—Eso no puede ser —respondí.

¡El material no podía simplemente haberse esfumado! Habíamos pasado días, incluso semanas, grabando el día a día en la cadena de panaderías más famosa de Nueva York. Un equipo había visitado la central de *Dayton's Delights* para descubrir el secreto de los mejores cupcakes de la ciudad. El resultado fue una entrevista con Leanna Hall, la esposa del fundador, que se había especializado también en tartas nupciales además de los cupcakes. Habíamos enviado equipos a varias sucursales de *Dayton's Delights* para documentar el día a día de las vendedoras. Y no solo eso: habíamos pedido a los clientes que nos contaran qué significaba para ellos la visita a *Dayton's Delights* y cómo disfrutar de un cupcake cambiaba sus vidas.

Estaba especialmente orgulloso de esta parte del reportaje. Al final, no solo surgió un retrato de una conocida empresa neoyorquina, sino una colorida imagen de la ciudad de Nueva York y sus habitantes. En *Dayton's Delights* compraba realmente todo el mundo. La empresa unía a los neoyorquinos, sin importar cuánto dinero ganaran o qué edad tuvieran. Aquí todos se sentían a gusto.

Estaba seguro de que este reportaje ya tenía buenas posibilidades de ganar el premio a la mejor producción televisiva del año. O este o el reportaje sobre Meghan Dean. Uno de los dos me aseguraría el premio que tanto quería ganar.

¿Y ahora todo el material había simplemente desaparecido?

¡No podía ser!

Nuestros sistemas estaban protegidos contra tales ataques.

Seguro que Elaina se equivocaba.

—¡Ha desaparecido todo! —Una voz femenina que gritaba agudamente. Nunca había oído así a Elaina. Desconcertado, levanté la mirada.

En la puerta de mi despacho estaba Joanne Rourke. El embarazo ya se le notaba claramente. Su vientre estaba bastante redondeado.

¿Las mujeres embarazadas realmente se ponían tan... tan gordas?

¿O al final Joanne esperaba gemelos?

Me imaginé teniendo que sostener a dos bebés llorando al mismo tiempo. Se formaron pequeñas gotas de sudor en mi frente, y eso a pesar de que el aire acondicionado continuaba soplando aire fresco en mi despacho de manera confiable.

Rápidamente dirigí mi mirada a Elaina. Su figura se veía como siempre.

Por suerte.

—Joanne, no te alteres. No es bueno en tu estado. Seguro que te equivocas. Las cosas NO PUEDEN haber desaparecido. —Hablé tan tranquilizador como una madre a su hijo.

A Joanne no le sentó nada bien. —Maldita sea, Tanner. Estoy embarazada, pero eso no me afecta al cerebro. Todavía sé lo que hago. De hecho, lo sé muy bien. Ayer hice el corte final y guardé todo. En presencia de Bob, por si eso te convence. —Joanne casi gritó las últimas palabras en mi dirección.

Levanté las manos. —Vale, vale. Te creo. —Mejor no decir nada más en ese momento. No quería de ninguna manera que Joanne se alterara más.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se lamentó Joanne.

—Las dos, id ahora mismo a la cafetería y tomaos un café. O lo que queráis. Creo que os vendrá bien un descanso —ordené.

Joanne respiró profundamente.

Asentí a Elaina.

Joanne obviamente no estaba en condiciones de pensar con claridad y probablemente sola ni siquiera encontraría el camino a la cafetería.

Elaina entendió mi señal, tomó a Joanne del brazo y desapareció con ella por la puerta. Miré a las dos marcharse y no pude evitar fijarme en el bien formado trasero de Elaina. Me habría encantado levantarme de un salto y posar mi mano sobre él.

¡Tanner! ¡Esto va demasiado lejos! Tienes cosas más urgentes que hacer. Si hay aunque sea un ápice de verdad en lo que Elaina y Joanne están contando, entonces tienes un verdadero problema ahora. Entonces Hudson Broadcasting tiene un verdadero problema. Porque no solo falta un programa que debería emitirse en horario de máxima audiencia, sino que también falta un firme candidato al premio a la mejor producción televisiva del año. Y además: ¿quién ha borrado esas cosas? ¿Cómo? ¿Y por qué?

Me volví hacia mi ordenador y accedí al servidor del equipo de reportajes.

Dayton's Delights.

Expectante, hice clic en el icono de la carpeta amarilla.

La carpeta estaba vacía.

Atónito, me quedé mirando mi pantalla.

¿Qué significaba esto?

Esperaba que la versión final editada en la que Joanne había estado trabajando hubiera desaparecido.

Así era.

Pero eso no era ni de lejos todo: todo el material había desaparecido.

Exactamente como habían dicho Joanne y Elaina.

¿Cómo había podido ocurrir esto?

Respiré profundamente. Con eso podía lidiar más tarde. Ahora primero tenía que hacer una visita a Willy. Él era mi jefe de seguridad e informática y vigilaba personalmente la sala donde se guardaban copias de todo nuestro material.

Y Willy era un perro guardián.

De allí nunca salía nada hacia el exterior.

A menos que yo lo ordenara.

Me puse en pie.

—¡Tanner! No sé adónde vas ahora mismo. Pero tiene que esperar. ¡Esto es más urgente! —Una voz fuerte interrumpió mis pensamientos.

—Willy —saludé al hombre calvo y bajito que apareció en ese momento en la puerta abierta de mi despacho—. Qué casualidad. Justo quería verte. Necesito algo de Hudson's Fort Knox.

Hudson's Fort Knox.

Ese era el apodo de nuestra sala de seguridad.

Willy me miró. Parecía inusualmente pálido. ¿Se encontraría mal? Por precaución, retrocedí un paso. No tenía ganas de contagiarme con una gripe veraniega o algo similar.

—De eso se trata exactamente, Tanner. Exactamente de eso. —Mi empleado se pasó nerviosamente la mano por la frente.

—¿De qué? —quise saber.

—Cuando llegué esta mañana al trabajo, la puerta de Hudson's Fort Knox estaba abierta. —Willy me miró con desesperación—. Quería avisarte enseguida, pero aún no habías llegado.

Eso era muy posible. No siempre venía a trabajar a la misma hora. Yo era el jefe aquí y estaba disponible las 24 horas del día. Sin embargo, eso no significaba que estuviera en mi puesto de trabajo las 24 horas.

Me quedaba donde quería, cuando quería y por el tiempo que quería, y no le debía explicaciones a nadie.

Pero a Willy no le interesaba lo más mínimo saber dónde había estado. Continuó: —Luego pensé que primero comprobaría si faltaba algo.

—¿Y? —Miré fijamente a Willy.

Willy respiró profundamente. —Han desaparecido las memorias y cintas de Joanne.

No podía ser verdad.

Simplemente no era verdad.

Me dejé caer de nuevo en mi silla.

—¿Las memorias USB y cintas de *Dayton's Delights*? —confirmé con voz apagada.

Willy solo asintió.

—¿Cómo puede ser? —Mi voz había recuperado su fuerza. Volví a saltar de mi silla y pisé fuertemente alrededor de mi escritorio—. Estas cosas no pueden simplemente desaparecer. —Me pasé la mano por la cabeza.

—Han desaparecido, Tanner. —Willy sacudió tristemente la cabeza—. Todo. No solo la copia de seguridad de ayer. Todo.

—¿Todo? —Apreté los puños—. Esto es un robo. Alguien quiere acabar con nosotros. O alguien quiere extorsionarnos. —Golpeé con fuerza con el puño contra la estantería que estaba en la pared junto a Willy—. Pero estos idiotas no contaban con nosotros. Ya les enseñaremos. —Miré a Willy imperativamente—: ¡Trae las grabaciones de las cámaras de seguridad! ¡Ya mismo!

Willy solo suspiró. —Ya las he revisado, Tanner.

—¿Y? —Grité la palabra más que pronunciarla. ¿Cómo podía este hombre mantenerme en vilo de esta manera?

—No hay nada en ellas. —Willy volvió a sacudir la cabeza. Parecía ser su gesto favorito en todo este asunto. Me estaba volviendo loco.

—¿Cómo que no hay nada? ¡Eso no puede ser! Si forzaron la puerta de Hudson's Fort Knox, ¡debe verse en las cámaras! Tenemos dos cámaras que no hacen otra cosa que grabar exactamente esa puerta. ¡Dos cámaras! 24 horas al día, 7 días a la semana. —Miré a

Willy con impaciencia. Se estaba comportando casi tan mal como una mujer embarazada.

—Lo sé. —Willy tragó saliva—. Sin embargo, las cámaras fueron desactivadas anoche por un ataque de hackers. No grabaron nada entre las 12 y las 5 de la mañana de hoy. No hay imágenes. Ninguna.

—Entonces usa las cámaras de la entrada del edificio. —Maldita sea, ¿ahora tenía que decirle a mi jefe de seguridad e informática cómo hacer su trabajo?

—Todas las cámaras fueron hackeadas. No nos queda ni una sola imagen. —Willy miró al suelo al decir estas palabras.

—¡Maldita mierda! —Golpeé el puño contra la pared con tanta fuerza que sentí cómo la estantería junto a mí temblaba. Me habría encantado soltar algunas otras palabras, pero me las guardé.

Hervía por dentro.

—Willy, sé que eres extremadamente competente, pero esto... Necesito una explicación. ¡Ahora mismo! —Miré acaloradamente a mi empleado.

—No puedo darte una explicación completa, Tanner. Solo una suposición. —Mi empleado levantó las manos disculpándose.

—¡Entonces una suposición, maldita sea! —Las palabras de Willy me habían hecho enfadar de nuevo. Golpeé otra vez mi puño contra la estantería.

—Debe haber sido alguien con información privilegiada. —Willy me miró expectante.

—Incluso aquí dentro, pocos empleados saben de Hudson's Fort Knox. —Miré a Willy con el ceño fruncido—. Y el sistema para las cámaras es igual de secreto. A diferencia de Hudson's Fort Knox, a nadie le interesa eso. —Era verdad. Un archivo con datos todavía era de alguna manera emocionante, pero cámaras de seguridad...

—Excepto a Grimshaw. A él sí le interesó. El verano pasado se hizo mostrar todo con detalle. —Willy contemplaba las puntas de sus zapatos—. No quiero hablar mal de tu familia, Tanner, pero...

—¿Grimshaw? —rugí.

¡Grimshaw!

¡Por supuesto!

¡No podía ser de otra manera!

El idiota acababa de anunciar que me disputaría el premio a la mejor producción televisiva del año. Me había reído de él...

Porque nunca en mi vida se me hubiera ocurrido que usaría medios criminales para alcanzar su objetivo.

—Este... —Me contuve para no terminar la frase.

En ese momento sonó el teléfono en mi escritorio. Sin pensar, levanté el auricular y me maldije en el mismo instante por hacerlo.

—Tanner, colega, soy yo. —La voz de mi amigo Rory.

—Rory, tío, ahora mismo no tengo tiempo —intenté cortar a mi mejor amigo.

—En el canal de Grimshaw están emitiendo un reportaje sobre *Dayton's Delights*. ¿No me dijiste que estabais preparando algo realmente bueno sobre eso? —preguntó mi amigo, sin hacer caso a mi objeción.

—¿Qué? —Dejé caer el auricular, agarré el mando a distancia y encendí la pantalla en la esquina de mi despacho.

Efectivamente.

En el canal de Grimshaw estaban emitiendo un reportaje sobre *Dayton's Delights*.

Más concretamente, NUESTRO reportaje.

MI reportaje.

Agarré de nuevo el auricular del teléfono y lo presioné contra mi oreja. Mis mandíbulas crujieron tan fuerte que creí que Rory debía oírlo todavía al otro lado de la línea.

—¡Este hijo de puta! —grité aún más fuerte que antes—. ¡Este es MI reportaje! ¡Voy a acabar con ese tipo! ¡Lo demandaremos!

—Con mucho gusto —respondió Rory—. Tan pronto como me proporciones algunas pruebas de que se trata de tu material, yo

mismo redactaré la carta para el abogado de Grimshaw, puedes creerme.

Pruebas.

Pruebas de que se trataba de mi material.

Si había entendido bien a Willy, ya no me quedaba ni una sola prueba. Sea como fuere que Grimshaw hubiera orquestado todo esto, había actuado con suma habilidad. Tenía que admitirlo.

—¿Tanner? —sonó la voz de Rory desde el aparato.

—Nos vemos en el karate uno de estos días, colega —dije simplemente. Luego colgué sin añadir una palabra más.

No quedaba ni un solo archivo. Ni una sola foto.

Tenía que encontrar otra solución.

Furioso, cerré el puño.

—Ya le enseñaré a ese hijo de puta. Que no crea que se va a salir con la suya tan fácilmente con este truco. ¡Puede prepararse para lo que le espera!

Capítulo 17

Elaina

—Medio minuto más y será su turno. En directo. ¿Está lista? —preguntó la voz juvenil al otro lado de la línea.

—Yo... sí, creo que sí —tartamudeé. El corazón me latía con fuerza.

—No necesita ponerse nerviosa. Toda *Radio Manhattan* se alegra con usted de que pronto formará parte de nuestros afortunados ganadores.

—Yo... —volví a tartamudear. Afortunados ganadores. Apenas podía creerlo.

¿Se haría realidad mi sueño?

Había llamado muchas veces al programa de radio en los últimos días. El concurso comenzó justo cuando empecé a trabajar para Tanner. Siempre que él no estaba en la oficina, cogía el teléfono e intentaba probar suerte. Pero cada vez escuchaba el tono de ocupado. Una y otra vez.

Hoy alguien había contestado.

Esperaba que me dijeran que era la décima persona en la línea y que no había casi ninguna posibilidad de que entrara en el programa.

Y quería entrar en el programa.

Solo los ganadores entraban en el programa.

Y los ganadores recibían dos entradas para el concierto de los *New York Boys*.

¡Los *New York Boys*! La banda que adoraba desde el instituto. No deseaba nada más que poder verlos por fin en directo.

Quizás por fin mi suerte estaba cambiando. Las deudas con Finny estaban pagadas. Las entradas para el concierto al alcance.

—Quince segundos, Elaina —la voz al otro lado de la línea me sacó de mis pensamientos—. Vaya pensando qué le dirá a Nueva York.

Nueva York.

Todo Nueva York estaría escuchando cuando ganara mis entradas para el concierto.

El pensamiento hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió detrás de mí.

—Bien, entonces eso estaría resuelto, Willy —oí decir a Tanner.

Tanner.

Mi jefe no debía pillarme bajo ningún concepto haciendo cosas personales durante el horario de trabajo. Posiblemente pensaría que estaba holgazaneando a su costa. Igual que había hecho Emmett Kershaw. Colgué el auricular tan rápido como pude. Luego cogí el ratón, cerré la ventana con la página web de la emisora de radio y cliqué al azar en un documento abierto.

Lo importante era parecer ocupada.

—Hasta mañana entonces —se despidió Willy de Tanner.

¿Se habría dado cuenta alguno de los dos de lo que acababa de hacer?

En cualquier caso.

Mi sueño se había esfumado.

Nueva York no escucharía cómo ganaba mis entradas para el concierto.

No ganaría entradas para el concierto.

Decepcionada, me quedé mirando el auricular. Acababa de hacer feliz a otra persona. Alguien que había esperado en segundo lugar en la línea y que probablemente ya no creía en su suerte.

Esa había sido la última oportunidad de ganar unas entradas en *Radio Manhattan*. El concurso había terminado.

No vería a los *New York Boys*.

—¿Qué estás haciendo, Elaina? —Tanner estaba delante de mi escritorio.

Me sobresalté. ¿Llevaba mucho tiempo ahí? ¿Me había observado mientras soñaba despierta?

—Yo... bueno... nada —tartamudeé y miré a mi jefe. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Era como si supiera que le estaba ocultando algo.

Y así era.

Le ocultaba mucho más que unas entradas para un concierto y llamadas a una emisora de radio.

Tanner seguía sin saber que llevaba a su hijo en mi interior. Nuestro hijo.

¿Debería decírselo ahora?

Respiré hondo.

En algún momento tienes que hacerlo, Elaina. Has estado pensando constantemente en ello durante los últimos días. Cuándo lo harás. Cómo lo harás. Qué dirás. Cómo reaccionará él. Si lo haces de una vez, te quitarás este peso de encima.

Volví a respirar hondo.

—Mi pantalla está rota otra vez. No sé qué es lo que ha cambiado ese tipo —Tanner me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Me has estado escuchando? —Tanner me miró aún más penetrantemente que antes.

—Yo... Sí... La pantalla está rota otra vez —repetí—. Me ocuparé de ello inmediatamente.

Tanner no prestó más atención a mis palabras. —Hoy estás constantemente distraída y pareces como si estuvieras pensando en algo completamente distinto —Tanner se inclinó y apoyó las manos en mi escritorio. Su cara estaba ahora muy cerca de la mía—. ¿Me estás ocultando algo?

Con esta pregunta no pude evitar que el rubor me subiera a la cara. —No —mentí. Incluso a mis oídos mi voz sonaba poco convincente.

Tanner puso un dedo bajo mi barbilla. —No me gusta nada que mis empleados tengan secretos conmigo.

Tragué saliva.

¡Díselo ahora, Elaina! ¡Díselo ahora!

Abrí la boca. —Sabes, es que... —empecé y volví a callarme.

—¿Sí? —Tanner frunció el ceño. Luego me soltó y volvió a erguirse en toda su estatura. Cruzó los brazos sobre el pecho—. Estoy esperando, Elaina.

—Es que yo estoy... —comencé.

—¡Tanner! —Una voz aguda y melodiosa me interrumpió. Miré y vi la cara de una compañera con la que aún no me había cruzado. De lo contrario, sin duda la habría recordado. Parecía... Sí, me recordaba un poco a Miss América. Su rostro era limpio y proporcionado. Su pelo rubio claro y sus ojos azules debían volver loco a cualquier hombre. Y más en combinación con esa figura. Pechos grandes, cintura estrecha y piernas largas. ¿Realmente trabajaba aquí o era una modelo?

—¡Hannah! —Tanner rio encantado cuando vio quién estaba en la puerta.

Claro. Me gustaría ver al hombre que no riera encantado cuando ESTA mujer apareciera en su puerta.

Hannah entró en la oficina y se acercó a Tanner. Puso una mano en su brazo y le guiñó un ojo. —Hace tanto tiempo que no hablamos de verdad... ¿Qué te parece si salimos a cenar esta noche? Como en los viejos tiempos.

Me quedé paralizada.

¿Qué era esto?

¿Acaso Hannah estaba flirteando con Tanner?

¿Y qué, Elaina? No puedes prohibírselo a Hannah. Para ella, Tanner es probablemente un eterno soltero. ¿Por qué no iba a intentar atraparlo?

Porque maldita sea, él era el padre de mi hijo.

Porque maldita sea, yo quería que cualquier otra mujer lo dejara en paz.

Porque maldita sea, lo quería para mí.

Hannah ahora acariciaba suavemente el brazo de Tanner. Tanner cogió su mano y la miró a los ojos.

Mi corazón se saltó un latido.

—Es muy amable por tu parte, Hannah —Tanner soltó la mano de Hannah—. Le he prometido a Elaina —hizo un gesto hacia mí—, presentarle a algunos compañeros esta noche —Tanner asintió—. Así que tu invitación llega en el momento perfecto. ¿Quién más vendrá? Joanne probablemente no vendrá esta vez.

La sonrisa de Hannah cambió un poco. Solo un observador atento notaría que ya no brillaba tanto como antes. Arrugó la nariz brevemente, me lanzó una rápida mirada y anunció: —Aún no lo sé. Voy a preguntar quién más quiere venir y luego enviaré un correo. Hasta luego —Tan rápido como había venido, Hannah abandonó la oficina.

—Acuérdate de la pantalla, Elaina —Con estas palabras, Tanner también desapareció. Se fue a su despacho.

Me quedé sola en la antesala sin saber qué pensar de todo esto. Solo una cosa estaba clara.

Tanner seguía sin saber que iba a ser padre.

Y hoy no se lo diría ya.

Hoy no se lo diría ya.

¿O sí?

Unas horas más tarde, estaba sentada con un grupo de unos quince compañeros en un típico diner americano. Satisfecha, dejé los cubiertos a un lado. La hamburguesa de falafel no era típicamente americana, pero me había sabido deliciosa.

—¿Eres vegetariana? —quiso saber Rosanne. Era una compañera regordeta del departamento de personal y me había acaparado toda la noche. Ahora sabía lo difícil que era encontrar buen personal, que para Rosanne era casi más difícil encontrar un entrenador adecuado y que las dietas no mejoraban la vida, sino que la empeoraban.

—No, me gusta la carne —dije sinceramente—. Solo que hoy no me apetecía —Eso era mentira. Por mucho que hubiera disfrutado de la hamburguesa de falafel, habría preferido morder una hamburguesa de verdad. Pero no estaba segura de si las embarazadas deberían hacerlo. Tenía que apuntarme urgentemente a un curso de preparación al parto e informarme sobre lo que debía tener en cuenta ahora.

Y sobre todo, tenía que informar al padre del niño.

Sin embargo, él había estado hablando toda la noche con Willy del departamento de informática.

—Tanner no está sentado junto a Hannah —observó Rosanne.

—¿Ah? —respondí. El comentario de Rosanne no me gustó nada.

Rosanne bajó la voz. —Toda la emisora especula sobre si tuvieron algo o si tienen algo.

—¿Y? —pregunté conteniendo la respiración.

—Ni idea —Rosanne se encogió de hombros—. Pero al menos ELLA lo querría, eso está claro.

Así que mi impresión no me había engañado.

—¿Elaina? —Tanner me tocó el hombro por detrás.

—¿Sí? —Me giré.

—Me gustaría hablar contigo de algo. De camino a casa. Te llevo a casa. ¿O querías postre?

¿Hablar conmigo de algo?

¿Había oído Tanner lo que Rosanne acababa de decir? ¿O se había enterado de algo sobre mi secreto?

Nerviosa, aparté mi silla un poco hacia atrás. —No, todo bien. Podemos irnos —Demasiado azúcar seguramente tampoco era bueno para el bebé.

Tanner me cogió del codo y me acompañó fuera del restaurante. —Tenía que salir de ahí urgentemente —gruñó, apenas estuvimos fuera—. En realidad no tengo nada urgente que hablar. Pero hay personas que me sacan de quicio. Especialmente esa Hannah tan insistente.

Solté una risa de alivio.

—No tiene gracia —dijo Tanner con fingida indignación.

—Es verdad —admití y me reí otra vez.

Tanner me dio un pequeño codazo y luego también se rió. —Venga, sube. Que mi coche esté hoy aquí solo te lo debo a ti. De alguna manera has conseguido que retiraran mi multa. Debes de tener poderes mágicos, Elaina O'Hare —Tanner me observó con su mirada penetrante—. Sí, eso encajaría contigo. El pelo rojo definitivamente va con una hechicera.

De repente dio un paso hacia mí y presionó su boca contra la mía. No vi venir este beso. Fue un beso ardiente y abrasador. Abrí mis labios. Tanner deslizó su lengua en mi boca y apretó su cuerpo contra el mío. En mi espalda sentí el metal del coche.

Abruptamente, Tanner se apartó de mí. —El postre será en mi casa.

Media hora después estábamos desnudos uno frente al otro en su dormitorio. La mirada de Tanner no solo era penetrante, sino voraz.

Hambrienta.

Tanner acarició suavemente mi piel con las yemas de sus dedos. Bajó por mi cuello, rodeó mis pechos y luego acarició mis pezones, con la misma suavidad que la última vez. Era como si su instinto le dijera exactamente lo que necesitaba y lo que no. Tanner subió con su dedo índice entre mis pechos, pasó por mi barbilla y luego recorrió mis labios. Abrí mi boca y Tanner introdujo su dedo. Lentamente y con deleite, comencé a chuparlo. Pasé mi lengua por su dedo y luego lo mordí suavemente.

Tanner deslizó su otra mano sobre mi vientre. Hasta llegar a mi perla. Separé mis piernas para darle mejor acceso. Y yo también palpé con mi mano el abdomen marcado de Tanner. Finalmente encontré su miembro.

Tanner estaba duro.

Me deseaba.

Este pensamiento me excitó aún más. Agarré el miembro de Tanner y comencé a masajearlo. Primero suavemente, luego cada vez más firme.

—Hmmmm —murmuré, disfrutando de la sensación de cómo Tanner se ponía cada vez más duro bajo mi mano.

—Oh nena, qué maravilla —susurró Tanner mientras masajeaba suavemente mi perla. El calor en mí se extendió y se intensificó hasta convertirse en un ardor abrasador. Gemí fuerte.

—Túmbate, hechicera. Ahora viene el postre —me susurró Tanner al oído y caminó lentamente conmigo hacia su enorme cama, que dominaba toda la habitación.

Me tumbé boca arriba. Tanner se acostó a mi lado y besó suavemente mi ombligo. Luego fue descendiendo con pequeños besos.

Me besó a mí.

Y a nuestro hijo.

Luego Tanner se deslizó un poco más abajo y solo me besó a mí.

—¡Ohhhhhh Dios! —gemí cuando la lengua de Tanner tocó mi perla. Volví a separar mis piernas tanto como pude. Tanner besó mi perla, primero juguetonamente y luego con ternura. Todo se tensó dentro de mí.

Dios mío, no quería que este momento terminara nunca. Mi piel hormigueaba y ardía por todo el cuerpo. Tanner siguió lamiéndome. Golpeé la cama con mis puños e intenté reprimir un fuerte gemido.

Tanner levantó su cabeza. —Déjalo salir, nena. Aquí no hay vecinos —Luego volvió a bajar la cabeza. El contacto de su lengua me volvía loca.

Y entonces exploté. —¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —grité—. ¡Síííííí!

Tanner me había llevado directamente al clímax con su lengua.

Se apartó de mí y se colocó entre mis piernas.

Y un momento después estaba dentro de mí.

Si antes creía que no podía haber mayor intensidad en mis sensaciones, ahora me demostraba que estaba equivocada. El miembro de Tanner penetró profundamente en mí.

Dios mío, se sentía tan bien.

Tan bien como siempre.

Y a la vez, cada vez era tan bueno como nunca antes.

Tanner empujaba rítmicamente dentro de mí. Levanté mis caderas y me adapté a sus movimientos.

—Oh sí, nena —gimió Tanner.

Envolví mis piernas alrededor de él para que pudiera penetrarme aún más profundamente. Al poco tiempo sentí cómo todo volvía a acumularse dentro de mí.

—Oh Dios —gemí de nuevo—. Oh Dios mío —Tanner me follaba cada vez más rápido, cada vez más salvaje.

De nuevo todo se tensó dentro de mí. La ola de placer que me invadió ahora era aún más potente que la primera.

Me corrí como nunca antes lo había hecho.

Tanner empujó una última vez dentro de mí.

Y entonces encontró también su alivio.

Capítulo 18

Tanner

—¡Ta! —Mi grito volvió a resonar por toda la sala.

Clang.

El borde de mi mano golpeó el saco de arena. Por desgracia, no con la precisión que hubiera deseado. Pero para ser sincero, en ese momento me daba igual. Hervía por dentro y solo quería desahogarme. Para este propósito, hoy todo me venía bien. Podría haber boxeado o probado suerte con las pesas.

—¡Ta!

Clang.

—¡Tanner! —La mano de Rory detuvo el saco de arena.

—¡Déjame! —Fulminé con la mirada a mi mejor amigo.

—Eh, eh. —Rory soltó el saco y levantó las manos en gesto apaciguador—. Soy yo. Rory. Tu viejo amigo. Estoy de tu lado. ¿Ya lo has olvidado?

Respiré hondo y me pasé la mano por la frente. Estaba empapada de sudor.

—¿Es por Grimshaw? —quiso saber Rory—. ¿Por eso estás tan de mal humor?

—¡No estoy de mal humor! ¡Hoy solo quiero entrenar de verdad por una vez! —Apreté la mandíbula y rechine los dientes.

—Claro —respondió Rory mirándome con ironía—. Las otras veces no entrenabas de verdad. Solo dabas golpecitos al saco con el dedo índice. —Mi mejor amigo negó con la cabeza—. Si quieres entrenar de verdad, deberías trabajar en tu técnica, en lugar de golpear el saco a ciegas como un principiante.

Eso dolió.

Más aún porque Rory tenía toda la razón.

Aunque jamás lo admitiría ante él.

—Grimshaw es un idiota. Pero no deberías dejarte provocar por él. —Rory me miró con gesto de advertencia—. Eso es exactamente lo que quiere conseguir. Y tú le estás haciendo el favor. Te lo estás tomando en serio. Él ni siquiera tiene que hacer nada más. —Rory empujó el saco de arena hacia mí—. Piénsalo.

No necesitaba pensarlo. —Tienes razón —gruñí, aunque a regañadientes.

Rory sonrió. —Soy abogado. Por supuesto que tengo razón. Es mi especialidad. Una enfermedad profesional, ¿sabes?

También sonreí. Mi mejor amigo siempre conseguía animarme. —El idiota no puede salirse con la suya tan fácilmente. —Le di un empujón más fuerte al saco en dirección a Rory—. No está bien. ¿Dónde queda tu tan alabada justicia?

Rory suspiró. —Ley y justicia no son lo mismo. —Rory se encogió de hombros—. Sin pruebas no hay condena. Si no, cualquiera podría venir y afirmar cualquier cosa. Y entonces probablemente no estaría medio Estados Unidos en la cárcel, sino todo Estados Unidos. En caso de duda, a favor del acusado; este principio rige en nuestro país. Y eso está bien.

—No hay ninguna duda. ¡Él emitió el reportaje en su canal! —Miré indignado a Rory—. Y ni siquiera lo hizo en horario de máxima audiencia. —Cerré los puños con rabia—. No tiene ni idea. Es una producción de primera y ni siquiera lo ve.

—Parece que eso te enfada tanto como el robo —observó Rory.

—¡Tengo testigos! —Miré acaloradamente a Rory—. Joanne trabajó en la película. Elaina también. Testificarán a mi favor.

Rory asintió. —Son tus empleadas. Si el abogado de Grimshaw no es completamente inepto, se las arreglará para demostrar la relación de dependencia que existe entre ellas y tú.

—¡Relación de dependencia! —Miré furioso a Rory.

Rory se encogió de hombros. —Son tus empleadas, al fin y al cabo. Lo que más ayudaría sería una declaración de Dayton Hall

confirmando que tú hiciste la película.

Gruñí. —Hasta donde yo sé, Dayton Hall no está en la ciudad.

Rory asintió. —E incluso si lo estuviera: dudo que se esforzara tanto por ti. Grimshaw es dueño de varios canales de televisión. Tiene el poder de decidir qué se muestra allí y qué anunciantes acepta. Si *Dayton's Delights* deja de estar presente en esos canales o incluso recibe mala prensa, entonces Dayton Hall tendrá un verdadero problema.

Miré fijamente a Rory. Solo entonces me di cuenta de lo hábilmente que mi medio hermano ilegítimo lo había orquestado todo. —¡Ese maldito criminal! —rechité.

Me hubiera encantado golpear el saco hasta que se rompiera la funda y los finos granos se derramaran por el suelo de la sala.

Pero me contuve y solo le di un fuerte empujón al saco con mi hombro.

—Redactaré una carta para Grimshaw. Pero no creo que sirva de mucho. Mejor concéntrate en hacer mejores reportajes que él —me aconsejó Rory.

—¿Para que me los robe otra vez? —Miré irónicamente a mi amigo —. Aunque he hecho reforzar las medidas de seguridad, seguro que Grimshaw tampoco se quedará quieto. Y ÉL seguramente no trabajará en mejores reportajes. Probablemente esté pensando en qué otra forma puede fastidiarme. Pero no lo voy a permitir.

Entonces sí golpeé el saco con mi puño.

¡WHAM!

¡WHAM!

¡WHAM!

¡WHAM!

—¡Pero no permitiré que se acerque a Elaina! —solté furioso.

Rory me miró atentamente. —Ajá. Así que por ahí va la cosa. Elaina. No es la primera vez que me hablas de ella. ¿Hay algo entre vosotros otra vez?

—Nada serio. —Miré a Rory—. Simplemente me divierto con ella de vez en cuando. ¿Algún problema? —Mi pregunta sonó agresiva. En ese momento, simplemente no podía evitarlo. ¿Es que todo el mundo tenía que decirme cómo debía comportarme?

—En absoluto, colega. Deberías divertirte tanto como quieras. —Rory hizo una pausa—. ¿Estás seguro de que solo es diversión? —insistió.

¡Abogados!

Siempre tenían que añadir una pregunta más y nunca podían conformarse con lo que les decías.

—¡Sí! —Mi voz sonó más alta de lo que pretendía.

Le di otro golpe al saco de arena.

¡WHAM!

—Es. Solo. Diversión. —Con cada palabra golpeaba de nuevo el saco.

—Por eso has olvidado toda técnica ahora. —Rory me miró y arqueó las cejas.

—¿No pueden los abogados creer por una vez lo que se les dice? —Interrumpí mis golpes malhumorado.

—Claro que sí. Lo hacemos. Pero me has comunicado mucho más que lo que me has dicho con palabras. Tus reacciones también comunican algo. —Rory me miró y se encogió de hombros.

—¡Suenas como una mujer! —Retomé mis puñetazos.

—Te guste o no lo que digo, es así. Tus reacciones comunican algo. —Rory suspiró audiblemente.

—¿Ahora te has metido a boxeador? —Una voz burlona me hizo detenerme—. Aquí tu técnica es incluso peor que en el kárate. Aunque bueno, quizás la competencia no sea tan grande.

Grimshaw.

—¿Qué competencia hay en el kárate? —La pregunta salió de mí antes de que pudiera recapacitar.

Maldita sea, Tanner. No querías dejarte provocar.

Mi medio hermano ilegítimo siempre conseguía pulsar los botones adecuados en mí.

—Al menos pareces ser de los que tienen sentido común. No hay nada peor que esos casos sin esperanza que siguen y siguen, creyendo que algún día mejorarán. Aunque todos excepto ellos saben que eso nunca ocurrirá. Pero no quieren oírlo. —Se notaba que Grimshaw apenas podía contener la risa.

—Por suerte existen personas como tú que se lo dicen a los demás. —Me volví hacia mi medio hermano ilegítimo.

—¡Tannel! ¡Glimshaw! ¡Qué bueno que os pilllo juntos! —Kazuhiro salió corriendo aprisa de su oficina. Cómo este hombre pequeño, ágil y más bien delgado e insignificante había llegado a ser un karateka tan bueno siempre había sido un misterio para mí. ¿Sería su secreto del éxito que sus oponentes simplemente no se lo tomaban en serio cuando entraba al tatami?

—Vosotlos dos vais a luchall juntos en la final. Uno contla el otlo. —Kazuhiro nos sonrió radiante—. Selá un combalte supel. Ya estoy muy contelnto.

Yo contra Grimshaw.

En la final del campeonato del club.

Cerré los puños.

Exactamente este enfrentamiento era el que yo había esperado.

—¿Super combate? —Grimshaw miró con arrogancia—. No creo que los espectadores reciban mucho por su dinero, Kazuhiro. Tumbaré a

Tanner en el tatami en el primer minuto. Y entonces se acabó el combate. Yo en tu lugar planificaría algunos puntos adicionales en el programa. Si no, la gente acabará pidiendo que le devuelvan el dinero. —A Grimshaw se le escapó una risita burlona.

Di un paso hacia él y apreté los puños. —Yo no estaría tan seguro en tu lugar. ¿O fuiste tú quien me echó del club hace unas semanas por la noche?

Grimshaw se rio por lo bajo. —Sí, cuando se trata de impedir que unas chicas se diviertan y se vayan a la cama conmigo, entonces te pones las pilas. Quizás deberías traer a algunas al combate para tener una oportunidad. Solo pareces no poder arreglártelas. —Grimshaw se rio aún más fuerte.

—¡Maldito idiota! —grité a través de la sala y agarré a mi medio hermano ilegítimo por el cuello de su Karate Gi, el traje que los karatekas tradicionalmente llevan para su entrenamiento y en combate. Sacudí a Grimshaw con fuerza.

Mi medio hermano ilegítimo siguió riéndose.

¡El idiota todavía encontraba todo esto divertido!

—¡Tanner! —Escuché mi nombre y sentí la mano de Rory en mi brazo—. Guarda esa energía para el combate.

—Sí, hermanito, escucha a tu amigo. Parece conocer tus límites tan bien como yo y sabe que no eres especialmente resistente. —Grimshaw tampoco ahora dejaba de provocarme.

—¡Tannel! —Antes de que pudiera reaccionar de alguna manera, Kazuhiro intervino en la disputa—. Si no sueltas a Glimshaw

inmediatamente, tendlé que descalificarte del campeonato del club. Este compolrtamiento no es digno de un kalateka. Yo decido quién palticipa en el campeonato y solo son pelsonas que se muestlan dignas de ello.

Respiré hondo.

Y exhalé.

E inhalé de nuevo.

Y exhalé.

No le concedas este triunfo, Tanner. No lo hagas.

Solté a Grimshaw y di un paso atrás.

—Veo que estás deseando competir contra mí y perder —continuó provocando mi medio hermano ilegítimo. Furioso, apreté los dientes hasta que mi mandíbula crujió—. ¿Por qué no te traes a la chica del club? —Grimshaw mostró los dientes.

—¿Qué chica del club? —pregunté con desinterés.

Sabía exactamente a quién se refería.

Elaina.

Pero no iba a darle otro comodín. En cuanto a Grimshaw le quedara claro que no tenía interés en Elaina, su interés por ella también disminuiría.

Así que solo tenía que fingir que Elaina no significaba nada para mí.

Y entonces Grimshaw, al menos en ese aspecto, finalmente me dejaría en paz.

—Ah, la chica. —Me di una palmada en la frente—. Ya ni siquiera me acordaba de ella —mentí. Luego sonreí a Grimshaw—. La verdad es que estuvo bastante bien con ella. Tan bien que nos vimos más de una vez. Pero eso no me impide buscar la variedad que necesito. La oferta es tan grande... ¿Por qué debería limitarme?

Volví a sonreír. —Pero tienes razón, quizá debería pedirle que venga al combate. Así también podrías tener tu oportunidad con ella. Si no puedes conseguir ni siquiera a una sola mujer por ti mismo, entonces puedo ayudarte de esta manera. Será un verdadero placer, hermanito.

Para mi gran satisfacción, ahora era Grimshaw quien parecía a punto de abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Se puso rojo y la vena de su sien comenzó a palpitar visiblemente.

Igual que me pasaba a mí cuando me enfadaba.

Igual que le pasaba a nuestro padre en común cuando se enfadaba.

Me hubiera gustado no tener nada en común con Grimshaw. Pero poder leerlo con claridad porque se parecía a mí a veces también tenía sus ventajas.

—Si realmente te quiere, eso no puedo decirlo. Tendrás que hacer algo de trabajo tú mismo. No puedo hacerlo todo por ti, Grimshaw. De verdad que no. —Negué con la cabeza con pesar.

Grimshaw dio un paso hacia mí. Creí que ahora me agarraría del cuello.

Adelante.

Quizá así se eliminaría él mismo de la participación en el campeonato del club. Tampoco me importaba resolver el asunto aquí y ahora en una buena pelea a puñetazos.

—Gracias por tu oferta de ayuda —silbó mi hermano—. Deberías preocuparte mejor de tus propios asuntos. —Luego dio un paso atrás y sonrió diabólicamente—. Por ejemplo, de cómo vas a volver a casa desde aquí.

No tenía ni idea de lo que hablaba mi hermano.

—Tu coche estaba otra vez mal aparcado, no solo obstruyendo el tráfico. También ha puesto en peligro a otros usuarios de la vía. ¿Cómo va a pasar una madre con un carrito de bebé por delante de tu coche? —Grimshaw negó con la cabeza con pesar—. Tiene que salir a la carretera. Y eso es realmente peligroso.

Resoplé. —Como si te interesaran las madres con carritos de bebé.

—Me preocupo por el bienestar de todos los neoyorquinos y neoyorquinas. Por eso hago mi trabajo. Y precisamente por eso he llamado al servicio de grúa. —Grimshaw volvió a sonreír—. Le di el consejo a la empresa de grúas de subir rápidamente las tasas, porque el propietario de un Aston Martin One-77 seguramente hará cualquier cosa y pagará cualquier precio por recuperar su coche.

La vena de mi sien comenzó a palpitar. Me hubiera encantado estampar mi puño directamente en la cara sonriente de Grimshaw.

Evidentemente, se me notaba. Kazuhiro me miró con gesto de advertencia.

Rory puso su mano en mi brazo, apretó ligeramente y me apartó un poco de forma imperceptible.

—Deberías cuidar mejor tus cosas, Tanner —me aconsejó Grimshaw sonriendo—. No sea que tu coche desaparezca por completo y ya no puedas encontrarlo.

No iba a dejar que este idiota me provocara.

—A diferencia de ti, yo tengo más de un coche —respondí fríamente —. En mi garaje hay, entre otros, un Ferrari y un Maserati. Solo están esperando a ser utilizados.

Grimshaw se encogió de hombros. —Si la pérdida de un Aston Martin One-77 te deja frío, entonces todo está bien. El servicio de grúa estaba muy agradecido por mi consejo y dijo que los coches que no son recogidos se subastan después de un tiempo. Seguramente habrá alguien que quiera el coche. —Mi hermano volvió a sonreír.

Me di la vuelta y me fui.

Rory me siguió.

Ya le enseñaría a Grimshaw. De verdad que se lo enseñaría. Pero para eso todavía tenía que idear una estrategia adecuada. Fingir que los ataques de Grimshaw no me afectaban no parecía ser lo apropiado.

Tenía que pasar al contraataque.

Pensativo, entré en el vestuario.

¿Dónde podía golpear más fuerte a mi medio hermano ilegítimo?

¿Y quién podría ayudarme?

Capítulo 19

Elaina

¡PUM!

Un golpe atronador en mi puerta me sobresaltó. Me atraganté con el té que estaba tomando para desayunar. Tosiendo, me levanté de un salto y corrí al fregadero para beber un sorbo de agua. Mis náuseas matutinas habían mejorado mucho en comparación con hacía poco. Sin embargo, siempre me levantaba muy temprano para tener tiempo suficiente para prepararme y llegar puntual al trabajo.

Y ya no bebía café. Ahora prefería las infusiones de hierbas.

Bueno, también era muy refrescante.

Otro golpe.

¡PUM!

¿Qué era eso?

¿QUIÉN era?

—Abre inmediatamente, maldita zorra. Sabemos perfectamente que estás ahí dentro. Te vimos llegar anoche. Y esta mañana aún no has salido del edificio —Se oyó una risita burlona.

La voz sonaba bastante distorsionada a través de la madera de la puerta. Pero al mismo tiempo me resultaba vagamente familiar.

Me quité los zapatos y fui con pasos lentos, tan silenciosamente como pude, hacia la puerta. Quien fuera que estuviera afuera no debía darse cuenta de que me estaba acercando. Con cuidado, presioné mi cuerpo contra la madera y acerqué el ojo a la mirilla.

Finny.

Estaba mirando directamente a la cara sonriente y burlona del prestamista.

¿Qué quería aquí?

¿Y quién era el tipo que estaba detrás de él? El tipo tenía una nariz tan plana y torcida como la de un boxeador profesional, medía unos 2 metros y era un auténtico armario empotrado. Ahora se frotaba las manos sonriendo.

—Otra vez —ordenó Finny en ese momento y se apartó a un lado. El hombre boxeador dio un paso rápido hacia delante y levantó la mano.

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

Tres golpes brutales contra mi puerta me hicieron retroceder asustada.

—Sí, eso te da miedo, ¿verdad? —Finny soltó una risita.

¿Acaso sabía que yo estaba detrás de la puerta?

Con cuidado, me acerqué de nuevo a la mirilla.

—Deberías tener más cuidado cuando miras a través de la mirilla. —Finny levantó la cara y sonrió directamente hacia mí—. También desde fuera se puede notar si hay alguien ahí. Cada vez que me miras, la mirilla se oscurece un poco. Por eso sé que estás ahí ahora. —Finny soltó una risita—. Oh sí, lo sé perfectamente. ¿Te gusta lo que ves? ¿O ya te estás meando de miedo?

Asqueada, retrocedí y me pegué a la pared junto a la puerta lo más plana que pude.

¿Qué debía hacer ahora?

¿Y por qué estaba Finny aquí?

¡Si ya había recibido su dinero de Tanner!

¿Es que el prestamista nunca me iba a dejar en paz?

—Seguro que te quitaste las bragas para ese tío bueno que entró en tu oficina... —Finny soltó una risita—. Lástima que nos interrumpiera. A mí también me hubiera gustado meter mis dedos donde él metió los suyos. Un pequeño pago extra de intereses por todas las molestias que me estás causando.

Cerré los ojos.

Esto era peor que en mis peores pesadillas.

Todo esto no podía ser verdad, ¿no?

—Pero quiero centrarme en lo que es más importante. —Finny susurró algo que no entendí.

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

Cada golpe me hizo estremecer. La puerta temblaba y se estremecía. ¿Qué tan estable sería?

Probablemente no mucho. El casero no daba importancia a la calidad, siempre usaba los materiales más baratos y evitaba asumir los costes de reparaciones importantes.

—Maldita zorra. ¿Crees que porque tienes un gran protector puedes escabullirte de cumplir tu acuerdo conmigo? —gritó Finny sin previo aviso.

El acuerdo.

—¡Quiero mi dinero, maldita estafadora!

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

Tres golpes más contra la puerta.

—Vamos a esperar aquí fuera hasta que salgas. Aunque nos lleve días. Nos da igual. Tenemos tiempo. Más tiempo que tú. Y somos dos. Esta vez no te escaparás. —Finny soltó una risa burlona.

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

Mis pensamientos corrían. ¡¿Finny quería su dinero?!

¡Pero si ya lo había recibido! Tanner había escrito un correo a su contable y le había ordenado que transfiriera a Finny una cantidad que correspondía exactamente a la cuantía de mi deuda. Yo misma había leído el correo, ya que Tanner me había enviado una copia.

Finny debía de haber recibido su dinero hace tiempo.

—Te he devuelto el dinero —grité tan fuerte como pude. No fue demasiado fuerte—. Un amigo me lo adelantó y te transfirió el importe. —Con las últimas palabras, mi voz se quebró un poco. Ya no me obedecía. Y no sólo ella. Mis rodillas temblaban y me sentía tan débil que creía que en cualquier momento me desmayaría.

Ahora no, Elaina. Ahora no. Este no es realmente el momento adecuado para desmayarse.

¿No?

Tal vez simplemente me despertaría después de un rato y los dos tipos frente a mi puerta habrían desaparecido.

Finny resopló. —Esa mierda puedes contársela a tu abuela. Y ni siquiera ella te creerá. No me ha llegado ningún dinero, así que no has devuelto nada.

¿No le había llegado ningún dinero?

¿Cómo podía ser?

¡No podía ser!

Finny me estaba mintiendo, pero yo no tenía forma de demostrárselo. Ni siquiera tenía un comprobante de transferencia que pudiera deslizar por debajo de la puerta. Ni ninguna otra prueba.

Afuera estaban susurrando, podía oírlo.

Entonces Finny gritó: —¿Estás segura de que tu supuesto amigo dice la verdad? ¿O simplemente te ha tomado el pelo? Quizás solo quería meterse en tus bragas y te prometió transferir el dinero. Aunque en realidad nunca tuvo la intención de hacerlo. —Finny soltó una risita —. Realmente deberías pensar mejor con quién te relacionas.

¿Era verdad?

¿Tanner solo me había hecho la oferta para...

... para llevarme a la cama una vez más?

Tonterías, Elaina, eso son simplemente tonterías. Finny solo quiere destrozarte y hacerte dudar, y para eso realmente cualquier medio le vale. No deberías escucharle. Es un maldito prestamista y las mentiras forman parte de su trabajo, como en el tuyo las llamadas telefónicas o encontrar a alguien que repare la pantalla de Tanner.

—Pero no necesitas pensar en cómo vengarte de ese tipo. —Finny volvió a soltar una risita. Esta vez bastante fuerte.

¿Habría bebido alcohol?

—Nos encargaremos de eso por ti. Me echó de la oficina y por eso va a pagar el doble y el triple. —Finny soltó otra risita—. En cuanto terminemos contigo, iremos a por él y le romperemos todos los huesos. Deseará no habernos conocido nunca. Y seguro que se dirá a sí mismo que lo que encontró en tus bragas no valía la pena para él. —Finny ahora se reía a carcajadas.

¿Es que no había nadie en este edificio que pudiera ayudarme? ¿Por qué no se abría alguna puerta y alguien preguntaba qué era ese

ruido en la escalera? Colleen no parecía estar en casa. Pero había más gente viviendo aquí. ¿Por qué nadie venía a ayudarme?

Porque esto es Nueva York, Elaina. Una ciudad con más de ocho millones de habitantes, casi todos los cuales valoran su anonimato. Y probablemente ninguno de ellos estaba interesado en buscarse problemas con un tipo como Finny.

Tenía que encontrar otra salida.

De puntillas, me alejé de la puerta y fui a la cocina, donde estaba mi móvil.

—Si tienes que salir de aquí, primero iremos juntos al cajero automático. Allí sacarás el dinero que me corresponde —gritó ahora Finny. Su voz era aún más fuerte que antes. ¿Se habría dado cuenta de que había dejado mi puesto detrás de la puerta?—. Y luego hablaremos... bueno... del pago de intereses.

Cerré los ojos. Todo esto no podía ser verdad.

¿Qué debía hacer?

¿Llamar a la policía?

Pero, ¿cuánto tardarían en llegar y qué ocurriría entonces?

Agarré mi móvil y marqué el número de Tanner.

—¿Elaina? —Tanner respondió inmediatamente.

—Tanner —susurré tan bajo que Finny no pudiera oírme desde fuera. Me hubiera encantado cerrar la puerta de la cocina, pero chirriaba tanto que realmente se podía oír hasta fuera—. El tipo al que le debo dinero... está aquí y me está amenazando. En mi puerta.

Tanner reprimió una maldición. —Maldi... ¿Qué quiere? ¿Estás segura de que es él?

—Completamente segura. —Tragué saliva—. Ha traído a otro tipo con él y dice que no ha recibido ningún dinero. No sé cómo puede ser, porque yo misma leí tu correo al departamento de contabilidad. —Hablar con Tanner me aliviaba tanto que las lágrimas asomaron a mis ojos. Rápidamente me las tragué. No quería llorar bajo ningún concepto. Si Finny y su ayudante se enteraban, me destrozarían aún más.

—Me ocuparé de ello. —Tanner quería tranquilizarme.

Pero no lo consiguió del todo. —Sí, pero ¿qué voy a hacer yo? Si salgo, entonces... —Apenas podía seguir hablando—. Los dos me están amenazando, Tanner. Finny quiere... o sea, no sólo quiere el dinero. Creo que quiere arrastrarme a algún sótano oscuro y allí... — Ahora realmente no podía más. Sollocé con dificultad.

—Llama inmediatamente a la policía —ordenó Tanner.

—Pero no van a hacer nada —repliqué con voz ahogada—. Quizás se lleven a Finny y a su amigo, sí. ¿Y luego? Difícilmente los arrestarán. Mañana es otro día y entonces los dos estarán aquí de nuevo. No podré ir a ningún sitio.

Tanner guardó silencio un momento.

—No hagas nada. Estaré contigo tan pronto como pueda. —Con estas palabras, terminó la conversación.

Lentamente, dejé el móvil sobre la mesa de la cocina. Una mezcla de alivio y esperanza crecía dentro de mí.

Tanner vendría.

Lo que me pareció una eternidad después, observé a través de mi mirilla cómo varios policías se llevaban a Finny y a su compinche. Tanner levantó brevemente la mano y pidió a los policías, que tenían bien sujeto a Finny, una breve pausa.

Vi cómo Tanner sacaba un fajo de billetes de su bolsillo y se lo ponía en la mano a Finny. Finny hizo desaparecer el dinero en su pantalón con una velocidad que nunca hubiera imaginado en aquel hombre pequeño y fornido.

Entonces Tanner se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído a Finny.

Finny escuchó atentamente y asintió.

Tanner le pasó a Finny un pequeño trozo de papel que parecía una tarjeta de visita. Luego asintió a los policías.

Y segundos después, el pasillo estaba tan silencioso como si todo aquel alboroto frente a mi puerta nunca hubiera existido.

—¿Elaina? —Tanner se acercó a mi puerta—. Puedes abrir la puerta si quieres.

Segundos después estaba en los brazos de Tanner.

—Gracias —susurré—. Esto... ha sido una auténtica pesadilla.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por algo así. —Tanner me abrazó con cuidado y me acarició suavemente la espalda. Me dio algunos besos suaves en el pelo—. Y todo porque mi contable ha sido negligente.

—¿Qué? —pregunté, alejando un poco la cabeza del pecho de Tanner.

—La mujer simplemente ha sido negligente. Vio el correo e incluso respondió. Que lo arreglaría. Y luego no lo hizo. —Los músculos de la mandíbula de Tanner trabajaban mientras me lo decía—. Pero créeme, algo así no volverá a ocurrir. —Tanner se inclinó y me dio un tierno beso en la comisura de los labios.

Sin embargo, había algo más que me preocupaba. —¿Y Finny? Quiero decir... ahora ha estado la policía. ¿Qué pasa si lo vuelven a soltar? —Eso ocurriría con toda seguridad. Finny era un idiota y no tenía un historial limpio. Pero sus delitos seguramente no eran tan graves como para que desapareciera de por vida tras las rejas.

—Oh, lo soltarán. —La voz de Tanner sonaba divertida—. Le he ofrecido a Finny pagarle el mejor abogado de la ciudad. Al fin y al cabo, este lío es en cierto modo culpa mía. Luego mencioné brevemente que tengo muy buenas relaciones con la policía y que Finny y su compañero seguramente saldrán bien parados... —Tanner sonrió—. Te diré una cosa: me está muy agradecido.

A mi pesar, tenía que reír. Y eso ahuyentó el último terror de mis miembros. —Realmente eres... —dije, y no terminé mi frase.

Ahora, Elaina. Este es exactamente el momento adecuado. Díselo ahora. Dile a Tanner que estás embarazada de él. Acaba de salvarte y eso solo puede significar que realmente siente algo por ti.

Abrí la boca.

La mirada de Tanner se oscureció. Dio un paso adelante y presionó su boca contra la mía sin previo aviso. Me hundí en los brazos de Tanner y devolví el beso. El terror en mi cuerpo dio paso a una sensación de seguridad que rápidamente se transformó en deseo. Nuestras lenguas se encontraron y comenzaron una danza apasionada.

Mis pezones se endurecieron y sentí cómo me humedecía.

Oh Dios.

Lentamente empujé mi pelvis hacia delante y la presioné contra las caderas de Tanner. Sentí su erección, que me excitaba cada vez de nuevo.

Ahora quería tenerlo en mi mano.

Tanner se separó de mí y me quitó la camiseta por la cabeza. Mientras cubría mis hombros desnudos de besos, yo abría la cremallera de sus pantalones. Poco después tenía su polla en la mano y la masajeaba suavemente.

Tanner se puso aún más duro.

Y entonces me arrodillé. La polla de Tanner se deslizó sin esfuerzo en mi boca.

Oh sí.

Disfruté de la sensación de que ahora le estaba haciendo un regalo que podía disfrutar plenamente.

Lentamente pasé mi lengua por la polla de Tanner. Lo acaricié suavemente, besé el punto sensible entre el tronco y el glande y jugué con él.

—Oh Elaina, maldita sea, me estás volviendo loco. —Tanner puso una mano en mi cabeza y movió suavemente las caderas hacia delante y hacia atrás. Hacia delante y hacia atrás.

Lamí su glande y saboreé una gota de placer.

Oh sí, cariño.

Tanner gimió tan fuerte que seguramente se escucharía en el pasillo. Con ese sonido todo se contrajo dentro de mí. La excitación de Tanner también me excitaba a mí. Y más de lo que había esperado.

De repente, Tanner sacó su polla de mi boca. —No puedo aguantar más. —Se arrodilló a mi lado y me empujó sobre la alfombra. Luego subió mi falda y tiró de mis bragas hacia abajo.

Solo un momento después estaba dentro de mí.

¡Oh Dios, cómo me encantaba sentir su polla profundamente dentro de mí!

Tanner empujaba dentro de mí con movimientos rítmicos. Yo levanté mis caderas y me adapté a su ritmo. El calor se extendía por mi

cuerpo.

—¡Oh sí! —Esta vez probablemente era yo la que se podía oír hasta en el pasillo. Pero me daba igual—. ¡Sigue! —Juntos nos mecimos cada vez más en la excitación.

Tanner empujó su polla tan profundamente en mí como nunca antes. Mi centro se contrajo.

Y entonces todo explotó dentro de mí.

Con un fuerte gemido llegué al orgasmo. —¡Tanner!

Tanner empujó una última vez dentro de mí antes de derramarse en mi interior.

Capítulo 20

Elaina

—Volveré en unas tres horas. Tengo una cita privada y debo resolver algo urgente —Tanner me asintió un poco distraído y desapareció por la puerta tan rápidamente que ni siquiera tuve tiempo de despedirme de él.

En fin. Tampoco se había despedido de mí. Hoy ni siquiera parecía haberme notado realmente. Todo lo contrario a ayer, cuando había venido a mi apartamento. Me encogí de hombros y volví a mis tareas.

Me daba igual.

No te da igual, Elaina. Para nada. Y puedes admitirlo tranquilamente. ¿Por qué debería darte igual?

No me daba igual.

Tanner y yo habíamos compartido más horas apasionadas en las últimas dos semanas que antes, cuando estábamos juntos.

¿Alguna vez estuvimos juntos realmente?

Da igual. Aparté ese pensamiento.

Eso no era importante ahora. Lo único importante era lo que Tanner pensaba de mí. Lo que pensaba sobre NOSOTROS.

Y eso seguía sin saberlo.

Conocía su gemido justo antes de llegar al orgasmo, sabía cómo se sentían su lengua, sus manos y su miembro sobre mí y dentro de mí, conocía esa mirada suya devoradora de sus ojos oscuros, que me atraían como por arte de magia una y otra vez, y sabía cómo darle placer.

Pero seguía sin tener ni idea de si esto era solo un pequeño pasatiempo para él. Si algún día se cansaría de mí y me dejaría.

Me estremecí ante ese pensamiento. No podría trabajar aquí y ver a Tanner todos los días sabiendo que ahora se divertía con otra.

¡Elaina! No deberías obsesionarte con esos pensamientos. Tanner tiene derecho a su propia vida y a sus propios amigos, citas y compromisos. En lugar de darle vueltas a sus secretos, deberías contarle por fin TU secreto. Sobre vuestro hijo.

Tanner todavía no sabía que en unos meses se convertiría en padre.

Hasta ahora, simplemente no había surgido el momento adecuado para decírselo. Cada vez, pero realmente cada vez que había intentado anunciarle la noticia que cambiaría nuestras vidas para siempre, algo lo había impedido.

No habíamos podido contener nuestro deseo y habíamos tenido sexo salvaje en lugar de hablar.

O simplemente me había faltado valor.

O alguien había entrado en la oficina y nos había interrumpido. La hermosa Hannah nos visitaba con regularidad desde aquella cena juntos.

Suspiré.

No podía hacer nada al respecto. Al fin y al cabo, ella era empleada de Tanner, igual que yo.

Aun así, me sentía de todo menos cómoda cuando hablaba con Tanner o lo interceptaba en algún sitio.

Sonó el teléfono.

—Elaina O'Hare —contesté.

—Elaina, soy Hannah —gorjeó mi colega al otro lado de la línea.

—Tanner no está, lo siento —anuncié con cierta frialdad.

—Lo sé —Hannah se rio—. Por eso no estoy llamando. Nuestra secretaria de departamento está enferma. Tengo que salir durante tres horas para resolver un asunto privado urgente. ¿Puedo desviar mi teléfono a ti durante ese tiempo?

Me quedé paralizada. ¿Había oído bien?

—¿Elaina? —preguntó Hannah—. ¿Sigues ahí?

Recomponte, Elaina.

—Yo... sí, sigo aquí —balbuceé con dificultad.

—Si es demasiado para ti, por supuesto puedo preguntarle a otra persona. Es que aquí a mi lado realmente no hay nadie permanentemente en su sitio, porque todos tenemos que salir al aire de vez en cuando. Sería genial si pudieras ayudarme —Hannah se rio de nuevo. Con una risita coqueta. De alguna manera... expectante.

Recomponte, Elaina.

Respiré tan profundamente como pude para parecer lo más tranquila posible. —Por supuesto que puedes desviar tu teléfono a mí.

—Muchísimas gracias, Elaina, me ayudas mucho —Hannah colgó.

Y yo me quedé mirando fijamente la pantalla.

¿Había oído bien?

Tanner tenía un asunto privado urgente que atender fuera y que duraría unas tres horas.

Hannah tenía un asunto privado urgente que atender fuera y que duraría unas tres horas.

Y Hannah ya sabía que Tanner no estaba cuando me llamó. No había tenido que decírselo.

¿Estaban juntos?

Y si era así, ¿dónde?

Y... ¿realmente me incumbía a mí?

Sí te incumbe, Elaina. Estás embarazada de Tanner. EMBARAZADA. Tienes la responsabilidad de un hijo. Y él también. Y tu primera obligación es decírselo y luego preguntarle qué está pasando con Hannah. Sí, Tanner tiene derecho a su propia vida, pero ahora eres responsable del bienestar de dos personas. Del tuyo y del de tu hijo. ¡Así que sí, todo esto te incumbe!

Me incumbía.

En el próximo momento tranquilo, se lo diría a Tanner.

Con solo pensarlo, el corazón me latía hasta la garganta.

¿Y si asumiera la responsabilidad financiera de su hijo pero quisiera seguir disfrutando de su vida sin complicaciones?

Era totalmente posible.

Yo criaría a su hijo y él se divertiría con Hannah.

No pienses lo peor, Elaina. Mejor ocúpate de tus propios asuntos. Por ejemplo, del curso de preparación al parto.

Todavía no me había inscrito. Claro, aún quedaban varios meses hasta mi fecha de parto. Pero las plazas para cursos de preparación al parto en Nueva York eran notoriamente escasas.

Lo había oído de Amanda. Ella había tenido grandes dificultades para conseguir una plaza. Y eso que podría haberse permitido cualquier curso. Su marido Jordan era tan rico que incluso habría pagado un curso privado. Sin pestañear siquiera. Ni siquiera habría notado ese gasto.

Pero incluso los cursos privados y las instructoras estaban reservados con meses de antelación. En cuanto tenías un test de embarazo positivo en la mano, lo mejor era ocuparse inmediatamente de una plaza en el curso de preparación al parto, de la clínica donde querías dar a luz y del cuidado del bebé.

Todo eso solo podía esperar un poco si realmente, realmente tenías mucho dinero. Y ni siquiera entonces siempre, como mostraba el ejemplo de Amanda.

Hacía dos semanas que sabía que estaba embarazada y no había hecho nada. Y eso a pesar de que apenas tenía dinero.

Tanner tiene dinero, Elaina.

Lo tenía. Pero yo también quería ocuparme de mis propios asuntos. Era una mujer adulta que pronto sería responsable de un niño.

Me armé de valor y me volví hacia mi ordenador. Ahora era la hora de mi pausa para comer y, en lugar de hablar con colegas en la cafetería, completaría la inscripción para el curso de preparación al parto. Abrí la página web que ya había visitado varias veces en casa.

¿Qué me había detenido hasta ahora de introducir mis datos y hacer clic en "Inscribirse"?

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —Una voz burlona me sobresaltó.

Rápidamente levanté la cabeza. Y me quedé paralizada. ÉL estaba en la puerta de mi oficina.

Él.

El hombre que me había manoseado tan horrible en el club, aquella noche cuando celebraba la despedida con Amanda y a la mañana siguiente me desperté en la cama de Tanner. Esa noche fue concebido nuestro hijo. Instintivamente coloqué una mano protectora sobre mi vientre aún plano.

¿Qué hacía ÉL aquí?

¿Me estaban siguiendo?

Y entonces lo recordé.

Tanner y él eran parientes. Hermanastros. El padre de Tanner había engañado a su madre hace muchos años, y Tanner y su hermanastro habían nacido casi al mismo tiempo.

Me estremecí. No podía entender cómo una persona tan horrible podía estar emparentada con Tanner. Eran tan diferentes como el fuego y el agua. Como el día y la noche.

—Mira, mira. ¿Quién está aquí mirándome tan sorprendida? La pelirroja del club. ¿No te acuerdas de mí? —El hermanastro entró despreocupadamente en mi oficina. Se comportaba como si todo aquí le perteneciera. Como si trabajara aquí.

—¿Te has quedado sin palabras, pequeña? —Ahora se sentó en mi escritorio y colocó un dedo bajo mi barbilla.

El gesto de Tanner.

Pero con este tipo me daba miedo. Asqueada, me eché hacia atrás.

—¡Márchese! —solté con toda la energía que pude. Lo cual no fue muy enérgico. En momentos así, mi cerebro parecía simplemente desconectarse.

El hermanastro se rio.

¿Cómo se llamaba? ¿Tanner me había dicho su nombre?

—Realmente no sabes quién soy —sonrió y volvió a tocar mi barbilla con su dedo índice—. Mi nombre pronto será Grimshaw Hudson. HUDSON, ¿entiendes?

Asentí.

Así que se llamaba Grimshaw.

—Soy parte de la familia, pequeña. Y tengo cuentas pendientes con mi hermano. Unas buenas cuentas pendientes —Grimshaw ya no sonreía. Parecía sombrío. Pero no como Tanner, sino de una manera amenazante. Luego se dio la vuelta y marchó directamente hacia la puerta de la oficina de Tanner.

—¡Alto! —La fuerza y energía que no había encontrado antes para mí misma, aparecieron de repente cuando vi lo que Grimshaw pretendía. Quería entrar en el territorio de Tanner—. No puede entrar ahí.

Grimshaw se dio la vuelta y sonrió. —Te acabo de decir que aquí puedo hacer lo que quiera, pequeña. A lo sumo, mi hermano podría detenerme. Pero tampoco lo conseguirá —Abrió la puerta y entró en la oficina de Tanner.

Por supuesto, estaba vacía.

—¿Adónde ha huido ese hijo de puta? —maldijo Grimshaw—. ¿Acaso sabía que vendría y se escondió? ¡Es muy propio de él! Hablar mucho pero luego cagarse de miedo cuando llega el momento.

No tenía ni idea de qué estaba hablando Grimshaw.

—¿Dónde está, pequeña? Debes saberlo —Grimshaw salió pisando fuerte de la oficina de Tanner y se plantó exigente junto a mi escritorio.

—Yo... no tengo ni idea —respondí. Mi voz temblaba imperceptiblemente. Solo quería que este tipo desagradable desapareciera.

—¿No tienes ni idea? —Grimshaw resopló con desprecio—. No te creo. Eres su secretaria. Además, se acuesta contigo —Grimshaw me sonrió con burla—. Probablemente lo hagáis tan fuerte que toda la oficina puede oírlo.

No pude evitar sonrojarme.

Muchísimo.

—Lo sabía —Grimshaw triunfó—. ¿Y quieres hacerme creer que no sabes dónde está? ¿Acaso tiene secretos contigo?

Grimshaw sonrió diabólicamente. —Quién sabe, tal vez se esté follando a otra mientras tú estás aquí obedientemente vigilando el teléfono. Nunca ha rechazado una oportunidad cuando se le ha presentado. Y con todas estas guapas periodistas que trabajan aquí... —Grimshaw se encogió de hombros.

Tragué saliva. En mi cabeza había imágenes de Hannah y Tanner. Hannah poniendo su mano en el brazo de Tanner. Hannah, que también estaba fuera durante tres horas.

Tonterías, Elaina. No dejes que este tipo te provoque. No sabe nada y seguramente miente descaradamente. Piensa en Tanner.

En Tanner, que había rechazado a Hannah.

—¿Qué quiere usted aquí, de todas formas? —le pregunté a Grimshaw. Me aclaré la garganta—. Seguro que no ha venido solo para crear problemas, ¿verdad? —En ese momento, estaba bastante orgullosa de mí misma.

Grimshaw sonrió. —Vaya, pequeña, así que sí puedes hablar... Bueno, mi cabrón de hermano me ha enviado una carta. O mejor dicho, su abogado me ha enviado una carta. Se trata de un documental o reportaje de segunda clase que se emitió en mi canal y sobre el que él supuestamente tiene los derechos. No puede probar nada, porque solo tiene algunas declaraciones infundadas de personas que trabajan aquí. Nada más. Y quería preguntarle a mi hermano cómo se le ocurre acusarme así. Si no tiene cuidado, lo demandaré por difamación. Calumnia. Daño a la reputación.

—Se lo comunicaré —No quería decir nada más. Solo quería que Grimshaw se fuera.

—Me encantaría esperarle aquí —Grimshaw volvió a sentarse en mi escritorio—. Tal vez pueda ayudarte un poco con tu trabajo —Miró mi monitor—. Vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Rápidamente me giré. En mi pantalla parpadeaba la página de inscripción para el curso de preparación al parto.

Mierda.

Cerré la ventana tan rápido como pude.

Demasiado tarde.

Grimshaw había visto lo que intentaba ocultar. —Bueno, parece que tengo que felicitar a mi hermano. ¿O solo a ti? ¿Tú también has follado con otros mientras él se acuesta con otras? Bien dicen que Dios los cría y ellos se juntan.

Mis náuseas casi habían desaparecido en los últimos días.

Ahora volvían.

—Me encuentro mal —balbuceé y me levanté de un salto.

Grimshaw me agarró por la muñeca. —No tan rápido, pequeña.

—Suélteme —protesté. Luego tragué rápidamente. De ninguna manera quería vomitar delante de Grimshaw.

—Cuando mi hermano descubra lo que pasa, se irá. No le gustan los niños. Mucho menos los suyos propios —De repente, Grimshaw ya no parecía burlón, sino más bien como un niño herido él mismo.

¿Qué clase de persona extraña era Grimshaw?

—En mi canal siempre necesito personal cualificado. Puedes trabajar para mí a partir de ahora. También pago más que Tanner — Grimshaw me asintió.

¿Sentarme todos los días en la antesala de ese idiota y depender de él?

Ni en sueños.

Sería peor que trabajar para Emmett.

Grimshaw me miró. —La oferta sigue en pie. Y me recordarás. A más tardar cuando descubras con quién se está acostando mi hermano ahora mismo.

La sonrisa burlona había vuelto.

Grimshaw me asintió y salió marchando de la oficina.

Tragué con fuerza para contener las náuseas que aparecían.

Seguro que eran solo habladurías para hacerme dudar.

¿Verdad?

Muchas personas no quieren tener hijos, luego se convierten en padres por sorpresa y aman a sus hijos con todo su corazón. ¿Quién podría resistirse a la sonrisa de un niño?

No, no dejaría que eso me hiciera dudar.

Pero ¿qué pasaba con Tanner y Hannah?

Los dos parecían muy íntimos entre sí.

Cerré los ojos. Solo había una manera de descubrir la verdad. Y esa era contándole a Tanner la verdad sobre mi embarazo.

Lo mejor hubiera sido ayer.

Capítulo 21

Tanner

—¡Tannel! ¡Eles lealmente un digno campeón del club! Me aleglé mucho de podelte entlegal hoy el tlofeo —Kazuhiro me sonrió radiante. Su acento asiático era aún más fuerte que de costumbre en ese momento. Nadie habría creído que llevaba tanto tiempo viviendo en Nueva York y que dirigía uno de los mejores y más exclusivos clubes de kárate del mundo.

Asentí e intenté no dejar ver demasiado mi alegría.

Pero ¿por qué ocultarlo?

Por dentro casi estallaba de orgullo. ¡Lo había conseguido!

Grimshaw no entraría en la lista de campeones del club.

—Esto no es justo —se quejó Grimshaw en ese momento—. No eres un árbitro neutral, Kazuhiro. De ninguna manera. Deberías haber traído a alguien de fuera para que evaluara todo con ojos nuevos.

Me giré hacia mi hermano.

¿Hablaba en serio?

—¡No necesito álbitlos extelios, Glimshaw! ¡Puedo decidil todo pol mí mismo! —Kazuhiro miró a mi hermano con vehemencia.

—¡No eres neutral! —Grimshaw mantuvo su protesta. Golpeó con la mano la mesa donde Kazuhiro estaba sentado como árbitro principal —. Seguramente Tanner te ha ofrecido algo a cambio de que lo declares ganador —Grimshaw se inclinó hacia adelante acercando su cara a la de Kazuhiro—. ¿Cuánto te está pagando, eh?

—¡Mejol que te vayas del club ahola mismo! —Kazuhiro miró a Grimshaw negando con la cabeza.

Yo, en cambio, no me sorprendí. Mi hermano siempre había sido un mal perdedor y se había quejado después de cada partido de fútbol americano, de cada partido de tenis, de cada carrera, de que había sido tratado injustamente.

Ese parecía ser su lema vital.

Si Grimshaw perdía, entonces algo no había sido limpio.

No podía deberse en absoluto a que Grimshaw no fuera el mejor jugador de fútbol americano o de tenis. O el mejor luchador de kárate.

—Presentaré una queja ante la federación de kárate —despotricó ahora Grimshaw—. Oficialmente. Quiero que lo investiguen.

—¡Hazlo! —Kazuhiro no estaba impresionado en absoluto—. No cleo que les intelese. Esto es solo un campeonato de club. No una competición oficial cuya valolación quede legistlada en algún sitio.

—¡Ya verás! —siguió amenazando Grimshaw—. Me aseguraré de que te quiten la licencia del club. Aceptar sobornos va contra cualquier código de honor. Y eso es lo que rige en el kárate.

—No he aceptado ningún dinelo —Kazuhiro era un prodigio de ecuanimidad. Yo en su lugar ya habría saltado a la garganta de Grimshaw. Pero él, por supuesto, no podía permitírselo. CON ESO habría roto sin duda cualquier código de honor. Y Grimshaw seguramente habría mencionado el incidente en primer lugar en las noticias nocturnas de sus canales.

Sonreí ante ese pensamiento.

—¿De qué te ríes como un idiota? —Mi hermano se había vuelto hacia mí—. ¿Te alegras en secreto de haber ganado el título con tus métodos desleales? Pero no te preocupes, TODOS aquí saben que en realidad yo soy el mejor luchador.

—Mira quién habla —La vena de mi sien palpitaba y apreté los puños con toda la fuerza que pude. Mi voz se mantuvo tranquila. Grimshaw no me provocaría. No después de haber ganado claramente el combate por puntos. Yo había sido técnica y físicamente muy superior a Grimshaw. El duro entrenamiento de las últimas semanas había dado sus frutos.

Y también me había dado fuerza el pensar en Elaina. Sin embargo, era un misterio para mí por qué había pensado precisamente en ella durante el combate. Le había pedido que esta noche cenara conmigo.

Desafortunadamente, Rory estaba en un viaje de negocios en Boston y no podía celebrar conmigo. Así que le había pedido a Elaina que me acompañara esta noche.

Eso era todo.

Nada más.

Claro, nos divertiríamos un poco, como siempre. No quería renunciar a eso.

¿No quieres renunciar a eso? Tanner, seamos sinceros. Aunque Elaina lleva siendo tu compañera de cama más tiempo que cualquier otra mujer antes que ella, eso no significa nada. Absolutamente nada. Hasta ahora, siempre has terminado hartándote de cada mujer después de un tiempo. ¿Por qué debería ser diferente ahora?

No había ninguna razón para ello.

No sería diferente.

NO PODÍA ser diferente.

Las mujeres eran mujeres. Tarde o temprano querían casarse y luego tener hijos. Muchos hijos. Preferiblemente un niño y una niña. Entonces se acabaría mi libertad y toda la diversión en la vida. Entonces ya no habría más sexo. Entonces ya no podría follarme a Elaina tan fácilmente cuando me apeteciera. Entonces todo tendría que ser planificado.

No, eso estaba totalmente fuera de cuestión para mí.

Me estremecí.

—¿Te has quedado sin palabras? —La pregunta burlona de Grimshaw me devolvió al presente—. Esta vez se te han acabado pronto los argumentos.

Apreté los dientes. Mi hermano siempre sabía qué herida destapar para provocarme. Pero hoy no lo conseguiría. —Tú eres quien ha robado todo el material para un reportaje de mi canal y luego ha emitido la película en su propio canal —resoplé—. ¿Y tú quieres hablar a otros de métodos desleales?

—No tienes pruebas de eso —Grimshaw me sonrió con malicia—. Tu estúpido abogado puede presentar todos los testimonios que quiera. No me importa un comino. Si quieres algo, tendrás que demandarlo en los tribunales. Y entonces todo el mundo sabrá que prefieres demandar en vez de hacer películas. Y si pierdes... —Grimshaw no terminó la frase.

No hacía falta.

Si perdía, mi reputación se iría al garete. Entonces nadie sintonizaría mis canales. Entonces solo sería el que demanda a otros por interés propio.

—Quien ríe último, ríe mejor —Le di la espalda a Grimshaw. Realmente no tenía ganas de seguir discutiendo con él ni un minuto más—. En cualquier caso, no tienes la más mínima prueba de que hoy no haya ocurrido todo limpiamente. No hubo el más mínimo indicio.

—¡Tannel! —Kazuhiro interrumpió mi disputa con Grimshaw—. Tengo que madchalme plonto. Pelo antes quielo entlegalte oficialmente el

tlofeo.

—No lo harás —Grimshaw agarró el trofeo que estaba sobre la mesa de los árbitros.

—¡Deja eso, Glimshaw! —Kazuhiro ya no sonaba con calma asiática, sino afilado como un sable samurái—. ¡Vuelve a ponel el tlofeo en su sitio!

—¡Te gustaría! —Grimshaw se rio con malicia y salió corriendo hacia la salida con el trofeo en la mano.

Kazuhiro silbó una vez, de forma fuerte y penetrante, entre los dientes. Dos de sus amigos, que habían estado sentados en la mesa de los árbitros, se levantaron de un salto y siguieron a Grimshaw. Observé con satisfacción cómo uno de ellos agarraba a mi hermano por el cuello, mientras el otro le quitaba el trofeo de la mano. Arrastraron a Grimshaw de vuelta hacia nosotros.

—Quedas expulsado del club a paltil de ahola. ¡No puedo tolelal un compoltamiento tan desleal aquí dentlo! —La voz de Kazuhiro era aún más afilada que antes—. Puedes quejalt pelfectamente a la fedelación de kálate. Yo plesentadé una queja soble ti al mismo tiempo. Alguien que se compolta así no puede ni debe sel miemblo de ningún sitio.

Una sonrisa se extendió por mi rostro. Había esperado este momento durante muchos años. Grimshaw recibía lo que se merecía. Y ni siquiera había tenido que hacer nada. Al final, mi hermano tenía toda la culpa.

Grimshaw se había eliminado a sí mismo.

Estaba descalificado.

El día no podría haber ido mejor.

Poco después, Elaina me miraba incrédula.

—¿Y realmente dijo eso? —volvió a preguntar.

Acababa de contarle cómo había transcurrido nuestro combate. O mejor dicho: lo que había ocurrido después del combate. Esa era la parte más interesante.

—Sí —Abrí la puerta del pequeño restaurante donde quería cenar hoy con Elaina. Me encantaba este lugar, que estaba a solo una manzana a pie de mi ático. Entre semana, a menudo era cliente habitual. El restaurante era un auténtico secreto. Como no tenía estrella Michelin, sino que solo aparecía con una recomendación en la web de la Guía Michelin, no estaba tan abarrotado como otros restaurantes de Nueva York y todavía se podía conseguir mesa de forma espontánea.

—Señor Hudson —El maître se apresuró hacia mí—. No le esperábamos hoy.

Me reí. —Es cierto, Franco, normalmente nunca vengo los sábados. Pero siempre hay una primera vez. Simplemente no puedo prescindir de vuestra excelente comida ni siquiera los fines de semana. Y mi acompañante seguramente será de la misma opinión en cuanto pruebe lo que Riccardo es capaz de crear en la cocina.

Franco frunció el ceño. —Ah, señor Hudson, a Riccardo le encantaría cocinar para usted y su acompañante —Asintió hacia Elaina y la observó con curiosidad. Hasta ahora, siempre había cenado aquí

solo. Este era mi reino, mi secreto. Ninguna mujer había llegado hasta aquí.

Si las mujeres eran presencias pasajeras en mi vida, el restaurante era exactamente lo contrario. Aquí venía en cualquier situación de mi vida.

—¿Está enfermo Riccardo? —quise saber.

—Oh no, señor Hudson, goza de excelente salud y está en su elemento —Franco señaló detrás de él hacia la cocina—. Sin embargo, hoy estamos completos. Lamentablemente, no puedo ofrecerle una mesa. Quizás más tarde —El camarero se encogió de hombros con pesar—. Si hubiera sabido que quería venir hoy, naturalmente le habría reservado un sitio.

—¿De verdad no hay nada que hacer? —Miré alrededor del restaurante. Franco no mentía. En cada mesa había parejas o grupos de amigos que conversaban animadamente y disfrutaban de la excelente comida. Los fines de semana, este lugar ya no era un secreto.

—Me temo que no, señor Hudson —Franco negó con la cabeza con pesar.

Asentí y saqué a Elaina fuera.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elaina.

—Vamos a mi casa —Caminé rápidamente calle abajo en dirección a mi ático. Elaina me siguió sin esfuerzo.

Claro, podría haber conseguido mesa en otro lugar. Pero primero, la mayoría de los restaurantes de los alrededores no alcanzaban la calidad de mi italiano favorito y segundo...

Segundo, sobre todo tenía hambre de Elaina.

Cuando hacía un momento había estado a mi lado y percibí el ligero aroma floral que la rodeaba, mi polla había palpitado salvajemente como siempre que ella estaba cerca. Quizás debería hacerme a la idea de que mi deseo por Elaina nunca disminuiría.

La idea no me resultaba tan incómoda como había creído hace unas horas.

¿No se puede disfrutar del placer y la diversión siempre con la misma persona?

Siempre que no vengan niños.

Tenía un medio hermano ilegítimo que me daba más que suficientes problemas. Que nunca maduraba. Con eso me bastaba.

—Hace tiempo que quiero decirte algo, Tanner... —Elaina me tiró de la manga.

—Enseguida. Ya casi hemos llegado —respondí distraído y tecleé el código que abría la puerta del rascacielos cuyo piso superior me pertenecía exclusivamente—. ¿O es muy urgente? —Miré a Elaina. También hoy su piel resplandecía de alguna manera especialmente. Su pelo rojo brillaba aún más intensamente que de costumbre. Otra ráfaga de suave aroma floral llegó hasta mí.

Mi polla latía.

Exigía su derecho.

Y lo obtendría.

—Bueno, llevo un tiempo pensando cómo decírtelo y... —Elaina parecía estar mentalmente en otro lugar.

—Ahora no —Negué suavemente con la cabeza.

Elaina volvió a dudar. Luego dejó su copa sin haber dado ni un sorbo y se acercó a mí.

Y me besó.

Más salvaje y apasionadamente que nunca.

Correspondí el beso.

¿Qué hombre no lo habría hecho?

Luego dejé a un lado la botella y la copa y me puse en posición en la tumbona.

—Ven, mi hechicera —Con estas palabras atraje a Elaina hacia mí.

Ella se montó encima de mí. Su vagina estaba tan húmeda que mi polla se deslizó sin esfuerzo dentro de ella.

Dios mío, qué bien se sentía cada vez estar envuelto de forma tan cálida y estrecha.

Elaina comenzó a moverse rítmicamente sobre mí. Sus pechos se balanceaban seductoramente ante mis ojos arriba y abajo. Arriba y abajo.

¿Me engañaba o parecían algo más grandes que de costumbre?

Debía ser por la luz del atardecer.

El pelo de Elaina también brillaba de manera especial bajo esta luz.

Parecía una hechicera. Una auténtica hechicera.

Agarré a Elaina por las caderas y la presioné profundamente sobre mí.

—¡Oh Tanner! —gimió ella en ese momento.

—Sí, nena. Estoy aquí —Elaina se movía cada vez más rápido.

—¡Síiiiii! —gritó de repente. Su vagina se contrajo.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Las fuertes contracciones aumentaron también mi excitación hasta lo inmensurable.

Elaina se corrió.

Yo me corrí.

Capítulo 22

Tanner

Supe de inmediato que hoy había algo diferente.

Completamente diferente. Elaina yacía a mi lado en mi cama de matrimonio, durmiendo plácidamente. Hasta ahora, solo me había despertado junto a ella una vez. La mañana después de habernos encontrado en el club. El resto de las veces, Elaina siempre se había marchado a casa después de que hubiéramos tenido sexo en mi apartamento. Y eso me había parecido adecuado.

Ahora seguía aquí.

Y a diferencia de aquella mañana tras la noche en el club, ahora la presencia de Elaina me parecía perfecta.

Es más: me encantaría despertarla para tener sexo con ella otra vez. Y lo que más me gustaría es que fuera así todos los días.

A mí me gustaría más así.

A mí, Tanner Hudson.

El hombre que nunca quiso comprometerse y que valoraba la diversión y el placer por encima de todo. Pero ese era precisamente el asunto: nunca había tenido tanta diversión y placer como ahora. Mi vida era perfecta.

Elaina la hacía perfecta.

Contemplé a mi hechicera dormida. Su pelo rojo se esparcía sobre la almohada y, incluso dormida, sus carnosos labios invitaban a besarlos. ¿Debería despertarla y contarle lo que me estaba pasando?

No. La dejaría dormir. Aún era temprano y se había ganado su descanso. No había prisa por decírselo todo. Había tiempo de sobra. Hoy. O cualquier otro día. Estaba seguro de que mi decisión no volvería a cambiar, así que podía comunicárselo a Elaina en cualquier momento.

No soy el tipo de persona que permanece en la cama mucho tiempo después de despertarse. Así que balanceé los pies sobre el borde de la cama y salí del dormitorio. Ya fuera, eché un rápido vistazo a la pantalla de mi móvil. Como director de una empresa de medios, siempre estaba disponible y seguía las noticias prácticamente día y noche. Sin embargo, en las últimas horas no parecía haber ocurrido nada emocionante.

Salí a mi terraza. Iba a ser un caluroso día de verano. Un día de verano muy caluroso y bochornoso. En los últimos días, se había acumulado un calor casi insoportable en las calles de Nueva York. Los neoyorquinos esperaban ansiosamente una tormenta de verano. De hecho, hoy se acumulaban espesas nubes en el horizonte. Quizás traerían el alivio tan deseado.

El sonido de mi móvil me sacó de mis pensamientos. Lo cogí tan rápido como pude. No quería que el timbre despertara a Elaina.

—Willy. ¿Qué ocurre? —le pregunté a mi responsable de informática y seguridad. No me llamaría a estas horas sin motivo.

—Alguien acaba de entrar en la emisora con la tarjeta de acceso de tu padre —me informó Willy escuetamente—. No creo que sea tu padre. Ya estoy de camino, pero quería avisarte antes de llamar a la policía.

Los pensamientos se agolparon en mi cabeza.

—Nada de policía. Voy ahora mismo —respondí con determinación y colgué antes de que Willy pudiera hacer más preguntas.

Mi padre seguro que no estaba en la emisora a estas horas. Nunca había trabajado a las 5 de la mañana. Alguien había usado su tarjeta para acceder.

Y ese alguien solo podía ser una persona.

Grimshaw.

Ahora lo pillaría con las manos en la masa.

Elaina seguía durmiendo plácidamente. No la despertaría. Cada minuto contaba y no quería desperdiciar mi valioso tiempo con largas explicaciones.

Tenía que ir a la emisora.

Y poner fin de una vez por todas al retorcido juego de Grimshaw.

Media hora después, estaba mirando fijamente la espalda de mi hermano. Estaba frente a la puerta de Hudson's Fort Knox, intentando sin éxito abrirla. Willy aún no había llegado. Me había enviado un mensaje informándome de que había ocurrido un accidente justo delante de él en su ruta y ahora tenía que esperar a la policía como testigo.

Grimshaw y yo estábamos solos. Los domingos no había tanta actividad en la emisora como de costumbre.

—¿No funciona como te gustaría? —pregunté con ironía.

Grimshaw se giró de golpe.

—Sí, supongo que no esperabas que aumentáramos las medidas de seguridad. —Di un paso hacia Grimshaw, bloqueándole el paso—. Pero no somos tontos. Y ahora te he pillado con las manos en la masa.

Grimshaw sonrió con suficiencia. —¿Con las manos en la masa haciendo qué? Solo quería comprobar que todo estuviera en orden. Nuestro padre está preocupado por ti y me pidió que me pasara por aquí.

—¿Aquí? ¿En Hudson's Fort Knox? —Solté una risa breve—. Ni tú mismo te lo crees.

La sonrisa de Grimshaw se ensanchó. —Puedes preguntárselo tú mismo.

Resoplé. —Deja a nuestro padre fuera de esto. —Nuestro padre nunca traicionaría a Grimshaw y mi hermanastro ilegítimo lo sabía perfectamente.

—¿Celoso? ¿Envidioso? —Grimshaw me sonrió con suficiencia.

Negué con la cabeza. —Acabo de pillarte con las manos en la masa, Grimshaw. La última vez nadie te vio, pero esta vez es diferente.

Grimshaw se encogió de hombros. —Aquí no hay nadie más que tú. Vuestras cámaras no funcionaron la última vez y parece que esta vez no es diferente. —Mi hermanastro ilegítimo extendió los brazos—. Así que es tu palabra contra la mía.

¿Las cámaras no funcionaban otra vez? ¿Grimshaw las había hackeado nuevamente y las había desactivado? Y eso que habíamos actualizado también este sistema. ¿Cómo lo había conseguido mi hermano?

¿Tenía un cómplice aquí en la emisora?

—Elaina me dio los detalles del sistema. Me facilitó todos los accesos. Y entonces no hubo problema. Simplemente desactivé las cámaras. Nada más fácil cuando ya estás dentro del sistema. —Grimshaw asintió pensativo—. Bien hecho por reforzar tus medidas de seguridad. Aunque todavía podrías mejorarlas un poco más.

Me quedé mirando fijamente a mi hermano.

¿Había oído bien?

¿Elaina?

¿Elaina le había dado acceso al sistema?

¿Elaina había revelado contraseñas?

¿Que Elaina había hecho eso?

¿Que me había TRAICIONADO?

¿A Grimshaw?

¿Al hombre que la había acosado en el club?

No podía ser más ridículo.

—No me tomes el pelo, Grimshaw. En serio. —Pero las palabras de Grimshaw habían dejado huella. Mi voz sonaba diferente incluso a mis propios oídos. Sonaba tan vacía como me sentía.

—¿Quién habla de tomarte el pelo, hermanito? —Grimshaw negó con la cabeza—. También he venido hoy porque finalmente quiero decirte la verdad.

—¿Tú y la verdad? —Volví a reír—. Creo que ni siquiera sabes lo que es la verdad. Mientes y engañas que es un primor. Ya desde niño solo conseguías tus objetivos por ese camino. —Respiré hondo—. Lárgate y déjame en paz, Grimshaw.

—¿Entonces tampoco te interesa saber que tu pelirroja está embarazada de mí? —Grimshaw me miró con malicia.

Cerré los puños. La vena de mi sien se hinchó más rápido que nunca. —Tus historias son cada vez más absurdas. Solo porque no te

quisiera en el club, no tienes que inventarte algo que en realidad no existe.

Grimshaw me miró ahora con cierta lástima. —¿Crees que significas algo para ella? —Mi hermano soltó una risita y no pudo calmarse durante un minuto—. Que te hayas encaprichado tanto con ella, no nos lo esperábamos ninguno de los dos.

¿Los dos?

—Sí, te sorprende, ¿eh? Elaina... digamos, hace prácticamente cualquier cosa por dinero. Como son todas las mujeres. —Grimshaw se encogió de hombros con indiferencia.

—¡No hables así de ella! —se me escapó.

—Ohhhh... Parece que alguien ha perdido el corazón. —Grimshaw rió aún más fuerte—. Ay, qué tierno, es casi como cuando estábamos en el instituto. Tanner está enamorado. Enamorado. —Grimshaw ya no podía calmarse.

—¡A diferencia de ti, las personas me importan! ¡Y ahora deja de mentir y lárgate de una vez antes de que pierda los estribos! —Agarré a Grimshaw por el cuello de su camisa.

Mi hermano puso su mano sobre la mía y me miró a los ojos. —Tanner. YO ya me estaba tirando a la pelirroja mucho antes de que volviera a tropezarse contigo en el club. Mi polla probablemente ha estado más profunda dentro de ella que la tuya. —Grimshaw sonrió con malicia—. Porque está embarazada. Y definitivamente de mí, porque en ese momento todavía no habíais vuelto a follar.

—Mientes como un bellaco —siseé, empujando a mi hermano contra la puerta. Me habría encantado darle un puñetazo.

¿Uno?

Dos.

O incluso tres.

Me habría encantado arreglarle esa cara sonriente al idiota.

Pero el código de honor de todos los karatecas, con el que he vivido desde niño, me prohibía una buena paliza. No me dejaría provocar por Grimshaw, sin importar lo que me dijera.

Grimshaw se encogió de hombros, o al menos lo intentó, en la medida en que su posición se lo permitía. —Solo digo lo que Elaina me dijo. Poco después de comenzar a trabajar aquí, se presentó llorando a mares en mi puerta y me suplicó dinero para poder criar al niño. En ese momento habría hecho cualquier cosa para que no la abandonara. Realmente cualquier cosa. —Grimshaw sonrió—. Incluso se metió desnuda en mi cama y dejó que me la follara.

Apreté con más fuerza. De lo contrario, perdería los estribos.

Grimshaw puso sus manos sobre las mías y usó toda su fuerza para aflojar un poco mi agarre. Lo consiguió. Aunque mi hermano había sido expulsado del club de kárate apenas ayer, seguía siendo un luchador experimentado que me conocía bien, y se conocía a sí mismo.

—Por supuesto que aproveché bien la situación. ¿Quién dejaría pasar una oportunidad así? Una pelirroja salvaje en la cama, que te

folla con una pasión nacida de la pura desesperación... —Grimshaw suspiró con placer. Luego soltó una risita—. Ahora tengo que tener cuidado. Mi polla ya se está poniendo dura solo de pensarlo. Creo que esta noche volveré a follarme a la pequeña.

Di un paso atrás y solté a Grimshaw. —No te cortes. Ya no me interesa.

Grimshaw sonrió. —Siempre has reaccionado así cuando te quitaba una novia, Tanner. Simplemente fingías que no te importaba. Y todos, pero absolutamente todos, sabían que no era así.

No dije nada.

En mi interior bullían tantos sentimientos que ya ni siquiera podía decir exactamente qué sentía. Me habría encantado tumbar a mi hermano de un golpe.

—Mientes como un bellaco. —Mi voz sonaba apagada.

—Ah... ¿así que de repente sí te interesa? —Grimshaw soltó una risita—. Qué rapidez. —Luego me miró con cierta compasión—. Solo tienes que mirar los correos de Elaina. Allí encontrarás con bastante seguridad la confirmación de que acabo de decirte la verdad. La pequeña está embarazada. Cuando me lo dijo y me suplicó dinero, le propuse un trato. Si me conseguía información interna sobre ti, no tendría que preocuparse. Entonces me ocuparía de ella y del niño.

Miré a Grimshaw con asco. ¡Qué repugnante podía llegar a ser!

Claro, yo no quería tener hijos. Pero si alguna vez engendrara uno, sin importar las circunstancias ni con quién, por supuesto me

aseguraría de que el niño estuviera bien. Sin poner ningún tipo de condiciones.

—Elaina estaba más que dispuesta... También le dije que estaba bien si abría las piernas para ti unas cuantas veces más y que hiciera todo lo posible para fingir que lo disfrutaba. A cambio, puedo divertirme con otras cuando su vientre se hinche. ¿A quién le gusta follarse a una embarazada? —Grimshaw sacudió la cabeza con disgusto—. Hay que tener en cuenta cualquier molestia y no puedes dejarte llevar realmente.

—¡Lárgate! —Mi hermano era un cerdo aún mayor de lo que jamás había creído posible—. Y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Grimshaw dio un paso hacia mí. —Duele bastante cuando tienes que admitir que eres un idiota. ¿Verdad? —Soltó una risita maliciosa.

Lo agarré por el cuello y le hice una llave de cabeza. Tan rápido que ni siquiera pudo reaccionar. Mi interior todavía me gritaba que le rompiera la nariz a Grimshaw. Que le diera tal paliza que no supiera dónde estaba arriba y dónde abajo.

Pero me contuve.

Cada golpe habría sido, al final, un triunfo para mi hermano.

Y no quería concederle ese triunfo.

Que se quedara con Elaina. Que criara un montón de hijos con ella.

Pero una cosa no conseguiría: no me vería postrado ante él.

En silencio, arrastré a mi hermano hacia el ascensor.

Grimshaw, incluso dentro de la llave de cabeza, soltó una risita queda.

Pocos minutos después, empujé a mi hermano por la puerta hacia fuera.

—Ni se te ocurra volver a aparecer por aquí —le grité.

Grimshaw sonrió. Se dio la vuelta en la acera, levantó la mano, saludó brevemente y luego me enseñó el dedo medio antes de marcharse.

Lo miré con fiereza mientras se alejaba.

Traidores.

Estaba rodeado solo de traidores.

¡Tanner! ¿Quién te dice que Grimshaw está diciendo la verdad? Quizás solo ha juntado algunas cosas que ha oído de viejos contactos o que ha visto él mismo y las ha unido en una historia con la que podía herirte.

Pero, ¿cómo podía averiguar si estaba diciendo la verdad?

Si le preguntaba a Elaina, lo negaría todo. Seguro. Si Grimshaw mentía, lo negaría con razón. Y si Grimshaw no mentía, también lo negaría. Solo que el motivo sería distinto.

Entretanto, había vuelto arriba y entré en mi oficina. El puesto de Elaina estaba, por supuesto, aún vacío. Llegaría más tarde.

Contemplé pensativamente su pantalla.

¿Qué había dicho Grimshaw?

Solo tienes que mirar los correos de Elaina. Allí encontrarás con bastante seguridad la confirmación de que acabo de decirte la verdad. La pequeña está embarazada.

Encendí el PC de Elaina.

Pocos minutos después, miraba incrédulo un email. Una confirmación de inscripción para un curso de preparación al parto.

Así que era verdad.

Grimshaw había dicho la verdad.

Y Elaina era una mentirosa aún más miserable que él.

¡Menuda zorra!

Apreté los puños.

Pero que no creyeran que podrían acabar conmigo de esa manera.

A mí, Tanner Hudson, nadie me liquida tan fácilmente.

Elaina seguramente vendría luego. Como cada mañana. Y entonces le demostraría lo poco que había significado para mí.

Me importaba un bledo.

Realmente me importaba un bledo.

Y se lo diría exactamente así.

Capítulo 23

Elaina

El sonido de mi móvil me sobresaltó.

¿Qué hora era?

¿Dónde estaba?

¿Llegaría tarde al trabajo y entonces Emmett Kershaw...

Me interrumpí a mí misma.

Elaina, cálmate. Hace tiempo que ya no trabajas para Emmett Kershaw. Sino para Tanner. Y a él seguro que no le importa si llegas tarde. Pasaste la noche con él.

Y qué noche.

Una noche que no solo había sido ardiente y apasionada, sino también íntima de una manera hasta ahora desconocida.

Yo realmente significaba algo para Tanner.

Igual que él para mí.

Con este pensamiento se disolvió una tensión en mis hombros que hasta ahora ni siquiera había percibido correctamente. Me sentía libre. Todo saldría bien, de eso estaba completamente segura. Aunque todavía no había podido decirle a Tanner que estaba embarazada de él. Pero lo haría hoy mismo. En cuanto le viera.

Y por muy inesperada que fuera seguramente esta noticia para Tanner, al final todo sería maravilloso.

Solo tenía que darle a Tanner algo de tiempo para asimilar la situación y adaptarse a las nuevas circunstancias.

Era normal.

Al fin y al cabo, a mí también me había costado un poco acostumbrarme a la idea de que había una personita creciendo en mi vientre.

Mi teléfono seguía sonando.

Seguramente por décima vez.

Me arrastré hasta el borde de la cama y busqué mi bolso. Tanner ya debía de haberse levantado y probablemente estaría en la cocina. Qué bonito sería verle después y saludarle con un beso cariñoso.

Mi sonrisa se ensanchó y sentí calor. Un poco demasiado calor.

Mi teléfono seguía sonando con insistencia.

La pantalla mostraba un número que no conocía.

Negué con la cabeza.

¿Quién era tan insistente a primera hora de la mañana?

En el futuro, apagaría mi teléfono por la noche. Solo había dos personas para las que siempre quería estar disponible. Una aún se encontraba en mi vientre. Y la otra... bueno, naturalmente era Tanner.

Con una sonrisa, respondí a la llamada. —Elaina O'Hare, ¿qué puedo hacer por usted?

—Buenos días. Siento llamarla a esta hora y ser tan insistente. Pero lo que tengo que decirle es realmente importante —una voz femenina desconocida.

—¿Quién es usted? ¿Nos conocemos? —me pregunté y continué—: ¿Está segura de que tiene el número correcto? Quizás quiera hablar con otra persona.

—Soy Griselda. Griselda Grant. Quizás haya oído mi nombre —se presentó la mujer.

¡Griselda Grant! Por supuesto que la conocía. Muchos estadounidenses conocían a Griselda Grant. No personalmente, pero por la televisión. —Sí, claro. Soy una gran fan de sus reportajes —respondí, casi entusiasmada—. Lamentablemente ya no parece trabajar para *Hudson Broadcasting*. Lo lamento muchísimo.

Si Griselda Grant todavía trabajara para Tanner, seguramente la habría conocido en persona.

Y eso habría sido un sueño absoluto. Griselda Grant era una de las estrellas del periodismo neoyorquino.

—No, ya no trabajo para *Hudson Broadcasting* —confirmó Griselda Grant—. Dejé la cadena hace unas semanas. Hubo algunos... desacuerdos.

—Lo siento —respondí—. ¿Pero por qué me llama ahora?

¿Acaso Griselda Grant quería que yo mediara en esos desacuerdos entre ella y Tanner? ¿Quería volver a *Hudson Broadcasting*? ¿Y yo debía ser quien la llevara de vuelta?

La idea hizo que mi corazón latiera más rápido.

—Llamo precisamente por esos desacuerdos —dijo efectivamente Griselda Grant—. Siento abordarla así. Pero en realidad llevo posponiendo esta llamada desde hace unos días. Estuve cenando con una antigua colega del departamento de personal. Rosanne, quizás la conozca.

Rosanne. La que se había sentado a mi lado y me había preguntado si era vegetariana porque había pedido una hamburguesa de falafel.

—Sí, la conozco —confirmé.

—Rosanne me contó que usted, Elaina, ahora trabaja con el equipo de reportajes. Así que le pedí su número a Rosanne. Espero que me perdone esta intromisión. —Griselda respiró profundamente. Como si lo que estaba a punto de contarme le resultara bastante difícil.

—Claro. No hay problema —respondí. ¿A quién no le gustaría recibir una llamada de Griselda Grant? Sin embargo, aún no tenía ni idea de lo que quería exactamente de mí.

—Así es exactamente como empezó todo para mí en su día. —La voz de Griselda sonaba de repente como si viniera de mucho más lejos que antes.

¿La carrera de Griselda había comenzado igual que la mía?

Contuve la respiración.

Eso era maravilloso.

De pronto, vi mi nombre en los créditos de un reportaje.

En primer lugar.

Blanco sobre negro.

Acompañado de música dramática.

Un reportaje de Elaina O'Hare.

¿O pondría "Un reportaje de Elaina Hudson"?

Sonreí beatíficamente. No importaba lo que pusiera, sería perfecto. Absolutamente perfecto. El cumplimiento de todos mis deseos y sueños. Sí, sería incluso más de lo que jamás me había atrevido a soñar y esperar.

—Aunque Tanner es el jefe de *Hudson Broadcasting* desde hace poco tiempo, lleva trabajando en la empresa desde hace mucho y, bajo la dirección de su padre, era responsable, entre otras cosas, del equipo de reportajes. Él encontró y contrató a gente nueva y promovió talentos dentro de la cadena —relataba Griselda.

—Qué amable —dije, y lo decía en serio. Todavía no entendía por qué Griselda Grant había estado haciendo sonar mi teléfono durante minutos para decirme algo así. Aunque, por supuesto, era muy alentador escuchar todo eso.

—Yo pertenecía a los talentos que venían desde dentro. Tanner me vio un día y me ofreció que me pasara al equipo de reportajes. Bajo ciertas condiciones, por supuesto. —La voz de Griselda sonaba cada vez más extraña.

Ya no sabía qué decir.

¿Qué sentido tenía esta llamada?

—Básicamente, Tanner manda al equipo de reportajes a las mujeres con las que quiere acostarse. Él... te envuelve para que te sientas como alguien muy especial. Como alguien realmente talentoso. Como la única mujer en su vida. Y entonces te lo acabas creyendo. YO acabé creyéndomelo. Es normal, ¿verdad? —preguntó Griselda con voz ahogada.

Guardé silencio.

No podía creer lo que estaba oyendo.

Tanner escogía entre sus empleadas a las mujeres que encontraba atractivas, las promovía y las cortejaba hasta que se acostaban con

él y entonces...

¿Y entonces qué?

—Me acosté con él. Fue el mejor sexo de mi vida. —Con estas frases, la voz de Griselda sonaba realmente algo nostálgica—. Pero entonces cometí un error.

¿Qué error?

Quería hacer esta pregunta, pero mi voz ya no me obedecía.

Tragué saliva.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

¡Elaina! Tanner tenía una vida antes de ti, igual que tú tenías una vida antes de él. Eso no es nada inusual. Las personas cambian y evolucionan. Tanner ya no es la persona que era cuando conoció a Griselda Grant. ¿Y quién sabe cómo contaría él esta historia? Quizás de una manera completamente diferente a ella.

Volví a tragar. —¿Qué error cometió? —le pregunté a Griselda Grant y me sorprendió que mi voz sonara casi completamente normal. Unas cuantas respiraciones profundas y algunos pensamientos positivos habían bastado para calmarme.

Y el recuerdo de la noche con Tanner.

Quien fuera antes, ahora era diferente.

CONMIGO era diferente.

Con NOSOTROS sería diferente.

Puse mi mano libre sobre mi vientre y asentí enérgicamente para disipar las últimas dudas de mi mente.

—Me enamoré de Tanner Hudson. Ese fue el error. —Griselda sonaba amargada—. No debería haberlo hecho. Simplemente debería haber cuidado mejor mi corazón.

Cuidar mi corazón.

Exactamente eso había pensado cuando, hace unas semanas, acepté la oferta de Tanner.

No lo había conseguido y no estaba triste por ello.

—No sabía que no era la única y que no era especial. —Griselda Grant sorbía por la nariz—. Al final, tiré mi matrimonio por la borda y no recibí nada a cambio.

—Lo siento mucho por usted. —Y realmente sentía compasión por Griselda Grant. Aún recordaba bien cómo me había sentido hace unos meses. Poco después de que Tanner me dejara por primera vez sin decir palabra. Me había sentido miserable y solo podía pensar en él. Simplemente no podía quitármelo de la cabeza.

Y de repente, un pensamiento cruzó por mi mente.

¿Y si me había dejado entonces por otra mujer?

¿Y si estaba haciendo conmigo exactamente lo que Griselda acababa de contarme sobre sí misma?

Todo se contrajo dentro de mí y se formó un nudo en mi garganta.

Haz preguntas, Elaina. Solo así obtendrás claridad.

Y ahora necesitaba claridad.

Para mí.

Y para mi hijo.

Como resultó, no necesité hacer preguntas. De repente, las palabras brotaban sin parar de Griselda Grant.

—Tanner Hudson es un maldito mujeriego. Simplemente no puede mantener sus manos alejadas de las mujeres. De NINGUNA mujer. Cuando quiere a una mujer, hace todo lo posible para conseguirla. Y tan pronto como se cansa de ella, la deja caer como una patata caliente. —Griselda Grant ahora no sonaba triste, sino enfadada.

Tragué saliva. Eso me resultaba demasiado familiar. Exactamente eso era lo que Tanner había hecho conmigo.

—Pero eso no es todo —continuó Griselda Grant, sin que yo tuviera que decir una palabra más—. Cuando cambia de opinión, vuelve a engatusar a la misma mujer. Y de hecho, casi siempre consigue llevarla de nuevo a su cama. Realmente me pregunto cómo lo logra.

No son mujeres tontas con las que hace esto. —Griselda sonaba desconcertada.

—Yo... —comencé. Pero luego negué con la cabeza. Simplemente no sabía qué decir al respecto.

—Muchas mujeres QUIEREN volver a su cama. Nada les gustaría más. Es como si algo se activara en ellas después de ser abandonadas. Tal vez el orgullo herido. En mi caso fue... sí, un poco de orgullo herido. Y bastante de enamoramiento ciego. —Griselda volvía a sonar triste.

—Eso suena terrible —logré articular con dificultad—. Pero... quizás Tanner sea completamente diferente ahora.

Del teléfono salió un sonido que estaba entre un resoplido y un sollozo. —Seguro que no. La gente no cambia. Y mucho menos tan rápido. Todo esto no hace mucho tiempo. Y después de dejarme, Tanner siguió el mismo juego con otra colega. Hannah. No sé si la conoce.

Claro que conocía a Hannah.

—Creo que él mantuvo una aventura con Hannah todo el tiempo. Los dos se conocen desde hace una eternidad. Y yo solo fui su segunda opción. —Griselda tomó aire audiblemente—. Solo quería advertirle a tiempo. Podría ser que usted sea la siguiente. Y eso realmente no tiene por qué ser así. Hay alternativas. También profesionalmente. Ahora trabajo para Grimshaw. Él tiene sus manías, pero al menos no las esconde como Tanner y no juega un juego astuto y pérfido. —Esta vez Griselda resopló.

—Se lo agradezco. Ahora tengo que irme, lo siento —logré articular con dificultad. Entonces apenas pude terminar la llamada y dejar el teléfono a un lado antes de correr al baño.

Mis náuseas matutinas habían regresado.

Una hora después, salí del ascensor al vestíbulo de entrada.

No podía decir exactamente cómo me sentía.

Las declaraciones de Griselda eran devastadoras.

Pero por otro lado... ¿quién decía que estaba diciendo la verdad? Era una antigua empleada de Tanner. Quizás tenía otras razones para manchar ahora su reputación.

Solo podría averiguarlo de una manera.

Confrontando a Tanner con las declaraciones de Griselda y observando su reacción.

Este pensamiento no me hacía sentir nada cómoda.

Pero no me quedaba otra opción.

Ya no era responsable solo de mí misma, sino también del niño que llevaba en mi vientre.

Tanner no había estado en casa por ninguna parte. Probablemente ya había ido al trabajo. Si tenía una cita urgente allí o si no quería llegar al mismo tiempo que yo, no me atrevía a decirlo.

—¡Lo sabía! —Cuando salí a la calle desde el edificio donde estaba el ático de Tanner, alguien me agarró de la manga.

Levanté la mirada.

Hannah.

La atractiva colega de la que acababa de hablar.

Antes de darme cuenta, me había apartado un poco hacia un lado. Acercó su cara a la mía y siseó: —Tanner es mío, ¿lo has entendido? ¡Solo mío! Ya lo tenía prácticamente asegurado. Pero entonces apareciste tú, ¡maldita zorra!

Me quedé mirando el rostro de Hannah, desfigurado por la ira. —Yo... —comencé. Luego me interrumpí. ¿Qué sentido tenía explicarle a Hannah que era Tanner quien me había... una y otra vez... cautivado?

—No quería creerlo cuando te contrataron. Pero cuando Tanner te miró así después de la cena... y ahora estás aquí... —Un atisbo de tristeza cruzó el rostro airado de Hannah. Pero desapareció tan rápido como había llegado—. ¡Pero no voy a permitirlo! Mantén tus manos lejos de él, ¿entendido? ¡Él es mío! Si sigues enredándote con él, lo lamentarás. —Hannah me soltó tan repentinamente como me había agarrado y se dio la vuelta.

Luego salió corriendo por la acera.

Me apoyé contra la pared detrás de mí y cerré los ojos.

Tenía gotas de sudor en la frente. Y no era por el calor bochornoso de esa mañana de verano.

Tanner y Griselda.

Tanner y Hannah.

Tanner y yo.

Lo que más me habría gustado era meterme en mi cama y cubrirme la cabeza con la manta. Simplemente excluir al mundo. Excluir a Tanner.

Pero necesitaba claridad.

Necesitaba saber quién decía la verdad en este juego.

Y qué lugar ocupaba yo en él.

Me habría gustado salir corriendo tan rápido como Hannah.

Tan lejos como pudiera.

Pero llevaba al hijo de Tanner en mi vientre. Y por eso no podía permitirme el lujo de huir.

Me sequé el sudor de la frente y, con el corazón palpitante, me dirigí a la estación de metro.

Rumbo a *Hudson Broadcasting*.

A obtener claridad.

Sentía como si todo mi futuro estuviera en juego.

Capítulo 24

Elaina

Con pasos pesados me dirigí al edificio de *Hudson Broadcasting*. El calor sofocante del verano era casi insoportable a estas horas del día. Alcé una mano y me limpié el sudor de la frente. Esperaba que por fin llegara la tormenta que llevaban anunciando desde hacía días.

—Elaina —la simpática y algo regordeta Mylene de recepción me sonrió—. ¿Cómo estás esta mañana?

—Todo bien, gracias —respondí automáticamente.

Mylene me observó con mirada crítica.

—Pero no tienes buen aspecto. Estás pálida y sudorosa. ¿Estás segura de que no te estás poniendo enferma?

—Es solo el calor. Hoy no me sienta nada bien —mi respuesta era solo media mentira. Me dirigí hacia la parte trasera donde estaban

los ascensores y coloqué mi huella digital en el lector del ascensor que me llevaba cada mañana a la planta superior.

Piiiiiiip.

Un tono fuerte y penetrante que nunca había escuchado antes y que me hizo doler los oídos me sobresaltó.

¿Qué era eso?

El lector parpadeaba en rojo.

Volví a poner mi dedo sobre él.

Piiiiiiip.

—Este trasto a veces se vuelve loco —Mylene se había colocado detrás de mí sin que me diera cuenta. Se rio cordialmente—. Algunos días parece que simplemente no quiere que algunos de nosotros vayamos realmente a trabajar —volvió a examinarme—. Quizás hoy te está diciendo que es mejor que vuelvas a casa y te acuestes. De verdad que no tienes buen aspecto, Elaina.

—Tengo algo urgente que hacer. No me llevará mucho tiempo. Si después no me siento mejor, me iré a casa —prometí.

Entonces me iría a casa.

Y nunca más volvería.

Vamos, no seas agorera, Elaina. Todavía puede que todo salga bien.

—¿Me lo prometes? —se aseguró Mylene. Su preocupación me conmovió. Hoy en día, especialmente en el lugar de trabajo, apenas quedaban personas que realmente se interesaran por cómo te sentías. Lo único que importaba era que estuvieras allí y rindieras. Todo lo demás daba igual. Algunos empleadores preferirían contratar robots en lugar de personas. Emmett Kershaw, por ejemplo.

¿Y Tanner?

¿Preferiría él tener robots?

Lo que quiere son cuerpos cálidos con corazones de robot. Es decir, sin corazón alguno. Justo como él.

Ese fue el primer pensamiento que me vino a la mente.

No lo sabes, Elaina. Averigua primero qué está pasando de verdad. Hasta que no oigas de su propia boca lo que ocurre aquí, no puedes estar segura de nada. Absolutamente nada.

—¡Elaina! —Mylene me agarró del brazo—. ¿Me prometes que solo comprobarás lo que tengas que hacer y luego te irás directamente a casa?

¿Cuánto tiempo había estado mirando distraídamente a las puertas cerradas del ascensor?

—Te lo prometo —respondí rápidamente, para que Mylene no me preguntara con más detalle qué me pasaba. Darle explicaciones hoy estaba realmente por encima de mis fuerzas.

Además, no le debía ninguna explicación a ella.

Era Tanner quien ME debía una explicación a mí.

—Oh, ahí viene Hannah —Mylene se había girado y señalaba hacia las puertas de entrada.

Hannah.

Los pensamientos giraban descontroladamente en mi cabeza.

Me solté bruscamente de Mylene y corrí en pánico hacia el otro lado del vestíbulo, donde estaban los lavabos. Abrí la puerta con más fuerza de la prevista. Golpeó ruidosamente contra la pared. Rápidamente miré a mi alrededor.

Hannah no podía haber pasado por alto ese golpe.

¿Vendría al baño a buscarme?

No tenía ganas de ser amenazada por ella otra vez. Y menos delante de Mylene y otros colegas que estaban entrando o saliendo. Entonces toda la empresa se enteraría.

Cerré la puerta de un portazo tras de mí, di dos pasos largos por la antesala, entré en una de las cabinas y cerré la puerta.

Y le eché el pestillo.

Bien.

Ahora estaba a salvo.

Me dejé caer sobre la tapa cerrada del inodoro y volví a limpiarme el sudor de la frente. Luego cerré los ojos y me recliné hacia atrás, lo mejor que pude en esta posición.

¿Qué hacía Hannah aquí?

¿Acaso venía a ver a Tanner para asegurarse de que era suyo? ¿Para coquetear con él otra vez?

Elaina. Ella trabaja aquí.

En ese momento, oí que se abría la puerta. Mi cuerpo se tensó aún más. Contuve la respiración y subí los pies a la tapa del inodoro. Si Hannah miraba por debajo de las puertas, no me vería.

Elaina. Esto es ridículo. La puerta está cerrada con pestillo, así que Hannah sabrá perfectamente que hay alguien en esta cabina.

¿Y qué haría entonces?

¿Llamar a la puerta hasta que finalmente saliera?

¿Esperarme fuera para interceptarme, como me había interceptado antes en la calle cuando salí del ático de Tanner?

—¡Elaina!

Esa no era la voz de Hannah.

Era Mylene.

—¿Vas a decirme de una vez qué te pasa? —Mylene ya no sonaba tan maternal y amable como antes, sino bastante enérgica y alterada.

Tragué saliva. Luego volví a poner los pies en el suelo. Mylene debía pensar que era una persona bastante tensa. En el mejor de los casos. En el peor, creería que tenía problemas psicológicos. Que sufría de paranoia. O algo parecido.

—Elaina —Mylene estaba ahora frente a mi cabina y llamó.

Tragué saliva.

—¿Está Hannah ahí? —pregunté. Mi voz temblaba un poco.

—¿Hannah? —Mylene sonaba sorprendida—. Sí, entró hace un momento. Por supuesto que está ahí. Por lo que sé, empieza su turno ahora en el departamento de noticias.

Turno en el departamento de noticias.

Eso significaba que Hannah estaba ocupada.

No estaría con Tanner.

Respiré hondo y me levanté. Luego abrí el pestillo de la cabina.

Mylene estaba justo delante de mí. Me miró con desconfianza.

—Algo no va bien contigo, Elaina. Desembucha de una vez.

—Ah... Hannah y yo tuvimos una pequeña discusión —contesté, siguiendo la vieja regla de mantenerse lo más cerca posible de la verdad cuando se tiene que mentir—. Simplemente no quiero verla ahora. No me siento bien, ya te lo he dicho. Seguro que es por el calor. No me veo capaz de enfrentarme a otra discusión con Hannah.

—Te voy a llevar a casa ahora mismo, Elaina —Mylene me agarró del brazo—. Así no puedes trabajar de ninguna manera. ¿Cómo vas a hacer tu trabajo si no te ves capaz de enfrentarte a una discusión inofensiva con una compañera?

Llevar a casa.

No podía permitir eso de ninguna manera.

Tenía que hablar con Tanner.

Ahora.

¿Quién sabe si se presentaría otra oportunidad como esta?

¿Y quién sabe si volvería a reunir el valor para confrontarlo con las declaraciones de Hannah y Griselda?

—Eres muy amable, Mylene —mi voz sonaba ahora un poco más enérgica que antes—. Pero tengo algo urgente que hacer aquí, ya lo he dicho antes. Después me iré a casa —repetí mis palabras de antes.

Suavemente, solté los dedos de Mylene de mi brazo y entré en la antesala del baño. Allí abrí el grifo, me incliné sobre el lavabo y me salpiqué la cara con un poco de agua fría.

Tú puedes, Elaina. Todo saldrá bien. Piensa en el niño. Puede que Tanner haya sido un mujeriego en el pasado. Pero eso no significa que siempre vaya a serlo.

Con estas palabras había intentado tranquilizarme antes. No lo había conseguido del todo. Tampoco lo conseguí ahora realmente.

Me incorporé. Mi cara en el espejo parecía pálida, pero decidida. Cogí unas toallas de papel, me sequé los restos de agua de la cara, comprobé mi aspecto y luego asentí a Mylene.

—Ahora voy a subir. Cuanto antes termine, mejor.

Mylene me siguió fuera.

En el ascensor, volví a poner mi dedo en el lector.

Piiiiiiip.

Por tercera vez esta mañana escuché el fuerte y penetrante sonido que indicaba que no tenía autorización para entrar en el ascensor.

¿Tanner ya me había retirado la autorización?

—Espera, te dejo entrar yo —Mylene puso su dedo en el lector.

—No sabía que tú también podías subir hasta arriba —dije sorprendida.

—En realidad no puedo —Mylene sonrió—. Pero ocurre a menudo que el acceso de alguien no funciona. Basta con que te hayas cortado el dedo. Willy estaba tan harto de tener que bajar

constantemente para subir a alguien que me dio acceso —Mylene sonrió de forma conspiratoria—. Pero no se lo digas a Tanner.

Negué con la cabeza.

Las puertas del ascensor finalmente se abrieron y entré en la cabina.

Pocos minutos después estaba delante de la puerta del despacho de Tanner.

Estaba cerrada.

¿Debía llamar?

¿O simplemente entrar?

¡Elaina! Estás EMBARAZADA de Tanner. Llevas a su hijo en tu vientre. Tienes que averiguar lo que realmente siente por ti y si tiene aventuras con otras mujeres o no. ¿Y todavía te estás preguntando si debes entrar sin más o no? HAZLO AHORA MISMO, MALDITA SEA. ENTRA SIN MÁS.

Respiré hondo y abrí la puerta.

—Elaina —Tanner levantó la vista cuando entré en la oficina. Como si me hubiera estado esperando. Bueno, probablemente así era. Después de todo, este era mi lugar de trabajo y hoy era un día laboral normal.

¿Por qué no iba a estar aquí?

Volví a respirar hondo. Hoy no podía tomar suficientes respiraciones profundas.

—Tanner, yo... —No pude continuar.

Tanner señaló la silla de visitas de cuero negro situada directamente frente a su escritorio.

—Siéntate. Tengo algo que hablar contigo —su tono no admitía réplica.

Inconscientemente obedecí y me hundí en la silla.

¿Algo que hablar conmigo?

¿Acaso Tanner quería contarme lo de Griselda y Hannah? ¿Aliviar su corazón confesándome su pasado? ¿Quería poner las cartas sobre la mesa?

Lo miré expectante.

—Sé que esto no es del todo justo contigo y no quiero hacerte daño... —el rostro de Tanner permaneció impasible mientras pronunciaba estas palabras.

¿No del todo justo?

¿No hacerme daño?

Mi estómago se contrajo.

Esperaba que las náuseas no volvieran justo ahora.

Tanner continuó:

—Sin embargo, quiero decírtelo personalmente. Me importas mucho, Elaina.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Mi estómago se relajó. Así que tenía razón al creer en lo bueno de Tanner.

Había cambiado.

Lo supe todo el tiempo.

Tanner seguía sin mostrar ninguna expresión. Estas palabras debían resultarle realmente difíciles. Bueno, cualquier cambio es difícil. Todo principio es difícil. Me habría gustado correr hacia Tanner y lanzarme a sus brazos. Pero me contuve. Este comienzo tenía que lograrlo él. Y entonces todo iría bien.

—Me importas mucho —repitió Tanner—. Estoy muy interesado en que siempre mantengamos una buena relación.

Asentí.

Las aletas de la nariz de Tanner se dilataron casi imperceptiblemente. Su mandíbula parecía ligeramente tensa.

—Voy a casarme pronto. Quería decírtelo personalmente. El... bueno... el acuerdo entre nosotros era más bien informal, así que no creo que te hayas hecho ilusiones de algo más.

Mi corazón dejó de latir.

Mi estómago volvió a contraerse.

Mis rodillas se debilitaron y me alegré de estar sentada en el sillón de cuero negro para visitantes. De lo contrario, no habría podido mantenerme en pie.

¿Casarse?

¿Iba a CASARSE?

—Hannah y yo... es algo muy especial. Nos conocemos desde nuestra juventud y simplemente no quiero que vuelva a salir de mi vida. Eso es algo que me ha quedado claro en las últimas semanas —Tanner miró pensativo por la ventana. En el cielo del exterior se acumulaban nubes oscuras. La tormenta de verano que todo Nueva York había esperado en vano durante días no tardaría en llegar.

Pero eso me daba completamente igual.

Tanner me miró.

—Me alegro de que te lo tomes con tanta calma, Elaina. De verdad. Otras mujeres seguramente montarían bastante escándalo. Pero sabía que tú eras diferente. A tu manera, tú también eres alguien especial. Aunque no como Hannah. A ella no la he olvidado ni un momento, ni siquiera cuando tú y yo estábamos juntos.

Ni un momento.

Ni siquiera cuando tú y yo estábamos...

Cuando te follaba. Acéptalo, Elaina. Para él no fue nada más. Necesitaba correr un poco la última juerga antes de casarse. Para eso servías. Para nada más. Eso es todo. Para él era todo.

—Como es así y como tú y yo también estamos unidos... bueno, estoy muy interesado en que, en el futuro, las cosas vayan tan bien entre nosotros como hasta ahora.

Me quedé sentada en mi silla como aturdida, escuchando las palabras de Tanner sin entenderlas realmente. ¿Qué quería decirme?

—Espero, por supuesto, que sigas trabajando aquí en el futuro. Y me gustaría que fueras mi testigo en mi boda —Tanner me miró expectante.

¿Testigo?

¿TESTIGO?

¿Había oído bien?

¿Este tipo estaba en sus cabales?

Habíamos pasado varias noches apasionadas juntos, habíamos follado en todos los lugares posibles e imposibles y él quería...

¿Quería que fuera su testigo cuando se casara con otra?

Posiblemente también querría seguir follándome en el futuro, cuando Hannah no estuviera disponible y...

Mi cerebro se desconectó.

Se declaró en huelga.

Todo esto era simplemente demasiado para mí.

El hombre que me había dejado embarazada se casaba con otra y me pedía ser su testigo cuando le jurara amor eterno y fidelidad a la otra.

Esto era el colmo.

Con este pensamiento, me sentí más enferma que nunca.

Tenía que salir de aquí.

De ninguna manera podía seguir mirando a la cara a este cabrón ni un segundo más.

No podía soportarlo más.

Me levanté de un salto y salí corriendo de la oficina.

Detrás de mí, el primer relámpago brilló entre las nubes oscuras del cielo.

Capítulo 25

Elaina

Un trueno ensordecedor retumbó por las calles de Nueva York mientras salía corriendo del edificio de *Hudson Broadcasting*. Me sobresalté. Un relámpago pareció zigzaguear justo delante de mí a través del cañón urbano. Instintivamente, encogí los hombros.

—Elaina —una mano se posó en mi hombro.

¡Que ni se le ocurriera intentar detenerme!

¡Nadie debía detenerme!

¡Ay de él si se atrevía!

Me di la vuelta. Frente a mí estaba la regordeta Mylene, mirándome con más preocupación que antes. —No puedes irte sola a casa con este tiempo. Espera un poco. En una hora la tormenta habrá pasado.

Miré calle abajo. El asfalto aún estaba seco. Luego observé las nubes gruesas y oscuras que se acumulaban en el horizonte y negué con la

cabeza. —Llegaré a la estación de metro antes de que empiece. Seguro.

Solo tenía que irme inmediatamente.

Ahora.

Ya.

Si Mylene me retenía mucho más, sería demasiado tarde. Entonces me pillaría la tormenta en plena calle.

Y no solo eso.

Me echaría a llorar allí mismo.

Eso no lo quería de ninguna manera. Mylene no podía verme llorar. Nadie aquí debería verme llorar. Quizás Tanner se enteraría. No quería darle ese triunfo bajo ninguna circunstancia. No debía saber cómo me sentía realmente.

—Tengo que irme —di un paso hacia la acera. Sobre mí, otro trueno retumbó en el cielo, más fuerte que el anterior. La tormenta debía estar casi encima de mí. Un relámpago pareció destellar de las nubes justo frente a nosotras.

—Elaina. Sé razonable. Te estás metiendo directamente en la tormenta. Vuelve a entrar. Te prepararé un café y me cuentas tranquilamente qué está pasando aquí —Mylene me miró inquisitivamente y puso su mano en mi antebrazo.

La oferta sonaba tentadora. Me di la vuelta y miré hacia el interior a través de los cristales, al vestíbulo bien iluminado. ¿Por qué no esperar aquí a que pasara la tormenta?

Mylene pareció notar mi vacilación. —Quizás pueda darte algún consejo. Llevo bastante tiempo en la empresa, ¿sabes? Veo mucho y oigo mucho. En recepción casi nada queda oculto.

¿Quería decir Mylene que sabía sobre Tanner y yo? ¿Y sobre Tanner y Hannah? ¿Y todas las otras mujeres?

No quería oír nada más sobre eso.

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron al otro extremo del vestíbulo y Tanner salió.

Me di la vuelta, me solté de la mano de Mylene y salí corriendo a ciegas por la acera.

Lejos de aquí, cuanto antes.

Tanner no debía saber bajo ningún concepto que me había quedado como una idiota frente al edificio, considerando volver a entrar.

¡Después de todo lo que me acababa de decir!

¡Después de todo lo que me había hecho!

Sobre mí, el trueno rugió más amenazador que nunca. Un relámpago pareció destellar de las nubes justo delante de mi nariz. Retrocedí asustada. Luego corrí tan rápido como pude calle abajo. La estación de metro no estaba lejos. Solo dos manzanas más.

¡Crac!

Un sonido crujiente bajo mis pies, apenas perceptible.

Tropecé y perdí el equilibrio. Rápidamente extendí mis manos y conseguí apoyarme en la pared del edificio. Exhausta, me recosté contra ella y palpé mi pie derecho. Se sentía diferente de lo normal.

De repente, tenía el tacón de mi zapato en la mano.

¡La maldita cosa se había roto otra vez!

¿Acaso nada en mi vida duraba?

¿Pero absolutamente nada?

¿Ni siquiera un maldito tacón?

Por no hablar de mi relación con Tanner o de cualquier plan de futuro...

Eso no era una relación, Elaina. Al menos no para él.

Estaba apoyada contra la pared de un edificio con el tacón en la mano. En medio de una tormenta de verano. Y ahora comenzaba a llorar. Una lágrima se desprendió de mi ojo derecho y rodó por mi mejilla.

Sorbí.

Otra lágrima se desprendió de mi ojo izquierdo.

Tragué.

En vano.

Las lágrimas ya no podían detenerse y rodaban una tras otra por mis mejillas.

¡Qué idiota había sido!

Lo había esperado todo y no había recibido nada. Había tenido los sueños más grandes y lo había perdido todo. Lo había apostado todo a Tanner y al final me quedaba con las manos vacías.

Tanner nunca se había preocupado por mí.

Y en mi vientre crecía su hijo.

Plas.

Una gota grande golpeó mi nuca y descendió primero por mi cuello y luego por mi espalda. Me estremecí. Del calor veraniego, que tanto había hecho sufrir a Nueva York en los últimos días y semanas, ya no quedaba mucho. La tormenta traía un enfriamiento notable.

Miré hacia arriba, al cielo gris oscuro. Las nubes sobre mí eran casi negras.

Plaff.

Otra gota me dio en plena cara. Levanté la mano y me la limpié. Junto con mis lágrimas.

Plas.

Plaff.

Más gotas me golpeaban. Y mis lágrimas también seguían fluyendo imparables de mis ojos.

¿Cómo había podido equivocarme tanto con él?

¡Todo había sido fingido, todo! Cada gesto de afecto, cada palabra cariñosa que me había dicho.

Sollocé. Qué tonta había sido al creerle.

Ahora estaba literalmente en la calle.

Ya no tenía nada.

Ni siquiera un trabajo.

Estaba en el paro.

Que volviera a poner un pie en *Hudson Broadcasting* estaba tan descartado como todo lo demás. NO sería la dama de honor de Tanner. Nunca, jamás volvería a verlo.

Mi hijo nunca conocería a su padre.

En ese momento, el cielo abrió sus compuertas. Gruesas y gordas gotas de lluvia cayeron sobre mí.

—¡Ay! —levanté el brazo.

¿Desde cuándo dolía la lluvia?

Miré hacia abajo. En la acera se acumulaban pequeñas bolitas blancas.

¡Estaba granizando!

En pleno verano en Nueva York estaba granizando.

El clima se había vuelto completamente loco.

Los pequeños granos se clavaban dolorosamente en mi piel. Pero eso me daba completamente igual. El dolor exterior al menos me hacía olvidar por un pequeño instante el dolor interior que rugía dentro de mí y destrozaba mi alma.

El hombre al que amaba y del que creía que me amaba me había traicionado. Para él no había sido más que una distracción.

Los granizos seguían cayendo sobre mí sin cesar. Un temblor me recorrió.

Tienes que buscar refugio urgentemente, Elaina. Piensa en el bebé. Ya no eres responsable solo de ti misma.

Rápidamente me quité los zapatos y miré calle abajo. Ni una tienda, ni una cafetería. Nada.

¿En qué dirección había ido?

Este no era el camino a la estación de metro que había recorrido cada día durante las últimas semanas.

Debía haber corrido en la dirección equivocada en mi conmoción.

Más adelante divisé la entrada de un edificio. Rápidamente corrí hacia allí con los pies descalzos. Con la cabeza agachada para que los granizos no me golpearan con demasiada fuerza.

—¡Cuidado! —una voz masculina desagradable me sacó de mis pensamientos. Luego sentí una mano en mi hombro. Me dio un empujón brusco. Volví a tropezar.

—¿No puedes tener cuidado, maldita sea? —oí la voz desagradable en mi oído. Luego la mano desapareció. Volví a tropezar contra la pared. —Que siempre tengáis que estar las mujeres en medio estorbando.

Un ciclista.

¡Si ni siquiera podían circular por la acera!

Apenas alcancé a ver cómo el hombre extendía la mano y en medio de la granizada me enseñaba su dedo corazón.

Entonces cerré los ojos.

Los granizos seguían cayendo sobre mí. Pero ya no tenía fuerzas para ponerme nuevamente en movimiento y seguir caminando. Me quedé allí con la cabeza agachada.

Tienes que hacerlo, Elaina, tienes que hacerlo. No hay eso de "no quedan fuerzas". No ahora, no con un niño.

Di un paso. Y otro más.

Hasta que finalmente me encontré en la entrada del edificio que había divisado desde lejos.

Mis pies estaban entumecidos. Pero ya ni siquiera lo notaba.

Aquí estaba protegida y seco. Exhausta, me apoyé contra la pared. Sólo entonces me di cuenta de que estaba empapada hasta los huesos y que todo mi cuerpo dolía. Era un tipo de dolor que no podía definir con exactitud. Todos mis miembros me dolían y un profundo cansancio se apoderó de mí.

¿Qué demonios iba a hacer ahora?

A Tanner no quería volver a verlo nunca. ¡Nunca jamás!

Criaría a mi hijo sola. Lo que le diría más tarde, cuando preguntara por su padre, aún no lo sabía. Pero tenía tiempo suficiente para pensarlo.

Por ahora había problemas más urgentes.

Estaba sin un céntimo y no tenía trabajo.

¿Con qué iba a pagar el alquiler en el futuro? ¿Y mis compras? Simplemente lo básico, lo que se necesita cada día. No hablaba de grandes lujos como excursiones con mi hijo o ropa infantil elegante.

No, hablaba de las cosas más básicas.

De las cosas que todos necesitamos.

¿Quién contrata a una embarazada?

¡No encontraría un nuevo trabajo!

Y aunque lo encontrara, en pocos meses no podría seguir ejerciéndolo. Entonces sería madre y tendría que cuidar de mi hijo. Habría un pequeño ser que dependería completamente de que yo estuviera ahí para él. Día y noche.

Protectoramente, puse una mano sobre mi vientre.

¿Cómo había podido ser tan imprudente como para volver a involucrarme con Tanner?

Deberías haberlo juzgado por sus acciones en lugar de por sus palabras, Elaina. Te dejó plantada entonces, sin una palabra, sin explicación alguna. Simplemente se fue. Cómo te sentías con eso le daba igual. Y exactamente lo mismo ha vuelto a suceder ahora.

No me volvería a pasar.

De ninguna manera.

No lo permitiría. Ya solo por el bien del niño.

Con Tanner había terminado.

Me había mostrado su verdadera cara.

Durante mucho tiempo no había querido verla. No había querido creerlo y no había querido aceptarlo.

Tanner no era la persona que yo creía que era.

Nunca lo había sido.

Era un farsante.

Uno que quería llevarse a las mujeres a la cama y divertirse.

Que Hannah se quedara con él. No la envidiaba por un matrimonio en el que sería engañada y traicionada regularmente.

Una corriente de aire frío sopló hacia la entrada del edificio. Me estremecí. Mi ropa estaba completamente empapada y se pegaba a mi cuerpo.

Tenía que ir urgentemente a casa y ponerme ropa seca. La tormenta de fuera había amainado y se alejaba. El granizo se había convertido en lluvia, los relámpagos ya no destellaban directamente sobre mí y el trueno solo retumbaba débilmente.

Lentamente levanté una mano para limpiarme los restos de lágrimas de la cara.

—¡Aaaaahhh! —grité horrorizada.

En medio de mi mano había una gran araña negra. Dejé caer los zapatos que aún sostenía en la otra mano y salté horrorizada arriba y abajo. Rápidamente me froté la mano contra la pared del edificio.

—¡Aaaaahhh! —volví a gritar.

La pared del edificio estaba llena de arañas.

¿Por qué no me había dado cuenta antes?

Porque estabas tan atrapada en tu pena, Elaina. No percibías absolutamente nada más. Ni arañas ni ninguna otra cosa. Solo la tormenta había llegado hasta ti.

Contuve la respiración y palpé mi cuerpo. Aunque me estremecía de asco, me obligué a completar el procedimiento.

No había más arañas.

Respiré aliviada.

Era hora de tomar mi vida en mis propias manos.

Sin importar si se trataba de arañas o cualquier otra cosa.

Era hora de que dejara de poner mis esperanzas en Tanner.

Mi vida a partir de ahora sería sin él, y cuanto antes me ocupara de ello, mejor.

Mi decisión estaba tomada.

Nunca volvería a ver a ese cabrón.

Al final, tenía que hacer lo que era mejor para mí y mi hijo.

No todas las historias tienen un final feliz.

Y en algunos casos, es mejor así.

Enderecé los hombros y salí de la entrada del edificio a las calles mojadas de mi ciudad natal.

Una tormenta así limpia muchas cosas.

Capítulo 26

Tanner

Cinco semanas después.

—Le he pedido a la criada que enfríe una botella de champán. *Dom Pérignon*. Hoy solo vale lo mejor de lo mejor —Grimshaw miró a su alrededor con aire triunfal. Estábamos nuevamente de visita en casa de mis padres.

Era el cumpleaños de mi padre, que hoy se celebraba en el círculo más íntimo de la familia. Sobre la mesa ovalada cubierta con un pesado mantel de lino blanco había candelabros de plata aún más pesados, en los que titilaban esbeltas velas color crema. Una por cada década de vida de mi padre. Los platos frente a nosotros aún estaban vacíos.

En cualquier momento, la criada traería el primer plato.

Sopa de pescado.

No había preguntado por el menú. Pero conocía de memoria los platos favoritos de mi padre. Los servían cada año para su cumpleaños. Y en Navidad, Pascua y Acción de Gracias.

¿No los servían también para el cumpleaños de mi madre?

Pensativo, me rasqué la cabeza.

¿Cuáles eran SUS platos favoritos, en realidad?

La miré al otro lado de la mesa. Mi madre elevó las comisuras de sus labios en una sonrisa no comprometida y me hizo un gesto de asentimiento. Así había sido siempre en nuestra familia. Nuestras reuniones eran asuntos formales, que tenían un carácter casi oficial.

Grimshaw carraspeó y reclamó nuestra atención. La criada trajo una botella de champán y una cubitera. Examiné con atención a la pequeña mexicana.

¿No era esa la mujer a la que había salvado de Grimshaw?

¡Mis padres habían vuelto a cambiar de criada!

¿Acaso Grimshaw no había podido mantener las manos lejos de la anterior criada? ¿Incluso después de haber dejado embarazada a Elaina?

Cerré los puños y miré hacia mi hermano.

¡Tanner! Tranquilo. Estos asuntos no son de tu incumbencia. Mientras no imponga su voluntad a nadie y no engañe a nadie,

Grimshaw puede hacer lo que le dé la gana. Es su vida. Tú tienes tu propia vida de la que deberías ocuparte.

Sin embargo, en las últimas semanas mi vida había consistido principalmente en trabajo. Después de descubrir la traición de Elaina y de echarla de la empresa con mi anuncio, me había sumergido en mis proyectos. De los cuales había más que suficientes. En las últimas cinco semanas, incluso Rory solo había conseguido sacarme una vez del escritorio para llevarme al club de kárate. No había querido ver a nadie.

Simplemente a nadie.

Hoy, sin embargo, no había podido esconderme detrás de mi trabajo. Mi padre había formulado su invitación con la autoridad habitual. En tales casos, no toleraba objeciones.

—Sé que hoy celebramos tu cumpleaños —Grimshaw tomó nuevamente la palabra y asintió hacia mi padre—. Pero tengo otra maravillosa noticia que quiero anunciar.

Ahí venía. Ahora le explicaría a mi padre que el primer heredero varón estaba en camino. Mi padre daría un emotivo discurso y felicitaría a Grimshaw. Papá querría conocer a Elaina de inmediato y me exhortaría a seguir el ejemplo de Grimshaw lo antes posible. Apreté la mandíbula. La vena de mi sien pulsaba con fuerza. Mis dedos se clavaron en el pesado mantel de lino color crema.

—Estamos nominados para el premio de periodismo —Grimshaw sonrió triunfalmente a todos los presentes—. Con el reportaje sobre esa panadería. *Dayton's Delights*. ¿Qué os parece? —Grimshaw le hizo una señal a la criada.

Pop.

El corcho saltó de la botella del caro champán que Grimshaw había conseguido para la ocasión. La criada sirvió la espumosa bebida en cuatro copas de champán dispuestas.

—Enhorabuena —Mi padre tomó su copa de champán y examinó la bebida frunciendo el ceño. ¿Acaso dudaba de la calidad del champán? ¿O por qué reaccionaba con tanta reserva?

Grimshaw sonrió triunfalmente. —Tanner, ¿qué hay de ti? ¿Tienes también buenas noticias que anunciar?

Me quedé mirando fijamente a mi hermanastro ilegítimo. Si no estuviéramos sentados a la mesa de mis padres, le habría partido la cara a este idiota. Porque es exactamente lo que se merecía. No solo había dejado embarazada a Elaina, sino que también había robado la producción sobre *Dayton's Delights* de mi canal y ahora presumía de un logro que no era suyo para ganarse el elogio de nuestro padre.

—No tengo nada que decir —El sonido de mi propia voz me resultaba extraño, pues apenas conseguía reprimir mi ira—. Pero ¿estás seguro de que ya has anunciado todas las noticias?

—Todo lo importante ya está dicho —Grimshaw asintió convencido.

—Bien, me alegro mucho, Grimshaw —Mi padre asintió a mi hermanastro. Ahora era yo quien fruncía el ceño. Mi padre no parecía ni de lejos tan orgulloso como yo esperaba.

—Yo también tengo algo que deciros —Mi padre levantó pensativo su copa y contempló el burbujeante champán—. En las últimas semanas, os he puesto un poco a prueba.

No tenía ni idea de qué hablaba mi padre. Rápidamente lancé una mirada a Grimshaw. Él tampoco parecía saber nada, porque se movía impaciente en su silla y lanzaba una mirada nerviosa a mi padre.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras aflojaba lentamente mis dedos, que aún seguían clavados en el pesado mantel de lino.

—He enviado un auditor a cada una de mis empresas —Mi padre nos hizo un gesto afirmativo—. Uno a ti, Tanner, y uno a ti, Grimshaw.

Me abstuve de decirle a mi padre que ya no se trataba de sus empresas, pues estaba demasiado intrigado por lo que iba a venir. En su lugar, pregunté: —¿Por qué has hecho eso?

—Sí, ¿por qué has hecho eso? —repitió Grimshaw. Probablemente esta era la única vez que mi hermanastro ilegítimo y yo nos enfrentábamos unidos a mi padre.

Mi padre giró el tallo de la copa de champán en sus manos y dejó vagar su mirada de Grimshaw a mí. —Bueno, hace unas semanas cené con Dayton Hall. Se trataba de unos proyectos benéficos para los que quería conseguir mi patrocinio. De paso, me contó que tú, Tanner, estabas produciendo un reportaje sobre su empresa y que ya estaba muy ansioso por ver el resultado —Mi padre me hizo un gesto majestuoso.

—Puedo explicarlo todo, yo... —balbuceó Grimshaw.

—Cállate, Grimshaw —Mi padre no dejó terminar a mi hermanastro ilegítimo—. Ahora hablo yo —Mi padre se aclaró la garganta—. Poco después, sorprendentemente, vi cómo ese mismo reportaje se emitía en tu canal, Grimshaw. No creo que Tanner te lo haya vendido, ¿no?

Mi hermanastro ilegítimo se quedó sin respuesta.

Mi padre continuó: —Después de eso envié a los auditores a vuestras empresas. Sobre este reportaje no pudieron descubrir nada más.

¿Me equivocaba o una expresión de alivio cruzó el rostro de Grimshaw al oír estas palabras?

—Sin embargo, no pareces gestionar muy bien, Grimshaw. Tus gastos en TI son, no me lo vas a creer, diez veces más altos que los de Tanner. Y no solo eso. En general, tus gastos son tan altos que la existencia de la empresa está en peligro si sigue así —Mi padre miró severamente a Grimshaw.

Este solo se encogió de hombros. —Tengo que proteger mi trabajo contra ataques de hackers externos. Y tengo que invertir. Así es en toda empresa.

—No me mientas, Grimshaw —Mi padre dejó su copa de champán sobre la mesa con un golpe seco. Luego golpeó la mesa con la palma de la mano con tanta fuerza que el champán casi se derramó de la copa—. Dime la verdad ahora mismo. ¿Es tuyo el reportaje que se emitió?

—¿Qué reportaje? —Grimshaw estaba ganando tiempo.

Mi padre frunció las cejas. —No me tomes por tonto. Sabes exactamente de qué estoy hablando. El reportaje sobre *Dayton's Delights*. Ese por el que vamos a brindar con un champán pecaminosamente caro. Un champán que ni siquiera te puedes permitir. No si uno mira los libros de tu empresa —Mi padre hizo un gesto despectivo hacia su copa.

Por el rabillo del ojo, percibí cómo mi madre dejaba cuidadosamente su copa sobre la mesa.

—Todo está en orden conmigo —afirmó Grimshaw—. Es Tanner quien nunca puede perder. Nunca ha asimilado una derrota. Ya era así cuando éramos adolescentes y eso no ha cambiado hasta hoy —Grimshaw torció el rostro con desprecio—. ÉL es quien piensa que el fin justifica los medios. ÉL hace cualquier cosa para no quedar como un perdedor al final. Pregúntale qué pasó en el club de kárate.

—Maldito mentiroso —Ahora fui yo quien golpeó la mesa con la palma de la mano. Y con tanta fuerza que esta vez el champán realmente se derramó de las copas y goteó sobre el inmaculado mantel—. Siempre intentas congraciarte con todos. Aquí —Hice un gesto hacia mi padre—. Con Kazuhiro. Y... —Me tragué el último nombre.

No quería pensar en ella otra vez.

—¿Es eso cierto? —Mi padre miró severamente a Grimshaw.

Me levanté de un salto. —Hoy he venido por ti, papá. Habría mantenido la paz aquí. Habría soportado a este mentiroso y estafador a mi lado toda la tarde. Pero ahora se acabó. Definitivamente se acabó. En algún momento es suficiente.

—Ya te dije que no sabe perder —Grimshaw sonrió a mi padre. Luego se volvió hacia mí. Él también se puso de pie—. ¿Crees que a nuestro padre le interesa tu lloriqueo? Él quiere saberlo tan poco como todos los demás. ¡Niño de mamá! —Grimshaw escupió la última palabra en mi dirección.

Lo agarré por el cuello.

Solo veía rojo.

Rojo intenso.

Con una fuerza que ni yo mismo sabía que poseía, empujé a Grimshaw hacia atrás contra el antiguo armario de cristal que estaba en el comedor de mis padres desde que tengo memoria. Los vasos en el armario tintinearon.

—Tanner —La voz de mi madre. No me volví.

—¡Maldito estafador! ¡La has dejado embarazada! ¡Embarazada! Elaina está EMBARAZADA de ti y tú ni siquiera dices una palabra aquí, sino que brindas por tu éxito profesional, ¡que en realidad es mío! —Atraje a mi hermano hacia mí y luego lo empujé de nuevo contra el armario.

Grimshaw me dio una fuerte patada en la espinilla. El dolor subió hasta mi rodilla. Hice una mueca, pero no aflojé mi agarre ni un poco.

—¿De qué se trata esto? ¿Quién está embarazada? —Mi padre rodeó la mesa y se situó junto a Grimshaw y a mí.

—¡Este idiota ha dejado embarazada a mi novia! —Levanté a Grimshaw tanto que solo podía estar de puntillas. No era la primera vez que me alegraba de ser algo más alto que él. Solo por eso podía ejercer esta presa.

—¿Todavía significa algo para ti esa pequeña? Probablemente te encantaría meter tu polla en ella otra vez y follarla como es debido —Grimshaw parecía haber olvidado dónde se encontraba.

En la casa de mis padres.

—Eso no es asunto tuyo —siseé y acerqué mi cara a la de Grimshaw. Me habría encantado romperle la nariz, y tantas veces que ni siquiera el mejor cirujano plástico de Nueva York habría podido arreglarla.

Pero me contuve. A diferencia de Grimshaw, no había olvidado dónde me encontraba.

—¡Grimshaw! —retumbó mi padre—. ¿Dónde está la mujer? ¿Y por qué no nos la presentas, si ya sabes que espera un hijo tuyo? —Mi padre se aclaró la garganta—. Me arrepiento de mi aventura de entonces hasta el día de hoy y no voy a permitir que algo así se repita en mi familia. Si te importa algo tu herencia, traerás a la mujer aquí inmediatamente. ¡Y espero, por supuesto, que te cases con ella!

Grimshaw palideció.

Y a mí me dio un vuelco el corazón.

Este idiota se casaría con Elaina.

Eso debería darte igual, Tanner. Realmente completamente igual. Totalmente igual. Pero que muy igual.

Me daba igual.

Tan igual que aflojé ligeramente mi agarre.

—Darás tu apellido al niño y lo cuidarás bien. ¿Está claro? —Mi padre no cedía.

—¿Como tú me diste tu apellido y cuidaste de mí? —Grimshaw torció su rostro en una mueca despectiva.

—Eso hice, Grimshaw. Cuidé de ti —Mi padre se calmó—. No podía tener dos familias al mismo tiempo. Pero siempre estuve ahí para ti y me aseguré mucho de que tú y Tanner... de que tuvierais las mismas oportunidades en la vida. Y eso es lo que harás con tu hijo. De lo contrario, tu parte de la herencia irá a Tanner y nunca verás nada de mi dinero.

—No puedes hacer eso —se indignó Grimshaw.

—Claro que puedo —Mi padre se rio—. Tal vez haya algunos obstáculos legales. Pero mis abogados encontrarán una salida. Puedes estar seguro de ello.

—No la he dejado embarazada —soltó Grimshaw desesperadamente.

—¡No mientas así! —Empujé a mi hermanastro ilegítimo nuevamente contra el armario.

—¡De verdad que no! —Grimshaw agarró mis muñecas—. Me habría encantado follarla bien. Aunque solo fuera para devolvértela y mostrarte que su coño no está reservado exclusivamente para ti. Pero ella no quiso. Ni siquiera aquella vez en el club.

Aflojé mi agarre nuevamente.

¿Qué estaba diciendo Grimshaw?

—E incluso si ella hubiera querido: cuando follo con una mujer, me aseguro de que no se quede embarazada. ¿O creéis que quiero tener un montón de bastardos que me arruinen los nervios?

Grimshaw probablemente no era consciente de que acababa de ofrecer una descripción perfecta de sí mismo.

—¿Entonces qué pasa con esa mujer? —retumbó mi padre.

—Nada. Eso tienes que preguntárselo a Tanner. Es su novia. Solo me permití una pequeña broma y le hice creer que ella se acostaría conmigo. Cosas que pasan entre hermanos —Grimshaw se encogió de hombros—. No es gran cosa. No pasó nada.

¿No había pasado nada?

Yo había perdido a Elaina.

Eso había pasado.

Di un paso atrás y levanté mi mano plana.

Ya me veía ejecutando perfectamente el golpe con el canto de la mano.

—¡Tanner! —La fuerte llamada de mi madre me interrumpió.

Respirando pesadamente, di un paso atrás.

—Pedazo de mierda —Aun así no pude contenerme del todo. Le di a mi hermano una fuerte bofetada.

Grimshaw se sujetó indignado la mejilla. Quería abalanzarse sobre mí, pero mi padre se interpuso entre nosotros. —En esta casa no habrá peleas. Eso lo podéis resolver fuera. Ahora nos sentaremos a la mesa y comeremos como personas civilizadas.

Esta idea era demasiado para mí.

¿Después de todo lo que acababa de oír, debía sentarme a la mesa y fingir que no había pasado nada?

Ni en sueños.

Salí precipitadamente del comedor, pasé corriendo junto a la asombrada criada y abrí de golpe la puerta principal.

Jadeando, me quedé en la calle y respiré el aire fresco.

Allí dentro había estado más sofocante que aquí fuera en el bochorno del final del verano neoyorquino.

Elaina no me había traicionado.

No se había acostado con Grimshaw.

No estaba embarazada de él.

Pero entonces, ¿qué pasaba con la inscripción al curso de preparación al parto?

¿Acaso había sido falsificada por los especialistas en TI de Grimshaw y metida en el buzón de Elaina?

Tenía más preguntas que respuestas.

Y no tenía ni idea de qué debía hacer ahora.

Capítulo 27

Elaina

—¿Y por qué dejó el trabajo en *Hudson Broadcasting*? —me preguntó mi interlocutor frunciendo el ceño—. Si tanto desea trabajar en el sector de los medios y hacer reportajes para una cadena de televisión, allí estaba exactamente en el lugar adecuado. Entonces, ¿por qué está aquí? ¿Planea mudarse a Boston por motivos personales?

—No, yo... —Maldita sea. Después de solo dos palabras ya no sabía cómo continuar.

Deberías haber mentido simplemente, Elaina. Deberías haber dicho que querías mudarte a Boston por motivos personales. Al fin y al cabo, nadie puede comprobar eso. Así no estarías ahora en este aprieto Y tampoco nadie se sorprendería cuando en unas semanas todos puedan ver que estás embarazada.

Sin embargo, no iba a mencionar ni mi embarazo ni los verdaderos motivos por los que ya no trabajaba en *Hudson Broadcasting*.

Tenía derecho a guardar silencio sobre esas cosas y era exactamente lo que iba a hacer.

—¿Señorita O'Hare? —Mi interlocutor me miró. El señor Brown era un hombre regordete y amable, aproximadamente de la misma edad que Tanner. Por lo demás, no tenían ningún parecido entre ellos.

—Eh, bueno, en realidad sí me voy a mudar a Boston por motivos personales. Mis padres viven aquí —mentí. Seguro que nadie comprobaría esto. ¿Cómo podrían? Boston era considerablemente más pequeño que Nueva York, pero aun así lo suficientemente grande como para que hubiera bastantes O'Hares. Podría estar emparentada con cualquiera de ellos. Nadie aquí podía saber que mis padres ya habían fallecido.

—Ah, entiendo. —El señor Brown asintió comprensivamente—. Entonces debe conocer bien Boston, ¿verdad? Para nosotros como cadena local es importante que nuestros empleados conozcan bien la ciudad. Lo ideal sería que la conocieran como la palma de su mano. —Con estas palabras, el señor Brown dio unas palmaditas a su bolsillo del traje y rio por su juego de palabras.

—Eh, bueno, la conozco un poco. Mis padres se mudaron aquí hace unos dos años. Por supuesto que les he visitado, pero no puedo decir que conozca la ciudad como la palma de mi mano. Nací y me crié en Nueva York. —Sonreí con cautela—. Sin embargo, estoy muy dispuesta a aprender todo lo que haya que aprender. Y puedo asegurarle que aprendo rápido. —En ese momento se me ocurrió una idea e improvisé—: Tal vez podría ser interesante para sus espectadores ver Boston a través de los ojos de una forastera. Ya sabe, una serie como "Recién llegada" o algo así.

El señor Brown volvió a fruncir el ceño. —Interesante. Parece tener buenas ideas y querer sacar lo mejor de cada situación. Siempre

necesitamos a personas así. —Asintió con benevolencia.

Sonreí aliviada.

Las últimas semanas no habían sido especialmente fáciles.

Después de dar la espalda a *Hudson Broadcasting*, me había quedado encerrada en mi apartamento durante toda una semana. No había tenido energía para salir. Todo me había resultado abrumador.

Por suerte, Colleen había llamado a mi puerta después de unos días para saber cómo estaba. Cuando vio que me estaba hundiendo en la tristeza y dejándome llevar, me dio una enérgica reprimenda y ese mismo día me obligó a conseguir un trabajo temporal.

Ahora todas las tardes me sentaba en una oficina sofocante introduciendo series de datos en hojas de Excel. Aunque no era en absoluto la actividad con la que había soñado, al menos me permitía ir tirando sin sobregirar demasiado mi cuenta. Pero no podía engañarme.

Necesitaba un trabajo a tiempo completo lo antes posible.

Y en realidad... necesitaba un nuevo comienzo.

Por eso estaba ahora aquí sentada frente al señor Brown en Boston.

¿Qué me quedaba en Nueva York, en una ciudad donde ya nada me retenía y donde todo me recordaba a Tanner?

Ya no tenía buenos amigos allí. Amanda estaba prácticamente al otro lado del país, en Montana, y por lo que parecía, no solo era feliz allí, sino que también estaba tan ocupada que no habíamos hablado en las últimas semanas. Aunque eso no me había importado tanto. Primero tenía que resolver algunas cosas conmigo misma antes de estar lista para contárselas a otros.

Tampoco tenía ya un trabajo, al menos no uno que me gustara.

En Nueva York ya nada me retenía.

Y así, después de investigar un poco, había enviado mi solicitud al señor Brown de *Boston Television*. Boston me parecía una buena elección. Grande, pero no demasiado, también situada en la costa este, por lo que no me sentiría demasiado extraña. Y lo suficientemente lejos como para romper todos los puentes tras de mí.

—¿No tiene una carta de recomendación de Tanner Hudson? —El señor Brown hojeaba mis documentos de solicitud.

Una carta de recomendación no la iba a encontrar allí.

—No. Creo que el señor Hudson aún no ha tenido tiempo de redactar una —mentí, omitiendo sabiamente que no había pedido ninguna carta de recomendación.

No quería tener nada más que ver con Tanner.

Absolutamente nada.

Menos que nada, si eso era posible.

No quería que supiera lo que hacía, cómo me iba, dónde trabajaba y qué planes tenía.

Nada de eso era asunto suyo.

Y tampoco le interesa, Elaina. ¿Se ha informado sobre ti o te ha contactado en las últimas semanas? No, ¡no lo ha hecho! Probablemente esté ocupado preparando su boda de ensueño con Hannah y al mismo tiempo buscando una nueva secretaria que se deje follar de vez en cuando cuando se aburra en casa.

Me obligué a concentrarme en las preguntas del señor Brown. Antes de que empezáramos a hablar sobre mi salida de *Hudson Broadcasting*, la entrevista en realidad no había ido tan mal.

Tenía buenas sensaciones.

Tal vez este sería mi nuevo puesto.

El señor Brown parecía simpático y seguro que no se acostaba con sus empleadas. Más bien parecía el tipo de persona que se alegra cada noche al llegar a casa.

—Es una lástima, una verdadera lástima —murmuró el señor Brown —. Esa carta de recomendación me habría interesado mucho. — Siguió hojeando mis documentos—. ¿Así que trabajó para Emmett Kershaw?

—Sí —respondí lo más escuetamente que pude. Si no quería hablar de Tanner, quería mantener un silencio sepulcral sobre Emmett Kershaw. Realmente había sido el peor jefe que jamás había tenido.

—¿Y cómo le gustó ese puesto? —quiso saber el señor Brown.

Reflexioné un momento. La pregunta del señor Brown era una buena señal. La conversación continuaba, a pesar de no tener una carta de recomendación. Eso solo podía significar que el señor Brown estaba seriamente interesado en contratarme. De lo contrario, ya habría terminado la conversación.

Era importante que no dijera nada inadecuado ahora.

—El puesto fue muy exigente —contesté finalmente—. Aprendí bastante sobre el trato con las personas.

El señor Brown soltó una risita. —Me lo puedo imaginar. Emmett Kershaw tiene un carácter difícil.

—¿Le conoce? —No pude evitar que esta sorprendida pregunta se me escapara, aunque en esta entrevista no era yo quien hacía las preguntas, sino el señor Brown.

—Estudié en Nueva York y trabajé allí bastante tiempo antes de venir a Boston —respondió el señor Brown—. En el fondo un poco como usted.

En el fondo un poco como usted.

Las palmas de mis manos se humedecieron.

Eso sonaba bien.

Eso sonaba muy bien.

Sonaba mejor que todo lo que me había atrevido a soñar.

—Voy a preguntarle a Tanner Hudson sobre usted —anunció entonces el señor Brown—. Si me da la información que busco sobre usted, entonces no debería haber ningún obstáculo para que trabajemos juntos.

La sonrisa que acababa de dibujarse en mi rostro se congeló en mis labios. ¿El señor Brown quería hablar con Tanner?

No tenía la más mínima idea de lo que Tanner le contaría. Pero después de nuestra última conversación, no dudaba que me pondría todas las trabas posibles.

Tanner no dejaría títere con cabeza.

El señor Brown no me contrataría.

Adiós al sueño del nuevo trabajo en Boston.

Adiós al sueño de una nueva vida lejos de Nueva York.

Para mí no habría un nuevo comienzo.

¿Por qué a algunas personas les caía todo del cielo, mientras que otras luchaban duramente y aun así nunca conseguían nada?

Mis hombros se hundieron.

El señor Brown no parecía notar nada de lo que ocurría en mi interior. —Nos vamos juntos de vacaciones la semana que viene —anunció.

¿De qué estaba hablando?

¿Me había perdido algo?

¿Con quién se iba de vacaciones?

—Tanner y yo hacemos un fin de semana de hombres juntos desde hace años. Siempre por estas fechas. —El señor Brown asintió y ahora realmente sonrió un poco—. Y no permitimos que nada ni nadie nos lo impida.

¿Conocía a Tanner?

¿Tanner y él incluso se iban de vacaciones juntos?

Mi corazón se saltó un latido.

—Pensaba que el señor Hudson se iría de luna de miel en lugar de a un fin de semana de hombres. —Ahora se me escapó por segunda vez en esta conversación un comentario irreflexivo.

Tienes que controlarte mejor, Elaina.

¿Por qué?

Ya daba igual.

El señor Brown y Tanner eran amigos. Probablemente Tanner le contaría todo sobre nosotros, incluyendo algunos detalles jugosos sobre nuestra relación.

El susto me recorrió el cuerpo.

¿Quizás entonces el señor Brown querría contratarme precisamente porque era como Tanner y Emmett Kershaw?

Oh, Dios.

—¿Tanner y casarse? —El señor Brown ahora rio cordialmente. Sus hombros se sacudieron y se agarró el estómago—. ¡Eso sí que es un buen chiste!

Miré al señor Brown con asombro. —Él mismo me lo dijo. En mi último día de trabajo.

—Pues parece que le gastó una broma de despedida. No, Tanner seguro que no va a casarse. Aunque hace tres semanas que no hablamos por teléfono, sin duda me lo habría mencionado. —El señor Brown se pasó la mano por las comisuras de los ojos. ¿Se estaba secando una lágrima de risa?— ¿Y quién sería la afortunada? —preguntó entonces.

—Hannah —respondí—. Una colega de la cadena.

—¿Hannah del departamento de noticias? —El señor Brown sorbió brevemente, abrió el cajón de su escritorio y sacó un pañuelo de papel.

—Sí. Parece que llevan mucho tiempo siendo pareja. —Respondí automáticamente.

¿En qué película me había metido? ¿Qué estaba pasando aquí? El señor Brown parecía completamente sincero, pero algo no cuadraba.

—A Hannah le encantaría que fueran pareja. Siempre ha ido detrás de Tanner. —El señor Brown movió la cabeza de un lado a otro—. Y

cuanto más la rechazaba, peor se ponía.

—No lo entiendo —me extrañé—. Estoy completamente segura de que Tanner me dijo eso.

—A veces se pasa un poco con sus bromas. —El señor Brown negó con la cabeza—. Bueno, al menos no ha pasado nada grave. No ha dimitido por eso ni nada parecido.

—No —respondí mecánicamente.

Me sentía como un robot.

Por supuesto que había dimitido por eso.

O mejor dicho: Tanner me había echado.

O...

Ya ni siquiera estaba segura de eso.

¡Tanner me había pedido que fuera dama de honor en su maldita boda!

¡En una boda que ni siquiera existía!

¿Qué demonios significaba eso?

¿Tanner había querido romper conmigo y no había tenido el valor de confesarme que lo nuestro no podía ser? ¿Que no me encontraba tan atractiva como había pretendido?

Pero eso tampoco era mejor que marcharse sin decir una palabra.

Tal como lo había hecho la primera vez.

No, lo que acababa de descubrir no cambiaba mi decisión de abandonar Nueva York para siempre y no volver a ver nunca a Tanner.

—Tanner me habló de la última mujer que significó algo para él. —El señor Brown frunció el ceño—. Acabo de acordarme porque tenía el mismo nombre que usted. Elaina. Poco común, ¿verdad?

Me quedé mirando al señor Brown.

La última mujer que había significado algo para Tanner.

Elaina.

Yo.

¿Quién si no?

Finalmente conseguí asentir tímidamente. —Poco común —confirmé con voz ronca.

—Hay casualidades muy extrañas en el mundo. —El señor Brown asintió—. A Tanner le va a sorprender cuando se lo cuente.

Asentí de nuevo.

Y de repente sentí la urgente necesidad de volver a Nueva York.

¿Pero era la decisión correcta?

¿O no me estaría haciendo ningún favor?

Puse una mano sobre mi vientre.

¿No NOS estaría haciendo ningún favor?

Tragué saliva y me alegré bastante de estar sentada.

Porque otra vez tenía las rodillas tan flojas que probablemente me habría desplomado de haber estado de pie.

Capítulo 28

Tanner

—¡Tanner!

Caminaba con pasos rápidos hacia mi coche cuando la puerta de la casa se abrió bruscamente de nuevo detrás de mí.

—¡Tanner!

Quienquiera que me estuviese llamando, no quería hablar con esa persona. Tenía asuntos más urgentes que atender.

—Espera un momento. —Una mano se posó en mi hombro.

Mi padre.

Me di la vuelta. —¿Qué quieres, papá? Ya he oído suficiente sobre lo maravilloso que es Grimshaw y lo difícil que ha sido su vida, y que por eso todos debemos perdonarle siempre todo y tolerar su comportamiento imposible. No necesito oír más. Para mí, eso se

acabó definitivamente hoy. Solo me verás por aquí cuando Grimshaw no esté. —Miré firmemente a mi padre.

Estaba preparado para asumir todas las consecuencias de mi decisión. Si mi padre ahora montaba en cólera, gritaba y amenazaba con quitarme *Hudson Broadcasting* de nuevo, aun así me mantendría firme en mi decisión.

Con mis cualificaciones, conseguiría trabajo en cualquier momento. Cadenas de televisión de todo el país estarían encantadas de contratarme como directivo. Podría fundar mi propia cadena y hacerle la competencia a Grimshaw y a mi padre. Seguro que los superaría por mucho. Sí, había un sinfín de posibilidades. Más de las que había pensado antes.

—Tienes razón. —Mi padre me miró. De repente, noté lo cansado que parecía. La edad había dejado huellas evidentes en su rostro que nunca antes había notado en tal medida. —Tienes razón —repitió.

Me quedé mirándole fijamente. Había soñado con estas palabras durante toda mi infancia.

Mi padre me daba la razón.

Mi padre veía a Grimshaw como realmente era.

—He cometido un error —admitió ahora mi padre. Mi padre, el patriarca infalible que nunca hacía nada mal y cuyas decisiones nadie podía criticar—. Siempre quise tratar a Grimshaw y a ti por igual, y no me di cuenta de que no sois iguales. —Mi padre negó con la cabeza—. No, sois completamente diferentes. Y no se puede

tratar de la misma manera cosas diferentes y esperar los mismos resultados.

Solo asentí.

Era raro que no supiera qué decir. Pero este era definitivamente uno de esos momentos.

—No debería haber confiado a Grimshaw la mitad de la empresa. Está lejos de tener tu experiencia. Tú has pasado cada minuto libre con *Hudson Broadcasting* desde tus días escolares y sabes cómo funciona el negocio. Además, has demostrado más que suficiente que estás a la altura de la responsabilidad.

—Gracias, papá. —Nunca había escuchado tal elogio de boca de mi padre. Al menos no cuando se trataba de mí.

—Grimshaw, en cambio, se ha divertido siempre que ha podido y ha hecho lo que ha querido. Cuando finalmente mostró interés en trabajar en *Hudson Broadcasting*, pensé que por fin se había hecho adulto y se había quitado la rebeldía. Pero no vi que probablemente solo quería evitar que te entregara toda la empresa. Fue pura envidia lo que le llevó a interesarse por mis negocios.

Volví a asentir.

La revelación de mi padre llegaba tarde, pero llegaba.

Demasiado tarde, sin embargo.

Grimshaw tenía la mitad de la empresa en sus manos.

Lo más sorprendente de todo esto era que de repente eso ya no me importaba demasiado. Yo seguía teniendo mi lugar en *Hudson Broadcasting*. Y si no, había suficientes otras oportunidades para mí.

Lo importante era otra cosa.

ALGUIEN completamente diferente.

Elaina.

Le había hecho una injusticia.

Ella nunca había tenido nada con Grimshaw y yo...

No la había tratado especialmente bien.

—Papá, discúlpame, tengo algo urgente que hacer.

—Claro, hijo mío, claro. —Mi padre ni siquiera preguntó qué otros compromisos urgentes tenía en su cumpleaños. Quizás tampoco tenía ganas de celebrar.

¿Con quién, de todos modos?

¿Con Grimshaw?

—Voy a revisar la transferencia de las cadenas a vosotros —anunció mi padre.

Esto sí captó mi atención.

—Grimshaw recibirá su parte de la herencia. Eso no cambia. Pero no quiero que siga trabajando en la empresa. Y mucho menos que continúe dirigiéndola. Eso deberías hacerlo tú. —Mi padre me dio una torpe palmada en el hombro. El afecto se mostraba generalmente con moderación en nuestra familia.

Volví a asentir. Había esperado este momento toda mi vida. Mi padre veía a Grimshaw tal como era realmente. Y mi padre quería confiarme la responsabilidad de su empresa. De toda su empresa.

Ahora había llegado ese momento y yo sentía... simplemente nada.

Quería ir con Elaina.

—Hablemos de esto en otro momento, papá. —Le tendí la mano a mi padre y me di la vuelta.

Había aparcado mi Aston Martin One-77 en la entrada de la casa de mis padres. En las últimas semanas había aparcado mal tantas veces que ya ni siquiera podía contar mis multas.

Pero sinceramente, también me daba igual.

Me senté en el coche y arranqué el motor.

Mi vida estaba completamente patas arriba.

Media hora después, me metía maldiciendo en una plaza de aparcamiento en la acera. ¿Por qué el ayuntamiento de Nueva York tenía que hacer plazas de aparcamiento tan pequeñas? Como si todo el mundo condujera un Toyota.

—¡Eh, señor! —Un agente uniformado se acercó a mí—. Esta es una plaza para discapacitados. Ya sabe. Personas en silla de ruedas y demás. Si se queda aquí, le remolcarán el coche.

—¿Esto es una plaza para personas en silla de ruedas? —Miré fijamente al agente—. ¿Es una broma? La plaza es tan pequeña que apenas puedo salir del coche. ¿Cómo va a conseguirlo alguien en silla de ruedas?

El agente se encogió de hombros. —Eso no es asunto mío. No soy responsable del tamaño de las plazas de aparcamiento. Eso lo decide el departamento de urbanismo. Al menos eso creo. —El agente se rascó la cabeza—. Pero sí soy responsable de que solo aparquen aquí quienes están autorizados. Y usted claramente no lo está.

Me incliné por la ventanilla. —¿Ah, sí? ¿Y cómo lo ve?

—No tiene ninguna autorización tras el parabrisas. —El agente se encogió de hombros—. Así que, por favor, busque otra plaza de aparcamiento. De lo contrario, tendré que hacerle remolcar.

Respiré hondo.

Tranquilo, Tanner.

—Mire, de verdad que no necesito mucho tiempo —expliqué—. Es una emergencia y tengo que urgentemente...

—Lo que es una emergencia lo decidimos nosotros —me interrumpió el agente—. ¿Pertenece usted a la policía o a los bomberos? ¿Es médico de guardia? Si es así, por favor, coloque el certificado correspondiente detrás de su parabrisas.

—No, no lo soy, pero... —Otra vez no pude continuar.

—Si no es nada de eso, entonces, por favor, busque otro sitio donde aparcar. —El agente se mantuvo firme.

¿Pertenecía siquiera a la policía? ¿Quién podía poner multas en Nueva York y quién no?

Aunque había pasado toda mi vida en Nueva York, nunca me había planteado estas cuestiones. Siempre había pagado mis multas sin pensar en quién las habría puesto en mi limpiaparabrisas.

Y ahora también tenía cosas más importantes que hacer.

—Voy a anotar su matrícula. Si en tres minutos no ha abandonado la plaza, me veré obligado a ponerle una multa. —El agente metió la mano en su bolsillo.

Volví a arrancar el motor. —¡Está bien! —dije entre dientes. El motor de mi Aston Martin rugió con fuerza cuando salí de la plaza de aparcamiento.

Di tres vueltas a la manzana.

No había ninguna otra plaza libre.

Cuando estuve seguro de que el agente había desaparecido en una calle lateral para buscar otras víctimas a las que atormentar con sus normas, aparqué el coche. No en la plaza para discapacitados. No quería quitarle una plaza a alguien en silla de ruedas. Aparqué en una esquina, lo que tampoco era del todo legal. Pero ahora no tenía tiempo para preocuparme por eso.

¿Existiría un cartel de "Reportero en servicio"? Si era así, me lo conseguiría sin demora. Como director de una empresa de medios de comunicación, sin duda tenía derecho a ello.

Presioné con impaciencia el timbre.

—Sube —sonó poco después una voz familiar en el interfono.

Poco después me encontré cara a cara con mi amigo Rory.

—¿Qué te pasa hoy, colega? —preguntó Rory—. Pensaba que estaríais todos en familia y pasaríais el día armoniosamente en la mesa de tus padres.

Resoplé. —Grimshaw ha caído en desgracia ante mi padre. Papá incluso quiere quitarle las cadenas.

—¿Qué? —Rory abrió mucho los ojos y la boca—. Anda, entra primero, colega. Tienes que contármelo todo con detalle.

Entré en el luminoso y espacioso apartamento de Rory. Aunque no era tan exclusivo como mi ático, tenía que admitir que el piso de Rory también era bastante bonito.

—Eso ahora no es tan importante —expliqué, dejándome caer en un sillón de piel en el rincón más luminoso del salón—. Se trata de otra cosa.

—¿Eso no es importante y se trata de otra cosa? —repitió mi amigo lentamente—. Eso me lo tienes que explicar con más detalle. Al fin y al cabo, desde hace meses, o mejor dicho años, no has pensado en otra cosa que no sea que tu padre finalmente reconozca la verdadera cara de Grimshaw.

—Grimshaw es un idiota. Me ha mentido. —Miré acaloradamente a Rory.

—Como probablemente a casi todo el mundo a su alrededor —comentó mi amigo secamente.

—Se trata de Elaina. —Me pasé ambas manos por el pelo y luego, gimiendo, escondí la cara entre los dedos—. Nunca tuvieron nada. Simplemente me hizo creer que la había dejado embarazada y yo le creí. Lo organizó muy bien. En los correos de Elaina había una inscripción a un curso de preparación al parto. Debe haberla enviado él para que yo creyera que Elaina estaba embarazada de él. O quizás hackeó sus correos igual que las cámaras de seguridad y el Fort Knox de Hudson.

Rory guardó silencio un momento. —¿Y qué quieres hacer ahora? —preguntó entonces.

—No lo sé. Simplemente no lo sé. —Volví a alborotarme el pelo—. Desde que Grimshaw lo admitió, solo puedo pensar en Elaina. Que debería ir a verla y decirle... —No terminé la frase.

—¿Pero? —insistió Rory.

Le miré desesperado. —Pero, ¿y si vuelve con su discurso sobre la familia? En aquella ocasión escuché una conversación telefónica suya. Se trataba de una cita para una operación. Y ella quería esa operación a toda costa porque aumentaba las posibilidades de un embarazo exitoso. ¡Así que quiere hijos!

—¿Y qué hay de malo en tener hijos? —Rory arqueó una ceja. En lugar de abogado, sin duda podría haber sido psicólogo.

—¡Es que yo no los quiero! —miré desafiante a Rory.

—¿Y quién te dice que Elaina los quiere a toda costa? —Ahora Rory volvía a ser todo un abogado.

—¿Por qué si no habría preguntado por esa operación? —respondí.

Rory puso los ojos en blanco. —Puede haber muchas razones. De una conversación telefónica de la que solo has escuchado la mitad, no puedes concluir nada. Ningún juez aceptaría eso como prueba. ¿Le preguntaste a Elaina al respecto?

—No —admití.

No lo había hecho.

La había dejado sin decir una palabra más.

Nuestros deseos simplemente no encajaban.

Y entonces era mejor no invertir más energía en una relación. ¿De qué serviría?

—Deberías hablar con ella —observó Rory.

—¿Tú crees? —Miré a Rory con dudas.

—Yo creo. Y tú también, Tanner. —Mi amigo me miró con expresión elocuente—. Entras aquí y dices que Elaina es más importante que tu padre, Grimshaw y *Hudson Broadcasting*. ¿Y luego en serio no quieres hablar con ella?

—Tienes razón —admití suspirando.

—Además —Rory se inclinó hacia delante—, permíteme recordarte que nunca quisiste dejar el campo libre a Grimshaw sin luchar. Ni en la vida profesional. Ni en el karate. Así que tampoco deberías hacerlo en la vida privada.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que si no hablas con Elaina, Grimshaw se saldrá con la suya. Tú y Elaina estáis separados. Tal como quería Grimshaw. —Rory se encogió de hombros—. Pero quizás eso te da igual.

No me daba igual.

Me levanté.

Había venido aquí para conocer la opinión de Rory. Para asegurarme de no hacer nada imprudente.

—Y Tanner... —Rory también se levantó—. No todas las familias son como la tuya. Ser niño puede ser muy agradable, y tener hijos y hermanos también. Quizás deberías pensarlo. Para el futuro.

No respondí.

Eso era un futuro lejano.

No quería ocuparme de eso ahora.

Lo que importaba era Elaina.

—Tengo que irme. —Crucé el salón de Rory con pasos rápidos.

—Voy contigo. Así seguro que no haces ninguna tontería. —Mi amigo me siguió.

Al pensar en Elaina, mi polla latió ligeramente en mis pantalones.

No lo había hecho en semanas.

Puse mi mano sobre mi corazón.

Capítulo 29

Elaina

Estaba sentada en la puerta de embarque esperando mi vuelo de Boston a Nueva York. Durante las últimas dos horas, había pasado tantas cosas por mi cabeza que seguía sin poder pensar con claridad.

No podía llegar a Nueva York lo suficientemente rápido y, sin embargo, prefería no llegar nunca. Quería ir con Tanner y lanzarme a sus brazos, pero al mismo tiempo... al mismo tiempo quería comenzar una nueva vida.

Elaina. Aunque haya mentido sobre su boda, eso no significa necesariamente...

Sí, ¿qué no significaba necesariamente?

No significaba necesariamente que yo le importara.

Fruncí el ceño.

¿Por qué había mentido?

Una voz mecánica desde los altavoces del techo me sacó de mis pensamientos. —Atención, comunicado para el vuelo de Boston a Nueva York: debido a problemas técnicos, nuestro vuelo lamentablemente saldrá con un retraso de al menos una hora.

Retraso.

De al menos una hora.

La gente a mi alrededor comenzó a inquietarse. Murmuraban en voz baja o maldecían un poco más alto. Muchos tecleaban en sus móviles o marcaban un número.

¿Y yo?

No tenía a nadie a quien avisar. Nadie me esperaba en Nueva York. Tanner no me esperaba. Me había mentido porque quería su libertad. No podía ser de otra manera.

¿O sí?

¿Realmente sabía todo sobre este asunto?

Sobre todo sabía una cosa: el enorme salto que había dado mi corazón cuando el Sr. Brown me explicó que Tanner no iba a casarse y que nunca había habido nada entre Tanner y Hannah.

Eso era peligroso.

Suspirando, saqué el móvil de mi bolsillo. Necesitaba urgentemente un consejo. En tiempos pasados, habría llamado a Amanda. Pero ella ya vivía en otro mundo. En el mundo de las madres felizmente casadas en el campo.

—¿Elaina? —Una alegre voz al otro lado de la línea me saludó—. ¿Ya estás de vuelta? Puedes venir si quieres, estoy en casa y tengo muchas ganas de saber qué me vas a contar. ¿Cómo ha ido?

—Hola Colleen —respondí. En las últimas semanas, mi vecina se había convertido en mi consejera y amiga. Desde que conocía mejor a Colleen, ya no estaba tan triste por la mudanza de Amanda.

—¿Dónde estás? —preguntó Colleen—. Se oye bastante ruido detrás de ti.

—En el aeropuerto de Boston. Mi vuelo tiene retraso —le informé.

—Oh. ¿Entonces volverás mucho más tarde? —Colleen sonaba decepcionada. Realmente parecía que tenía ganas de verme.

—Al menos una hora más tarde. Quizás más. —Suspiré. De repente me sentí un poco cansada.

—¿Y? ¿Te quedarás en Nueva York o te irás a Boston? —La voz de Colleen sonaba tensa.

—Todavía no lo sé —respondí con sinceridad—. Pero no te llamo por eso en realidad.

—¿Entonces? —quiso saber Colleen—. ¿Quieres que compre algo para ti?

—No se va a casar —solté sin previo aviso.

—¿Qué? ¿Quién no se va a casar? No entiendo nada. —Colleen sonaba tan confundida como debía sentirse.

—Tanner. No se va a casar. —En mi cabeza seguía habiendo tal confusión que no pude pronunciar más palabras.

—¿Cómo sabes eso? ¿Te ha llamado él y te lo ha dicho? —No podía ver a Colleen, pero en ese momento casi podía sentir cómo abría los ojos con incredulidad—. ¿Te has ENCONTRADO con él?

—No. —Negué con la cabeza—. Pero el hombre con el que acabo de hablar y que está considerando contratarme o no... es buen amigo de Tanner.

—Amigo —repitió Colleen. Parecía demasiado sorprendida para decir una palabra más.

Podía entenderla bien. —Parece que suelen irse de vacaciones juntos.

—¿Y te ha contado que Tanner no va a casarse? ¿Cómo demonios llegasteis a ese tema en una entrevista de trabajo? —Colleen se recuperaba lentamente de su sorpresa y volvía a ser la de siempre.

—Bueno... me preguntó por mi trabajo anterior y por qué no tenía una carta de recomendación... y una cosa llevó a la otra. —No tenía ganas de repetir todo el contenido de la conversación con el Sr. Brown. Eso no era tan importante ahora, ¿verdad?

Lo importante era la información de que Tanner no iba a casarse.

—Oiga señorita, este es un sitio para embarazadas y personas con discapacidad. —Delante de mí había un hombre con una muleta mirándome con enfado.

—Perdona un momento, Colleen —dije a mi smartphone.

Luego miré al hombre. —ESTOY embarazada. Pero con gusto le cedo el sitio para que pueda sentarse. —Me levanté y miré a mi alrededor. Todos los asientos en la puerta de embarque estaban ocupados, porque aquí no solo esperaban los pasajeros de nuestro vuelo retrasado, sino también los pasajeros del siguiente vuelo que debía partir desde aquí.

—¿Va a ser pronto? —continuó quejándose el hombre—. ¡Típico de mujeres! Lo tenéis tan fácil. Simplemente afirmáis que estáis embarazadas, dejáis que todo el mundo os atienda de arriba abajo y le quitáis los sitios a los demás.

Miré al hombre sin palabras. Entonces abrí la boca para responder. Pero en una milésima de segundo cambié de opinión. Algunas personas simplemente no merecían que gastara mi energía en ellas. Probablemente ni siquiera una ecografía de mi hijo convencería a este hombre de que tenía derecho a sentarme en ese asiento. Era simplemente una persona que siempre había salido perdiendo en la vida y ahora lo pagaba con los demás.

El hombre agitó su muleta amenazadoramente en mi dirección. —Si no hace sitio ahora mismo, ¡buscaré a un empleado del aeropuerto!

Miré a mi alrededor. La gente en los asientos junto a mí estaba ocupada con sus smartphones o fingía no ver ni oír nada. Boston no parecía ser muy diferente de Nueva York en este aspecto. Una gran ciudad anónima.

—Hágalo. —Sonreí amablemente al hombre—. Pero también puede simplemente sentarse aquí y esperar el vuelo tranquilamente. —Con estas palabras, cogí mi bolso y me dirigí al Starbucks que había visto en la esquina junto a la puerta de embarque. Como iba a esperar aquí al menos una hora más, bien podía tomarme algo.

Realmente no tenía dinero para eso.

Pero hoy me daba igual.

Hoy era un día diferente al habitual.

—¿Elaina? ¿Está todo bien? —La voz de Colleen salía del altavoz de mi móvil.

—Colleen. —Volví a acercar el smartphone a mi oído—. Sí, todo bien. Algunas personas son simplemente... —Me encogí de hombros porque ni siquiera se me ocurría una palabra para describir lo que era el hombre con la muleta. Esperaba que luego no se sentara a mi lado en el avión. Solo me faltaba eso. El vuelo de Boston a Nueva York no duraba mucho, pero en mala compañía, cada momento se hacía eterno.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber Colleen.

—Voy a tomarme algo y luego esperaré tranquilamente el vuelo —respondí, apoyándome contra la pared de la tienda Starbucks. No me apetecía hablar con Colleen mientras estaba en la fila.

—¡Elaina! —Casi podía ver cómo Colleen ponía los ojos en blanco—. No me refería a lo que vas a hacer ahora en el aeropuerto. Sino respecto a Tanner.

Tanner.

—Yo... no lo sé —respondí insegura. Por eso precisamente había llamado a Colleen. Quería un consejo. Porque no tenía ni idea de cómo seguir adelante—. Por supuesto, lo que más me gustaría sería hablar con él —admití—. Pero simplemente no sé si es buena idea.

—Eso nunca se sabe de antemano —respondió Colleen sabiamente.

—Tienes razón. —Asentí.

—¿Qué quieres conseguir con esa conversación? —me preguntó Colleen.

Buena pregunta.

¿Qué quería conseguir con esa conversación?

Ni yo misma lo sabía exactamente.

—Bueno, si no se va a casar, entonces... —Me detuve.

—...quizás todavía esté disponible —terminó Colleen la frase por mí.

—Sí —admití.

—Elaina. Ese tipo te dejó plantada. ¡Y no solo una vez, sino dos! DOS VECES. Eso ya es una vez demasiadas. ¿Y aún crees en serio que podría surgir algo entre vosotros? —Colleen resopló indignada.

Me quedé callada.

Sí.

Era idiota creerlo, pero la respuesta era sí.

En lo más profundo de mi corazón, creía que Tanner y yo todavía podríamos estar juntos.

O mejor dicho: en lo más profundo de mi corazón, lo deseaba.

Fervientemente.

Intensamente.

Más que cualquier otra cosa.

—Tienes razón. —Mi respuesta no salía del corazón. Pero a veces la mente tenía que dominar al corazón. No importaba lo mucho que latiera, golpeara, palpitara y saltara descontroladamente en mi pecho.

—Él no es el hombre adecuado para ti. Alguien que se comporta así simplemente no sirve como pareja. Ni como padre tampoco. —Colleen sonaba tan decidida como a mí me hubiera gustado sentirme. Las dudas me desgarraban el corazón—. Pero deberías hablar con él —añadió Colleen.

¿Cómo?

No daba crédito a mis oídos.

¿Colleen primero quería disuadirme de Tanner y luego pensaba que... que debería reunirme con él?

Con ese pensamiento, mi corazón se saltó un latido y sentí calor.

—¿Qué... qué quieres decir? —pregunté tímidamente.

—Estás embarazada, Elaina —me recordó Colleen—. Incluso si consigues ese trabajo en Boston, tendrás que tomarte un descanso en un futuro próximo. ¿Mencionaste tu embarazo en la entrevista?

—No —admití.

Colleen suspiró. —Puedo entenderlo. Probablemente yo tampoco lo habría hecho en tu lugar. Pero como amiga tuya, debo decirte que así no resuelves los problemas. Solo los aplazas. Más tarde todo te explotará en la cara. A más tardar cuando tu jefe descubra que estás embarazada. Y eso no puede tardar mucho. Todavía no se te nota nada, pero...

Colleen no continuó. Ya sabía a qué se refería. Mi vientre pronto se hincharía visiblemente para todos.

—Míralo como quieras. —Colleen tomó aire brevemente—. En un futuro próximo no podrás seguir trabajando. ¿Y de qué vas a vivir entonces?

Tragué saliva. Mi vecina había tocado un punto sensible. ¿De qué iba a vivir? No tenía ahorros. En los Estados Unidos no había subsidio parental. Desafortunadamente. Mis padres habían muerto hace unos años. Ya no podían ayudarme. Mi mejor amiga Amanda seguramente me ayudaría. Pero difícilmente podría exigirle que se hiciera cargo de mi sustento. Eso era algo muy distinto a una ayuda económica puntual en un momento de necesidad.

—Exacto. —Colleen interpretó correctamente mi silencio—. Tienes un problema, Elaina. Y por eso deberías hablar con Tanner. Él tiene dinero. Más que suficiente. Y es el padre de tu hijo. Es su maldita obligación ayudarte y asegurarse de que vosotros, tú y el niño, tengáis suficiente para vivir.

No respondí.

Colleen tenía razón.

Y sin embargo, no quería que Tanner nos viera a mí y a su hijo solo como una obligación. Quería... quería que se preocupara por nosotros porque QUERÍA preocuparse por nosotros. Pero me guardé de decírselo a mi amiga.

—Puede casarse con quien quiera y hacer lo que quiera. Pero está obligado a cuidar de vosotros, sin importar lo que pase en su vida. —Colleen seguía intentando convencerme.

Me aclaré la garganta. —Tienes razón —respondí.

—Es genial que hayas tenido esa conversación en Boston y fantástico si consigues el trabajo. Pero ¿qué quieres hacer en Boston? ¿Crees que tus problemas se resolverán como por arte de magia solo porque de repente vivas en otra ciudad? Será estupendo durante unas semanas o incluso meses. Y luego te enfrentarás exactamente a las mismas preguntas y temas que ahora. Incluso será peor, porque en Boston no conoces a un alma y estarás completamente sola.

Tragué saliva.

Las palabras de Colleen eran duras.

Pero ciertas.

—Él tiene suficiente dinero, Elaina. Un poco de manutención no supondrá ninguna diferencia para ÉL. Pero para TI sí. —Colleen respiró audiblemente—. Pero ¿qué estoy diciendo? Al final, es tu decisión.

—Hablaré con él —prometí y me pregunté en ese momento si mi voz sonaba tan hueca como me sentía.

Hablaría con Tanner.

Y QUERÍA hablar con Tanner.

Más que cualquier otra cosa.

Todavía.

Exactamente ese era el problema.

Capítulo 30

Tanner

—¡Siempre está comunicando! ¿Qué estará haciendo, manteniendo conversaciones interminables con una amiga? —Colgué irritado. Por décima vez. Durante el trayecto, Rory me había sugerido que primero llamara a Elaina para averiguar dónde estaba y si realmente quería hablar conmigo.

Este último pensamiento me causaba cierta inquietud. Ella simplemente tenía que querer hablar conmigo.

¡Tenía que hacerlo!

No iba a permitir otra cosa.

—Ya sabes cómo son las mujeres a veces. Pueden hablar durante horas con sus amigas y olvidarse de todo lo demás —Rory se encogió de hombros. No parecía dar demasiada importancia al asunto. No era de extrañar. No era su futuro el que estaba en juego.

¿Futuro?

Sí, de alguna manera se trataba de mi futuro.

—Voy a subir —Desabroché mi cinturón y salí de mi coche.

—Colega, ¿estás seguro de que es buena idea? Estás aparcando otra vez donde no deberías y... —Las objeciones de Rory se desvanecieron cuando cerré la puerta del coche. Me importaba un bledo todo eso.

Quería ver a Elaina.

En ese momento, un hombre bastante obeso salía del edificio donde se encontraba el apartamento de Elaina. Me lancé hacia la puerta y evité en el último momento que se cerrara.

—Realmente no se te puede dejar solo ni un momento —gruñó Rory detrás de mí—. Será mejor que cierres tu coche para que no lo roben mientras estamos arriba.

—Mi coche se ocupa de esas cosas automáticamente cuando estoy fuera del alcance con la llave —respondí—. Vive en el piso 18 — Pulsé el botón junto al ascensor.

Rory murmuró algo incomprensible a mi lado.

—¿Qué dices? —quise saber. Las puertas del ascensor se abrieron frente a nosotros. Me metí apresuradamente en la cabina.

—En qué lío me he metido —repitió Rory y luego suspiró.

No respondí. En el ascensor me apoyé contra la pared y cerré los ojos por un momento. Inmediatamente apareció el rostro de Elaina

ante mí. Los labios carnosos, el pelo rojo y esos ojos marrones cuya expresión tantas veces decía más que mil palabras.

¿Por qué la había dejado marchar?

Pling.

Antes de que pudiera encontrar una respuesta a esta pregunta, el ascensor había llegado arriba. Rory y yo salimos de la cabina y me encontré frente a la puerta de Elaina. La última vez que estuve aquí, Elaina me había pedido ayuda porque el prestamista la estaba amenazando. Lo recordaba. Al final habíamos tenido sexo.

Eso también lo recordaba.

Sobre todo mi polla lo recordaba.

Palpitó ligeramente.

Impaciente, puse mi dedo en el timbre.

Dingdong.

Dingdong.

Dingdong.

El timbre resonó por el apartamento de Elaina. Dentro no se movía nada. Absolutamente nada.

Presioné de nuevo mi dedo sobre el botón.

—Tanner —Rory puso su mano sobre mi brazo—. No está.

—Quizás esté hablando con auriculares y por eso no oye nada —Me sacudí la mano de Rory y golpeé la puerta con el puño.

¡PAM!

¡PAM!

¡PAM!

Seguía sin moverse nada.

—¡Elaina, maldita sea! ¡Abre la puerta de una vez! —Grité tan fuerte como pude.

—¿Qué están haciendo aquí? —Una puerta se había abierto enfrente. Me di la vuelta. Una mujer de aspecto resuelto, de la edad de Elaina, estaba en el umbral. Cruzó los brazos y me miró desafiante—. ¿Usted y sus matones no pueden dejar en paz a Elaina NI UNA SOLA VEZ? No les debe nada más. ¡Búsquense otra víctima, por favor!

La mujer debía tomarme por el prestamista. O al menos por alguien que trabajaba con él.

Di un paso adelante. —No, no me malinterprete. No quiero dinero de Elaina.

—¿Entonces qué quiere? —El tono desafiante persistía—. ¿Qué otra razón hay para que esté golpeando la puerta como un loco?

—Yo... —De repente ya no sabía qué decir.

—O me da una explicación condenadamente buena, o desaparece ahora mismo. De lo contrario, llamaré a la policía —La decidida vecina no andaba con rodeos.

—No, eso no es necesario —Negué con la cabeza y levanté ambas manos—. No voy a hacerle nada a Elaina. Le debo... una explicación. Una disculpa. Yo... me he comportado de manera imposible y...

—¿Quiere decir que se ha comportado básicamente como ahora? —La vecina resopló—. ¿Quiere disculparse y mientras tanto se comporta aún peor que antes?

Visto así, la mujer tenía razón.

—Conozco a Elaina en privado. Yo... —Volví a intentar dar una explicación. Y de nuevo, tras un breve momento, me quedé sin palabras.

Rory me puso una mano en el brazo. —Tanner, deberíamos...

—¿TANNER? —La mujer prácticamente escupió mi nombre—. ¿USTED es Tanner Hudson?

Asentí.

—¿USTED es el hombre que dejó plantada a Elaina? ¿Que la ha mandado al diablo DOS VECES? Como si fuera un perro que viene cuando lo llamas y se va cuando le das una patada. ¿Quién se cree que es? —La vecina apoyó indignada las manos en las caderas y me lanzó una mirada fulminante.

—Yo... yo mismo sé que no me he comportado especialmente bien. No me he cubierto de gloria. Pero ahora estoy aquí porque quiero arreglar las cosas y finalmente aclarar todo como es debido —Mis palabras sonaban poco convincentes incluso a mis propios oídos.

La vecina resopló. —¿Qué hay que aclarar? ¿Cree que las heridas profundas sanan simplemente con unas palabras? ¡Desde luego que no!

—No —Negué con la cabeza. Probablemente no.

Esto iba a ser más complicado de lo que había imaginado.

¿Aún así quería hacerlo?

Sobre eso ni siquiera tenía que pensar un segundo.

Sí.

Quería.

—Debería dejar a Elaina en paz. Si ella aún quiere o necesita algo de usted, se pondrá en contacto. Entonces usted debería dárselo. Y SOLO eso. ¡No se atreva a atraer a Elaina de nuevo a su cama con algún pretexto barato! Por lo que he oído, usted se casa pronto —La vecina sacudió la cabeza enérgicamente.

—Pero escuche, todo fue un maldito malentendido. Mi hermanastro me mintió diciendo que había tenido una aventura con Elaina y que ella solo se había relacionado conmigo para obtener secretos empresariales. Entonces, bueno... le dije que iba a casarme. Aunque nada de eso es cierto —Miré desesperado a la vecina. Ni siquiera sabía por qué de repente quería explicárselo todo. ¿Tal vez porque

en el fondo creía que al final Elaina me escucharía si su vecina también lo hacía?

—¿Ah, sí? —La vecina volvió a cruzar los brazos—. ¿Así que cree más en las afirmaciones de su hermano que en lo que Elaina le dice? Y luego simplemente inventa sus propias mentiras, en lugar de aclarar el asunto directamente con Elaina y preguntarle inmediatamente qué está pasando. Para eso necesita semanas —La mujer resopló—. Sinceramente. Es exactamente como su hermano. No es ni un ápice mejor. ¿Y sabe qué? Estamos hartas de hombres como vosotros. Preferimos verlos por detrás —Ahora la mujer extendió un brazo y señaló hacia el ascensor. La indicación era clara. Debía irme.

—He cometido un error —Miré a la mujer suplicante—. Es cierto. Pero quiero responder por ello. Por eso estoy aquí.

—¡Si tiene otra oportunidad no lo decide USTED! ¡Eso es lo que acabo de decirle! —La mujer arrugó ligeramente la nariz—. ¿Adónde iríamos a parar si fuera así? ¿Cree que porque tiene un montón de dinero y es guapo puede permitirse todo?

—¡USTED tampoco lo decide! —Ya había tenido suficiente. Seguramente la mujer tenía razón en muchas cosas. No me había comportado correctamente, y más de una vez. Pero precisamente por eso estaba aquí—. ¿Quién se cree USTED que es? No quiero disculparme con USTED. Ni siquiera sé su nombre.

Rory puso una mano en mi hombro. —Tanner... —comenzó de nuevo. Con un movimiento brusco de la mano le hice callar.

La mujer de enfrente me observaba con desconfianza. —¿Y por qué quiere explicarle todo esto a Elaina, en lugar de buscarse otra amante? Un hombre como usted puede tener a cualquiera. Y la

variedad y la libertad parecen ser importantes para usted. ¿O por qué le dio la patada a Elaina tan rápido?

—Estoy aquí porque Elaina significa algo para mí —Las palabras salieron espontáneamente. No había planeado decir eso. Y mucho menos a una vecina en medio del pasillo, así sin más.

Pero ahora que las palabras habían sido dichas, todo en mi interior se calmó.

Eso se sentía correcto.

Todo en mi interior se sentía correcto.

—Seguramente entenderá que es difícil creer eso. Todo lo que ha ocurrido habla en su contra —La mujer del otro lado parecía más tranquila. Sin embargo, no abandonaba su postura.

Suspiré. —¿Puede dejar que sea Elaina quien lo decida, por favor?

La vecina no respondió nada.

—¿Sabe cuándo volverá Elaina? —quise saber ahora—. Me gustaría esperarla aquí.

—¿Aquí? —La vecina señaló el rellano. Una escalera ligeramente sucia que bien podría limpiarse con más frecuencia. Una escalera típica de los rascacielos neoyorquinos un poco anticuados.

—¿Por qué no? —Me encogí de hombros. No se me ocurría nada mejor en ese momento.

La vecina reflexionó.

En ese momento sonó mi móvil. Rápidamente lo saqué de mi bolsillo. Quizás era Elaina. Tal vez había visto mis numerosas llamadas y ahora me devolvía la llamada.

Mi corazón latía de manera extraña. Nunca se había comportado así.

¿Qué me pasaba?

—¿Hola? —Contesté la llamada sin mirar la pantalla.

—Tanner, viejo amigo. ¿Cómo estás? —La tranquila voz de mi antiguo compañero de estudios Gordon Brown sonó por la línea. Justo ahora. En este momento, realmente no tenía cabeza para Gordon. Tenía que deshacerme de él lo más rápido posible. Esto era más importante.

—Gordon. Qué agradable oírte —Eso era solo medio mentira. Normalmente siempre me alegraba cuando Gordon llamaba. Nuestras vacaciones juntos eran un punto destacado fijo del año—. Mira, ahora mismo no tengo mucho tiempo —comencé a decir.

—No hay problema —Gordon lo dejó pasar—. Podemos hablar en otro momento. Solo pensé en ti porque aquí vino una señorita a una entrevista que una vez trabajó contigo.

Alguien que una vez trabajó conmigo estaba solicitando trabajo con Gordon.

¿Una mujer?

—¿Griselda? —quise saber ahora. A mi antigua periodista estrella probablemente le había resultado demasiado el trabajo con Grimshaw y ahora estaba buscando en otra parte.

Gordon se rió. —Parece que tienes varias ex empleadas. Tendrás que contarme más cuando nos veamos. No, esta se llama Elaina. Como la última mujer de la que me hablaste. Curiosa coincidencia, ¿no?

Elaina.

¡Elaina!

ELLA había solicitado trabajo con Gordon.

En Boston.

¿Quería irse de Nueva York?

¿Por qué?

Sentí una dolorosa punzada en el estómago.

—¿Tanner? ¿Sigues ahí? —preguntó Gordon.

Negué con la cabeza. Era simplemente increíble. —Yo... sí, sigo aquí —Me aclaré la garganta—. ¿Dices que Elaina se ha presentado a tu oferta? ¿Una pelirroja de ojos marrones? —En ese momento, no quería contarle a Gordon que la última mujer de la que le había hablado era exactamente la misma Elaina que había solicitado trabajo con él. Eso podía esperar.

—Exacto —confirmó Gordon, despejando así las últimas dudas—. Estaba un poco rara. Creía que te ibas a casar con una tal Hannah.

Tragué saliva.

Por supuesto que Elaina lo había creído. Yo mismo se lo había dicho.

Gordon soltó una risita. —Entonces le dije que eso era una tontería y que seguramente estaba equivocada. Pero ahora quería oír de ti mismo cómo van esos planes de boda.

—No existen —expliqué brevemente—. Te contaré todo exactamente más tarde. Cuando nos veamos. Ahora tengo que hacer algo urgentemente —Me detuve un momento—. ¿Sigue Elaina contigo? —pregunté entonces.

—No, ella vive en Nueva York. Hoy vuelve a volar a JFK. Dijo que sus padres estaban en Boston o algo así. Qué raro. Si yo ya estuviera allí, aprovecharía la oportunidad para visitar a mi gente —Gordon sonaba perplejo.

Ya solo escuchaba a medias.

Elaina estaba de camino a Nueva York.

Desde Boston.

En avión.

—Te llamaré más tarde, Gordon —le dije a mi amigo y terminé la conversación sin esperar su respuesta. También le explicaría eso en nuestra próxima conversación.

Miré a Rory.

—Tenemos que ir al aeropuerto. Al John F. Kennedy Airport.

Capítulo 31

Tanner

—¡El maldito coche ha desaparecido! ¡No me lo puedo creer! —Furioso, lancé un puñetazo al aire. Me habría encantado golpear algo. Pero en el lugar donde yo estaba de pie no había... nada.

Absolutamente nada.

Y ese era exactamente el problema.

¡Aquí debería estar mi Aston Martin!

¡Justo aquí!

—Te lo he dicho antes, colega. Aquí está prohibido aparcar. —Rory señaló la señal de prohibido estacionar que estaba justo delante del espacio vacío donde yo me encontraba.

—Pero si no hemos estado arriba mucho tiempo —refunfuñé—. ¿Cómo es posible que en ese tiempo haya pasado una grúa y se haya llevado mi coche?

Rory se encogió de hombros. —Quizás la grúa estaba de camino a otro sitio y han aprovechado la oportunidad. Eso no puedes saberlo. —Rory se rascó la cabeza—. Ya has visto muchas veces lo rápido que puede suceder. Lo rápido que te ponen una multa.

—Sí, eso lo he visto. Pero recibir una multa es algo diferente a que te lleven el coche en cuestión de minutos. —Enfadado, di una patada a la farola que estaba justo a mi lado.

Rory suspiró. —Colega, esto es lo que ha pasado. Tu coche ya no está. No puedes hacer nada al respecto ahora mismo. Eso deberías saberlo. Tienes bastante experiencia con las empresas de grúas.

¿Me equivocaba o con esas últimas palabras se había dibujado una pequeña sonrisa en la cara de Rory?

—¡Esto no tiene ninguna gracia! —Mi voz se elevó un poco.

—Hombre, colega, relájate ya. Encontraremos tu coche. —Rory solo negó con la cabeza ante mi comportamiento.

—¡No se trata del coche! —Ahora estaba gritando tanto que los transeúntes se volvieron para mirarme—. ¡El coche me importa una mierda! ¡Puedo comprarme otro cuando quiera! ¡Se trata de Elaina! —Las palabras salieron a borbotones.

—Colega... —empezó Rory.

—¡Tengo que ir al aeropuerto, maldita sea! ¡Tengo que encontrarla! ¡Ahora! ¡Ya! —Volví a patear la farola. ¿Por qué tenía que estar esa maldita cosa justo ahí?

—¡Cálmate primero! —Rory me agarró del brazo con firmeza. Enfadado, quise zafarme.

Pero mi amigo se mantuvo firme. —¡Tanner! Tu coche no es el único medio de transporte al aeropuerto. Existen transportes públicos y algo llamado taxis. ¿Has oído hablar de ellos? —En la voz de Rory volvía a colarse un toque de ironía.

Emití un sonido gutural gruñendo.

Rory tenía toda la razón.

En mi prisa, no había visto el bosque a causa de los árboles. Por supuesto que había otros medios de transporte. Taxis. Podíamos llegar al aeropuerto sin mi coche. Ya me ocuparía del Aston Martin más tarde. Ahora realmente no era tan importante.

Ahora solo importaba Elaina.

Aún no se lo había dicho a Rory, pero las últimas horas me habían demostrado que Elaina era irremplazable para mí.

Que la quería más de lo que había querido a cualquier mujer. Y no solo eso: la quería más de lo que jamás había creído posible.

—¡Ahí viene un taxi! —La exclamación de Rory interrumpió mis pensamientos. Levantó su brazo derecho y le hizo señas al taxi amarillo. Pero el conductor lo ignoró.

—¡Maldita sea! —maldijo mi amigo y miró enfadado cómo el taxi se alejaba—. ¿Es que no necesita clientes?

Apreté los dientes y miré a lo largo de la calle. Me habría encantado ordenar a todos los taxistas de Nueva York que vinieran inmediatamente y me llevaran al aeropuerto.

—Ahora. —Rory volvió a levantar el brazo. El taxi amarillo al que hizo señas se detuvo. Rory abrió la puerta trasera y nos apretujamos juntos en el asiento trasero del vehículo.

—¿Señor? ¿Adónde puedo llevarle? —El taxista nos examinó por el retrovisor.

—Al aeropuerto, JFK —ordené—. Terminal de vuelos nacionales. Tenemos que recoger a alguien. Dése prisa.

El pequeño mexicano detrás del volante del taxi no hizo ningún ademán de continuar. —¿Al aeropuerto? —repitió arrastrando las palabras—. Eso está lejos. ¿Tienen siquiera tanto dinero? Justo ayer tuve que llevar a alguien fuera de la ciudad y luego ese idiota me dejó tirado sin pagarme. Eso me costó gran parte de mis ingresos, se lo puedo asegurar. —El taxista se dio la vuelta y nos observó. No parecía tener ninguna prisa.

Resoplé enfadado. —Por supuesto que tenemos suficiente dinero. ¿Acaso parece que acabamos de salir del arroyo? Solo tenemos un pequeño problema porque mi coche ha sido remolcado y necesitamos llegar al aeropuerto lo más rápido posible. ¡Así que arranque ya!

El mexicano se rascó la cabeza. —Algo parecido afirmó el hombre de ayer. Eso lo puede decir cualquiera, hombre.

Apreté los puños. La vena de mi sien empezó a palpitar. ¿Acaso este tipo quería tomarme el pelo? ¡Su trabajo era llevarnos al aeropuerto.

Y tan rápido como fuera posible!

—Pagaremos con tarjeta de crédito —intervino entonces Rory—. Y si quiere, por adelantado. —Rory metió la mano en el bolsillo de su pecho y sacó una tarjeta de crédito. Se la puso delante de las narices al taxista.

Este lo pensó. —Está bien —gruñó entonces. Tomó la tarjeta y la colocó a su lado en la consola central—. Lo resolveremos después. La tarjeta se queda aquí hasta que lleguemos. Es mi garantía.

Finalmente nos pusimos en marcha.

Me recliné y crucé los brazos. Sin embargo, aún no sentía ningún alivio. Probablemente solo ocurriría cuando tuviera a Elaina de nuevo en mis brazos.

Pero, ¿y si ella no quería estar en mis brazos? Su decidida vecina tenía razón en una cosa: no podía ordenarle a Elaina que volviera conmigo o que aceptara mis disculpas.

Por mucho que quisiera.

Inquieto, me moví en el asiento trasero del taxi.

—Llegaremos a tiempo —intentó tranquilizarme Rory.

Asentí.

No le contaría a Rory en este momento la verdadera razón de mi inquietud. Por alguna razón, no quería que el taxista lo escuchara.

El mexicano silbaba suavemente y conducía tranquilamente por la calle. Y eso a pesar de que el camino delante de nosotros estaba completamente despejado. A este ritmo, quizás llegaríamos al aeropuerto en tres días.

Impaciente, expulsé el aire por la nariz y me incliné hacia delante. —¿Puede ir un poco más rápido?

—Más rápido, hombre. En esta ciudad todo tiene que ir rápido. La vida es tan hermosa que hay que disfrutar cada momento. —El taxista se rio.

—Guárdese el discurso para otra ocasión. Por favor, acelere. —Le di un golpecito en el hombro al taxista—. Duplicaremos la tarifa si llegamos al aeropuerto en menos de 30 minutos.

—Está bien, hombre. —El taxista presionó su pie en el acelerador un milímetro más. La aguja del velocímetro se movió un milímetro hacia la derecha. Nueva York estaba lleno de taxistas que corrían como locos para acomodar a tantos clientes y viajes como fuera posible. ¿Por qué tenía que toparme precisamente con el único que era tan relajado como un gurú indio?

Negué con la cabeza. Evidentemente, cada uno entendía algo diferente por "rápido".

En ese momento, sonó un pitido penetrante. Una luz de advertencia parpadeó frente al taxista.

¿Qué era eso?

¿Acaso el tipo se había olvidado de repostar y ahora teníamos que buscar una gasolinera?

Internamente, gemí. Esto no podía ser verdad. ¿Por qué tenía que pasar todo esto precisamente hoy?

—El neumático, hombre. —El taxista señaló la luz y se detuvo. Lenta, interminablemente lento, abrió la puerta de su lado y salió. En la calle se estiró a conciencia. Luego se inclinó de nuevo hacia el coche y dijo sonriendo—: Estar tanto tiempo sentado realmente no es bueno para la espalda.

—Tiene toda la razón. ¿Qué ocurre? —Impaciente, abrí la puerta de mi lado y salté del taxi. Rory me siguió.

—Tengo que llamar a la grúa, hombre. Así no podemos continuar. —El taxista señaló a mi lado. El neumático trasero izquierdo estaba pinchado. Tan pinchado como podía estarlo un neumático. En cuestión de minutos debía haberse escapado todo el aire.

—Puede llevar tiempo hasta que llegue la grúa. —El taxista negó con la cabeza—. La última vez tardaron dos horas en llegar.

—Simplemente diga que aquí hay aparcado un Aston Martin. Entonces vendrán enseguida. —Rory sonrió un poco al hacer este comentario.

Lo miré furioso. Realmente estábamos en un aprieto y mi amigo encima encontraba graciosa toda la situación.

Rory me dio un codazo. —Venga, Tanner. Ahora pago y tomamos otro taxi. Seguro que no tarda en pasar uno. —Rory agarró al taxista y empezó a hablar con él mientras yo escrutaba la calle. A lo lejos no se veía ningún otro taxi amarillo.

Rory seguía discutiendo con el taxista.

—¡Aquí no viene nadie! —Impaciente, di una patada al neumático pinchado. En ese momento, solo deseaba que siguiéramos conduciendo. No importaba lo lento que fuera.

—Un amigo de Javier viene a recogernos —anunció Rory en ese momento—. Está muy cerca de aquí y no tiene que desviarse mucho. Él nos llevará al aeropuerto.

—¿Un amigo de Javier? —Miré fijamente a Rory. ¿Acaso mientras tanto había confraternizado con el mexicano y lo había convencido para movilizar a su familia?

—No te preocupes —sonrió Rory—. El amigo también es taxista. Todo está en orden. Relájate, Tanner. Ya llegaremos al aeropuerto.

—Solo si su amigo conduce más rápido que Javier. Si no, mejor vamos andando. —Refunfuñando, volví a dar una patada al neumático.

No estaba para nada relajado.

Cuando Rory y yo, aproximadamente media hora después, saltamos del taxi del amigo de Javier frente al aeropuerto, seguía sin estar relajado. Observé la multitud de gente que se movía frente a la terminal. Muchas personas se apretujaban a través de las puertas. Unos querían entrar para abandonar Nueva York. Otros acababan de llegar y querían ir rápidamente a casa o al hotel.

¿Cómo iba a encontrar a Elaina entre toda esta multitud?

—Venga, vamos a ver qué vuelos llegan desde Boston. —Rory me arrastró dentro de la terminal. En ese momento, estaba más agradecido que nunca de que mi amigo me hubiera acompañado.

Realmente ya me había sacado de más de un apuro hoy. Sin él, probablemente ni siquiera estaría en el aeropuerto.

—En realidad, solo hay un vuelo —dijo Rory unos minutos después —. Pero viene con retraso. Más de una hora.

—¿Más de una hora? ¡Si el vuelo desde Boston hasta aquí apenas dura tanto! —Me sentía como si estuviera a punto de explotar.

Tenía que hacer algo.

Urgentemente.

Tenía que actuar.

No estaba acostumbrado a esperar.

Simplemente no era lo mío.

—Vamos a la terminal privada. Allí está el jet de *Hudson Broadcasting*. Volamos a Boston. —Impaciente, me di la vuelta y volví a caminar hacia la salida.

—Tanner. No seas ridículo. —Rory vino detrás de mí y me agarró del brazo—. Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene mucho más sentido que quedarse aquí sentado sin hacer nada, esperando un avión que quizás nunca llegue. —Miré a mi amigo con furia. ¿Se estaba convirtiendo en un taxista mexicano que quería retrasarme con su lentitud?

—Por supuesto que llegará el avión. El vuelo de Elaina ya está en el aire. Tiene una hora de retraso, sí. Pero si hubieras leído bien el panel, habrías visto que aterrizará en 30 minutos. Elaina ya está de camino hacia aquí. —Rory aflojó su agarre en mi brazo—. Así que vamos, esperemos allí.

De repente me sentí como un idiota.

Rory pareció notarlo. —Eso es lo que pasa cuando uno está enamorado, colega. Entonces uno ya no está en sus cabales y quiere hacer las cosas más estúpidas.

¿Enamorado?

¿Estaba enamorado?

Simplemente no podía imaginarme una vida sin Elaina. En las últimas semanas me había obligado a olvidarla. Cada vez que el pensamiento de su cuerpo surgía en mí, me distraía y me sumergía aún más en el trabajo.

Ahora todos los recuerdos volvían.

Y con ellos el deseo de tener a Elaina en mis brazos y no dejarla ir nunca más.

Sin importar lo que pasara.

Incluso si me comunicaba que esperaba gemelos.

¡Tanner! ¿Estás loco?

Sí.

Estaba normal.

Todo se sentía normal.

Y eso era lo más inquietante de todo el asunto.

Eso y que no tenía ni idea de lo que pensaba Elaina realmente.

Capítulo 32

Elaina

Me apresuré hacia la salida por donde los pasajeros entraban al gran vestíbulo del aeropuerto.

Por fin.

Durante todo el vuelo había estado moviéndome nerviosamente en mi asiento. Al final, la amable señora sentada a mi lado me preguntó si necesitaba ir al baño. Avergonzada, lo negué.

Afortunadamente no volví a ver al hombre desagradable con la muleta. Debía estar sentado más adelante o más atrás en el avión. Gracias a Dios. Realmente no necesitaba otro encuentro con él.

Solo quería ir a casa.

O mejor dicho, solo quería ir con Tanner.

Aunque me dijera cien veces que debía controlarme y ser razonable. Que NO debería seguir deseando a este hombre, que debería

ocuparme de mi hijo y no pensar en él... nada de eso servía.

Después de la conversación con Colleen, había apagado mi móvil y me había entregado por completo a mis pensamientos. Y precisamente estos pensamientos se habían vuelto locos desde entonces. Lo habían estado durante todo el vuelo.

Una y otra vez apareció el rostro de Tanner ante mí. Su mirada penetrante y abrasadora, que podía ser tanto intensa como cálida. Su cuerpo, que me había protegido y me había dado el mayor placer que jamás había conocido.

Pasé por las cintas de equipaje lo más rápido que pude. Por suerte, había volado a Boston solo con equipaje de mano. Así no tenía que detenerme aquí y esperar por una maleta.

¿Y qué vas a hacer ahora, Elaina? ¿De verdad vas a ir a casa de Tanner? ¿Así como estás?

Me detuve justo entre las cintas de equipaje.

¿Era realmente una buena idea?

¿O estaba actuando de manera demasiado impulsiva otra vez?

¿Qué quería conseguir yendo a casa de Tanner? ¿Y qué haría si me encontraba con que no estaba solo? Que no fuera a casarse no significaba que pasara sus noches en soledad.

Deberías llamar y concertar una cita, Elaina.

Pero, ¿y si Tanner no quería verme?

Entonces tendrás la respuesta que estás esperando ahora mismo.

Pero esa respuesta ya la conocía.

No necesitaba oírla otra vez.

NO quería oírla otra vez.

—¿Por qué se queda ahí parada en medio del camino interrumpiendo todo el tránsito? ¡Otras personas quieren salir y seguir hacia sus casas o a citas importantes! Si tiene que soñar despierta en medio del aeropuerto, al menos hágalo donde no moleste a nadie. —Una voz masculina desagradable me devolvió al presente.

—¿Ya va a moverse? ¿O se va a quedar ahí mirándome como si acabara de aterrizar de Marte? ¿Nunca ha visto a alguien que tiene que llegar a una cita urgente? —El hombre empujó bruscamente su carrito de equipaje contra mi espinilla.

—¡Ay! —me quejé.

—Quien no quiere oír, debe sentir —resopló el hombre.

Le lancé una mirada desagradable y me apresuré hacia la salida. ¿Es que en este avión solo habían viajado personas que hoy se habían levantado con el pie izquierdo?

Finalmente se abrieron las puertas de cristal esmerilado que separaban la sala de llegadas del área reservada para los pasajeros. Mi mirada recorrió la multitud que se empujaba en todas direcciones. La gente iba y venía, saludaba a sus familiares y salía de la sala juntos.

Nadie me esperaba a mí, así que me abrí paso hacia la salida.

Probablemente lo mejor sería ir primero a casa.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —Un aliento maloliente me dio en la cara. No había tenido náuseas en días, pero ahora mi estómago reaccionó inmediatamente. La bilis amarga se abrió camino hacia arriba, recordándome los primeros días de mi embarazo.

—Nunca hubiera imaginado que nos volveríamos a ver. Qué coincidencia. —Una risita suave y maliciosa.

Reuní todo mi valor y miré en dirección a aquella cara apestosa.

Finny.

El hombre del que había pedido dinero prestado.

El hombre que me había amenazado.

—Sí, mírame bien. —Finny volvió a soltar una risita—. La vida es realmente extraña y, a su manera, siempre nos reúne con las personas que debemos encontrar. Y parece que debía encontrarte a ti otra vez, muñequita. En realidad, he venido a recoger a un amigo. Pero también me encantaría llevarte a casa. Eso me compensará por los inconvenientes que he tenido por tu culpa.

Me sentía fatal.

¿Qué quería decir ese tipo?

¿Prefería no pensar en ello?

Desesperada, miré a mi alrededor. Pero las personas que me rodeaban no mostraban ningún interés por mi situación. Pasaban apresuradamente junto a Finny y a mí, sin dirigirnos otra mirada.

—Aquí no hay nadie que te ayude. Ni tu vecina ni tu refinado amigo. Ahora estás completamente sola, muñequita. —Finny me apretó el brazo.

—¡Ay! —Se me escapó un pequeño grito. En ese momento, el hombre desagradable de la sala de equipajes pasó junto a mí. Me miró con desprecio y continuó hacia la salida sin decir una palabra más.

—Te lo digo, aquí a nadie le importas. —Finny soltó una risita.

—Si yo fuera tú, no estaría tan seguro. —Resonó una voz penetrante. Una voz acostumbrada a dar órdenes. Y acostumbrada a que la gente hiciera lo que decía.

Una voz que me resultaba muy familiar y que me atravesó hasta la médula.

La voz de Tanner.

Miré con cautela por encima de Finny.

Y efectivamente.

Tanner había agarrado al prestamista por el cuello.

¿Qué hacía él aquí?

Ahora se inclinó hacia Finny y le susurró lo suficientemente alto como para que yo lo oyera: —¿Recuerdas nuestro último acuerdo, amiguito?

Finny asintió miserablemente.

—Entonces te lo digo por última vez: si vuelves a amenazar a esta mujer, si vuelves a cruzar una palabra con ella y si vuelves a acercarte a ella, me aseguraré personalmente de que consigas el peor abogado de todo Nueva York. Y el mejor juez. ¿Sabes dónde pasarás los próximos años?

Finny no respondió.

Tanner lo sacudió varias veces antes de soltarlo. Finny tropezó torpemente hacia algunos pasajeros que se apartaron con asco.

—Ahora, lárgate de mi vista. Vete a casa. —Tanner le dio un último empujón a Finny.

Y el prestamista desapareció rápidamente. Sin dirigirme ni una mirada más.

Tanner y yo nos quedamos solos.

Al menos me sentía como si estuviéramos solos. Estábamos en medio del vestíbulo de llegadas y, a nuestro alrededor, se arremolinaban los pasajeros que llegaban y sus familiares. Personas de todos los países. Había un constante ir y venir y un alto nivel de ruido.

Pero no percibía nada de eso.

Todo eso pasaba a un segundo plano.

Para mí solo existían Tanner y su mirada que me atraía como un imán.

¡Elaina! Contrólate. No tienes idea de lo que está haciendo aquí. Es agradable que te haya ayudado. Pero quizás está recogiendo a su nueva novia. ¿Quién sabe?

—Gracias —dije entonces, asintiendo en dirección a Tanner.

—Elaina. —Tanner me tomó del brazo. No con brusquedad como Finny, sino con suavidad—. Necesito hablar contigo urgentemente.

Hablar conmigo.

—¿Sobre qué? —pregunté, esperando que mi voz no sonara tan insegura como me sentía.

—Sobre... sobre nosotros. —Tanner respiró hondo.

¿Sobre NOSOTROS? ¿Tanner quería hablar conmigo sobre NOSOTROS? El hombre que en nuestro último encuentro me había dicho que ya no existía un NOSOTROS, quería hablar sobre NOSOTROS.

Mi corazón dio un enorme salto.

Y me esforcé por no dejar que se notara.

—Fui un verdadero idiota —me confesó Tanner en ese momento—. Te mentí. Por pura frustración. Yo... —Tanner visiblemente luchaba

por encontrar las palabras.

Guardé silencio.

Porque simplemente no sabía qué decir.

No había contado con encontrarme con Tanner aquí.

—No sé qué decir. —Tanner pronunció la frase que estaba dando vueltas en mi cabeza.

—¿Qué haces aquí? —pregunté entonces.

—He venido porque necesitaba verte, Elaina. Porque tengo algo que decirte —confesó Tanner.

¿Había querido recogerME?

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —quise saber.

—Gordon Brown me llamó. Me dijo que habías ido a una entrevista con él y que hoy volabas de regreso a casa. Cuando escuché eso, vine aquí a esperarte. —Tanner me miró.

Mi corazón se aceleró.

Tanner tomó mi mano. —No te vayas a Boston, Elaina. Quédate aquí conmigo.

Miré mi mano en la suya. Luego miré a Tanner a la cara. —Te vas a casar pronto.

—¡No! —Tanner me miró desesperadamente—. Esa historia me la inventé solo para vengarme. Estaba tan herido que no sabía qué hacer.

Retiré mi mano.

¿Vengarse?

—¿Por qué estabas herido? —quise saber.

—Porque Grimshaw me dijo que te había dejado embarazada. Luego vi esa confirmación de inscripción para el curso de preparación al parto que él coló en tus correos y entonces... simplemente perdí los estribos. —Tanner negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo—. ¡Maldita sea! Te quiero, Elaina. Quería decírtelo antes de que Grimshaw me mintiera y entonces... —Tanner sacudió la cabeza.

—Me quieres —repetí aturdida.

Estaba preparada para muchas cosas, pero esta confesión me pilló por sorpresa.

—Sí. No quiero que salgas nunca más de mi vida. —Tanner dio medio paso hacia mí, pero se detuvo en medio del movimiento—. ¿Considerarías darme otra oportunidad?

Me aclaré la garganta.

Precisamente en eso había estado pensando durante las últimas horas.

En nada más.

Y no había nada que quisiera hacer más.

Pero primero necesitaba una certeza más.

Dos certezas más.

—¿Por qué te fuiste la primera vez? —quise saber.

—Yo... escuché una conversación telefónica. Hablabas sobre una operación que tenía que ver con aumentar tus posibilidades de embarazos exitosos. Me entró pánico y huí. Hoy ni siquiera yo mismo entiendo por qué. En realidad me gustan los niños. Si no son tan desagradables como mi hermano, seguro que son algo muy bonito. —Tanner respiró profundamente.

—Eso es cuestión de educación —respondí.

Tanner solo asintió.

Ahora me tocaba a mí respirar hondo. —Bien. Entonces tengo algo que decirte. No encontraste esa inscripción al curso de preparación al parto en mis correos sin motivo. Grimshaw no la colocó allí. Me inscribí yo misma. Estoy embarazada. Vas a ser padre.

Observé atentamente a Tanner.

¿Cómo reaccionaría?

Todo dependía de eso.

De eso dependía si habría otra oportunidad para nosotros.

—Voy a ser padre —susurró Tanner.

—Sí —respondí—. ¿No se te ocurrió esa posibilidad cuando leíste el correo con la inscripción?

El pecho de Tanner subía y bajaba. —No pensé más en ello —confesó—. De alguna manera, simplemente lo reprimí. Cuando escuché hace un rato que Grimshaw y tú... que no habíais tenido nada y que me había mentido, solo pensé en ti y en que tenía que hablar contigo. No pensé más allá. —De repente, una sonrisa cruzó el rostro de Tanner—. Típico de hombre, ¿no?

Algo se liberó dentro de mí.

Una tensión me abandonó.

Se me quitó un peso de encima.

Me reí.

—Típico de hombre —confirmé. Luego miré a Tanner—. En el futuro tendrás que pensar más allá. Por dos personas. O mejor dicho, por tres. —Con estas palabras, pasé una mano por mi vientre.

Los ojos de Tanner brillaron cuando me miró. —¿Significa eso...?

Asentí.

Le daría otra oportunidad a Tanner.

No quería nada más que eso.

—Te quiero. —Tanner me tomó en sus brazos y me apretó cuidadosa y tiernamente contra su cuerpo.

—Yo también te quiero —susurré contra su pecho.

Tanner puso un dedo bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo.

Y entonces me besó.

En medio de la multitud que se agitaba y bullía a nuestro alrededor, me besó.

Nuestros labios se fundieron.

Por fin.

Nunca había deseado otra cosa.

Capítulo 33

Elaina y Tanner

Catorce meses después.

Elaina

—No puedo creer que estemos aquí. Pellízcame —le pedí a Colleen. Mi amiga obedeció y me dio un buen pellizco en el brazo.

—¡Ay! —se me escapó.

—Tú lo has pedido —sonrió Colleen.

—Es verdad —admití y dirigí la mirada hacia el escenario iluminado de colores. Pronto comenzaría el telonero y después llegaría el plato fuerte de la noche. Los *New York Boys*. Por fin estaba en un concierto de mi grupo favorito.

Realmente apenas podía creerlo.

Incluso después de que Colleen me pellizcara, me sentía como en un sueño.

—Muchas gracias por la invitación —dijo Colleen a mi lado—. Me encantan los *New York Boys* y me alegra poder acompañarte esta noche. Aunque seguramente no soy un sustituto adecuado para Tanner.

—Bah —desestimé avergonzada—. Es genial que tuvieras tiempo tan espontáneamente. De lo contrario, habría tenido que venir sola. Y eso no habría sido tan estupendo, por mucho que adore a los *New York Boys*.

Tanner me había sorprendido hace unas semanas con las entradas para el concierto y me había invitado a nuestra primera salida juntos desde el nacimiento de nuestro pequeño Alex.

¡Una noche sin niños!

Yo adoraba a Alex y no podía imaginarme la vida sin él. Pero después de todos estos meses de embarazo y de noches en vela, poder hacer algo para mí me llenaba de emoción.

Y encima con los *New York Boys*, con quienes había soñado desde el instituto. Tanner no podría haber pensado en una sorpresa mejor.

—De todas formas nos vemos tan poco —comentó Colleen a mi lado.

—Es verdad —admití una vez más. En los últimos meses mi vida había cambiado tanto como jamás hubiera imaginado. Pocos días después de regresar de Boston, rescindí el contrato de mi piso y me

mudé con Tanner. Desde entonces vivía en el espacioso ático sobre los tejados de Nueva York.

Durante los últimos meses, Tanner había demostrado ser una pareja y un padre atento. Me acompañó a las clases prenatales y siempre estuvo a mi lado. Desde el nacimiento de Alex, regularmente se tomaba tiempo para jugar con Alex y salir a pasear, dándome así un poco de tiempo para mí. Y todo ello a pesar de estar más ocupado que nunca en *Hudson Broadcasting*.

Desde hace casi un año, Tanner era responsable de toda la antigua empresa de su padre. A Grimshaw le habían ofrecido un puesto con menor responsabilidad. Pero el hermanastro de Tanner había rechazado la oferta y abandonado Nueva York.

Hannah desapareció al mismo tiempo.

Negué con la cabeza al pensarlo.

¿Dónde estarían los dos?

—¿Estás otra vez con la mente en el pasado? —quiso saber Colleen.

Me giré hacia ella. —Me has pillado —sonreí a mi amiga.

Colleen puso una mano en mi brazo. —Eso ya pasó, Elaina. Deberías empezar a creer en tu felicidad. Tanner y Alex son tu presente. Y esto. —Colleen hizo un amplio gesto con su otro brazo y señaló el escenario, que ahora estaba vacío ante nosotros. Los técnicos habían terminado sus últimos trabajos. El telonero debía empezar en cualquier momento.

—Estoy un poco nerviosa. Es la primera vez que ni Tanner ni yo estamos con Alex —confesé.

—Pero eso habría sido así de todas formas. Aunque estuvieras aquí sentada con Tanner —respondió Colleen.

Asentí. Donde Colleen tenía razón, tenía razón. Tanner había querido acompañarme aquí y en el último momento lo retuvieron asuntos de trabajo. No entendí muy bien de qué se trataba su cita. Pero Tanner estaba tan entusiasmado que no cabía duda de la importancia de la reunión.

También me había asegurado que recuperaríamos nuestra primera noche sin niños en otra ocasión.

En ese momento, se oyó un fuerte pitido en el escenario.

Expectante, volví mi cabeza hacia delante. No quería perderme ni un solo momento de esta noche, aunque no había venido por el telonero.

Sin embargo, en ese momento no apareció en el escenario la banda anunciada.

En su lugar, Jones subió al escenario. El cantante de los *New York Boys*. Le habría reconocido en cualquier parte. Al fin y al cabo, los pósters con su cara me habían acompañado durante toda mi adolescencia y le había visto suficientes veces en la televisión o en internet, cuando veía los conciertos de los *New York Boys* y me sentía un poco triste por no poder estar allí en directo otra vez.

Sí, sin duda era Jones.

¿Qué hacía aquí?

¿Se había cancelado el telonero?

Jones se aclaró la garganta. —Hoy es un día muy especial, querido público. Al menos para una persona entre vosotros. Y todos los demás tenéis la suerte de ser testigos de este día especial de esta persona. Un día especial para alguien muy especial."

¿De qué hablaba Jones?

¿Y de quién?

Miré a Colleen.

Ella se encogió de hombros.

Pero había algo extraño en su mirada.

Observé con más detalle a mi amiga, pero no pude seguir preguntando.

—Hablo de Elaina —anunció Jones en ese momento—. Una de nuestras mayores fans, que hoy asiste por primera vez a uno de nuestros conciertos.

Abrí los ojos y la boca de par en par.

¿Qué era esto?

¿Jones hablaba de mí?

—Elaina, ¿podrías venir al frente del escenario, por favor? Aquí te espera una sorpresa muy especial."

El cono de un foco recorrió el público, hasta encontrarme e iluminarme.

¿Cómo sabían los *New York Boys* quién era yo y qué aspecto tenía?

—Venga —susurró Colleen a mi lado, dándome un empujoncito—. Ve ya. Ya verás, todo irá bien.

¿Acaso mi amiga sabía qué estaba pasando aquí?

—¿Qué está pasando? ¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Solo ve abajo. —Colleen me guiñó un ojo animándome.

Tragué saliva y sequé las palmas húmedas de mis manos en mi falda. Luego me levanté, me apreté entre los demás espectadores y me dirigí hacia el escenario.

***

Tanner

—¿Tengo buen aspecto? —le pregunté nervioso a Rory.

—Perfecto, colega. Nunca has lucido mejor —me aseguró mi mejor amigo.

—Gracias por estar aquí conmigo hoy. Miré en el espejo que estaba justo detrás del escenario y comprobé mi aspecto una última vez.

—Claro, tío. El trabajo de un padrino empieza mucho antes de la boda. —Rory me miró sonriendo—. En serio, Tanner, que precisamente tú planees y lleves a cabo semejante acción, nunca lo hubiera pensado.

—Yo tampoco —admití—. De verdad que no.

Pero hoy me parecía la cosa más natural del mundo.

En los últimos meses, mi vida había cambiado por completo. Lo que había temido durante todos estos años había sucedido: era padre de un niño pequeño y vivía con él y su madre.

Con Elaina.

Con la mujer que desde el principio había sido la adecuada para mí. Lo había negado y no quería aceptarlo durante demasiado tiempo. Eso se acabó.

Y hoy quería acabar con ello definitivamente.

El nuevo comienzo de los últimos meses debía sellarse ahora.

—Elaina va a alucinar —comentó Rory.

—Sí. Cree que estoy en un viaje de negocios. No fue nada fácil encontrar una excusa plausible. Porque aunque ya no trabaje, todavía sabe exactamente cómo funcionan las cosas en *Hudson Broadcasting* y preguntó bastante ...

—¿Y cómo van las cosas actualmente en *Hudson Broadcasting*? —quiso saber Rory. Mi amigo intentaba distraerme y se lo agradecía. Estaba muy seguro de que lo que estaba a punto de hacer era lo correcto y exactamente lo que quería para mi vida. Sin embargo, estaba nervioso.

—Tenemos bastante trabajo —respondí—. Pero espero que en los próximos meses mejore. Por fin todos los canales vuelven a estar bajo un mismo techo y todos los puestos están ocupados. Griselda Grant también ha vuelto a trabajar con nosotros. He decidido darle otra oportunidad. Todo el mundo comete errores y para mí todo ha salido bien. Elaina y yo estamos juntos."

—Suena bien, colega. —Rory me dio una palmada en el hombro—. ¿Has sabido algo de Grimshaw?

—No. Desapareció después de que mi padre le obligara a declarar que el reportaje sobre *Dayton's Delights* no era obra suya.

—No es precisamente lo que se espera del director de una cadena de televisión —observó Rory.

Me encogí de hombros. —Eso nunca fue lo que realmente quería. Quería ser el hijo favorito de mi padre. El que me superaba en todos los aspectos."

—Eso nunca lo conseguirá ahora. —Rory me miró pensativo.

Suspiré. —Los padres quieren a sus hijos, pase lo que pase. Eso te lo puedo decir ahora por experiencia propia. —Pensé en Alex. Su nacimiento había puesto mi vida patas arriba. Nunca hubiera imaginado que podría sentir tanto amor por un ser.

—¿Dónde está él ahora? —quiso saber Rory.

—¿Quién? —pregunté distraído. Con mis pensamientos estaba por un lado con Alex, por otro lado con lo que estaba a punto de hacer.

—Grimshaw, claro. —Rory me dio otra palmada en el hombro.

—Nadie lo sabe con seguridad. Papá intentó hablar con él y decirle que seguiría tratándolo igual, pero que no lo adoptaría. Sin embargo, no pudo encontrar a Grimshaw. —Me encogí de hombros—. Por lo que he oído, Grimshaw está dando la vuelta al mundo. Con Hannah. —Respiré hondo. En cualquier momento llegaría el momento.

—¿Con Hannah? —Rory sonaba incrédulo.

Me encogí de hombros. —No tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza. Me da la impresión de que quiere estar con mi hermano si no puede estar conmigo.

—No es del todo improbable. Las personas hacen las cosas más increíbles. —Rory asintió.

—Tanner, es la hora. —Mickey, un miembro de los *New York Boys*, me agarró del hombro y me empujó hacia el escenario.

¿Ya era la hora?

Pero si todavía no me había preparado bien.

—Tú puedes, colega. Estás preparado. —Rory parecía haber leído mis pensamientos y me lanzó algunas palabras de ánimo.

Poco después estaba bajo las brillantes luces del escenario.

Y frente a mí estaba Elaina.

Me miraba sorprendida. Hoy estaba más guapa que nunca. Su pelo rojo brillaba bajo los focos, sus ojos marrones relucían suavemente y sus labios carnosos se fruncían con asombro.

Su cuerpo se inclinaba hacia mí.

Mi corazón latía con fuerza.

Alguien me puso un micrófono en la mano.

—Elaina, te quiero. Desde el primer día que te vi. Durante mucho tiempo no quise aceptarlo. Pero hoy soy más feliz que nunca. Tú y Alex habéis hecho mi vida más rica, más colorida y más hermosa, y ya no puedo imaginarla sin vosotros. —Me aclaré la garganta.

—¿Quieres casarte conmigo? —Esperé con ansiedad la respuesta de Elaina.

—Sí —susurró suavemente. Una lágrima rodó de su ojo izquierdo.

Me acerqué a Elaina y besé su lágrima.

Elaina se acurrucó en mis brazos.

Y entonces nuestros labios se encontraron.

El público vitoreó, pero apenas me enteré de ello.

La persona más importante de mi vida estaba en mis brazos.

Y nunca quería volver a soltarla.

FIN